

AN

TÍ

ARTÍCULOS

Antígona y Diotima de Mantinea, dos encarnaciones femeninas de la «Razón Poética» en María Zambrano

CAMILLE LACAU ST GUILY

María Zambrano y el Segundo Congreso Internacional de Escritores para la Defensa de la Cultura

MANUEL AZNAR SOLER

María Zambrano en París. Los Coloquios de Royaumont

MARÍA LUISA MAILLARD GARCÍA

El exilio como forma de vida en María Zambrano

JORGE NOVELLA SUÁREZ

María Zambrano, un pensamiento del nacer

JEAN MARC SOURDILLON

De María Zambrano a Jorge Semprún, un hilo invisible

MANUEL REYES MATE

Espejos de la nada:

Marina Tsvietáieva y

María Zambrano

MARIFÉ SANTIAGO-BOLAÑOS

Cuando la guerra se dice Paz. María Zambrano y Simone Weil reescribiendo ruinas

OLGA AMARÍS DUARTE

Imágenes del exilio

JOAQUÍN VERDÚ DE GREGORIO

Antígona

Revista

de la

Fundación

María Zambrano

N.º 02 / 2024

IN MEMORIAM

José Luis Abellán

JOSE LUIS MORA

CONVERSACIONES CON DIOTIMA

José Luis Mora

LUIS PABLO ORTEGA

LIBROS

Marifé Santiago Bolaños

Miguel Hernández. Concierto para tres (en el 80 aniversario de su fallecimiento)

VERÓNICA TARTABINI

Pamela Soto

María Zambrano.

Los tiempos de la democracia

OLGA AMARÍS DUARTE

Pedro Chacón

Víctima de la Piedad. Araceli Zambrano

MARÍA LUISA MAILLARD GARCÍA

Julieta Lizaola y

Juan Manuel González

(coords.)

De las ensoñaciones de la verdad.

Homenaje a María Zambrano

JONATHAN JUÁREZ MELGOZA

EN LAS CATACUMBAS

María en llamas


OLGA AMARÍS DUARTE

EN LA ORILLA

**María Zambrano
y el temblor del aula**

JOSELA MATURANA

NA



«Pues todo, todo tiene
derecho a ser hasta lo que
no ha podido ser jamás»

María Zambrano, *Filosofía y poesía*

De izquierda a derecha: Miguel Hernández, Leopoldo Panero, Luis rosales, Antonio Espina, Luis Felipe Vivancos, J.F. Montesinos, Arturo Serrano Plaja, Pablo Neruda y Juan Panero. Sentados están Pedro Salinas, María Zambrano, Enrique Díez-Canedo, Concha Albornoz, Vicente Aleixandre, Delia del Carril y José Bergamín. Gerardo Diego en el suelo.

ARCHIVO DE LA FUNDACIÓN MARÍA ZAMBRANO



Antígona

Revista
de la
Fundación
María Zambrano

N.º 02 / 2024

DIRECTOR Y EDITOR

Luis Pablo Ortega Hurtado
Universidad de Málaga y Director Gerente
de la Fundación María Zambrano

CONSEJO EJECUTIVO

Jesús Lupiáñez Herrera
Alcalde de Vélez-Málaga y Presidente FMZ

José Ramón Andérica Frías
Universidad de Málaga y Tesorero FMZ

Alicia Ramírez Domínguez
Concejala Delegada de Cultura
del Excmo. Ayuntamiento de Vélez-Málaga

Manuel Gutiérrez Fernández
Concejal Delegado de Hacienda
del Excmo. Ayuntamiento de Vélez-Málaga

Alicia Berenguer Vigo
Universidad de Málaga y Secretaria Académica
de la Fundación María Zambrano

CONSEJO DE REDACCIÓN

Ana Martínez García
Universidad de Cádiz

Lorena Grigoletto
Universidad de Nápoles

Elena Trapanese
Universidad Autónoma de Madrid

Marifé Santiago Bolaños
Universidad Complutense de Madrid

Natalia Meléndez Malavé
Universidad de Málaga

Madeline Cámara
Universidad del Sur de Florida

CONSEJO ASESOR

José Luis Mora
Universidad Autónoma de Madrid

Rogelio Blanco Martínez
Universidad Pontificia Comillas

Jesús Moreno Sanz
UNED Madrid

Enrique Baena Peña
Universidad de Málaga

Agustín Andreu Rodrigo
Universidad de Valencia

Miguel Morey Farré
Universidad de Barcelona

Carmen Revilla
Universidad de Barcelona

Juan Fernando Ortega Muñoz
Universidad de Málaga

Juan Antonio García Galindo
Universidad de Málaga

EDITA
Fundación María Zambrano

COORDINACIÓN EDITORIAL
Pilar Morales Fernández

DISEÑO Y MAQUETACIÓN
José Luis Bravo

IMPRESIÓN
Gráficas Urania

CONTACTO
Fundación María Zambrano
Plaza Palacio Beniel, 1. 29700 Vélez-Málaga
T. 952 50 02 44
fundacion@mariazambrano.org

ISSN: 1887-6862 // DL: MA-1966-2024
PVP: 12 €

SU~ MA RIO

IN MEMORIAM

- 10 José Luis Abellán
JOSE LUIS MORA

ARTÍCULOS

- 16 Antígona y Diotima de Mantinea, dos encarnaciones femeninas de la «Razón Poética» en María Zambrano
CAMILLE LACAU ST GUILY

- 28 María Zambrano y el Segundo Congreso Internacional de Escritores para la Defensa de la Cultura
MANUEL AZNAR SOLER

- 50 María Zambrano en París. Los Coloquios de Royaumont
MARÍA LUISA MAILLARD GARCÍA

- 62 El exilio como forma de vida en María Zambrano
JORGE NOVELLA SUÁREZ

- 74 María Zambrano, un pensamiento del nacer
JEAN MARC SOURDILLON

- 82 De María Zambrano a Jorge Semprún, un hilo invisible
MANUEL REYES MATE

- 90 Espejos de la nada: Marina Tsvietáieva y María Zambrano
MARIFÉ SANTIAGO-BOLAÑOS

- 100 Cuando la guerra se dice Paz. María Zambrano y Simone Weil reescribiendo ruinas
OLGA AMARÍS DUARTE

- 108 Imágenes del exilio
JOAQUÍN VERDÚ DE GREGORIO

LIBROS

- 128 Marifé Santiago Bolaños *Miguel Hernández. Concierto para tres (en el 80 aniversario de su fallecimiento)*
VERÓNICA TARTABINI

- 130 Pamela Soto *María Zambrano. Los tiempos de la democracia*
OLGA AMARÍS DUARTE

- 132 Pedro Chacón *Víctima de la Piedad. Araceli Zambrano*
MARÍA LUISA MAILLARD GARCÍA

- 134 Julieta Lizaola y Juan Manuel González (coords.) *De las ensoñaciones de la verdad. Homenaje a María Zambrano*
JONATHAN JUÁREZ MELGOZA

EN LA ORILLA

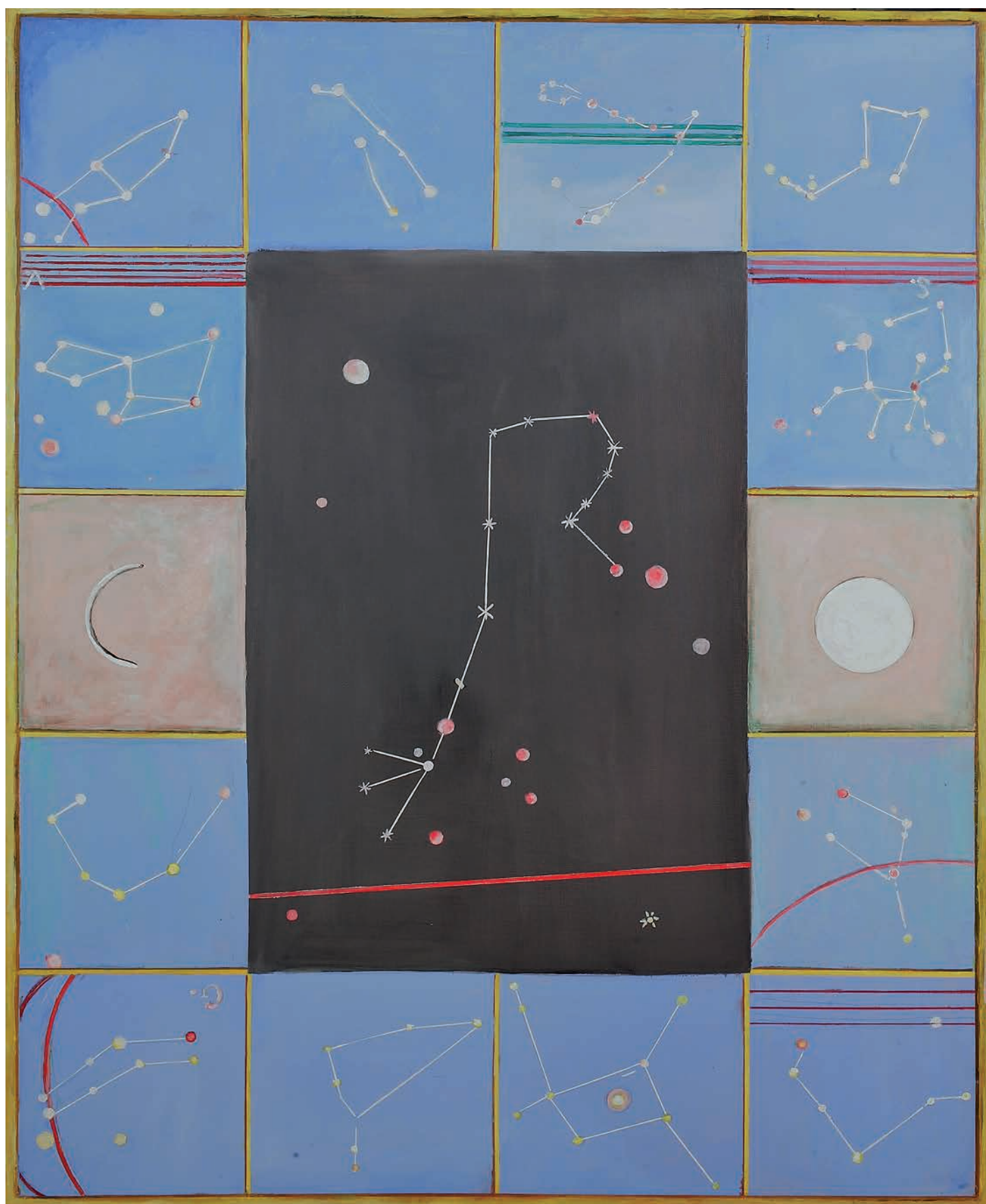
- 138 María Zambrano y el temblor del aula
JOSELA MATURANA

EN LAS CATACUMBAS

- 144 María en llamas
OLGA AMARÍS DUARTE

CONVERSACIONES CON DIOTIMA

- 146 José Luis Mora
LUIS PABLO ORTEGA



Constelaciones 130 x 162 cm 2017

Querido lector: lo que tiene entre sus manos es fruto de un sueño. La materialización de un deseo manifiesto por los patronos intervinientes en la constitución de la Fundación María Zambrano. Fiel a su vocación, la revista continúa con su labor de divulgación de aquellos trabajos que tienen como finalidad profundizar en el pensamiento de la que consideramos es una de las pensadoras más importante de todos los tiempos.

El presente número recoge los trabajos presentados en el VIII Encuentro Internacional María Zambrano celebrado en la ciudad de París durante los días 19 y 20 de abril de 2023. Para la realización de aquellas jornadas contamos con la colaboración del Instituto Cervantes de la ciudad. Institución que desde el primer momento mostró su apoyo e interés y cuya colaboración fue determinante para su correcto desarrollo, acogiendo el evento en aquellos días en una de sus sedes. Queremos hacer público nuestro agradecimiento a las personas que hicieron posible la organización de este Congreso, al director del Instituto Cervantes en Madrid, Luis García Montero, por su apoyo y dedicación y a su homólogo en París, Domingo García Cañedo. Del mismo modo, hacemos extensible este agradecimiento a los trabajadores del centro y a todos los participantes que aceptaron acompañarnos en aquellos días. De la calidad de sus trabajos damos buena cuenta en este número y serán, con toda seguridad, del agrado y el interés del lector.

Durante este Congreso abordamos, de la mano de los mejores especialistas, algunos de los aspectos más importantes relacionados con el pensamiento de María Zambrano, así como un periodo fundamental de su vida, como fue su largo exilio. Un exilio al que, como muchos otros intelectuales y contemporáneos, se vería abocada en un periodo bélico de nuestra historia sin precedentes. Después de cruzar la frontera hispano-francesa a finales de enero de 1939, la joven filósofa tendrá una breve estancia en la capital francesa, previa a su llegada a México en marzo de aquel mismo año, como invitada de la Casa de España.

Creía María Zambrano que la ciudad de París debía su origen a su vocación por haber sido una ciudad soñada; una ciudad cuya misteriosa relación con la luz tenía su origen en haber sido dibujada más que construida, creciendo al mismo tiempo que una bella melodía que se va perfeccionando con el paso del tiempo. En un precioso escrito publicado en la revista cubana *Lyceum*, en el año 1951, afirmará la filósofa veleña sobre esta ciudad: «Paris ha logrado en su cuerpo, en su presencia física sin más, este milagro: ser real y ser imagen en sí mismo, actuar directamente con su vibración vital y ser escribiéndose como huella perdurable, como línea. Lo que es signo también de la belleza cumplida, de esa belleza que por su perfección nos conduce al límite de la vida».

Junto al exilio y su estancia en la capital profundizamos en otros aspectos fundamentales, también recogidos en estas intervenciones, como su relación con otros intelectuales franceses, los libros y ensayos fraguados en este país al igual que

las líneas de investigación iniciadas y que posteriormente llegaría a desarrollar en otros países.

Los vínculos de María Zambrano con la «ciudad de la luz» son innumerables. En sus estancias en París se relacionará con Jean Paul Sartre y Simone de Beauvoir, al igual que le unirá una amistad con Albert Camus, Emile Cioran o el poeta René Char. Del mismo modo, en sus visitas a la capital entrará en contacto con sus amigos José Bergamín, Luis Fernández, Baltasar Lobo o Mario Parajón. También iniciará con Picasso una amistad. En una carta que le escribe a su amiga Rosa Chacel de fecha 31 de agosto de 1953, le sintetizará algunos de los momentos más amargos al igual que hermosos por los que habría atravesado la escritora hasta el momento, muchos relacionados con esta hermosa ciudad: «¿Mi vida? ¿Quieres que te haga el resumen o lista de atroces dolores, desiertos, soledades y desdichas, de sordideces, sí, también, toda la gama, y hasta días de felicidad o de deslumbradora alegría? Me doy cuenta de que lo que quiero decirte es por qué no me he muerto, por qué estoy viva todavía. Vivo con Araceli, las dos solas. ¿Supiste que fusilaron a Manuel Muñoz en España, después de estar dos años en La Santé preso por la Gestapo? Mi hermana en París venturosamente en casa de la familia francesa de él, hambre, frío, bombardeos y Gestapo [...] Fui a ver a mi madre cuando se pudo en avión, yo sola desde La Habana, y llegué a los dos días de que la habían enterrado».

Igualmente, aquí en París, escribirá parte de su libro *Delirio y destino* tras la muerte de su madre, como le asegurará a la misma Chacel un poco más adelante: «La segunda (se refiere a la segunda parte del libro), que es más bien epílogo, son «Delirios», algo que me encontré escribiendo en París a ratos cuando el *daimon* me tomaba después de la muerte de mi madre»; del mismo modo, será en esta ciudad donde María Zambrano conforme el libro *El hombre y lo divino*, durante su estancia en la capital en el año 1951, a petición del escritor René Char para la editorial Gallimard. Publicación por la que el propio Albert Camus habría mostrado muchísimo interés y le habría escrito en varias ocasiones.

Será también en Francia, a sesenta kilómetros de la capital, donde participe en el año 1962 en unos Coloquios celebrados en la Abadía de Royaumont. El tema elegido para este congreso fue «Los sueños y la creación literaria». Conferencia que será importante para su investigación posterior sobre el sueño creador. Alojada muy cerca de Chartres, como le asegurará a su buen amigo Camilo José Cela en carta de agosto del mismo año, María Zambrano planteará aspectos muy novedosos que no abandonará nunca, siendo prueba fehaciente de ello la publicación póstuma de su libro *Los sueños y el tiempo* en 1992.

En momentos como los que vivimos recientemente, donde el continente europeo nos devuelve imágenes que ya creímos superadas, donde la violencia, los extremismos, los desplazamientos forzados, el exilio, la guerra, se convierten en signos de una meta que aparentemente parece frustrada, el pensamiento

de María Zambrano se nos dibuja como un horizonte nítido, que nos mantiene anclados a la esperanza. Zambrano nos devuelve la ilusión de un Hombre que se levanta de las ruinas, que encuentra en su interior la fuente inagotable de un Yo que aprende de lo profundo, que habla y conoce desde las entrañas, que no renuncia a su dimensión trascendente y que encuentra en los demás el sentido de una Historia que no puede ser escrita si antes no ha sido soñada. Está en nuestra mano construir esa sociedad justa intuida por Zambrano, donde todas las personas podamos sentirnos libres e iguales.

En este año 2023 hemos lamentado el fallecimiento de dos grandes autores cuyas aportaciones en nuestro país, en cada una de sus disciplinas y ámbitos de creación, han sido fundamentales e indispensables. Ambos estrechamente vinculados a María Zambrano y depositarios de un legado intelectual y artístico innegable. Nos referimos al historiador José Luis Abellán y al pintor y artista Jesús G. de la Torre. Desde la revista *Antígona* queremos homenajear a ambos creadores dedicándoles el presente número. Del escrito *In memoriam* se encarga el Profesor Emérito de la Universidad Autónoma de Madrid, José Luis Mora; de las imágenes de los cuadros del artista queremos agradecerle expresamente a su viuda, Rosario Mateos Rodríguez, su generosidad y amabilidad por proporcionarnos las reproducciones que ilustran y magnifican este número.

Por último, informar al lector de la incorporación de una nueva sección que hemos llamado «En las catacumbas», una propuesta que nos invita a bajar al «desván» de María Zambrano a través de los libros, objetos, cuadros, todos supervivientes del exilio. Un universo simbólico único, parte fundamental de la «otra» Zambrano desconocida. De la idea original de la sección y su confección se ha encargado la escritora y especialista Olga Amarís. Una contribución de la que esta publicación se enorgullece enormemente dado el valor que representa.



José Luis Abellán.

In memoriam

JOSÉ LUIS MORA

Universidad Autónoma de Madrid

Cuando se hallaba en preparación el actual número de *Antígona* nos ha dejado un gran historiador y mejor persona. José Luis Abellán falleció el sábado 16 de diciembre (1933-2023) tras una vida plena de trabajo dejando su legado en una obra voluminosa, reconocida internacionalmente no solo en el campo de los estudios filosóficos sino en las humanidades en general. Sus intereses por nutrir a la filosofía de contenido no se restringieron nunca al núcleo, sino que prestaron atención a esos márgenes porosos por los que avanza el conocimiento, heterodoxos en su concepción, incorporados luego progresivamente hasta constituir un nuevo saber que avanza y se proyecta en el tiempo.

Sin duda, su temprano contacto con el mundo del exilio le situó en un lugar geográfico, inicialmente Puerto Rico a comienzos de los años sesenta, pero no menos espiritual, conformado por quienes se habían visto obligados a salir de España que reflexionaban en profundidad tanto sobre la España dejada a la espalda como sobre la propia condición humana, y esa experiencia fue crucial en su vida. Desde sus inicios en la actual Universidad Complutense de Madrid, de la que ha sido catedrático muchos años, ha desarrollado una intensa labor de recuperación de la historia de la filosofía española, que no excluyera a nadie si ha realizado aportaciones de importancia en la construcción de la conciencia nacional, mas sin olvidar el sentido universal de la propia filosofía. Bien reconocida ha sido su magna obra *Historia crítica del pensamiento español* en cinco volúmenes (siete tomos) que completó entre

1979 y 1991. Junto a esta obra de referencia José Luis Abellán ha sido bien reconocido por su recuperación de la obra de los exiliados, apenas recuperados en aquella fecha temprana de 1961 cuando viajó a la isla caribeña. Tan solo el esfuerzo, casi silencioso, en aquellos tiempos duros, de Enrique Canito y José Luis Cano en la revista *Ínsula* (1946) había abierto una ventana por la que fueron entrando calladamente algunos nombres de los expulsados, cuando José Luis Abellán, quien más tarde se incorporaría a *Ínsula* no solo ya revista, sino también editorial, tertulia y librería. Esta incorporación sería esencial para su propio proyecto. Por entonces, coincidiendo con la nota incluida por Alain Guy en la traducción al español de *Los filósofos españoles de ayer y hoy* (Losada, 1966), publicó *Filosofía española en América* (1936-1966) [Ediciones Guadarrama con Seminario y Ediciones, 1966]. Fueron dos aldabonazos que sonaron débiles porque los tiempos no permitían mayor repercusión, pero que terminaron por abrir la puerta casi definitivamente. Por esos años comenzaron a editarse obras de los exiliados quienes, poco a poco, fueron ocupando un lugar en la España interior, aunque aún debíamos esperar más tiempo hasta que pudo iniciarse una recuperación normalizada que aún continúa.

En la segunda parte de ese libro ya escribió José Luis Abellán un capítulo sobre la filósofa veleña, la dedicada a «la herencia de Ortega y Gasset». «La *razón poética* en marcha», lo tituló y ahí apuntaba lo siguiente: «María Zambrano merece un puesto singular en este panorama filosófico de que nos ocupamos. En primer lugar, no solo es la única mujer entre estos filósofos, sino que constituye el caso femenino más destacado de nuestra historia filosófica; en segundo lugar, se da en ella la voz literaria de más fuerza entre nuestros filósofos emigrados, hasta el punto de haber abandonado las tareas de enseñanza por dedicación a su labor de escritora.» (p.169) No terminaba sus palabras dedicadas a María Zambrano sin apostillar a propósito de las múltiples referencias de nuestra filósofa que «eso no suponía ninguna idealización; es un modo de calar en zonas frecuentemente ocultas y de lograr transparencias difíciles. Aquí, como en otros casos, el amor no quita, pone conocimiento.» (p. 187).

Para esa fecha José Luis Abellán y Zambrano habían ya cruzado algunas cartas, pero fue al recibir este libro

cuando María Zambrano le envió la carta que adjuntamos a este nuestro recuerdo a José Luis Abellán y a su vinculación con la persona y obra de la filósofa que apenas estaba comenzando a ser leída. La carta ha sido ya publicada, pero conviene releerla en la letra de aquella máquina de escribir que exigía incluir alguna anotación manuscrita que se había quedado entre las teclas. Ninguna línea está vacía, pero subrayamos tres ideas que el libro de Abellán le había suscitado: su vinculación con la obra de su propio padre de la que Abellán había tenido conocimiento por Pablo de Andrés Cobos (hombre también del grupo de *Ínsula* fallecido hace cincuenta años); la necesidad de continuidad –interrumpida por entonces –para que pudiera hablarse de filosofía española con la apostilla bien explícita según la cual «el pensamiento es universal. Mas a esa universalidad se llega naturalmente desde una tradición»; y, finalmente, el rechazo de los nacionalismos que destruyen el verdadero sentido de la patria como «libertad, intimidad, arraigo, universalidad.» Estas ideas debieron calar hondo en la reflexión de José Luis Abellán porque han guiado toda su obra.

Esta pronta vinculación colocó al profesor Abellán en el núcleo que ha desarrollado la Fundación que lleva el nombre de María Zambrano en su ciudad natal y de cuyos inicios nos ha dado cuenta detallada el profesor Juan Fernando Ortega, principal impulsor de este proyecto que tomó carta institucional en junio de 1987. José Luis Abellán ha estado presente en el núcleo de profesores e investigadores que han dado vida a esta institución y no ha dejado de tomar la palabra en los congresos que se fueron celebrando mientras él pudo asistir. Recordamos su intervención en el II Congreso, primero de los organizados tras el fallecimiento de nuestra pensadora. En él presentó una larga y documentada investigación sobre la Segovia que vivió la familia Zambrano, así como del ambiente intelectual de su primera juventud. Aportó entonces la carta recibida desde Ginebra, fechada el 1 de febrero de 1984. Además de datos biográficos bien relevantes sobre su etapa de estudiante al lado del acueducto segoviano, casi, como de pasada, en aquellas tres páginas le recordaba a su interlocutor *El erasmismo español*, libro que contaba ya por esa fecha con un buen número de años (la nota preliminar a la primera edición es de marzo de 1975)

si bien la segunda edición había visto la luz dos años antes (1982). Tenía noticia del mismo, pero señala «que no había podido escuchar todavía». Sin embargo, tenía bien claro, y es una confesión desde la profundidad del alma y, no menos, desde el conocimiento de la historia de España que, «al escribir su libro sobre el erasmismo, bien muestra usted, por la vía que anda, por la que sin duda hemos andado, ¡qué remedio!, todos.» Del sentido de la historia, precisamente, se deriva esta declaración sobre su ubicación en la historia de España, clave para entender que líneas atrás le confesara que la expresión «razón poética» había nacido ya antes «y con dolor». Y en esa misma senda sitúa a su propio interlocutor como clave para comprender por qué había ya dedicado tantos desvelos al estudio de los exiliados, en tanto que herederos de los viejos heterodoxos.

En 1998 se celebró ya el tercero de los congresos dedicados a la vida y obra de María Zambrano y la intervención de José Luis Abellán estuvo dedicada a detallar lo sustancial del periodo puertorriqueño. Ahí sobresale una aportación no solo sobre *Persona y democracia* que Zambrano publicará en la Isla años después de abandonarla sino apuntes de alguna conversación con Muñoz Marín sobre la democracia y su sentido humano, que verían la luz años después. Ese mismo año publicó Abellán la edición ampliada del libro de 1966 ahora con el título *El exilio filosófico en América. Los transterrados de 1939* (Madrid, F.C.E.). Abellán mantuvo el texto inicial, pero le añadió una parte final para subrayar la dimensión esperanzada que aportaba aquel «itinerario de la razón poética», simbolizada en el canto de la alondra como «canto de gozo, que se alza en la aurora y primeras horas de la mañana como un símbolo del impulso hacia la alegría.» (p. 281). Bien significativa nos parece esta sintonía que Abellán quiso establecer con la trayectoria de quien fuera exiliada y a cuyo estudio ha dedicado buena parte de su vida junto al de otros intelectuales que se vieron, igualmente, obligados a cruzar la frontera.

Fue ya con el reciente siglo comenzado y coincidiendo con el centenario de su nacimiento (1904-2004) cuando tuvieron lugar las sesiones del IV Congreso que estuvo dedicado al estudio de la «Crisis y metamorfosis de la razón en María Zambrano», un tema que, tras la investigación de los numerosos estudiosos de su obra,

había alcanzado suficiente madurez en esos años para poder ser afrontado con la extensión y la intensidad que el pensamiento y la reflexión de Zambrano requerían. Abellán se adentró –nunca mejor dicho– por la estrechez de lo hermético para mostrar la diafanidad de la propuesta zambraniana, referida a la «redención social». Era esta una expresión que, puesta en claro, al final de la exposición, quería mostrar la apuesta por la «construcción de una sociedad democrática» y como impulso de «un proyecto de regeneración moral de la sociedad.»

Pero fue además, en esas fechas, cuando la Fundación aprobó la creación de un «Centro de Estudios sobre el Exilio» que nacía de los proyectos emanados de la propia Fundación que se acercaba a sus veinte años de vida en la conservación y transmisión de la vida y obra de María Zambrano. Mas, en esos objetivos, el compromiso de José Luis Abellán era base sustancial del proyecto. De esta manera la figura de la pensadora cuya obra daba vida al Palacio de Beniel en el centro de su ciudad natal, adquiriría, a su vez, la verdadera dimensión, proyectada a otros exiliados andaluces de su propia generación y como centro de estudio para investigadores. No nacía pues como un proyecto administrativo sino dotado del propio sentido que emana de la «razón poética» como razón compartida, ni solo individualizada ni solo universalizada por un ejercicio despersonalizador. El anexo Centro daba sentido a la Fundación, respondiendo a las exigencias de la propia personalidad que le daba nombre y sentido al tiempo que contribuía a reunir investigadores que estudiaran un fenómeno sociopolítico tan complejo como lo fue el exilio de 1939.

Aún tuvo tiempo José Luis Abellán de intervenir en el Congreso celebrado en Segovia en los primeros días de mayo de 2004 cuyas intervenciones han sido recogidas en *Pensamiento y palabra en recuerdo de María Zambrano* (Junta de Castilla y León, 2005). Conservo el recuerdo personal de escuchar la voz tenue del profesor Abellán en la antigua capilla del Hospital de Viejos que hoy forma parte del restaurado Museo dedicado a la figura de Esteban Vicente, pintor segoviano contemporáneo de María Zambrano, nacido un año antes, en 1903. Esa capilla está dotada de una acústica que permite escuchar el hilo de voz con que habló acerca

de «María Zambrano y el exilio. Valoración de un desgarrar», una meditación pronunciada cerca de aquel monumento del que había recordado Antonio Machado a la propia pensadora, con palabras de su propio padre, que era «el único amigo que les quedaba en Segovia».

Si nos fijamos bien en la obra de Abellán sobre Zambrano, la palabra «itinerario» aparece continuamente, como manera de significar una vida que la conducía a no tener lugar, ni geográfico ni político ni social... pero sí a «ser tan solo lo que no puede dejarse ni perderse, y en un exiliado más que en nadie» (p. 59). Estas palabras reproducidas de la propia Zambrano son imprescindibles para entender la obra de ambos. Para entender su vigencia.

Por ello José Luis Abellán nos ha dejado un testamento breve, pero con algunas claves imprescindibles para comprender a Zambrano tanto como para que comprendamos su propia obra: *María Zambrano. Una pensadora de nuestro tiempo* (Anthropos, 2006). Poco más de cien páginas, de un formato pequeño, incluyen datos biográficos, cartas, un apéndice titulado «El destino de la razón: una meditación desde el hispanismo filosófico» y el breve texto «Un inédito encontrado en Puerto Rico» que nos sirvió para un estudio detallado, recogido en el capítulo tercero dedicado a «Los derechos humanos y María Zambrano», en el último de los congresos celebrados hasta ahora: *Persona, ciudadanía y democracia. En torno a la obra de María Zambrano* (coordinado por Juan Antonio García Galindo y Luis Ortega, Fundación María Zambrano/Centro de Estudios Transatlánticos de la Universidad de Málaga, 2020). Gracias a la generosidad de la profesora de la UPR, campus de Mayagüez, Iliaris Avilés, pudimos acceder al texto escrito a máquina con algunas tachaduras y correcciones y una frase manuscrita en el encabezado: «Pensando en la democracia con M.Z. de que no es posible instalarse en la inercia» con una firma ininteligible que parece una «M» que podría ser la de Muñoz Marín, encuentro que debió tener lugar a mediados de los años cuarenta. Precisamente el libro *Persona y democracia* (1958), desarrollo de este breve texto, sería publicado algunos años después del nombramiento de su interlocutor como gobernador electo de Puerto Rico y de que este territorio pasara a ser Estado libre asociado.

El texto recuperado por José Luis Abellán comenzaba señalando que «la Democracia es el régimen capaz de renovarse a sí mismo, de ser la continuación de sí mismo, es decir: de superar su propia crisis.» (p. 119). Y concluía: «Y así no se ha de limitar a cuidar y proveer a la enseñanza de los conocimientos ya adquiridos, ya vigentes, a la repetición por otra parte necesaria de lo conocido, sino que ha de hacer posible que el nuevo pensamiento aparezca; ha de suscitar el afán de investigación y de descubrimiento de todos los dominios; en suma, ha de abrir paso al futuro. La democracia tiende al futuro.» (p. 122).

Imposible hallar palabras que mejor definan la trayectoria de José Luis Abellán y sus convicciones democráticas en su aproximación a la vida y obra de María Zambrano como pensamiento lúcido al servicio de la causa humana. Como patrono de la Fundación tiene un lugar perenne entre los estudiosos y entre quienes más y mejor han hecho por acercarnos al testimonio vivo de la pensadora que preside el patio del Palacio de Beniel. Y llevado a cabo desde la coherencia de su propia vida.

- La Piece 27 de febrero de 1967

Grozet-par-Gex. Ain.

France.

4

Señor Don José Luis Abellán

Mi muy estimado amigo:

Recibí hace dos días su hermoso libro sobre la Filosofía española en tierras de América ; le agradezco mucho el ejemplar que me ha dedicado. Por lo que he podido ver, el libro es bastante completo y el pensamiento de cada autor esta bien encuadrado y expuesto con justeza y esa simpatía profunda que la garantiza, en vez de alborotarla. Muy conmovida estoy por la cuidadosa atención que me ha dedicado y muy especialmente en lo que concierne a la relación con el pensamiento de mi madre. Se lo agradezco en el alma porque es de justicia y esta realiza con extrema finura, una finura que yo diría musical. Mas no solamente en esto se percibe que tiene Ud un fino oído. Lo que equivale a decir medida del sentir sin la cual el pensamiento divaga o se enquistas. Le felicito a Ud pues, y le deseo prosiga su personal tarea.

Lo que no se es si serán muchos los que se den cuenta de que este libro mesurado, objetivo es uno de los libros mas dramáticos que puedan leerse hoy día. Tanto que escarban los autores en el fondo de la angustia hasta raer el corazón a ver si encuentran la tragedia dejan pasar luego la realidad dramática en grado sumo. Y el drama que fue, que es para España y para nosotros el habernos tenido que realizar fuera de ella me parece aun menor que el de esas generaciones que nos siguen y que Ud ha hecho tan bien en recoger. Queda bien claro que hoy día, hace años hay gentes de vocación filosófica en España que van a estudiar a..donde pueden para enseñar y escribir despues en..donde pueden. Esos que nos

nos siguen no han sido ya formados en España ^{fundamentalmente} por maestros españoles. Qué contraste entre por ejemplo, Gao y yo misma, los dos productos indíge-
nas por así decir, "Mañd in Spain", lo que quiere decir simplemente
que se podía estudiar filosofía entre nosotros, que teníamos padres, her-
manos. Es simplemente atroz que las nuevas generaciones tengan que
emparentarse con Heidegger, Sartre, Saspers... Comprenda Ud que este
lamento no quiere expresar un sentimiento nacionalista, ni casticista.
El pensamiento es universal. Mas a esa universalidad se llega natural-
mente desde una tradición. En fin, de lo que se trata es de que España
este dejandose ser una Patria para convertirse en un simple lugar donde
nacen personas de valor. La Filosofía como Ud bien señala tuvo una fun-
ción hacedora de España. Y en ese sentido es muy justo que me entronque
Ud con Ortega y aun con la Institución de la que tantas cosas me separan
y me separaron siempre, pero a la que siempre me sentiré unida por eso:
porque quiso hacer e hizo patria con el pensamiento.

Paradójicamente- mas qué bien lo vimos y sentimos ^{los nacionalistas} en consecuencia
actuamos- ~~ha~~ ido terminando con las patrias, en conjunción, claro, con
otras fuerzas allanadoras de lo mejor de la condición humana. Decir pa-
tria es decir libertad, intimidad, arraigo, universalidad.

Como ve le siento amigo de veras, pues que me he puesto a hablar
con Ud por lo largo. Espero que algún día así suceda.

Su libro además de la utilidad informativa, es sobre todo
una objetiva manifestación de una ~~gr~~ama histórico. A ver si hay mentes
que lo capten. Ha hecho Ud una buena obra en el sentido tradicional de
la palabra. Que a Ud le sirva igualmente.

Le envío mis mas cordiales saludos.

María Zambrano

CAMILLE LACAU ST GUILY

Profesora en Sorbonne Université (CRIMIC, UR 2561)

Antígona y Diotima de Mantinea, dos encarnaciones femeninas de la «Razón Poética» en María Zambrano

Resumen

En su obra, María Zambrano (1904-1991) denuncia los excesos de una “Razón racionalista” o patriarcal, absolutista, que conduce a derivas a veces dramáticas. La respuesta de Zambrano a esta Razón violenta es modelar una “Razón poética”, suave y maternal, que se encarna en las figuras de Antígona y Diotima de Mantinea, mujeres pobres y abandonadas que no siguen una lógica hegemónica y racionalista, pero que son capaces de conducir a los demás hacia la luz y convertirlos al Amor.

Palabras claves

María Zambrano; Antígona; Diotima de Mantinea; Razón maternal.

Antigone and Diotima of Mantinea, two feminine incarnations of the “Poetic Reason” in María Zambrano

Abstract

In her work, María Zambrano (1904-1991) denounces the excesses of a “rationalist” or patriarchal, absolutist Reason, which leads sometimes to dramatic derivations. Zambrano’s response to this violent resistance is to model a “poetic Reason”, gentle and maternal, which is embodied in the figures of Antigone and Diotima de Mantinea, poor and abandoned women who do not follow a hegemonic and rationalist logic but are capable of leading others towards the light and converting them to love.

Keywords

María Zambrano; Antigone; Diotima of Mantinea; Maternal Reason.

Introducción

María Zambrano [1904-1991], que fue alumna del filósofo español José Ortega y Gasset en la Universidad Central de Madrid, vivió en un ambiente predominantemente masculino durante sus estudios y al principio de su carrera como filósofa. En su obra lamenta en numerosas ocasiones que las mujeres sean excluidas de la esfera pública y confinadas al ámbito doméstico. La cuestión de la mujer le ocupó mucho y, en general, la búsqueda de la verdad que la animaba está impregnada de feminidad¹, de impulso maternal. El objetivo de este artículo, sin embargo, no es enumerar las referencias hechas a las mujeres, ni cuantificarlas, ni estudiar sistemáticamente su posición intelectual en relación con ellas². *De facto* Zambrano no se sumó a la lucha feminista; como dijo en 1946, en su artículo «A propósito de la «grandeza y servidumbre de la mujer»», consideraba el feminismo como una «equivocación», la «cuestión feminista», siendo en su opinión, «debatida hasta la saciedad», llegando incluso a denunciar las «guerras feministas» como «patéticas»³. Sus juicios son a veces desconcertantes, teniendo en cuenta su inmensa sed de libertad: «Nada es ni vale el moderno feminismo.»⁴ No obstante, Zambrano se propuso muy pronto criticar la aplastante y violenta «Razón racionalista», a la que se refiere en particular en su primer ensayo *Los Intelectuales en el drama de España*⁵, responsable, según ella, de muchos de los males por los que atravesaba Europa en los años treinta y siguientes. Varios comentaristas zambranianos se refieren a ella como «la razón patriarcal». La búsqueda de Zambrano por superarla a lo largo de su vida es quizá menos intelectual y teórica que poética, ya que ha sufrido en su carne la desencarnación o deshumanización del logos. Su configuración de la «Razón poética» pretende, de hecho, la revitalización de un logos cuyo pulso es ya casi inexistente.

Además, Zambrano no sólo modela filosóficamente una «Razón poética», reconciliadora y humana; actualiza también la vocación profunda de la «Razón poética», encarnándola a través de dos figuras femeninas en particular, Antígona y Diotima de

1. Como señala Juana Sánchez-Gey Venegas, «es indudable que a María Zambrano le interesó pensar y sentir desde su propia condición de mujer» (Sánchez-Gey Venegas, J., «Sobre la mujer: experiencia y reflexión en María Zambrano» en *El Basilisco*, n.º 21, 1996, p. 78).

2. La cuestión ya ha sido tratada y con talento, especialmente por Juan Fernando Ortega, en su libro *María Zambrano. La aventura de ser mujer*, Málaga, Veramar, 2007; o Alcira Bonilla, entre otros en «Razón poética y género: arquetipos femeninos», *Philosophica Malacitana*, vol. IV, 1991; véase también Elena Laurenzi, *Nacer por sí misma*, Horas y horas, Madrid, 1995; Carmen Revilla Guzmán, «Amistades intelectuales:

la mujer y las mujeres en la obra de María Zambrano», *Brocar*, n.º 35, 2011, pp. 91-107: pp. 91-95; Roberta Johnson, «El concepto de «persona» de María Zambrano y su pensamiento sobre la mujer», *Aurora. Papeles del «Seminario María Zambrano»*, n.º 13, 2012, pp. 8-17; José Barrientos Rastrojo, «La apuesta por la mujer en la labor articulístico-filosófica de María Zambrano», *Investigación y género: avance en las distintas áreas del conocimiento*, Congreso Universitario Andaluz «Investigación y Género», Sevilla, 17 y 18 de junio 2009, coord. por Isabel Vázquez Bermúdez, 2009, pp. 123-142; Nadia Mékouar-Hertzberg, «Los sustratos de un pensamiento de «género» en los textos de María Zambrano», *Cahiers de civilisation espagnole contemporaine*,

n.º 20, primavera 2018; Juanjo Ruiz Rodríguez, «La «dama errante»: María Zambrano, la mujer y el error», *Aurora. Papeles del «Seminario María Zambrano»*, n.º 1, 1999, pp. 44-50.

3. Zambrano, M., «A propósito de la «grandeza y servidumbre de la mujer» en *Aurora. Papeles del «Seminario María Zambrano»*, n.º 1, Universidad de Barcelona, 1998, pp. 143-148.

4. María Zambrano, «Eloísa o la existencia de la mujer», en *María Zambrano. Antología, selección de textos*, *Anthropos*, n.º 70-71, suplemento 2, 1987, p. 80.

5. Zambrano, M., *Los Intelectuales en el drama de España, Obras Completas vol. II*, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2015, p. 236.

Mantineia –incluso entrañando a Antígona en un espacio teatral, a través del único texto zambraniano de esta naturaleza, titulado *La Tumba de Antígona* [1967], que fue precedido por varios ensayos y fragmentos poéticos y teatrales, relacionados con la figura mitológica de Antígona⁶. Zambrano da voz⁷ de nuevo a estas dos mujeres, en cierto modo, amordazadas, que, con todo su ser, representan al «otro»⁸ de la Razón «racionalista» o «razonadora»⁹. Como dice Alcira B. Bonilla, brillante especialista de la filósofa, «la escritora rescata con la palabra y da palabra a circunstancias que siempre han reflejado la ausencia o la desvalorización de la palabra de la mujer»¹⁰. Estas dos figuras femeninas excluidas del espacio audible donde los hombres podían ser escuchados, Antígona por Creón, en particular de la esfera pública, y Diotima de Mantineia, del *Simposio* o Banquete del que fue la protagonista principal (aunque ausente) –es, de hecho, ella quien inspira a Sócrates la verdad sobre el *arché* (principio, origen, causa) del amor– vuelven a la vida bajo la pluma de Zambrano. Incluso aparecen como mayéuticas que dan a luz o reaniman a quienes se acercan a ellas. Encarnadas en un espacio alternativo, prelógico, por Zambrano, en el que deliran, ambas mujeres despliegan una palabra conmovida y frágil, pero suave, maternal, cordial, misericordiosa, y fuerte a pesar de todo, por la que todos se sienten acogidos, escuchados, amados.

6. En 1948, desde el exilio, Zambrano escribe su primer texto sobre Antígona, que titula *Delirio de Antígona*. La edición de Virginia Trueba Mira (*La Tumba de Antígona (y otros textos sobre el personaje trágico)*, Madrid, Ediciones Cátedra, Letras Hispánicas, 2012), ofrece un texto inédito de la filósofa española de ese mismo año, que lleva el nombre de *Cuaderno de Antígona*. Diez años después y apenas veinte años después del final de la Guerra Civil española, en mayo de 1958, Zambrano escribió otro texto desde Roma, *Antígona o de la guerra civil*. Unos años más tarde publicó un dossier de ensayos breves bajo el nombre de *Cuadernos de Antígona*, publicado en 1962, aunque se cree que algunos de ellos fueron escritos en 1948. En 1965 publicó otro ensayo, *El personaje autor: Antígona*, que formaría parte de uno de sus libros más importantes, *El sueño creador* (1965). La obra *La Tumba de Antígona* parece ser una especie de culminación en la maduración de su pensamiento sobre la heroína griega, ya que apareció en 1967, casi veinte años después de sus primeras publicaciones sobre Antígona.

7. En cuanto a la Antígona zambraniana, tomo elementos de mi libro: véase

Camille Lacau St Guily, *María Zambrano, La Tumba de Antígona (y otros textos sobre el personaje trágico)*, París, PUF-CNED, 2013. Para Zambrano, la elección de Sófocles de silenciar a Antígona –porque finalmente decide ahorcarse en su cámara mortuoria– es un «error». La española compone *La Tumba de Antígona* para corregir este error sofocleano, una mala interpretación, incluso un malentendido del destino de la trágica heroína. A la filósofa no le impresiona el magisterio de Sófocles, ejercido durante milenios, y su propuesta «literaria» es una reacción vital y política al desenlace fatalista del antiguo dramaturgo. «No», Zambrano no puede aceptar que esta mujer sea amordazada, silenciada. Es imposible silenciar a esta figura mitológica que debe seguir hablando un lenguaje firme y valiente de la verdad en los tiempos contemporáneos. Zambrano reanima el pecho ardiente de Antígona [...]. Esta heroína extraordinaria que, como Zambrano, no tolera la cobardía ni la injusticia, que no tolera el autoritarismo, la violencia ni la guerra entre hermanos, no puede permanecer enclaustrada tras los muros del silencio, bajo la piedra helada de la tumba de una muerta.

Antígona debe volver a hablar, resurgir de sus cenizas para anunciar su mensaje de paz, amor y reconciliación (Ver Camille Lacau St Guily, *María Zambrano, La Tumba de Antígona (y otros textos sobre el personaje trágico)*, París, PUF-CNED, 2013, pp. 11-12).

8. Fogler, M., *Lo otro persistente. Lo femenino en la obra de María Zambrano*, Zaragoza, Prensas de la Universidad de Zaragoza, 2017, p. 316; y Gómez Blesa, M., *La razón mediadora. Filosofía y piedad en María Zambrano*, Burgos, Editorial Gran Vía, 2008, p. 350.

9. Expresión utilizada por Zambrano en *La Tumba de Antígona* para describir el carácter oscuro de la Arpía. Así Antígona le dice a la Arpía: «Vete, razonadora. Eres Ella, la Diosa de las Razones disfrazada. La araña del cerebro. Tejedora de razones, vete con ellas. Vete, que la verdad, la verdad de verdad viva, tú no lo sabrás nunca» (Zambrano, M., *La Tumba de Antígona...*, *op. cit.*, p. 206).

10. Bonilla, A. B., «La transformación del logos», Monográfico: María Zambrano, *Asparkia*, Investigació feminista, Universitat Jaume I, nº 3, 1994, pp. 13-29: p. 24.

I. Denuncia zambraniana de la «Razón racionalista» deshumanizada

A lo largo de su obra, María Zambrano denuncia una Razón aplastante, engreída, orgullosa y violenta, que trabaja progresivamente hacia una deshumanización autoritaria y una gélida desencarnación del pensamiento, ya que se considera omnipotente. Zambrano dedica muchos párrafos al orgullo de la Razón y a su violencia, sobre todo en sus primeros escritos, *Los Intelectuales en el drama de España* [1930] y *Pensamiento y poesía en la vida española* [1939]¹¹. Esta Razón triunfalista, abstracta y fría será llamada por muchos especialistas de Zambrano, Razón «patriarcal» o masculina. Alcira B. Bonilla saca una firme conclusión sobre el pensamiento occidental que critica Zambrano: «Diré que esta desencarnación del logos, resultante de la historia del pensamiento occidental, fue protagonizada por los representantes de una razón patriarcal, en general filósofos y pensadores que se arrogaron su control»¹². Luminosa conocedora de la obra de Zambrano, Virginia Trueba Mira, califica a la «Razón racionalista» de «Razón patriarcal», añadiendo que «también podría habérsela denominado Zambrano»¹³. Según Trueba Mira, la «Razón racionalista [...] es para [Zambrano] una razón connotada en masculino»¹⁴. Los aspectos masculinos de este racionalismo explican, en parte, hasta qué punto entró en crisis en los años treinta, crisis que se acentuó en los cuarenta, sumiéndose en una forma de nihilismo tóxico para el hombre occidental. Efectivamente Zambrano, en su ensayo *Hacia un saber sobre el alma*, considera que «la cultura de Occidente se ha sostenido por esta soledad masculina, viril»¹⁵. Y en su ensayo sobre Miguel de Unamuno, que escribió entre 1940 y 1942, Zambrano subraya la idea de que «la cultura europea ha vivido a la manera masculina»¹⁶. Y Trueba interpreta:

Frente a un modelo masculino de pensamiento que privilegie el frío mundo de las ideas, es decir, un logos desprendido de la materia y los cuerpos, la alternativa zambraniana pasará ya por esas fechas por un modelo femenino atento a esas razones del corazón, contradictorias, dispersas, que discurren por el mundo de lo sensible, el cual ha sido, no sólo para la racionalidad moderna sino para la racionalidad hegemónica desde Platón, un mundo poco de fiar, de abismos polisémicos. *Saber de experiencia* fue el saber zambraniano¹⁷.

Zambrano, frente a esta Razón, cuya constatación abrumadora realiza a lo largo de toda su obra, propone una respuesta suave pero poderosa, una alternativa poética, maternal, entrañada. Ella modela un logos completamente «otro»¹⁸, al que llama «Razón poética». Según Trueba Mira:

Porque de un logos entrañado se trata, el pensamiento de Zambrano aparece corporeizado en diversas figuras. Es una de las características de su pensamiento, su encarnación en formas que son figuras [...] mayoritariamente femeninas [...]. Representan, de un modo u otro, un pensar que es al mismo tiempo un sentir, y un sentir que es asimismo un despertar.¹⁹

11. Véase, por ejemplo, el capítulo «Soberbia de la razón», *Pensamiento y poesía en la vida española*, *Obras Completas vol. I*, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2015, p. 569. En el mismo texto, Zambrano afirma que «la filosofía es hija a su vez, de dos contrarios: admiración y violencia» (*Ibidem*, p. 576). En las páginas siguientes desarrolla esta idea diciendo que la violencia es «engendradora de la filosofía» (*Ibidem*, pp. 579-581). Zambrano ya desarrolló en gran medida esta idea en su primer ensayo: *Los Intelectuales en el drama de España*, OC I, op. cit.

12. Bonilla, A.B., «La transformación del logos», *Asparkia*, op. cit., p. 22.

13. Trueba Mira, V., «Figuras femeninas de la Razón poética (El pensamiento de María Zambrano desde una perspectiva de género)», *Sociocrítica*, 2013, vol. XXVIII, 1 y 2, p. 19.

14. *Ibidem*, p. 46.

15. Zambrano, M., *Hacia un saber sobre el alma*, Madrid, Alianza, 2001, p. 142.

16. Zambrano, M., *Unamuno*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2004, p. 61.

17. Trueba Mira, V., «Figuras femeninas de la Razón poética (El pensamiento de María Zambrano desde una perspectiva de género)», op. cit., p. 20.

18. Este término es fundamental y recurrente en su obra. Lo utiliza para describir el paradigma «lógico» que defiende, diferente del de la «Razón Pura». Véase *Pensamiento y poesía en la vida española*, op. cit., p. 582.

19. Trueba Mira, V., «Figuras femeninas de la Razón poética...», op. cit., p. 21.

II. Encarnación de la “Razón poética” a través de dos figuras femeninas: Antígona y Diótima de Mantinea

Esta «Razón poética» adopta, pues, los rasgos de dos figuras femeninas en particular –aunque Zambrano evoque a otras²⁰ en su obra: Antígona y Diótima de Mantinea. Según Bonilla,

como parte de su estrategia de transformar el logos, de dar plena voz al hombre (masculino y femenino), María Zambrano abraza en las figuras femeninas de Antígona y Diótima el ejercicio de la razón poética. Con Antígona y Diótima, resucitadas y transfiguradas por la escritura, María Zambrano da a luz, paradigmáticamente, la posibilidad que la historia había escatimado a la mujer.²¹

Estas dos mujeres son, a través de su encarnación, una respuesta de humilde²² y frágil humanidad a un logos solipsista y orgulloso. La encarnación teatral²³ que Zambrano elige para su Antígona, al igual que reanima a la eternamente excluida Diótima, atestigua este deseo de humanizar el Verbo. Además, ambas mujeres son alternativas al logos de los poderosos, como figuras de bienaventuradas –para Zambrano, los bienaventurados son aquellos «seres que voluntariamente renuncian al poder, al logos de la razón histórica y al progreso».²⁴ En otro brillante artículo, Bonilla muestra el otro logos que estas mujeres nos regalan a través de su encarnación. Revelan una dimensión oculta que la «Razón racionalista» no permite contemplar:

Este método de un logos transformado («voz de las entrañas», «luz de la sangre»), a entender de la filósofa-poeta da razón de los «profundos» o «ínferos» del ser humano y de su historia –las entrañas, los sueños, el padecer, la temporalidad, que han sido eludidos, condenados al exilio– por el imperio de una razón desencarnada, violenta y patriarcal. En las obras de los primeros años del exilio Zambrano desarrolló sus estudios sobre la razón mediadora (a veces, razón misericordiosa) como opuesta a la razón occidental [...].²⁵

Según el comentario de Zambrano sobre Diótima de Mantinea en sus *Obras Completas*, «la voz de Diótima es su esencial voz femenina de la razón poética»²⁶; ella es «lo otro del puro pensar racionalista [...] aquella voz femenina, piadosa, y que asume el delirio como forma de expresión y de conocimiento»²⁷. Además, en su texto «Eloísa o la existencia de la mujer», Zambrano destaca el poder sagrado de estas mujeres que pertenecen a un mundo no racional, sino prelógico: «Si el espíritu creador es divino, el mundo del alma –de la mujer– es sagrado, es decir, no revelado. Mundo anterior al «logos», entra en contacto con el «logos» mediante el ofrecimiento de sus entrañas para que en ellas se realice; se haga corpórea realidad; carne y alma.»²⁸ El logos que hablan las Antígona y Diótima zambranianas es, además, delirante y su delirio explica la alternativa lógica que encarnan, «ajena al mundo del saber y de la filosofía», según Elena Laurenzi²⁹.

20. «Estas mujeres de Zambrano son Safo, Eloísa, Sor Mariana Alcoforado, Diótima de Mantinea, Antígona, Lucrecia de León, las mujeres de Galdós –Nina, Tristana, Fortunata e Isidora–, Beatriz, Juana de Arco, Catalina de Siena, Bernardette y Simone Weil» (Balza, Isabel, «Apuntes sobre persona y feminismo en María Zambrano», en García Galindo y Ortega Hurtado (eds.), *Persona, ciudadanía y democracia. En torno a la obra de María Zambrano*, Málaga, Fundación María Zambrano, 2020, pp. 135-143: p. 128).

21. Bonilla, A.B., «La transformación del logos», *Asparkia*, op. cit., p. 24.

22. Zambrano, M., *Los Intelectuales en el drama de España y escritos de la guerra civil*, *Obras Completas vol. I*, op. cit., p. 236.

23. Lacau St Guily, C., *María Zambrano, La Tumba de Antígona...*, op. cit., p. 39; p. 73.

24. Bundgård, A., *Más allá de la filosofía: sobre el pensamiento filosófico-místico de María Zambrano*, Madrid, Trotta, 2000, p. 305.

25. Bonilla, A.B., «Delirio, (en)sueño y «razón poética» en la escritura de María Zambrano», en Souza, R., et alii (orgs.), *Literatura e Psicanálise. Encontros contemporâneos*, Porto Alegre, Dublinense, 2012, pp. 16-33: p. 25.

26. Zambrano, M., *Obras Completas*, op. cit., p. 1235. Diótima de Mantinea es una figura que también habita en Zambrano desde hace mucho tiempo. Los escritos sobre Diótima son, por otra parte, deslavazados y compuestos de varios fragmentos, escritos en su mayoría entre septiembre de 1956, desde Roma, y la primavera de 1957, cuando escribirá, esta vez, desde París. Zambrano retomó su texto de 1956 en 1966. Estos textos fueron publicados íntegramente bajo el título «Diótima de Mantinea», el 21 de junio de 1983, en la revista *Litoral*.

27. Zambrano, M., *Obras Completas*, op. cit., pp. 1235-1236.

28. «Eloísa o la existencia de la mujer», en *María Zambrano. Antología, selección de textos*, *Anthropos*, n.º 70-71, suplementos 2, 1987, p. 80.

29. Laurenzi, E., *Nacer por sí misma*, op. cit., p. 125.

En el prólogo de *La Tumba de Antígona*, Zambrano indica: «Antígona entró en su tumba, según Sófocles, lamentando sus nupcias no habidas. Entra delirando.»³⁰ A continuación, la filósofa explica por qué Antígona se sumerge en una paralógica delirante: «Supo entonces que no se le habían consentido las humanas nupcias porque había sido, desde que nació, devorada por el abismo de la familia, por los ínfimos de la ciudad. Y entonces se desatan al par su llanto y su delirio.»³¹ El delirio de Antígona dice algo oscuro y visceral que la Razón pura no puede expresar; sugiere un abandono, un desprendimiento que la Razón todopoderosa no puede permitir: «Y el delirio brota de estas vidas, de estos seres vivientes en la última etapa de su logro, en el último tiempo en que su voz puede ser oída. Y su presencia se hace una, una presencia inviolable; una conciencia intangible, una voz que surge una y otra vez.»³² Como subraya Zambrano en las últimas palabras del prólogo, «y no será extraño, así, que alguien escuche este delirio y lo transcriba lo más fielmente posible»³³. El prólogo de 1948 evoca esta misma idea. Antígona no razona ni racionaliza, delira: «Hubo de entregarse a su delirio, hubo de dejar que brotara en ella con la misma pureza que su grito contra Creón, el grito de su vida no vivida.»³⁴ El delirio es también la modalidad de expresión más poderosa –intrínsecamente otra, alternativa– para evocar esta vida frustrada que no pudo desplegarse, actualizarse como hubiera podido.

En los fragmentos que Zambrano dedica a la figura de Diotima de Mantinea, en el tomo VI de las *Obras Completas*, ésta también delira. Su progresión en el pensamiento no sigue una lógica racional. Diotima divaga, desvía, despliega un discurso marginal y frágil, a veces incomprensible. «Se hundían [las almas] en mí cuando se quedaban sin cuerpo. Y padecía yo sus dolores, aquéllos que ni habían tenido nombre. Todo su no-ser; lo que habían dejado de sentir y lo que habían dejado vagar fuera de sí mismas»³⁵, profesa Diotima. Su delirante paralógica continúa: «Me hundían en mí misma, haciéndome oscura, me llenaba de muerte y los vivos huían de mi lado. Y luego me levantaba y sentía mi alma anónima que sostenía a aquellas almas a medio despertar que ardían ya con esa luz del propio fuego; que comenzaban a reducirse.»³⁶ Todos los fragmentos de Diotima son una serie de digresiones a la vez profundas y delirantes. En un júbilo verbal e imaginativo, despliega igualmente un ímpetu de libertad que el espacio puramente racionalista no puede ofrecer.

Estas dos mujeres, aparte de su delirio, también están alejadas de toda lógica racionalista porque son figuras intuitivas, profundamente afectadas por un macrocosmos que perciben con singular agudeza³⁷. Antígona y Diotima son particularmente sensibles a la armonía cósmica. Hijas de Pitágoras, ambas escuchan el canto del mundo. En *La Tumba de Antígona*, aunque Antígona, en su primer monólogo, se queja del silencio que impregna la tumba en la que se encuentra, al evocar el canto del mundo, lo hace retumbar y convierte el silencio en un espacio musical:

Y ahora ¿vienes a decirme algo, luz del Sol? Si al fin te oyese si me dieras esa palabra, una sola, que viniera derecha al fondo de mi corazón, allí donde, ahora lo sé, ninguna palabra [...] nunca ha llegado; donde no entró

30. Zambrano, M., *La Tumba de...*, op. cit., p. 172.

31. *Ibidem*, p. 173.

32. *Idem*.

33. *Idem*.

34. *Ibidem*, p. 242.

35. Zambrano, M., *Obras Completas* vol. VI, op. cit., p. 403.

36. *Ibidem*, p. 404.

37. Zambrano habla incluso de un apego «maternal» a la materia cuando se refiere al realismo místico de Santa Teresa de Ávila (Zambrano, M., *Pensamiento y poesía en la vida española*, op. cit., p. 585). Volveremos más adelante sobre la dimensión materna y maternal de estas dos mujeres.

palabra alguna, ni llanto ni gemido, donde ni siquiera llegaron los ayes del hermano penando por sepultura, ni voz alguna de criatura viviente: ni el gemido del toro, ni el canto de la alondra, ni el poderoso arrullo del mar llegó nunca, ni nada de la vida³⁸.

En este poema teatral, las referencias a la armonía macrocósmica y a la música del mundo son constantes. Antígona también habla de la musicalidad de su nido sepulcral: «Mi casa. Y sé que te abrirás. Y mientras tanto, quizá me dejes oír tu música, porque en las piedras blancas hay siempre una canción.»³⁹ Ella continúa: «Quise oírla siempre, la voz de la piedra, la voz y el eco [...].»⁴⁰ Su tumba misma es musical y cantante: «Pero yo, mientras muero, quiero oírte a ti, mi tumba, quiero oírlos a vosotras, piedras de esta tumba mía, blanca como la boca del alba.»⁴¹

Diotima posee esta misma sensibilidad intuitiva y entrañable. Según María Joao das Neves: «Diotima, criatura casi del mundo natural, posee esta capacidad de captar realidades que están a punto de ser, posee una extraña sensibilidad hacia lo fragmentario y lo evanescente, y esto se debe, según ella misma, a que nunca ha pensado, es decir, nunca intentó formar palabra, nunca se sometió a ninguna lógica.»⁴² Diotima también tiene una percepción diferente del espacio y del tiempo: «Diotima puede sentir otros espacios y otros tiempos como el de los sueños.»⁴³ Su percepción macrocósmica es, pues, profundamente poética: «y ahora me doy cuenta de que todos mis movimientos han sido naturales, atraídos invisiblemente como las mareas que tanto conozco –siempre el agua– por un sol invisible, por una luna apenas señalada, blanca; la luna que nace blanca sobre un cielo azul, continuación del mar, la luna navegante y sola, reina destituida, reina, más que diosa, de un mundo que ya se fue y se perdió.»⁴⁴

Por otro lado, como encarnación de la «Razón poética», ambas aparecen como figuras maternas. De hecho, Zambrano habla muy pronto de la dimensión entrañablemente «maternal» y fuerte de la «Razón poética». En un texto de 1938 sobre Séneca, escribe: «El pensamiento español en sus horas más lúcidas, cuando con entereza viril está más despierto, manifiesta una razón maternal, tan poco despegada por ello de lo concreto y corpóreo, delicada y reacia a un tiempo, tan imposibilitada de hacerse idealista, tan divinamente materialista.»⁴⁵ Más tarde, en 1965, en su ensayo *España, sueño y verdad*, Zambrano seguirá desarrollando la necesidad de un logos constitutivamente materno, engendrador, pero reclinado en lo impensado: «De todas las funciones del pensamiento la más olvidada, a partir del racionalismo y de sus consecuencias, es esta de ayudar a nacer.»⁴⁶ Bonilla también refleja hasta qué punto la alternativa que representa la «Razón poética» a la «Razón racionalista» es visceralmente materna y maternal:

La escritura de la «Razón poética» es un pensamiento de «natalidad» que intenta una creación del ser por la palabra partiendo de su hundimiento en los ínfimos y atravesando las noches oscuras de las entrañas, el sentir, los sueños y la historia hasta trascender finalmente en una aurora en la que puede desplegarse como canto para aquietarse místicamente en el centro, en la luz⁴⁷.

38. Zambrano, M., *La Tumba de...*, op. cit., p. 177.

39. *Ibidem*, p. 179.

40. *Idem*.

41. *Idem*.

42. Das Neves, M. J., «Diotima de Mantinea en la voz de María Zambrano», *Aurora. Papeles del "Seminario María Zambrano"*, n.º 1, 1999, pp. 92-99: p. 95.

43. *Ibidem*, p. 99.

44. Zambrano, M., *Obras Completas vol. VI*, op. cit., p. 403.

45. Zambrano, M., «Los Intelectuales en el drama de España y escritos de la guerra civil», *Obras Completas vol. I*, op. cit., p. 227.

46. Zambrano, M., *España, sueño y verdad*, *Obras Completas vol. III*, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2011, p. 775.

47. Bonilla, A. B., «Delirio, (en)sueño y «razón poética» en la escritura de María Zambrano», op. cit., p. 25.

Encarnaciones de la «Razón poética», Antígona y Diótima son un soporte de muchas almas que acuden a beber de la «fuente» que constituyen, teniendo incluso Diótima, según Zambrano, vocación de «Madre de las almas»⁴⁸, como veremos. Ambas son parteras de la vida, trayendo a otros a la existencia, acompañándolos en su pobreza, en sus debilidades, no participando ellas mismas de la gloria del mundo. Son mediadoras de paz y de reconciliación: mayéuticas del amor.

Así, al contacto misericordioso y maternal de Antígona, todos se sienten renovados y amados. Según Trueba Mira, en *La Tumba de Antígona*,

Antígona recibe las visitas de los diversos personajes masculinos del drama –Edipo entra en escena en la primera parte y, en realidad, pertenece, como el novio Hemón, a un mundo de masculinidades dañadas que no cuentan en el sentido que aquí me ocupa. Los diálogos más relevantes para entender por qué Antígona representa una razón distinta de la predominante, una razón flexible, mediadora y con connotaciones femeninas, son los que mantiene con sus dos hermanos, Etéocles y Polinices, y con el déspota Creón. Frente a este mundo de masculinidades, emerge en toda su grandeza la figura femenina de Antígona, muchacha solitaria, capaz de defenderse sin tentaciones, consciente de sus (otras) razones [...]. Creón es en la obra de Zambrano el máximo representante del autoritarismo más cínico, de la superioridad más injusta. Es Antígona la que define a la perfección el lugar justo que ocupa en la historia [...]⁴⁹.

Antígona, bajo la pluma de Zambrano, es un símbolo de reconciliación⁵⁰. En *La Tumba de Antígona*, ella reconcilia, no imponiendo una Razón fría y «razonadora» –la que priva a los hombres de su libertad de conciencia, demasiado arrogante para abarcar la complejidad de la conciencia humana–, sino pensando el mundo y los vínculos humanos con dulzura, poesía y humanidad. El universo es concebido por la Antígona zambraniana, no en sus divisiones, oposiciones, antagonismos o enemistades estructurales, sino en sus articulaciones, sus conexiones, sus posibles rearmonizaciones. Este proyecto de reconciliación de antagonismos, de poner en concordancia lo que podríamos esquematizar como elementos contrarios, representado en *La Tumba de Antígona* y llevado a cabo por Antígona, es efectivamente el de la «Razón poética» zambraniana⁵¹. Así, mientras que la Razón sola excluye, separa, fragmenta, se opone a la Poesía, a los sentimientos, al asombro desinteresado y conmovido que produce escuchar el canto del mundo, la Razón zambraniana, encarnada por Antígona, no es excluyente ni violenta. Es entrañablemente reconciliadora y consoladora como podría ser una madre, misericordiosa, musical, lírica. La alianza que Antígona encarna de Razón y Poesía es, para Zambrano, lo que permite a los hombres apropiarse de la fraternidad o, más bien, del amor fraternal. Zambrano hace así de Antígona una mujer/una madre que pacifica y rearmoniza las oposiciones o divergencias. En el prólogo de 1967 a *La Tumba de Antígona*, la filósofa considera que «la vocación de Antígona –o la vocación «Antígona»– precede a la diversificación entre filosofía y poesía,

48. Zambrano, M., *Obras Completas vol. VI*, op. cit., p. 403.

49. Trueba Mira, V., «Figuras femeninas de la Razón poética...», op. cit., p. 28.

50. Lacau St Guily, C., *María Zambrano, La Tumba de Antígona...*, op. cit., p. 12.

51. *Idem*.

52. Zambrano, M., *La Tumba de Antígona y otros textos sobre el personaje trágico*, op. cit., p. 170.

está antes del cruce en que el filósofo y el poeta con tanto desgarramiento en algunos se separan»⁵².

Antígona aparece también como mediadora, como taumaturga materna que purifica a los miembros de su familia. Como señala Marifé Santiago Bolaños:

Las palabras tienen un poder purificador y liberador, un poder taumatúrgico: Antígona, en el texto de María Zambrano, es la que habla. Y todos vienen a beber sus palabras [...]. Un agua que salva, un agua que purifica, un agua que, a través del cuerpo-líquido amniótico de Antígona, permite a todos los demás nacer⁵³.

En el fragmento «Sueño de la hermana», Antígona reivindica la singularidad de su misión en relación con la de su hermana: «Tú no tenías que venir conmigo a lavar a nuestro hermano sin honra, porque mira, ya está claro, la lavandera soy yo.»⁵⁴ Ella es la que lava, la que blanquea, la que limpia al hombre de sus manchas⁵⁵. Las lágrimas que derrama por toda su familia permiten su transformación, su transfiguración: «El llanto es como el agua, lava y no deja rastro.»⁵⁶ El agua es el elemento purificador por excelencia, que purga las manchas, las huellas o las impurezas de los hombres.

En la escena entre Antígona y Edipo, este último, en cuanto se reencuentran, se sorprende al ver de nuevo, también al verse a sí mismo, con una nueva claridad. Es porque Antígona le ha acompañado al exilio que ha empezado a ver⁵⁷. La heroína Antígona, encarnación de la verdad –«Pero es que sale de mí la verdad una vez más sin culpa mía. Ella, la verdad, se me adelanta. Y yo me la encuentro de vuelta, cayendo sobre mí. La verdad cae siempre sobre mí»⁵⁸– cambia a las personas, las hace renacer. En esto, es una taumaturga que los transforma purificándolos. Edipo exclama: «Veo que únicamente contigo no me equivoqué.»⁵⁹ El que es el error mismo ya no se equivoca a su lado, el que ya no podía ver discierne, y ella es la mediadora, la condición de posibilidad de esta conversión. Y al declararle –«Eras tú mi cumplimiento, tú mi corona», «tú eres mi razón», «tú eres mi palabra sin error»⁶⁰–, revela a Antígona como el umbral vivo de un viaje iniciático hacia la verdad, que pone en marcha un proceso de conversión existencial, de «cumplimiento» individual. Las últimas palabras de Antígona, en esta escena con su padre, atestiguan de nuevo su poder taumatúrgico, socrático, como partera de almas.

EDIPO. —Ayúdame, hija, Antígona, no me dejes en el olvido errando.
Ayúdame ahora que ya voy sabiendo, ayúdame, hija, a nacer.
ANTÍGONA. — ¿Cómo voy a poder yo? ¿Cómo voy a poder hacerlos
nacer a todos? Pero sí, yo, yo sí estoy dispuesta. Por mí, sí; por mí, sí.
A través de mí⁶¹.

Es por su «intercesión» materna que todos pueden llegar milagrosamente a una nueva existencia, a su «segundo nacimiento» del que habla Zambrano en su prólogo de 1967⁶².

53. Santiago Bolaños, M., «María Zambrano diálogo con Antígona», *op. cit.*, p. 77.

54. Zambrano, M., *La Tumba de...*, *op. cit.*, p. 183.

55. *Ibidem*, p. 186.

56. *Idem*.

57. *Ibidem*, p. 187.

58. *Ibidem*, p. 188.

59. *Idem*.

60. *Ibidem*, p. 189.

61. *Ibidem*, pp. 190-191.

62. *Ibidem*, p. 163.

Otra forma de renacimiento existencial se encuentra en la escena entre Antígona y la sombra de su madre. La heroína, al verla aparecer, desea renacer como si no hubiera ocurrido ningún «error»: «Olvida. Si pudieras volver a ser niña, muchacha sin casamiento, sin saber de novio.»⁶³ Entonces, lo que era sólo un deseo parece cumplirse, en el mismo momento de su encuentro. Yocasta, cuyo nombre no se menciona ni una sola vez en la obra, ya no es descrita sólo como la madre incestuosa –que se ha casado sin saberlo con su propio hijo Edipo–, sino como una hija que debe regresar a un reino donde pueda renacer: «Y luego, sí, así lo creo, luego lo dejará nacer otra vez. [...] Vete, Madre, a tu Reino, criatura, hija también tú.»⁶⁴ A través del milagro de la presencia «maternal» de Antígona, el monstruoso error de Yocasta parece haber sido expurgado. Gracias a su intercesión, su madre parece seguir una fértil involución, la de parirse de nuevo a sí misma, y ya no a sus hijos; Yocasta da a luz fantasmáticamente, a través de su hija, a su propia condición de niña.

Del mismo modo, cuando la heroína encuentra a sus dos hermanos enemigos, les pregunta si han purificado sus corazones de la muerte⁶⁵. Y aunque ambos hermanos siguen enfrentados en esta escena, la presencia maternal de Antígona y la coexistencia triangular que permite les ofrece la posibilidad, en un tiempo condicional, de representarse la paz. Polinices dice, en efecto: «Y con ella al lado, si tú me hubieras dejado entrar, en la ciudad vieja, aquí en la tierra, aquí en nuestra tierra hubiéramos edificado la ciudad nueva: la de los hermanos.»⁶⁶ La reconciliación es hipotética, pero las palabras pronunciadas expresan el deseo de una nueva alianza. Antígona es, una vez más, la mediadora que permite, como una mayéutica, la conversión de un estado a otro. En este sentido, es de nuevo una madre universal, una partera de la paz⁶⁷. Por último, la Antígona zambraniana llama a una Nueva Ley, la del Amor, contra la Ley del Terror, la Discordia y el Odio. Esta Ley del Amor simboliza el deber de reconciliación entre hermanos⁶⁸. También es descrita por Antígona como algo que trasciende la Ley de los Hombres⁶⁹. Formula, en cierto modo, la nueva Palabra, «evangélica» en el sentido etimológico del término de «Buena Noticia», después de los diez mandamientos del Antiguo Testamento, transmitidos por el apóstol Juan: «Amaos los unos a los otros» (Jn 13,34). Reutiliza esta expresión connotada de «Nueva Ley» en su segundo monólogo, que se hace eco de la Ley de la Nueva Alianza⁷⁰. Por otra parte, en su intercambio con sus hermanos, Antígona se niega a acompañar a ninguno de ellos a la patria que cada uno le tiene reservada, porque ambas ciudades que ellos llaman nuevas son en realidad tierras de división que materializan su oposición. La Antígona zambraniana no sueña con esta tierra material, sueña, como una madre universal, con una forma de Jerusalén Celeste, con una Ciudad Celeste, y es sin duda esta tierra la que espera encontrar cuando «se duerma» como la Virgen María en la tradición cristiana, esta nueva tierra que ella llama Amor, la Tierra Prometida⁷¹.

Ahora bien, si Antígona lleva a los otros en su interior o los trae a la existencia, los acompaña cordial y piadosamente. Ésta es una de las especificidades de esta Antígona⁷². En su primer delirio de 1948, Antígona expresa hasta qué punto el amor que la habita la consume en sus entrañas: «Nacida para el Amor me ha devorado la Piedad, y qué hacer con estas entrañas que gimen y siento por primera

63. *Ibidem*, p. 197.

64. *Ibidem*, p. 201.

65. *Ibidem*, p. 210.

66. *Ibidem*, p. 215.

67. Lacau St Guily, C., *María Zambrano, La Tumba de Antígona...*, op.cit., pp. 51-53.

68. *Ibidem*, p. 203.

69. *Ibidem*, p. 205.

70. *Ibidem*, pp. 226-227.

71. *Ibidem*, p. 236. Lacau St Guily, C., *María Zambrano, La Tumba de Antígona...*, op.cit., p. 156.

72. Según Bonilla, «Antígona, un ser nacido para el amor y devorado por la piedad, resulta el personaje más querido y trabajado por María Zambrano» (Alcira B. Bonilla, *La transformación del logos*, Asparkía, p. 26).

73. Zambrano, M., *La Tumba de...*, op. cit., p. 247. «En esta obra, Antígona será, literalmente, la piedad, la ocupada en dar voz, desde la oquedad que ocupa, a lo que ha quedado excluido, proscrito, a lo no dicho» (Trueba Mira, V., *Figuras femeninas de la Razón poética...*, op. cit., p. 30).

74. Zambrano, M., «Para una historia de la Piedad», *Aurora*, n.º 7, 2005, p. 307, citado por Trueba Mira, «Figuras femeninas de la Razón poética...», op. cit., p. 30.

75. Trueba Mira, V., «Figuras femeninas de la Razón poética...», op. cit., pp. 30-31.

76. Bonilla, A.B., «La transformación del logos», *Asparkia*, op. cit., p. 27.

77. Murcia, I., «Diotima de Mantinea en la voz de María Zambrano: el camino unitivo del amor», op. cit., p. 595.

78. Zambrano, M., *Obras Completas vol. VI*, op. cit., p. 421.

79. «Madre de las almas... Se hundían en mí cuando se quedaban sin cuerpo. Y padecía yo sus dolores, aquéllos que no habían tenido nombre» (Zambrano, M., *Obras Completas vol. VI*, op. cit., p. 403).

80. Zambrano, M., *Obras Completas vol. VI*, op. cit., p. 402.

81. Das Neves, M.J., «Diotima de Mantinea en la voz de María Zambrano», op. cit., p. 93.

82. Véase Zambrano, *Obras Completas vol. VI*, op. cit. pp. 402, 403, 406, 642, etc.

83. Zambrano, M., *Obras Completas vol. VI*, op. cit., p. 406.

84. Das Neves, M.J., «Diotima de Mantinea en la voz de María Zambrano», op. cit., p. 99.

85. *Ibidem*, p. 96.

86. *Ibidem*, p. 98.

vez, cuando ya no es tiempo.»⁷³ «Piedad» es, afirma aquí Zambrano, «saber tratar con lo diferente, con lo que es radicalmente otro que nosotros»⁷⁴. Esta mujer que nunca ha llevado un niño en su interior se hace así disponible a la presencia del otro de una manera distinta; lleva al otro, al pobre, para que nazca de nuevo: «Otro tiene, en primer término, una dimensión política y social, *otro* es el vencido por la historia, el ignorado por las categorías de la cultura, el desheredado de la tierra, el exiliado: el loco, el niño, la mujer, el iletrado, el idiota [...]. El *otro* es el fracasado.»⁷⁵ Esta mujer, partera de almas, permite a los seres que la rodean empezar a contemplar de nuevo la luz, no la luz cegadora que deslumbra a los prisioneros que salen de la caverna platónica, sino la luz suave y prometedora de la aurora: «Sólo una muchacha como Antígona, en su humana debilitación, sensibilidad y pureza, y no el sobrio sujeto de la filosofía, revela el misterio de la conciencia auroral.»⁷⁶ Ahora bien, Antígona –como Diotima– no es un ser de transparencia y claridad racional pura y solar, siendo «el sol», como señala Inmaculada Murcia, «sinónimo de la razón, de la claridad frente a la luz ambigua del alba»⁷⁷. De paso cabe destacar que Diotima dirá de sí misma: «Escogí la oscuridad como parte. Quise hacer como la tiniebla que da a luz la claridad que la hace sucumbir, desvanecerse. [Tiempo y sólo tiempo, sumida en la noche, noche yo misma.]»⁷⁸

Diotima de Mantinea es también una figura materna. Además de ser llamada la «Madre de las Almas»⁷⁹, es descrita por los otros como una «mujer fuente»: «Creí que necesitaban oírme, que les fuera trasvasando ese mi saber que, como agua, se escapa imperceptible, desborda de toda mi persona. Recuerdo cuando me lo decían: «No es una mujer, sino una fuente»»⁸⁰ María Joao das Neves también lo subraya: «Diotima no era sólo una mujer, ni sólo un sacerdote, sino también, y más que nada, una fuente, es decir, el centro, el origen de la actividad y de la fuerza vital. [...] Diotima es, pues, una mujer fuente.»⁸¹ El universo acuoso⁸², uterino se podría decir, es muy prominente en la Diotima zambraniana. Así, Diotima se asombra: «Esto lo vi como si estuviera bajo el agua. Y en el agua había zonas de diferente luz y densidad. Y así, la imagen real daba origen a varias imágenes fragmentarias que se desvanecían. Algunas se repetían una y otra vez; otras eran cuestión de un momento. ¡Cuántos ritmos extraños que se entrecruzaban!»⁸³

Diotima, como Antígona, es una mujer que nos permite sumergir umbilicalmente en el momento y el espacio anteriores a la ruptura o separación existenciales, donde todo germina, se anuda y se teje, en una plenitud materna: «Ésta es, pues, su posición: Madre, origen anterior a la separación entre luz y sombras, y anterior a la diferenciación de los ritmos y sonidos.»⁸⁴ «Se adentra hacia los orígenes, hacia las tinieblas anteriores a la diferenciación entre luz y sombras, que posteriormente asumirán un significado moral»⁸⁵.

Después Diotima vió al modo de ver del poeta; y este modo de ver era como si estuviera bajo el agua. Según Cirlot, «la inmersión en el agua significa el retorno a lo preformal, con su doble significado de muerte y disolución, pero también de renovación y nueva circulación, porque la inmersión en el agua multiplica el potencial de la vida». De nuevo Diotima aparece en ese momento anterior al proceso de separación de las cosas del caos inicial⁸⁶.

Según Trueba Mira, Diótima representa también una figura de mediadora materna, llena de empatía hacia los demás: «Otra vez estamos ante una figura de piedad, y otra vez el elemento *agua* simboliza las cualidades de adaptación, flexibilidad, la capacidad de llegar a lo más hondo, de *hermanar* lo diverso, de socorrer a lo *otro*.»⁸⁷ Diótima da testimonio, en efecto, de ello, en un sueño que tiene con una serpiente, de su piedad y de su empatía maternal por las almas de los demás:

Tuve un sueño. No sé si lo fue, creo que sí. Una sierpe avanzaba hacia mí. No era mala ni traía quizás ninguna gota de veneno. Pero era una serpiente, aunque era casi blanca, blanda y muy sufrida, y quería vivir conmigo, y yo temí que ya nadie vendría a visitarme. Un hombre la partió de un tajo en dos, y entonces vi su alma, pequeña, débil, blanquecina, que temblaba como alguien que se ha quedado desnudo de repente y estaba triste; nadie se iba a acercar a recogerla. Me encontré diciéndole «Alma de la serpiente, estás triste sin tu cuerpo; ven conmigo, que yo te llevaré en mi alma» [...] la piedad fue más fuerte que el temor de volverme mala y, ya sin palabras, me incliné y ella subió al lado de las otras almas.⁸⁸

Diótima es también una figura del amor, orientada a acoger al otro y a la reconciliación. En el fragmento de septiembre de 1956, Diótima exclama: «Entonces comencé a sentir, a saber, que el amor ha de hacerse ley; que las leyes verdaderas son gestos de amor, momentos del amor.»⁸⁹

Finalmente, en la obra de Zambrano, estas dos mujeres se hacen carne para rehumanizar un mundo que fríamente da la espalda a los pobres, los marginados o aquellos que molestan a los demás. Según Trueba Mira, Zambrano hablaba desde más allá del sistema, un más allá que la historia siempre ha denominado femenino. Ese espacio que habita Antígona (fuera de la *polis*), [...] o Diótima (fuera de la luz). Zambrano habla, desde el desierto, desde la pobreza y desde la oscuridad, de la necesidad de feminizar el mundo para hacerlo más habitable, más creador, más dador de sentido.⁹⁰

A través de su delirio, su humildad y sus fallas, Antígona y Diótima muestran que el amor incondicional salva y que es urgente pensar el Verbo filosófico en carne y hueso, que el logos puede evocarse poéticamente, pero que su actualización más lograda tiene en realidad un rostro. Puede contemplarse a través de ambas mujeres, dos epifanías del amor, que señalan hacia la Aurora: «Si el momento auroral de la conciencia es realizado por una heroína trágica, será otra mujer, la gran ausente del *Simposio* platónico, quien protagonice la aurora de la filosofía.»⁹¹

87. Trueba Mira, V., «Figuras femeninas de la Razón poética...», *op. cit.*, p. 35.

88. Zambrano, M., *Obras Completas vol. VI*, *op. cit.*, p. 639.

89. *Ibidem*, p. 402.

90. Trueba Mira, V., «Figuras femeninas de la Razón poética...», *op. cit.*, p. 48.

91. Bonilla, A.B., «La transformación del logos», *Asparkia*, *op. cit.*, p. 28. El relato de este *Simposio* se encuentra en *El banquete* de Platón.

MANUEL AZNAR SOLER

GEXEL-CEDID-Universitat Autònoma de Barcelona

María Zambrano y el Segundo Congreso Internacional de Escritores para la Defensa de la Cultura

Resumen

María Zambrano fue el 18 de julio de 1936 una intelectual “leal” al gobierno republicano del Frente Popular. Afiliada a la Alianza de Intelectuales para la Defensa de la Cultura y “al servicio de la causa popular”, colaboró en revistas militantes como *El Mono Azul* y *Hora de España*, impulsó diversas actividades culturales durante su estancia en Chile en defensa de la República española y publicó *Los intelectuales en el drama de España*. A su regreso, asistió en Valencia el 4 de julio de 1937 a la sesión inaugural del Segundo Congreso Internacional de Escritores para la Defensa de la Cultura. Una fotografía de Walter Reuter, un artículo de aquel año 1937 y una carta inédita de 1978 documentan la relación de María Zambrano con aquel mítico Congreso.

Palabras claves

María Zambrano; Intelectuales y pueblo; Guerra y revolución; Alianza de Intelectuales para la Defensa de la Cultura; *El Mono Azul*. *Hora de España*; *Los intelectuales en el drama de España*

María Zambrano and the Second International Congress of Writers for the Defense of Culture

Abstract

On July 18, 1936, María Zambrano was an intellectual “loyal” to the Republican government of the Popular Front. Affiliated to the Alliance of Intellectuals for the Defense of Culture and “at the service of the popular cause”, she collaborated in militant magazines such as *El Mono Azul* and *Hora de España*, promoted various cultural activities during her stay in Chile in defense of the Spanish Republic and published *Los intelectuales en el drama de España* (Intellectuals in the drama of Spain). On his return, he attended the inaugural session of the Second International Congress of Writers for the Defense of Culture in Valencia on July 4, 1937. A photograph by Walter Reuter, an article from that year 1937 and an unpublished letter from 1978 document María Zambrano’s relationship with that mythical Congress.

Keywords

María Zambrano; Intellectuals and the people; War and revolution; Alliance of Intellectuals for the Defense of Culture; *The Blue Monkey*; *Time for Spain*. *Intellectuals in the drama of Spain*.

Para Antolín Sánchez Cuervo

I. María Zambrano y la Segunda República Española (1931-1936)

El 18 de julio de 1936, ante la sublevación militar fascista que originó la guerra de España, María Zambrano fue una intelectual «leal» al gobierno republicano del Frente Popular, vencedor en las elecciones democráticas de febrero de 1936.

Esta condición «leal», que María Zambrano manifiesta en *Los intelectuales en el drama de España*, su ensayo militante de 1937, no constituía ninguna sorpresa dada la trayectoria vital e intelectual de María Zambrano desde que el 14 de abril de 1931 se proclamó por voluntad popular la Segunda República Española (Bundgard 2009):

En abril de 1931 el pueblo había mostrado su cara; la cara de la alegría y de la gloria que no conocíamos los españoles. Nunca habíamos estado todos juntos tan contentos, porque nunca habíamos estado contentos, y muy pocas veces juntos (Zambrano 1998: 105).

Una convicción «popular» que reafirmaba en su durísima carta contra el doctor Gregorio Marañón, un intelectual «liberal» que, ante la realidad de la guerra, al igual que el filósofo «liberal» José Ortega y Gasset, maestro de María Zambrano, había adoptado una actitud «neutral» contra la República:

[...] No fueron los partidos políticos, como ya señalara Ortega y Gasset, quienes trajeron la República. ¿La trajo quién? El pueblo.

El pueblo: algo con lo que el liberal se olvida de contar (1998: 126).

Ese protagonismo del «pueblo», en su sentido más genérico, volvió a estar presente, según la propia Zambrano, en la fracasada revolución de octubre de 1934:

El hecho de la revolución de octubre de 1934 es decisivo, porque en él se muestra el pueblo en su grandiosa presencia. [...] Octubre de 1934 en Asturias mostró la presencia íntegra del pueblo; en su fiereza y ternura, en su padecer infinito. Hoy se ve con intuición poderosa, aunque de dolorosas consecuencias por los martirios que sufrieron, que tuvieron motivo para lanzarse a impedir la subida al poder de fuerzas tan negras, de tan pavorosos designios. No se equivocaron y su martirio tampoco fue estéril (1998: 105).

Deudora del *Juan de Mairena* de su admirado Antonio Machado –no olvidemos que el poeta fue amigo de su padre, Blas Zambrano–, la autora distingue lúcida-mente entre el patriotismo de «los señoritos» y el patriotismo popular:

Marxista o no marxista, el pueblo siempre es lo nacional. Antonio Machado lo dice como nadie:

La patria –decía Juan de Mairena– es en España un sentimiento esencialmente popular del cual suelen jactarse los señoritos. [...] Si algún día tuvierais que tomar parte en una lucha de clases, no vaciléis en ponerlos al lado del pueblo, que es el lado de España...

Esta verdad se nos hizo presente ya a todos los españoles con el terrible acontecimiento de la revolución asturiana y la represión bárbara que la siguió (1998: 106-107).

En efecto, la brutal represión de los mineros asturianos por parte del gobierno derechista de Alejandro Lerroux (Partido Radical) y José María Gil-Robles (la CEDA) impactó en las conciencias de buena parte de la intelectualidad española:

La horrible represión de Asturias, la llegada de moros del Tercio Extranjero llevados por el Gobierno para dominar el levantamiento de españoles, la licencia con que estas tropas dieron suelta a sus instintos, mostraba de cuánto eran capaces los «concesionarios» de la patria. [...] Se elaboró la teoría de la patria y de la antipatria, de la España y la anti-España (1998: 105).

II. El 18 de julio de 1936 y María Zambrano en la guerra de España

No hay que olvidar nunca que la República no hizo la guerra, sino que se la hicieron. Por ello, para Zambrano fue una «guerra no buscada, sino simplemente aceptada» (1998: 277). Tampoco debe olvidarse nunca que la guerra de España no fue únicamente una guerra civil entre españoles, sino una guerra internacional declarada por el fascismo español contra la legalidad democrática republicana que contó desde el principio con la ayuda militar del fascismo internacional, es decir, de tropas nazis de la Alemania de Hitler y de tropas italianas de Mussolini:

Está el hecho mismo de que veamos a España invadida de ejércitos italianos y alemanes. El pueblo lo supo cuando, sin armas, se lanzó a tomar el Cuartel de la Montaña. Aquel día despertó la furia celtíbera, la misma de Numancia y el Dos de Mayo. Los comunistas gritaban por su periódico, *Mundo Obrero*: ¡Viva España!, y así era. El pueblo luchaba de nuevo por su independencia, mientras los señoritos, como en la invasión napoleónica, ayudaban al invasor (1998: 117).

Al margen de una equiparación más que discutible entre «los señoritos» afrancesados de 1808 y «los señoritos» fascistas de 1936, Zambrano sostiene que la guerra de España es una nueva guerra de Independencia, tesis defendida también entonces por el Partido Comunista de España (Bundgard 2009: 202):



María Zambrano a la salida de la sesión inaugural del II Congreso de escritores. Ayuntamiento de Valencia, 4 de julio de 1937.
© FOTO WALTER REUTER

Cuando el pueblo español conoció la traición de que era objeto, cuando tuvo la evidencia plena de la invasión del fascismo internacional atentando contra su libertad y su hombría... [...] lo que en realidad tuvo lugar no fue *un acto moral, sino un acto de fe*. Por un acto de fe en su destino humano, por un acto de fe en su dignidad y en la libertad ultrajadas, el pueblo español se lanzó a la muerte sin medir las fuerzas, sin calcular. Por un acto de fe irresistible (1998: 215).

La resistencia antifascista del pueblo español fue para Zambrano un «acto moral», «un acto de fe» en defensa de su dignidad y de su libertad. Así, en su «Carta a Rafael Dieste», fechada en «Valencia, noviembre 1937», escribe:

«La guerra, la guerra de *invasión* sobre España, la guerra nuestra de independencia me ha *convertido*, quiero decir que me sumergió absolutamente en lo español que he sentido revivir día a día (1998: 168).»

Naturalmente, mientras el fascismo internacional ayudaba militarmente a las tropas del general Franco, María Zambrano se manifiesta radicalmente en contra de la política de no-intervención practicada por las democracias burguesas occidentales (Francia e Inglaterra), una forma de intervención como otra cualquiera en contra de la República Española. Por ello, en su «Carta a Rosa Chacel», fechada en Barcelona el 26 de junio de 1938, menciona también a su querida Concha de Albornoz, ejemplos ambas de intelectuales que han abandonado la España republicana y se encuentran ya en el extranjero:

Pero te repito la diferencia: yo estoy aquí, ligada a esto, no a un partido político, pues estoy más sola aún que cuando me conociste, más aislada. Ligada a la lucha por la *independencia* de España, por la existencia misma de España contra Italia –caricatura del Imperio romano contra la cual voy por caricatura y por Imperio–, contra los bastardos del Norte, contra la pérfida y zorra Albión, contra la degeneración y perversión más grande de lo español que han conocido los siglos..., y *con*, con mi pueblo, en el que creo al par que en Dios (1998: 212).

III. La Alianza de Intelectuales para la Defensa de Cultura (AIDC)

Pero volvamos a María Zambrano y al 18 de julio de 1936. En este sentido, hay que tener presente que, a finales de julio de ese mismo año, se publicó el Manifiesto de la AIDC madrileña, cuyo primer firmante fue «Alfonso R. Aldave, escritor» y, entre muchos nombres más, consta también el de «María Zambrano, escritora» (Aznar Soler 1987: 303-304):

Hacia el mes de abril de 1936 comenzaron en Madrid las reuniones de un grupo de intelectuales para constituirnos en una agrupación correspondiente a la similar de París. [...] El engañoso mito de la España y la «anti-España», de la patria y la «anti-patria», se levantaba inflado por los «teóricos» del fascismo, y dicho está que de todos estos «anti» se hacía responsable a gran parte de la intelectualidad. Estos síntomas diversos acusaban la inminencia de un cambio profundo; cuando hacíamos un viaje por los campos y pueblos de España sentíamos, sin embargo, venir a nuestro encuentro una esperanza desprendida de aquellos rostros macilentos, de aquellos ojos arrasados de fatigas.

Todo esto y otros síntomas, aún, que no es el caso de enumerar, patentizaban, con la evidencia de los hechos, que la situación del intelectual tenía que cambiar entre nosotros, que había ya cambiado en realidad, puesto que no era posible permanecer apartados, separados de problemas tan hondos e inmediatos (1998: 148)

Los intelectuales «leales» al gobierno republicano se pusieron por tanto al servicio de la causa popular: unos abandonaron la pluma por el fusil para luchar en los frentes y otros empuñaron sus plumas como armas de guerra para escribir artículos, libros, obras de teatro y poemas:

El manifiesto que pensábamos dar como acta de nacimiento y declaración de nuestro espíritu hubo de juntarse con el que las nuevas y trágicas circunstancias demandaban. Y éste fue el primer acto con el que la «Alianza» entró en vida, ya plenamente dentro de la lucha activa contra el fascismo.

Muchos de los que firmaron el manifiesto se incorporaron voluntariamente a las filas del naciente Ejército Popular, otros comenzaron trabajos de cultura en los batallones, organizando bibliotecas, charlas, pequeños mítines, lecturas de poesías en los cuarteles y en los hospitales. Algunos visitaron continuamente los frentes, tanto para una labor de propaganda en ellos, como para escribir crónicas de qué pasaba allí, trayéndonos su magnífico espíritu a los que quedábamos (1998: 149).

La Alianza fue, por tanto, la organización unitaria y Frente Popular de los intelectuales republicanos «leales» que lucharon en defensa de la cultura contra el fascismo internacional:

La Alianza ha sabido agrupar a los núcleos más valiosos de la intelectualidad española, muy especialmente a los jóvenes, poetas, artistas, ensayistas e investigadores, para ponerlos al servicio de su pueblo. Ha sido así el cauce apropiado de la pasión de la inteligencia en nuestra lucha. Todas las posiciones del intelectual en España, desde Gil Albert a Bergamín, están representadas e integradas en la Alianza, como lo están en las trincheras, donde nuestros combatientes se unen ante un enemigo común, que lo es también de la inteligencia y de la cultura (1998: 151).

Era el tiempo de la intelectualidad militante y combatiente, el tiempo en que «todos éramos militantes, combatientes, la inteligencia también, y esto me parecía restituirla a días de aurora; la veía fragante como en Grecia, recién nacida en Madrid, como España. Hombres recién nacidos, recreados, pensaba yo, éramos todos» (1998: 169). En definitiva, era el tiempo en que los intelectuales «dejaron de serlo para ser hombres» y afirmar así «la hombría en su sentido moral» (1998: 112):

En los días del 17 al 20 de julio, muchos muchachos de profesión intelectual, sintiéndose ante todo hombres, marcharon a combatir al frente de la Sierra o participaron en la toma del Cuartel de la Montaña, nuevo 2 de mayo. [...] para que se les facilitasen armas, de las escasísimas que existían por aquellos angustiosos días. Así, Rodríguez Moñino [...] Juan Chabás.

Era admirable esa pasión decidida, este olvido de todo lo que no fuese la hombría en su sentido moral. Pero pasados los primeros momentos, cuando se comprendió que la lucha sería larga y que no resultaba del todo adecuado el espontáneo y heroico ejército formado sobre la marcha, sino que sería preciso organizarse para una guerra larga, constituirse en pueblo que vive en pie de guerra, de lucha forzosamente, si no quiere dejar de existir, se pensó entonces, naturalmente, en una división de funciones y trabajos y en el máximo rendimiento que cada uno podía dar en esta tremenda lucha.

Pasado también el primer momento, en el que solamente se sentía uno existir como ser humano simplemente, vino una recuperación del ser anterior; el intelectual recordó su oficio, pensando que la guerra no debía despojarle de esta su condición, que debía, por el contrario, afilar y pulir como un arma más en servicio de la causa común (1998: 108-109).

La intelectualidad republicana antifascista creó en aquellos primeros meses de guerra revistas como *El Mono Azul*, «Hoja semanal de la Alianza de Intelectuales Antifascistas para la Defensa de la Cultura», órgano de expresión de «la razón armada, combatiente» cuyo primer número se publicó en Madrid el jueves 27 de agosto de 1936:

Se sentía la intelectualidad como un oficio como otro cualquiera, que tenía su función y su utilidad social. Pero la sociedad a la que pertenecíamos estaba en guerra. *La inteligencia tenía que ser también combatiente*. Y nació *El Mono Azul*, publicado por la Alianza de Intelectuales Antifascistas; la inteligencia vistió este traje sencillo de la guerra, este uniforme espontáneo del ejército popular.

Todavía hay quien se extraña. Pero convendría recordarles que, en los días del nacimiento de la razón, cuando en Grecia, con maravillosa y fragante intuición, se quiso representar a la diosa de la sabiduría, Palas Atenea, se la vistió con casco, lanza y escudo. La razón nació armada, combatiente. Se había olvidado esta razón militante en el mundo moderno... (1998: 109).

Expresión de la «razón militante», *El Mono Azul*, que anunciaba «una nueva época de la cultura, un nuevo sentido de la inteligencia», tomaba su nombre del popular mono azul, indumentaria habitual entonces de los obreros españoles:

Razón militante, armada de casco, lanza y escudo. Nuestro modestísimo *Mono Azul*, de Madrid, nacido entre metralla, bombas y fusiles, revive este momento de la aurora de la razón en Grecia. En vez de las armas guerreras de la diosa Palas, la humilde tela azul del traje de trabajo, pueblo directamente, para fijar poéticamente las hazañas heroicas y que el pueblo se recuerde y se reconozca a sí mismo en la poesía (1998: 110).

En efecto, el romance fue la estrofa popular utilizada mayoritariamente entonces por los poetas «leales», origen de esa primavera poética que fue el *Romancero de la Guerra de España*:

Lo más destacado de *El Mono Azul*, lo más popularizado, es el romancero de la guerra. [...] Se discute entre intelectuales, y dentro de España mismo, el sentido que pueda tener resucitar esa vieja forma del romance para contar y cantar hechos de hoy. No vamos a entrar aquí en esta

polémica. Pero hay algo positivo, y es este paso dado por la poesía en sus poetas mejores y de más brillo para acercarse al pueblo directamente. [...] Me conmueven profundamente romances como la *Defensa de Madrid*, de Alberti, como *Viento del pueblo*, de Miguel Hernández, y otros muchos de magníficos poetas que tendrán el día de mañana un valor documental riquísimo y que ya hoy muchos milicianos repiten en la agonía de las trincheras (1998: 111).

Sin embargo, transcurridos esos primeros meses convulsos del verano de 1936, María Zambrano iba a identificarse mucho más con el grupo de artistas y escritores (Rafael Dieste, Ramón Gaya, Juan Gil-Albert, Antonio Sánchez Barbudo, Arturo Serrano Plaja) que en enero de 1937 crearon en Valencia la revista *Hora de España*:

El propósito es sobriamente enunciado en el número primero: se trata de vivir íntegramente esta hora de España. [...] Pero se trata también, y más hondamente, de realizar en lo intelectual la revolución que se realiza en las otras zonas de la vida. Se trata [...] de dar vida y luz a todo lo que necesita ser pensado, a la cultura nueva que se abre camino (1998: 114).

Hora de España era una revista, dependiente de la Subsecretaría de Propaganda, que se declaraba explícitamente «al servicio de la causa popular» y, aunque «nacida en la guerra, no era de guerra» como *El Mono Azul*:

Y lo que de un modo privilegiado da a ver ante todo *Hora de España* es la creencia de que la suerte del pueblo y la suerte del pensamiento eran una y la misma España.

[...]

Para el sabio, para el humanista o «ilustrado», para el intelectual desde que esta denominación entró en curso, no ha sido tan evidente que el destino del pensamiento estuviese unido al pueblo. Y menos, todavía, si se les considera como grupo o clase. La simpatía o el inclinarse ante la razón histórica que el pueblo puede tener no llega a esta creencia que identifica el destino del pueblo y el de la razón. Y ni tan siquiera ha sido así cuando el pueblo se identifica con la independencia nacional, como en España frente a la invasión napoleónica (1998: 277-278).

Hay en María Zambrano durante aquellos años de guerra una comunión incondicional y casi mística con el pueblo español antifascista que lucha por la independencia, la democracia y la libertad. Sin embargo, esa «comunión» es matizada por la propia autora cuando se localice en 1973 y se publique en 1974, con un prólogo suyo fechado en «La Pièce, 24 de noviembre de 1973», el hasta entonces perdido número XXIII de *Hora de España*, correspondiente al mes de noviembre de 1938 y que, «acabado de imprimir en enero del 39, quedó encerrado dentro de la imprenta» (1998: 275):

Y solamente nos queda a nosotros aquí indicar que [...] este sentir y pensar, esta fe en que la suerte del pensamiento y del pueblo que se manifiesta privilegiadamente en *Hora de España* no podía entrañar «el sacrificio del pensamiento a la causa del pueblo», ni tan siquiera que el pensamiento se pusiera «al servicio de la causa popular», según reza el lema de la revista, mas que, justamente, de este modo: sabiendo, creyendo que la cabeza del hombre que piensa no tenía que ser depositada al pie del ídolo-pueblo, no de la «hora de la masa», caprichosa y danzante Salomé que bien puede ser uno de los símbolos de la humana historia cuando pide nada menos que la cabeza del Precursor. [...] Ningún ídolo presidió nuestra alma, nuestra mente. No fuimos, claro parece, idólatras. La diafanidad se imponía (1998: 279-280).

Para la razón poética de Zambrano, «el autor entre todos es el poeta, y el filósofo también, más en oficio de poeta. Y el poeta ¿no necesitaría ser filósofo o crítico, y recoger la historia, y todos, ante todo, eso, seres a la altura de la humana condición?» (1998: 277-278).

Entre guerra y revolución, las nuevas circunstancias históricas y políticas evidenciaron con claridad que «dos direcciones opuestas separan a los intelectuales españoles» en aquella hora de España:

Los que quedamos de este lado, en las trincheras del pueblo, y ustedes, de quienes hemos esperado tanto y por diversos sucesos, entre ellos la muerte, el silencio o la deserción neutral, que quedan para siempre separados de las que van a ser nuestras tareas (1998: 115).

Ese «ustedes» se refería, por ejemplo, a Marañón y a Ortega y Gasset, intelectuales liberales que ahora, fuera de España, pretendían ser «neutrales». Por el contrario, Zambrano se situaba «en las trincheras del pueblo» y por ello, en su durísima carta contra el doctor Marañón, condenaba enérgicamente su actitud de «deserción neutral», una presunta «neutralidad» que quería ser, en un «equilibrio imposible», equidistante entre fascismo y pueblo español combatiente, la presunta equidistancia intelectual de la llamada posteriormente «Tercera España»:

Aquellos que en el trance terrible pretendieron sustraerse a su conmoción, alegando su condición suprastral de pensadores o artistas, como si la condición humana pudiera eludirse, quedarán desvinculados de las tareas esenciales del futuro, vagando en esos espacios siderales del arte, lejos de los hombres, de sus dolores y de sus glorias. [...] Los que no supieron encontrar en sí mismos esas reservas de humanidad y se metieron en la cueva oscura de la impotencia disfrazada de arte o pensamiento más o menos puro, han quedado por debajo de los tiempos, incapaces de toda acción creadora. De entre ellos, los incapaces de correr el riesgo de ser hombres, han salido los neutrales y los renegados, que aprovecharon el salir de las fronteras españolas para lanzar su resentimiento. [...] Los

«neutrales» hablan de valor por estar en el equilibrio imposible entre dos contrarios que no existen, que no pueden existir en un mismo plano; porque no hay término medio entre la muerte y la realidad preñada de futuro, ya actual, de la España que renace (1998: 113).

Recordemos que para Zambrano el 18 de julio de 1936 era «un acontecimiento no buscado, ni querido, pero ante el cual no queda sino tomar partido» (1998: 214). Y, a su juicio, obviamente, la «neutralidad es también un partido», una actitud cobarde, la de contemplar desde el extranjero el «espectáculo» de la guerra, la de ser espectadores y ver los toros desde la barrera:

Porque había llegado la hora. La hora que ellos no querían ver. La hora que los jóvenes sí veíamos, por la sencilla razón de que la sentíamos. Íbamos a ser la generación del toro, del sacrificado. Ellos, no. Ellos no se sentían sacrificados. Habían olvidado la noción del sacrificio, la historia sacrificial. Para ellos, se diría que todo era espectáculo: estaban sentados, aunque no fueran a los toros, siempre en la barrera. A salvo, viendo (1998: 125).

Por el contrario, Zambrano considera al pueblo, que nada tiene que ver con «las masas» orteguianas, como «el máximo sujeto de la historia» (1998: 141), «la materia única en que espera encarnar toda nobleza, toda grandeza» (1998: 262). Y, por ello, «nosotros antes y sobre todo pertenecemos al pueblo español, y estamos unidos a su suerte y a su porvenir incondicionalmente porque le amamos y este amor nos da esperanzas en sus decisiones» (1998: 119):

Ellos se han alzado por el odio; el pueblo les opone resistencia por no entregarse a la más vil de las esclavitudes. No se resigna a perecer; eso es todo. Prodigas con su sangre su fe en la vida (1998: 217).

IV. María Zambrano en Chile (18 de noviembre de 1936-11 de mayo de 1937)

María Zambrano se casó en Madrid el 14 de septiembre de 1936 con el diplomático Alfonso Rodríguez Aldave, que, ante la deserción de la mayoría del cuerpo, fue nombrado secretario de la Embajada de España en Santiago de Chile. Así, a bordo del buque «Santa Rita», el matrimonio Aldave-Zambrano desembarcó el 18 de noviembre de 1936 en el puerto de Valparaíso y se trasladó a continuación a la capital, Santiago, donde fueron recibidos por Rodrigo Soriano, el embajador. Sin embargo, el 11 de mayo de 1937 decidieron regresar a la España republicana, ya que el diplomático fue llamado a filas y rehusó el ofrecimiento de Soriano de declararlo «insustituible en la embajada» (Soto García 2005: 64).

Durante su estancia americana, María Zambrano organizó diversas actividades culturales en favor de la causa republicana, se vinculó al Movimiento Pro Emancipación de la Mujer Chilena (MEMCH) y publicó en la editorial Pano-rama tres libros durante el año 1937: en abril, *Federico García Lorca. Antología* (Zambrano 2015: 379-452); en mayo, *Romancero de la Guerra Civil Española* (2015: 453-514); y, en junio, *Los intelectuales en el drama de España* (2015: 140-194).

Vale la pena recordar un artículo suyo, titulado «A los poetas chilenos de *Madre España*» (2015: 376-378), título de una antología de poetas chilenos en homenaje a la memoria de Federico García Lorca (2015: 338-378). En este artículo, fechado en «Santiago de Chile, enero de 1937» y publicado el 18 de enero de 1937 en el periódico *Frente Popular*, aparece ya el concepto de «razón poética» –«muy probablemente, la primera formulación explícita de la «razón poética» en la obra de Zambrano», según Antolín Sánchez Cuervo (2015: 909, nota 235)–, «razón poética» que volverá a reafirmar en su reseña de *La guerra* de Antonio Machado en diciembre de ese mismo año:

Brota la fecundidad de esta conjunción de dolor humano y razón activa, de la carne que sufre y la inteligencia que descubre. Sólo el dolor no bastaría porque la pasividad nunca es suficiente, ni tan siquiera la fiera lucha armada; es preciso, y más que nunca, el ejercicio de la razón y de la razón poética, que encuentra en instantáneo descubrimiento lo que la inteligencia desgrana paso a paso en sus elementos. Es necesaria, y más que nunca, la poesía; y por eso es que brota entre vosotros, hermanos chilenos que contribuís así a la lucha de España acompañándola, dándole vuestra voz de amor y de esperanza, de afirmación filial en instantes en que sus entrañas maternas sufren la agonía de la vida creadora (2015: 377-378).

En efecto, María Zambrano, en su reseña de *La guerra* de Antonio Machado, publicada en el número XII (diciembre de 1937) de la revista *Hora de España*, se reafirmaba en su convicción de que

La poesía española es tal vez lo que más en pie ha quedado de nuestra literatura, cosa que no nos ha sorprendido, porque su línea ininterrumpida desde Juan Ramón Jiménez es lo más revelador, la manifestación más transparente del hondo suceso de España... [...] La historia de España es poética por esencia, no porque la hayan hecho los poetas, sino porque su hondo suceso es continua transmutación poética y quizá también porque toda historia, la de España y la de cualquier otro lugar, sea en último término poesía, creación, realización total; por todo esto que se apunta y por otras cosas que se callan, tal vez sea la poesía española, desde Juan Ramón Jiménez hasta hoy, el índice o documento mejor de nuestros verdaderos acontecimientos (1998: 171).

Si para Zambrano el poeta era «un legislador, legislador poético, padre de un pueblo», Antonio Machado es el «Poeta, poeta antiguo y de hoy; poeta de un pueblo entero al que enteramente acompaña» (1998: 172). En Antonio Machado hay poesía y pensamiento, porque «si miramos a su propia poesía, sin atender a los pensamientos que Juan de Mairena o el mismo Machado hombre nos da en *La guerra*, vemos que no le es ajeno el pensamiento» (1998: 173). Poesía y pensamiento, de ahí la razón poética:

Poesía y razón se completan y requieren una a otra. La poesía vendría a ser el pensamiento supremo por captar la realidad íntima de cada cosa, la realidad fluente, movediza, la radical heterogeneidad del ser.

Razón poética, de honda raíz de amor.

No podemos proseguir por hoy, lo cual no significa una renuncia a ello, los hondos laberintos de esta razón poética, de esta razón de amor reintegradora de la rica sustancia del mundo. Baste reconocerla como médula de la poesía de Antonio Machado, poesía erótica que requiere ser comentada, convertida a claridad, porque el amor requiere siempre conocimiento popular (1998: 177-178).

El matrimonio Aldave-Zambrano publicó el 11 de mayo de 1937 en el periódico chileno *Frente Popular* una nota de despedida firmada por ambos que decía así:

Con el pie en el estribo y listos para defender a la libertad y a la Democracia con las armas, un cordial saludo al pueblo chileno por intermedio de nuestro querido Frente Popular (Soto García 2005: 67).

Conviene recordar que durante su estancia chilena María Zambrano asistió en representación de la Alianza española al Primer Congreso de Escritores de Chile, celebrado el 3 de abril de 1937 en Santiago. Las resoluciones de aquel Congreso fueron entregadas por Manuel Rojas, presidente del mismo, al embajador español Rodrigo Soriano. Alfonso Rodríguez Aldave, secretario de la embajada, transmitió estas resoluciones a la Alianza madrileña y *El Mozo Azul* publicó en su número 16 (1 de mayo de 1937) un texto fechado en «Santiago, 7 de abril de 1937» que estaba firmado por Eugenio Orrego, Alberto Romero, Luis Alberto Sánchez y Gerardo Seguel.

María Zambrano, desde su regreso a la España republicana en mayo de 1937, vivió en Valencia y Barcelona y siguió siendo «negrinista» hasta el final de la guerra, es decir, fiel al gobierno republicano del presidente Juan Negrín y a su política de resistencia antifascista, tal y como escribe en una «Carta a Rosa Chacel» fechada en Barcelona, como ya hemos dicho, el 26 de junio de 1938:

Pues parece ser que ha llegado la diáspora.

¡Yo me quedo aquí! Alfonso hecho una maravilla de Comisario político en el frente de Levante, donde quedó.... [...] luchando por la «sagrada independencia de la Patria», como dice él. Como digo yo, como dice nuestro presidente Negrín, como es. No hay más en este momento que la Patria, que España exista, en nuestra sangre, en nuestros huesos, en nuestros pensamientos, en nuestras cenizas. Que exista. ¿Leíste la «Oda a la patria» de Cernuda? Es una maravilla y Luis también (1998: 211).

V. El Segundo Congreso Internacional de Escritores para la Defensa de la Cultura (Valencia-Madrid-Barcelona-París, julio de 1937)

Dado que no intervino públicamente ni firmó la ponencia colectiva de intelectuales españoles, podría dudarse hasta ahora de la asistencia de María Zambrano al Segundo Congreso Internacional de Escritores para la Defensa de la Cultura. Sin embargo, la publicación de una fotografía de Walter Reuter, en que aparece junto a su marido a la salida del Ayuntamiento de Valencia, entonces capital de la República española –foto inédita hasta este año 2023 que ha podido contemplarse en una exposición comisariada por Aku Estebaranz que se inauguró el 31 de marzo del presente año 2023 en el Palacio de Comunicaciones de Valencia–, evidencia la presencia física de María Zambrano y Alfonso Rodríguez Aldave en la ciudad de Valencia aquel 4 de julio de 1937 en que el doctor Juan Negrín inauguró este mítico Segundo Congreso Internacional, que Zambrano valoró con estas palabras:

El Congreso internacional de intelectuales para la defensa de la cultura, celebrado en Madrid, Valencia y Barcelona, ha sido quizá el acto de más trascendencia organizado por la Alianza. Coincidiendo con su celebración, se editaron *Romancero general* y una *Crónica general de la guerra*, recopilación de romances y crónicas de poetas y escritores, en su casi totalidad miembros de la Alianza. También se editó un libro de poemas: *Poetas en la España leal*, poetas todos pertenecientes a la Alianza.

El Congreso ha tenido una gran trascendencia desde el punto de vista de su significación moral y de solidaridad. El simple hecho de reunirse en nuestro suelo y muy especialmente en Madrid tiene ya un gran simbolismo que va más allá de los discursos pronunciados, algunos de los cuales, sin embargo, fueron de gran interés. El paso de los congresistas por los pueblos fue de una intensa emoción (1998: 150).

Precisamente esta última frase fue decisiva para que mi memoria recordara las emociones que María Zambrano expresaba en un artículo en que, camino de Valencia a Madrid, los congresistas se detuvieron a comer el 5 de julio de 1937 en el pueblo conquense de Minglanilla. En 2018 publiqué la cuarta edición de mi libro sobre este Segundo Congreso Internacional (Aznar Soler 2018) y, entre la documentación incluida, edité un texto de María Zambrano titulado «La inteligencia del mundo está junto a la España leal», publicado en la página 7 del diario *Crítica* de Buenos Aires correspondiente al 2 de agosto de 1937, texto cuyo conocimiento debo a la generosa amistad del profesor Niall Binns (Aznar Soler 2018: 803-806).

Este artículo no lo incluyó Jesús Moreno Sanz en su valiosa edición de *Los intelectuales en el drama de España y escritos de la guerra civil* (Zambrano 1998), pero sí Antolín Sánchez Cuervo en su excelente edición anotada de *Los intelectuales en el drama de España y otros escritos de la guerra civil*, tomo I de sus *Obras Completas* (Zambrano 2015: 105-514). Antolín Sánchez Cuervo reproduce el texto (Zambrano 2015: 316-319) editado en la revista *Ercilla*, Santiago de Chile (agosto

de 1937), según la versión publicada por Pamela Soto García (Soto García 2005: 187-189). Sin embargo, el texto de María Zambrano publicado en el diario bonaerense *Crítica*, que dirigía el uruguayo Natalio Botana, es más extenso y en su parte final se refiere a esas emociones de los congresistas al experimentar un contacto vivo y directo con el «pueblo» español. Vale la pena, por tanto, reproducir íntegramente este artículo:

LA INTELIGENCIA DEL MUNDO ESTÁ JUNTO A LA ESPAÑA LEAL¹

Se ha celebrado en tierras de España el II Congreso de Intelectuales Antifascistas para la Defensa de la Cultura. El acuerdo fue tomado en Londres antes de que estallara la actual contienda, y ha sido posteriormente ratificado. Y hace unos días realizado en nuestras doloridas ciudades, en el Madrid tan próximo a la línea de fuego y en la línea de fuego misma.

Tres etapas ha tenido el Congreso en España: Barcelona, Valencia y Madrid, y aún otra del mayor interés: el camino y los pueblos que los congresistas han tenido que recorrer entre las ciudades. Y hasta es posible que lo espontáneo que ha saltado al camino, como tanto sucede entre españoles, haya superado en sentido y emoción a lo organizado y planeado de antemano.

No sabemos aún el efecto que haya causado a los escritores llegados de afuera lo visto ni las consecuencias que en su mente van a sacar de ello. Esperamos sus artículos, sus libros, sus conferencias vivamente. Pero hoy, y aprovechando el haber nosotros llegado no ha mucho de lejanas tierras, vamos a recapitular, a sacar una visión esquemática de lo que a través del Congreso ha ido apareciendo de la tremenda realidad española.

No ha sido lo principal del Congreso los debates habidos en él, ni los discursos, ni los temas tratados, con no carecer de contenido y belleza. En el ánimo de todos estaba que el protagonista no era lo que allí se trataba, ni lo importante lo que se decía. El protagonista era el pueblo español combatiente, y la mayor edad del Congreso, el hecho magnífico de la estancia entre nosotros de esos hombres y mujeres que, abandonando sus todavía tranquilas tierras, sus afanes no perturbados por la metralla, los dejaron para venir a compartir el riesgo, la angustia y el peligro de esta guerra, la más cruel e inhumana de todas cuantas se han conocido. Al revés que los diplomáticos Congresos Internacionales, donde las palabras rara vez van más allá de una cortés convivencia, en este Congreso se respiraba desde primera hora una atmósfera de fraternidad. Los españoles vivimos hoy de cara a la muerte, burlándola en cada instante hasta llegar a la mayor naturalidad en el riesgo; es precisamente cuando alguien llega a compartirlo cuando nos damos cuenta plenamente de su existencia y recobramos el sentido de la vida normal; cuando recordamos que hay todavía lugares tranquilos en el mundo, techos bajo los cuales el sueño no amenaza tornarse eterno, cielos despejados, horizontes sin amenazas. Y esta cercanía de la muerte, cuya despierta conciencia recobramos ante la presencia del

1. *Crítica*, Buenos Aires (2 de agosto de 1937), p. 7; reproducido en Aznar Soler 2018: 803-806.

prójimo, es lo que hace mirarlo como hermano. Y ese sentimiento, que rara vez se vierte en palabras, pero que está como fondo permanente de todo cuanto se hace o se dice, es el fondo que presta profundidad a las palabras, a los sucesos al parecer triviales, transformándolos en acontecimientos cargados de significación.

En esta atmósfera se ha desarrollado el Congreso; no importa que los congresistas habláramos mucho o poco; el sentido de la fraternidad estaba allí, en el fondo de todas las miradas y de todos los corazones.

Cada ciudad ha tenido una significación distinta. En Valencia, centro hoy de todas las actividades de la retaguardia, se celebró la sesión inaugural, la de clausura y todos aquellos actos en que el gobierno de la República ha querido manifestar a los escritores llegados de afuera su agradecimiento, al par que su empeño por que se llevaran una visión justa de nuestro drama. Personalidades de tan elevada representación oficial como Negrín y Álvarez del Vayo hablaron a los congresistas con un sentido objetivo y familiar. En su casa les hablaban de los graves conflictos de su casa, con esa difícil medida de la sinceridad y el pudor, puesto que no se trataba de implorar una simpatía, ni de pedir nada, sino de poner en evidencia la justicia profunda que nos asiste en esta tremenda lucha sin precedentes.

En la última sesión dos de nuestras más destacadas figuras intelectuales hablaron: Antonio Machado y Fernando de los Ríos. El sentido hondo de nuestras tradiciones, la voluntad imperecedera de nuestro pueblo, la continuidad de nuestro espíritu y cultura. De este misterio del español que no podrá comprender quien no está dispuesto a admitir el absurdo, nos habló Fernando de los Ríos. De la diferencia entre «masa» y pueblo, Antonio Machado, afirmando su teoría de que «las masas» es la expresión burguesa para designar al pueblo, nacida de quienes lo explotan económicamente y al llamarle así le rebajan de dignidad humana y categoría espiritual. Y de esa profunda humildad con que el poeta se ha acercado siempre al pueblo y a sus profundos saberes, lejos de toda pedantería y de ese menosprecio disfrazado de quienes creen que hacer cultura popular es bajar de tono, vulgarizar la cultura que ellos tienen.

En esta atmósfera de dignidad intelectual terminó el Congreso en Valencia sus sesiones de trabajo. Después, Barcelona nos ofreció el descanso de una ciudad lejos de la línea de combate, perfectamente organizada, casi intacta. La Universidad ofreció una bellísima fiesta de cantos y danzas catalanas. Y la Alianza de Escritores Catalanes, un espléndido concierto de Pablo Casals. Era casi la paz después de la vertiginosa Valencia, del dramático Madrid.

Madrid. En «el bonito, alegre y limpio» Madrid, como decía Alexis Tolstoi, se verificó la verdadera significación del Congreso. Fue una comunión constante con los combatientes del frente de batalla. Literalmente bajo los combates de aviones, oyendo casi continuamente el sonar de los cañones que los madrileños han bautizado con graciosos motes, allí, a dos pasos

2. Hasta aquí el texto de María Zambrano publicado por la revista chilena *Ercilla* que se reproduce en Zambrano 2015, pp. 316-319.

de la línea de fuego, en el dolorido y luminoso Madrid, con su clara luz de siempre, se vivió algo inolvidable, pase lo que pase.² Algo absoluto y cuya sola existencia ya nada podrá desvirtuar. La fusión entre el pueblo combatiente y el intelectual. Nunca hubiéramos pensado en que soldados con casco y bayoneta montaran guardia a un escritor que hablaba; nunca hubiéramos pensado en la elocuente sencillez que hacía recordar otras épocas, en la aurora de la civilización, cuando la misma razón estaba armada de esta unión, de esta confraternidad de las armas y la palabra. No tenía nada que ver con las frías ceremonias tradicionales ya vaciadas de sentido; por el contrario, una brisa de aurora, de algo naciente, quizá balbuciente en su expresión, atravesaba la sala del Auditórium de la Residencia de Estudiantes cada vez que una representación de las Brigadas combatientes en el frente de Madrid, acompañadas de sus banderas, subían a saludar al Congreso. Palabras ingenuas que aparecían descubiertas de nuevo al salir tan verdaderamente, tan fielmente sentidas. Palabras más cortas que la verdad que expresaban. Definitivamente quedábamos obligados ante quienes así hablaban, corroborando con su sangre sus palabras. Esto fue Madrid.

Minglanilla. Peñíscola. Un pueblo atormentado y un pueblo feliz nos salieron inesperadamente al camino. Camino de Valencia a Madrid, hicimos alto en Minglanilla para almorzar. El fervor popular, ese rumor de colmena que adquiere el pueblo cuando se despierta, cuando con su rumor nos advierte, cuando nos pregunta por algo que a todos nos importa, cuando nos recuerda, al esperar de nosotros, nuestros deberes. Mujeres de negro, angustiadas mujeres de Extremadura, la dulce y pétrea Extremadura, nos salieron al encuentro y lloraban, los ojos enrojecidos, la voz desgarrada, «¡sálvennos, sálvennos del fascismo!», y seguían: «que es algo muy terrible, ¡ustedes no saben!». Mujeres, madres angustiadas, lejos de sus casas blanqueadas, de sus olivos natales, de sus encinas familiares, de sus hijos, de todo lo suyo; mujeres traspasadas de dolor, sangre de nuestra misma sangre, en vuestro dolor, sumergidos, comprendemos toda la monstruosidad sin límites, todo lo imborrable del crimen de quien llenó vuestras vidas de angustia, de quien enturbió vuestra frente ennoblecida por todo lo que en el ser humano puede haber de santo.

Y por las carreteras, entre los olivos y los chopos, saliendo de las humildes casas pegadas a la tierra, salían los hombres que trabajan con las yuntas en las eras, los que cuidan las viñas y amasan el pan y saben de la mudable fortuna que se lleva la cosecha y de la fecundidad sagrada de la tierra, de los vientos y de las lluvias, salían los hombres del campo y dura la mirada, arrugada la frente, levantaban el puño. Y nos cruzábamos con los camiones donde los mozos van a la llamada de los regimientos, y ellos son los más alegres; las canciones de guerra: «Guerrillero, guerrillero... Extremadura te llama». «Puente de los Franceses – nadie te pasa» ... Con naturalidad y con alegría marchan hacia la muerte probable.

Ya de retorno a Barcelona, un regalo, una fiesta: Peñíscola. La península donde el Papa Luna estableciera su sello irreductible frente a Roma. Todo un símbolo: España frente a Roma, ayer como hoy. Calles azules, rosadas, encaladas, llenas de tiestos de geranios y claveles, intimidad limpia, misterio ante la luz. Todo el pasado de nuestro pueblo haciéndose presente, transparente, perfecto. Todo un pueblo feliz viviendo en la belleza tan sutilmente creada por sus propias manos, viva cultura que nada más hace desear. La felicidad y la paz que España merece y que el mundo necesita.

Me interesa destacar ante todo en este hermoso texto zambraniano el protagonismo del «pueblo», que se refleja a mi modo de ver en un doble sentido: por una parte, su convicción de que en la guerra «el protagonista era el pueblo español combatiente», el pueblo español antifascista; por otra, el contacto directo entre escritores y «pueblo» que se ha producido en «el camino y los pueblos que los congresistas han tenido que recorrer entre las ciudades» de Valencia, Madrid y Barcelona.

No cabe duda de que entre los congresistas «el sentido de la fraternidad estaba allí, en el fondo de todas las miradas y de todos los corazones» y que en Madrid, frente de guerra, «capital de la gloria» y de la Resistencia popular, se produjo «una comunión constante con los combatientes del frente de batalla», es decir, que en el Auditorium de la Residencia de Estudiantes se realizó «la fusión entre el pueblo combatiente y el intelectual», entre las armas y las letras, que en Madrid se consumó la «confraternidad de las armas y la palabra».

El segundo aspecto de este protagonismo popular se refiere a las experiencias, emociones y vivencias de estos escritores en contacto directo con el «pueblo», con campesinos de pueblos españoles como Minglanilla, «un pueblo atormentado», o Peñíscola, «un pueblo feliz». Minglanilla, lugar de epifanías para muchos de aquellos escritores (Binns 2008), significó compartir por unas horas el dolor de esas «mujeres de negro, angustiadas mujeres de Extremadura», acogidas en un pueblo conquense y que habían perdido en los frentes a sus seres más queridos, «mujeres traspasadas de dolor, sangre de nuestra misma sangre», víctimas directas del fascismo internacional. Por otra parte, en Minglanilla aquellos escritores habían podido comprender el duro trabajo de «los hombres del campo», campesinos castellanos que, «dura la mirada, arrugada la frente, levantaban el puño» a modo de saludo, mientras «los mozos», entonando canciones de guerra, «con naturalidad y con alegría marchan hacia la muerte probable». Nada que ver este heroísmo popular castellano con, de camino entre Valencia y Barcelona, la parada en la Peñíscola del Papa Luna, con la vida cotidiana en este luminoso pueblo mediterráneo, «todo un pueblo feliz viviendo en la belleza tan sutilmente creada por sus manos, viva cultura que nada más hace desear». Peñíscola, «calles azules, rosadas, encaladas, llenas de tiestos de geranios y claveles, intimidad limpia, misterio ante la luz», se convierte así en el símbolo, por contraste con la castellana Minglanilla, de «la felicidad y la paz que España merece y que el mundo necesita» si el pueblo español hubiese derrotado en la guerra al fascismo internacional.

EPÍLOGO

UNA CARTA INÉDITA DE MARÍA ZAMBRANO EN 1978

En 1977 se creó en Barcelona el Centre de Treball i Documentació (CTD), que quería ser una especie de versión catalana del marxista Instituto Gramsci italiano, un centro de estudios que, en aquellos años de la Transición democrática, se constituyó como un grupo interdisciplinario de análisis y debate en el ámbito de las ciencias sociales con la voluntad explícita de vincularse a las luchas por la emancipación de las clases populares. El CTD tenía su sede en un modesto local de la calle Gran de Gràcia y de este centro de estudios era director Octavi Pellissa, primer estudiante comunista en la Universitat de Barcelona, militante del PSUC desde 1955, que fue detenido y torturado por los hermanos Creix en enero de 1957.

La primera actividad pública de este CTD fue la organización en 1978 de un Coloquio sobre la Guerra de España, acaso la primera vez que se planteaba el tema abiertamente a discusión pública. Si la memoria no me falla, acaso Ramon Garrabou o el propio Octavi Pellissa me encargaron la organización, junto a Giulia Adinolfi, de la sección de literatura del CTD, así como de una mesa redonda en dicho Coloquio sobre la Alianza de Intelectuales para la Defensa de la Cultura.

Cabe aclarar que este encargo se produjo porque ese mismo año 1978 había publicado ya la primera edición de mi libro sobre el Segundo Congreso Internacional de Escritores para la Defensa de la Cultura (Aznar Soler 1978) y que, por tanto, los dirigentes del CTD confiaron en aquel entonces joven profesor no-numerario de la Universitat Autònoma de Barcelona la organización de una mesa redonda sobre el tema.

Esta memoria personal se justifica porque, con tal motivo, le escribí una carta a María Zambrano, un folio mecanografiado fechado en Barcelona el 19 de mayo de 1978, en la que le invitaba a participar en la sesión de aquel Coloquio que iba a celebrarse el 14 de junio sobre la Alianza:

Barcelona, 19 de mayo de 1978

María Zambrano
La Vilella
Crosat-per-Jac-Ain
France

He dirigido a Ud. en nombre del Centro de Documentación y Trabajo de Barcelona para exponerle lo siguiente. Este Centro ha organizado un ciclo de debates sobre la Guerra Civil española, acompañado por la proyección de las películas más significativas sobre el tema. Los debates están referidos a colectivizaciones, Brigadas Internacionales, represión, enseñanza y Alianza de Intelectuales Antifascistas. Para este último, y dada la reedición de su libro Los intelectuales en el drama de España por la editorial madrileña Hispamerica, nos ha parecido interesante su participación. El criterio es aunar estudiosos del tema con protagonistas de los mismos. En la mesa redonda sobre la Alianza estamos gestionando la participación de Alberti y Juan Gil-Albert, contando ya con José Benau y Robert Marraet. Hay una representación de escritores catalanes en la persona de Pere Quart y el crítico Joaquim Molas. Esta mesa sobre la Alianza tendría lugar el día 14 de junio a las 7'30 horas.

Nos gustaría que aceptara nuestra invitación y poder contar así con su valioso testimonio. Naturalmente, todos los gastos de viaje y estancia quedan cubiertos por la organización. Le rogamos que nos conteste a la mayor brevedad posible, dada la premura de fechas. Hasta entonces, un saludo cordial

Manuel Aznar Soler
Espinay 2, plca 1ª
Barcelona - 23

Barcelona, 19 de mayo de 1978

María Zambrano
La Pièce
Crozet-par-Jex-Ain
France

Me dirijo a Vd. en nombre del Centro de Documentación y Trabajo de Barcelona para exponerle lo siguiente. Este Centro ha organizado un ciclo de debates sobre la Guerra Civil Española, acompañado por la proyección de las películas más significativas sobre el tema. Los debates están referidos a colectivizaciones, Brigadas Internacionales, represión, enseñanza y Alianza de Intelectuales Antifascistas. Para este último, y dada la reedición de su libro *Los intelectuales en el drama de España* por la editorial madrileña Hispamerca³, nos ha parecido interesante su participación. El criterio es aunar estudiosos del tema con protagonistas de los mismos. En la mesa redonda sobre la Alianza estamos gestionando la participación de Alberti y Juan Gil-Albert, contando ya con José Renau y Robert Marrast. Hay una representación de escritores catalanes en la persona de Pere Quart y del crítico Joaquim Molas. Esta mesa sobre la Alianza tendría lugar el día 14 de junio a las 7'30 horas.

Nos gustaría que aceptara nuestra invitación y poder contar así con su valioso testimonio. Naturalmente, todos los gastos de viaje y estancia quedan cubiertos por la organización. Le rogamos que nos conteste a la mayor brevedad posible, dada la premura de fechas. Hasta entonces, un saludo cordial

Manuel Aznar

Manuel Aznar Soler
Espinoy 2, ático 1º
Barcelona-23

María Zambrano tuvo la amabilidad de contestarme inmediatamente y, por su valor testimonial y documental, transcribo íntegramente esta carta inédita suya, dos cuartillas manuscritas con el remite siguiente: «María Zambrano / Av de Jura 50 1º G / 01210 Ferney-Voltaire / Francia»:

3. Zambrano, M., *Los intelectuales en el drama de España y ensayos y notas*, Madrid, Hispamerca, 1977.

01210 France
Fernel-Voltaire. Ave. de Jura 50
30 de mayo. 78 T.G.

Señor Don Manuel Aznar Soler
Retransmitida desde mi antigua
dirección he recibí su amable carta
del 19 de mayo que me apresura
a contestar. No; no me es posible
ir a Barcelona para tomar parte
en los debates acerca de la Alianza
de intelectuales antifascistas, ni acer-
ca de nada; no he vuelto a Espa-
ña desde que salí en enero del 39
no puedo saber cuando lo haré
pues que mi salud está mucho
de ser buena (en este momento

estoy bajo la prescripción médica
de un casi total reposo). Por lo
que se refiere a estos debates no
pierden Vds. gran cosa por mi aus-
sencia, créame. Pertenecí a la Alianza
en los primeros tiempos después de
mi vuelta desde Chile viví muy
poco su vida, dedicada como estuve
a otras tareas intelectuales y socia-
les y así mismo en Barcelona. Mas
por fortuna, están en vida personas
que mucho mejor que yo pueden
hablar de ese tema.

Le agradezco la invitación y le
deseo que ese proyecto se realice
lo más felizmente posible. Saludos

María Zambrano

Carta de María Zambrano
a Manuel Aznar Soler.
Fernel-Voltaire (Francia),
30 de mayo de 1978.

Fernel-Voltaire. Ave de Jura 50 1-G 01210 France
30 de mayo-78
Señor Don Manuel Aznar Soler

Retransmitida desde mi antigua dirección he recibí[do] su amable carta del 19 de mayo que me apresuro a contestar. No; no me es posible ir a Barcelona para tomar parte en los debates acerca de la Alianza de intelectuales antifascistas, ni acerca de nada; no he vuelto a España desde que salí en enero del 39 y no puedo saber cuándo la hora pues que mi salud dista mucho de ser buena (en este momento estoy bajo la prescripción médica de un casi total reposo). Por lo que se refiere a estos debates no pierden Vds. gran cosa por mi ausencia, créame. Pertenecí a la Alianza en los primeros tiempos, después de mi vuelta desde Chile viví muy poco su vida, dedicada como estuve a otras tareas intelectuales y sociales y asimismo en Barcelona. Mas por fortuna, están en vida personas que mucho mejor que yo pueden hablar de ese tema.

Le agradezco la invitación y les deseo que ese proyecto se realice lo más felizmente posible. Saludos.

María Zambrano

Como sabemos, María Zambrano no regresó definitivamente a España hasta el 20 de noviembre de 1984, 45 años después del inicio en enero de 1939 de su largo exilio y exactamente nueve años después de la muerte del dictador que la obligó a exiliarse.

Bibliografía

Aznar Soler, M. (1978), *Pensamiento literario y compromiso antifascista de la inteligencia española republicana*. Barcelona, Editorial Laia.

—(1987), *Literatura española y antifascismo (1927-1939)*. Valencia, Conselleria de Cultura, Educació i Ciència.

—(2018), *Segundo Congreso Internacional de Escritores para la Defensa de la Cultura (Valencia-Madrid-Barcelona-París, 1937)*. Actas, discursos, memorias, testimonios, textos marginales y apéndices. Valencia, Institució Alfons el Magnànim-Centre Valencià d'Estudis i d'Investigació.

Binns, N. (2008), «Un descanso en el camino para los congresistas del '37: Minglanilla, lugar de epifanías». *República de las Letras*, 107, pp. 65-70.

Bundgard, A. (2009), *Un compromiso apasionado. María Zambrano: una intelectual al servicio del pueblo (1928-1939)*. Madrid, Editorial Trotta.

Moreno Sanz, J. (1998), «De la razón armada a la razón misericordiosa», «Presentación» a *Los intelectuales en el drama de España y escritos de la guerra civil*. Madrid, Editorial Trotta, pp. 9-55.

Sánchez Cuervo, A. (2015), «Presentación» a *Los intelectuales en el drama de España y otros escritos de la guerra civil*, edición y presentación al cuidado de Antolín Sánchez Cuervo, en *Obras Completas I*, edición dirigida por Jesús Moreno Sanz, con la colaboración de Pedro Chacón Fuertes, Mercedes Gómez Blesa, Mariano Rodríguez González y Antolín Sánchez Cuervo. Barcelona, Galaxia Gutenberg, pp. 107-118.

Soto García, P. (2005), «María Zambrano en Chile». *República de las Letras*, Madrid, 89 (abril), pp. 48-68.

Zambrano, M. (1977), *Los intelectuales en el drama de España y ensayos y notas*. Madrid, Hispamerca.

—(1998), *Los intelectuales en el drama de España y escritos de la guerra civil*. Madrid, Editorial Trotta.

—(2015), *Los intelectuales en el drama de España y otros escritos de la guerra civil*, edición y presentación al cuidado de Antolín Sánchez Cuervo, en *Obras Completas vol. I*, edición dirigida por Jesús Moreno Sanz, con la colaboración de Pedro Chacón Fuertes, Mercedes Gómez Blesa, Mariano Rodríguez González y Antolín Sánchez Cuervo. Barcelona, Galaxia Gutenberg, pp. 105-514.

MARÍA LUISA MAILLARD GARCÍA

Doctora en Filología y Patrona de la Fundación María Zambrano

María Zambrano en París. Los Coloquios de Royaumont

Resumen

En este trabajo se realiza un recorrido por las relaciones que María Zambrano mantuvo con la ciudad de París y con los escritores franceses, a lo largo de su itinerante exilio. Sin duda, hubo afinidad con diversos autores como Albert Camus, René Char, Cioran, Gabriel Marcel o Roger Caillois, a los que conoció en los diversos periodos en los que residió en París. Sin embargo, fue un autor al que no llegó a conocer, pero que había leído tempranamente en *Revista de Occidente*, Louis Massignon, al único que consideró su maestro. Su participación en 1962 en Los Coloquios de Royaumont, a los que no pudo asistir Massignon por su repentina muerte, fue un hito en el desarrollo de su razón poética. Su conferencia «Los sueños y la creación literaria» se convirtió en un primer ensayo para legitimar el conocimiento inspirado, así como la realidad a la que alude, a través de sus análisis sobre los sueños y los diversos tiempos de la vida humana.

Palabras claves

María Zambrano; París; Louis Massignon; Coloquios de Royaumont; sueños; tiempo; inspiración.

Maria Zambrano in Paris. The Royaumont Colloquia

Abstract

This paper takes a tour of the relations that María Zambrano maintained with the city of Paris and with French writers, throughout her itinerant exile. Undoubtedly, she had an affinity with various authors such as Albert Camus, René Char, Cioran, Gabriel Marcel or Roger Caillois, whom she met in the various periods in which she lived in Paris. However, she was an author that she did not get to know, but that she had read early in the Magazine of the West, Louis Massignon, the only one that she considered her teacher. Her participation in 1962 in the Royaumont Colloquies, which Massignon was unable to attend due to his sudden death, was a milestone in the development of her poetic reason. Her lecture «Dreams and literary creation» became a first essay to legitimize inspired knowledge, as well as the reality to which it alludes, through her analysis of dreams and the various times of human life.

Keywords

María Zambrano; Paris; Louis Massignon; Royaumont Colloquies; dreams; time; inspiration.

María Zambrano, peregrina de dos mundos, no olvidó París. Amante de las ciudades por las que transitó y sobre las que escribió bellos textos: Segovia, Madrid, La Habana, Roma... mantuvo, como veremos, una relación muy íntima con París porque París, entre otras cosas, era Europa. Y fue en París en 1962, en Los Coloquios de Royaumont, después de haber presentado previamente su trabajo «Los sueños y el tiempo» para el Premio Diógenes, donde da a conocer el giro de su filosofía que busca ya un sustento metafísico para su razón poética.

«*Est-ce que j'ai bien agi en quittant l'Europe? Toujours le tourment du doute. Et quand on a le remord, on a aussi la peur d'être puni...*»¹, escribe a Christian Zervos en 1951, al abandonar por segunda vez París, camino de La Habana. Europa era para ella un horizonte cultural irrenunciable, cuya crisis había intentado desentrañar en su libro *La agonía de Europa*, en el verano de 1945, en una situación límite, «entre la vida y la muerte», diría, en la que, en sus propias palabras: «ha desaparecido el mundo, pero el sentir que nos enraíza en él, no»². Europa será en su biografía itinerante un destino soñado, aunque no siempre posible.

En su primera estancia, de apenas un mes en 1939, París fue un mero tránsito hacia el exilio mexicano, invitados ella y su marido por La Casa de América. En París quedaron su madre y su hermana Araceli, que vivirían un periodo agónico durante la ocupación nazi. El compañero de Araceli, Manuel Muñoz, fue detenido por la Gestapo y conducido a la cárcel de La Santé, para ser posteriormente extraditado a Madrid, donde fue condenado a muerte en 1942 y fusilado en 1943 en la cárcel Porlier. Araceli tuvo que someterse a duros interrogatorios, mientras que, con sus escasos medios, atendía a su madre enferma y a su compañero encarcelado, intentando detener su extradición.

María Zambrano volverá a París el 6 de septiembre de 1946, para encontrar que su madre había fallecido pocos días antes y su hermana Araceli estaba devastada en un París devastado. A partir de ese encuentro, María Zambrano ya no abandonará a su hermana y comenzará sus escritos sobre el mito de *Antígona*, que identificará con Araceli y, a veces, con ella misma. Un mito que la acompañará a lo largo de su trayectoria —desde 1947 a 1967— y que ya comienza a ser el símbolo capaz de ofrecer una salida a la historia sacrificial de Occidente. A la par, comenzará a desarrollar sus reflexiones sobre la Piedad, el sentir que simboliza Antígona, y que acabarán desembocando en un capítulo de *El hombre y lo divino*, su libro capital, publicado en 1955 por el Fondo de Cultura Económica.

Durante un año las dos hermanas residen en París y entablan relaciones duraderas: con el matrimonio Zervos, Christian e Yvonne, él, crítico de arte y director de *Les cahiers d'art*, que se convertirán en protectores de las dos hermanas. También con Albert Camus, que acababa de publicar *La peste* y con el poeta René Char.

Sin embargo, París es todavía una ciudad dañada en vías de recuperación y existe recelo contra todo lo extranjero, recelo que Zambrano refleja en un pequeño poema escrito en francés, *Merci bien*,³ donde poetiza su búsqueda infructuosa de un hospedaje en París. A pesar de sus dificultades cotidianas, comienza a introducirse en el mundo literario francés, frecuenta el café Flore e imparte una conferencia *Le regard de Cervantes*, que es publicada en *L'Europe* y en *La Licorne*.

1. «¿He hecho bien dejando Europa? Siempre el retorno de la duda. Cuando se tiene remordimientos, se tiene también miedo a ser castigada», Zambrano, M., *Obras Completas vol. VI*, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2014, p. 349.

2. Zambrano, M., «Advertencia» en *La agonía de Europa, Obras Completas vol. II*, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2016, p. 331.

3. Zambrano, M., *Obras Completas vol. VI*, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2014 pp. 277-278.

Zambrano sigue buscando su lugar. Vuelve a La Habana, a México, otra vez a La Habana; pero no olvida París y en 1948 escribe «La muerte de un poeta»⁴ sobre Antonin Artaud, al que no llegó a conocer. Es este un periodo muy fructífero en su trayectoria filosófica, a pesar de su vida itinerante. Sigue en la senda de consolidar su razón poética, lo que la conduce a la necesidad de que el pensamiento filosófico tenga en cuenta otras formas de conocimiento, no sólo las de la Poesía y las de la Mística, sino de formas mediadoras con la vida, como las Guías y Confesiones. Pero en esta búsqueda es primordial para ella la historia de la esperanza humana, categoría que comienza a desarrollar en 1943 en su artículo «La vida en crisis»⁵ y que se ha concretado históricamente en el trato con la divinidad. De ahí la elaboración final de *El hombre y lo divino*, en el que da cuenta de las relaciones entre Filosofía y Religión, en el periodo griego y en el propiamente europeo, llegando a la época contemporánea en su enfrentamiento con Nietzsche, y a su definición de la nada como el último rostro de lo sagrado.

En 1950 María está ya en Roma y, por tanto, más cerca de París. De junio de 1950 a marzo de 1951 vuelve a residir en la capital francesa, hasta que las dos hermanas parten de nuevo a La Habana, donde permanecen hasta 1953, fecha en que se instalan en Roma por un periodo de seis años.

En esta nueva etapa de su estancia en París, María Zambrano se va introduciendo más en la intelectualidad francesa. Contacta con algunos miembros fundadores del *Congreso para la Libertad de la Cultura*, como Denis de Rougemont, Salvador de Madariaga y Bertrand Russell, llegando a publicar 12 escritos entre 1953 y 1961⁶. Añade a Cioran entre sus amigos y admiradores, desde que le abre un nuevo camino para el estudio de la utopía⁷. Antes de partir a La Habana, entrega a Albert Camus un ejemplar de *El hombre y lo divino* para que gestione su publicación en Gallimard. Desde La Habana presenta en 1952 su autobiografía *Delirio y Destino* al *Prix Littéraire européen*; pero a pesar de la defensa de Gabriel Marcel, no le es concedido.

Es a raíz de su partida de París en 1951, que encontramos dos documentos, escritos en francés, dos borradores de cartas al matrimonio Zervos, escritas en el barco que la conducirá de nuevo a Cuba y en los que María Zambrano expresa la relación entrañable que ha establecido con la ciudad de París y con sus amigos. Cito una pequeña muestra:

25 de marzo de 1951 *Dimanche de Pâques*

«En tout cas j'ai décidé de garder avec moi la clochette de Pâques pour l'emporter á Cuba et goûter là-bas, la saveur de quelque chose française que vous m'avez donnée et qui me rappelle matériellement —moi, j'adore la matière— notre rue du Bac, votre maison avec un porche encore».⁸

A pesar de los autores franceses que María Zambrano conoció y admiró en sus incursiones en París: Camus, René Char, Cioran, Gabriel Marcel y Roger Caillois, el pensamiento de María Zambrano se encuentra enriquecido y en deuda con un autor que no llegó a conocer; pero que leyó en fecha temprana: Louis de Massignón, islamólogo reconocido internacionalmente, profesor del *Collège de France*,

4. Zambrano, M., «La muerte de un poeta», La Habana, *Crónica*, marzo de 1949. Recogido en *La Cuba secreta y otros ensayos*. Edición e introducción de Jorge Luis Arcos, Madrid, Endymion, 1996, pp. 118-121.

5. Zambrano, M., «La vida en crisis» en *Hacia un saber sobre el alma*, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2016, pp. 433-443.

6. Entre los artículos publicados, algunos serán escritos específicamente para la *Revista* como «Carta sobre el exilio» de 1961 o «La Esfinge: la existencia histórica de España» de 1957. Otros ya habían sido publicados como «Ortega y Gasset: filósofo español» de 1953 (1949, *Asomante*) o serán fragmentos de libros como «La conciencia histórica: el tiempo» de 1959 (capítulo de *Persona y democracia*, publicado en 1956).

7. E. M. Cioran relata este hecho en su artículo «El ensombrecido magisterio de Ortega», Oviedo, *Cuadernos del Norte*, 1981, p. 14.

8. «De todas formas he decidido conservar conmigo la campanilla de Pascua para llevármela a Cuba y disfrutar allí el sabor de algo francés que usted me había dado y que me recuerda materialmente —a mí, que adoro la materia— nuestra calle du Bac, vuestra casa aún con soportal». Zambrano, M., *Obras Completas vol. VI*, Barcelona, Galaxia Gutenberg, p. 348.

fundador del Instituto de Estudios Islámicos y Director de Ciencias Religiosas de *L'école Pratique des Hautes Études* de París.

Jesús Moreno Sanz fue el primer autor que destacó la influencia del islamólogo en el pensamiento de María Zambrano. En el II Congreso Internacional sobre la vida y obra de la filósofa, celebrado en Vélez Málaga en el año 1994, en su conferencia «La lógica del sentir»⁹, señala el autor las afinidades que encuentra María Zambrano con el pensamiento de Massignon, en la búsqueda de las razones que asisten tanto a la poesía como a la mística, a la hora de comprender a «ese ser escondido a sí mismo» que es el hombre y, por ende, a las realidades a las que tiene acceso. Camino que, como sabemos, va a ser emprendido por Zambrano desde sus primeros escritos como «Hacia un saber sobre el alma» de 1934, donde se encuentra ya, según sus propias palabras, el horizonte filosófico de una razón poética¹⁰. La prueba de la influencia temprana de Massignon es que ya en 1939 encabeza uno de sus primeros libros *Filosofía y Poesía*, donde continúa sus indagaciones sobre las características del conocimiento poético, con una cita del autor, recogida del artículo «Los métodos de realización artística en El Islam», publicado en 1932 en *Revista de Occidente*.

(Citaré todavía otra sentencia,
singularísima para nosotros
de un teólogo musulmán).
Hallach,
pasaba un día con sus discípulos
por una de las calles
de Bagdad cuando le sorprendió
el sonido de una flauta exquisita.
“¿Qué es eso?”, le pregunta
uno de sus discípulos y
él responde: «Es la voz de Satán
que llora sobre el mundo».
¿Cómo hay que comentarlo? ¿Por qué llora sobre el mundo?
“Satán llora sobre el mundo
porque quiere hacerlo sobrevivir
a la destrucción; llora
por las cosas que pasan;
quiere reanimarlas, mientras
caen y sólo Dios permanece.
Satán ha sido condenado
a enamorarse de las cosas
que pasan y por eso llora”.¹¹

9. Moreno Sanz, J., «La lógica del sentir: roce adivinatorio horadador. La transgresión y transfiguración de la Filosofía». Actas del II Congreso Internacional sobre la vida y obra de María Zambrano, Fundación María Zambrano (1998), pp. 533-582.

10. «Y la razón poética, que siendo quizá la más generadora, aparece en un ensayo titulado “Hacia un saber sobre el alma”, que fue publicado en *Revista de Occidente* y, después, recogido en el libro *Hacia un saber sobre el alma*, Ahí está la razón poética ya, aunque yo no me daba cuenta». Zambrano, M. «A modo de autobiografía», *Obras Completas* vol. VI, 2014, p. 720.

11. Zambrano, M., *Obras Completas* vol. I, *Filosofía y Poesía*, Barcelona, Galaxia Gutenberg (2015), p. 679.

Su conocimiento del autor francés es temprano. Ya en diciembre de 1932, María Zambrano lee en *Revista de Occidente*, un artículo de Louis Massignon «Los métodos de realización artística», que será el texto de donde extraiga el poema que hemos reproducido. Será uno de los escritos que, junto a los libros *Lo*

santo de Rudolf Otto¹², publicado en la editorial de la *Revista* en 1925 y *El puesto del hombre en el cosmos* de Max Scheller en 1929¹³, más la influirán en la primera etapa de su pensamiento; aparte, claro, de los escritos de Ortega, de los que se irá distanciando después del paso de su maestro a la razón histórica, aunque seguirán sirviéndole de inspiración. De hecho, gran parte de sus reflexiones partirán de las categorías filosóficas básicas que su maestro ha ido elaborando y que conoce a la perfección, como lo demuestran los múltiples escritos publicados sobre el filósofo, las abundantes citas al maestro —especialmente en *El hombre y lo divino*— y el reconocimiento de su magisterio hasta sus últimas declaraciones.

Con posterioridad, leerá atentamente y subrayará *Parole donnée*, de Massignon, publicada en 1962, que será traducida al español en el año 2005 por Jesús Moreno Sanz para la editorial Trotta¹⁴. La versión que se encuentra en la biblioteca de Zambrano es, por supuesto, la francesa. María Zambrano es una autora de intuiciones primeras que irá desarrollando a lo largo de su vida y encuentra en Massignon un compañero de viaje en el adentramiento hacia la realidad experiencial que habita en nuestro interior, que es una fuerza creativa y trascendente y que ella quiere llevar a la luz de la razón. Nunca dejará de leer a Massignon y tenemos constancia de ello por los inéditos recogidos en el V. VI de la O.C. de María Zambrano. Cito, como ejemplo, la entrada 23 de septiembre de 1973:

«Hace unas noches leí la parte que no conocía de *Los siete durmientes de Éfeso* de Massignon. Y luego, a la mañana, la impresión de bienestar físico...»¹⁵.

También leerá con atención el libro del discípulo de Massignon, Henri Corbin, *La imaginación creadora en el sufismo de Ibn'Arabi*, de 1977¹⁶ y a otros autores estudiosos del esoterismo islámico como René Guénon, del que realiza una referencia de su libro *El simbolismo de la cruz* en el prólogo a *La Tumba de Antígona*,¹⁷ donde seguimos encontrando referencias al mundo islámico como la de Fátima, la hija-madre de Alá.

Zambrano comprueba en fecha temprana que la mística sufí se encuentra directamente unida a la palabra poética —a semejanza de la de San Juan de la Cruz— y se refiere a una realidad que habita en nuestro interior, dos temas centrales para Zambrano desde los años 40: una realidad interior que nos reclama y su acceso a la vigilia a través de la palabra poética. Ya en 1945, a la hora de encontrar las raíces del hombre europeo, subrayará el descubrimiento del hombre interior de San Agustín, como su origen irrenunciable. De ello da cuenta en sus libros *La confesión: género literario y método* y *La agonía de Europa*. Por otra parte, la palabra poética como forma de conocimiento se encuentra en los orígenes de su reflexión desde *Hacia un saber sobre el alma* de 1934 y *Filosofía y Poesía* de 1939.

Podemos decir que la escuela de pensamiento que representa Massignon es con la que María Zambrano se encuentra más identificada, pues hay un objetivo común que los une: la recuperación de la espiritualidad humana, de la experiencia íntima y de la realidad que yace en nuestro interior, relegada en Occidente; primero por el idealismo y posteriormente por el materialismo. Recuperación indispensable para el logro de un hombre completo, según Zambrano, pues allí

12. Otto, Rudolph, *Lo santo*, Trad. Fernando Vela, Madrid, *Revista de Occidente* (1925, 1965, segunda edición).

13. Scheller, Max, *El puesto del hombre en el cosmos*, Buenos Aires, Losada (1938-2008, segunda edición).

14. Massignon, Louis, *Palabra dada*, edición y traducción de Jesús Moreno Sanz, Madrid, Trotta, 2005.

15. Zambrano, M., *Obras Completas vol. VI*, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2014, p. 550. En *Palabra dada* de Massignon hay varios textos sobre «Los siete durmientes de Éfeso».

16. Corbin, H., *La imaginación creadora en el sufismo de Ibn 'Arabi*, Barcelona, Ensayos-Destino, trad. María Tabuyo y Agustín López (1993).

17. Zambrano, M., *La tumba de Antígona*, «Prólogo», *Obras Completas vol. III*, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2014, p. 1119.

anidan «esos saberes del alma» que nos proporcionan algunas categorías básicas de la vida humana que no pueden ser elaboradas por la sola razón: el amor —no reducido a pasión—, la esperanza, la piedad, la capacidad creativa; pero también la generosidad, el arrepentimiento, la admiración y la bondad¹⁸. Saberes todos ellos que hunden sus raíces en el pozo de lo sagrado, del misterio que anida en el fondo de nuestras entrañas: el vislumbre de un tiempo originario, en que el hombre era algo más que hombre. La principal diferencia del decir poético y el filosófico es precisamente que este último alude a la naturaleza del hombre desprendida de la historia, en cuyo fondo reside escondido ese lugar «irreconquistado» que se ha llamado de diferentes maneras:

«Maneras diferentes que tienen en común el aludir a algo, a un lugar fuera del tiempo en que el hombre fue otra cosa que hombre. Un lugar y un tiempo que el hombre no puede precisar en su memoria porque no había memoria, pero no puede olvidar porque tampoco había olvidado. Algo que se ha quedado como pura presencia bajo el tiempo y que cuando se actualiza, es éxtasis, encanto»¹⁹.

Sin embargo, María Zambrano pretende abrir un camino diferente al de las ciencias de la religión, donde se hallaba encerrado el conocimiento místico, un camino capaz de insertar un conocimiento inspirado y, por tanto, la realidad con la que conecta, en la Filosofía occidental. Quiere enriquecer la razón occidental, conquistada a lo largo de los siglos, que había desembocado en el callejón sin salida del nihilismo. María Zambrano ha iniciado su camino filosófico en la senda de la razón vital de su maestro Ortega y, en un mundo descreído, no ha querido abandonar las primeras intuiciones de Ortega: «La vida es la realidad radical» y se pone a reflexionar sobre la vida. Comprueba entonces que la vida del hombre se ha manifestado a través de la palabra; pero no sólo aquella que ha revelado la existencia de la razón, sino también la que ha revelado la existencia del alma a través de la palabra poética. Así escribe en el artículo ya mencionado «Hacia un saber sobre el alma»: «Pero había un doble saber: por una parte, saber de la razón que domina; y de otra, un saber, un decir poético del cosmos, de la naturaleza, como no dominable»²⁰.

Y es precisamente ese «decir poético del cosmos», junto con el descubrimiento de la atemporalidad del tiempo del soñar, que lo posibilita —ya que durante el sueño la vida está enclaustrada en el cosmos—, lo que Zambrano quiere introducir en Los Coloquios de Royaumont, como indica en el prólogo a «El sueño creador», la versión en libro de la ponencia presentada en el Congreso:

«El haber aplicado a la creación literaria lo encontrado del tiempo en el soñar procede de una invitación de los organizadores de un Coloquio de Royaumont, sobre “Los sueños en las sociedades humanas”»²¹.

La reflexión filosófica de Zambrano será a partir de esa fecha un largo camino para desvelar las formas en las que el alma se ha manifestado a lo largo de la historia, a través de los mitos y de los hallazgos encontrados a través de la creación

18. La bondad, el bien, se encuentra entre las reflexiones recurrentes de Zambrano que quiere adentrar en nuestro interior las bases de la ética —distinción entre el bien y el mal—. Así escribe a Lezama Lima, en diciembre de 1955: «La eticidad, y en una forma muy briosa, se ha liberado del imperativo como norma de conducta, de la idea puritana del deber, para encontrar la raíz sagrada de la conducta». Ver Nota 25, p. 44.

19. Zambrano, M., «Filosofía y Poesía», *Obras Completas vol. I*, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2015, p. 758.

20. Zambrano, M., «Hacia un saber sobre el alma», *Obras Completas vol. II*, Barcelona, Galaxia Gutenberg, p. 436.

21. Zambrano, M., *El sueño creador*, «A modo de prólogo (1971)», *Obras Completas vol. III*, p. 987.

poética; pero también para justificar metafísicamente ese tipo de conocimiento poético y, finalmente, para mostrar la necesidad que la razón tiene de contar con tales hallazgos, como forma de superar la historia sacrificial de Occidente que ella ha vivido y seguirá viviendo en carne propia.

Ya en la temprana fecha de 1939, como acabamos de señalar, había comenzado en su libro *Filosofía y Poesía* un recorrido por estas dos formas de conocimiento, en un intento de legitimar la aportación indispensable de la palabra poética al pensamiento. Camino que nunca dejará de recorrer. Sin embargo, desde mediados de los años 50, su pensamiento ha ido evolucionando en la dirección de encontrar un sustento metafísico para ese conocimiento que sea asimilable por la razón. En un intento de sustentar su razón poética metafísicamente, da un giro a su pensamiento.

Decide abandonar sus preocupaciones históricas, llevadas a cabo al hilo de las circunstancias, plasmadas en libros como *Los intelectuales en el drama de España*, *La agonía de Europa* y *Persona y democracia*, para centrarse en el conocimiento de ese ser «escondido a sí mismo» que es el hombre y, en ese camino, se encuentra con el tiempo, con los múltiples tiempos de la vida humana y los diferentes tipos de realidad a los que alude²².

El tiempo del ser humano no es sólo el tiempo sucesivo de la conciencia, el tiempo de los relojes, reflexiona Zambrano, y el paradigma de su multiplicidad es el tiempo del sueño. La atemporalidad y pasividad, en la que se encuentra el hombre bajo el sueño, refleja la situación primaria de la conciencia en su sentir originario; así como su periódico y necesario despertar, mostrando la ley que preside la vida. Dicha atemporalidad, en ocasiones alcanza la vigilia, y da lugar a otro tipo de tiempo que el hombre debe gestionar desde su libertad despierta. Es el tiempo de la inspiración, un conocimiento que no depende de la razón, aunque la razón deba gestionarlo.

En ese camino para legitimar esa forma de conocimiento inspirado, que considera debe enriquecer el discurso racional, no sólo cuestiona la primacía del tiempo sucesivo; sino, paralelamente, la realidad exterior como la única existente. Existe una realidad interior, que se le desvela al hombre a través del sueño y que le hace atisbar su verdadera naturaleza porque le conecta con el sentir originario, con lo sagrado que habita en nuestras entrañas, lo desconocido y a veces aterrador de nuestra condición humana que, según Zambrano, es lo que hizo surgir tanto a los dioses como a la Filosofía.

Entre abril y junio de 1957, Zambrano se encuentra de nuevo en París. Ya ha comenzado a encontrar el camino, mediante el cual puede justificar su razón poética. Así presenta al Premio Diógenes un artículo-esquema de *Los sueños y el tiempo*. De nuevo, le es denegado el premio, aunque recibe la admiración de Roger Caillois, quien es probable que fuese el que intercediese para incluirla en el programa de los Coloquios de Royaumont con su conferencia «*Les rêves et la création littéraire*», que su amiga Reyna Rivas, ya en tránsito de Roma a Caracas, le ayudará a traducir al francés.

María Zambrano ya está preparada en 1962 para codearse con algunos de los arabistas, psicoanalistas, antropólogos y sociólogos de renombre internacional como Henri Corbin, Roger Caillois y Mircea Eliade, que reflexionan, a través

22. «En el último periodo, María Zambrano ha ido alejándose de la consideración histórica (sin nunca negarla ni desconocerla), para adentrarse ya más directamente en la vida personal, en el estudio del «ser humano» y la realidad, el ser y la libertad, especialmente a la luz del problema del tiempo...» Zambrano, M. «Itinerario», *Obras Completas vol. VI*, Barcelona, Galaxia Gutenberg, p. 442.

del fenómeno del sueño, sobre el papel de lo sagrado, los mitos y la imaginación creadora en la historia del hombre. Lleva tiempo inmersa en el fenómeno del sueño, no sólo teóricamente; sino a través de su experiencia. En el artículo ya mencionado de Cioran, el filósofo relata cómo percibe con asombro la forma en que María Zambrano sitúa la experiencia, especialmente la experiencia de lo insoluble, en una fase previa a la reflexión. Es lo que ella reivindicará como «saber de experiencia» o «el camino recibido» y que Massignon denominará «palabra dada». Ahí encontramos la afinidad que conduce a Zambrano a denominarlo maestro en su carta a Lezama Lima.

En los inéditos de mediados de los años 50, podemos comprobar esta afirmación, recorriendo las múltiples entradas en las que se detiene en sus propios sueños para intentar descifrar su naturaleza y, en ocasiones, integrarlos en sus reflexiones de la vigilia. Reproducimos dos de ellos:

Septiembre de 1954

Comprendo ahora sin soñar, pero como en un sueño, el significado de trenzar, Oknos el Soguero, que Ortega interpreta como una figura infernal condenada a trenzar y destrenzar.

No: es la tradición, el tiempo humano.

Tradición, igual a tiempo humano, igual a creación, igual a unir futuro y pasado. Absorber el tiempo que viene trenzado con el pasado, formando así una continuidad.

Y siento esto en conexión con las líneas que se me aparecían en sueños, líneas en movimiento que venían a entrelazarse momentáneamente formando una figura. Este es un sueño de creación objetiva en que se reproduce y manifiesta la creación del cosmos, de la realidad física.²³

26 de diciembre de 1954

Esta tarde, medio dormida, una imagen imprevista, repentina, como una *aparición típica*, o sea, que cuando me doy cuenta ya estaba ahí, por tanto, con el carácter de realidad.

Realidad: lo que está ya ahí siempre.

(Para *La vida es sueño*).²⁴

En el primer apunte, Zambrano parte de una figura mítica que relaciona con un sueño anterior de líneas que se trenzaban formando una figura, para llegar a una concepción del tiempo, ajena al progresivo impuesto por la conciencia. Un tiempo humano en el que pasado y futuro se trenzan en torno a un centro, el tiempo de un sueño creador.

El segundo apunte es una confirmación experiencial de una realidad que no depende de nuestro yo, de nuestra subjetividad o de nuestra razón, sino que viene a nosotros como en los sueños y que es, por tanto, la verdadera realidad, la que está siempre ahí.

En estos breves apuntes asistimos al proceso de reflexión de Zambrano. Un proceso que aúna la reflexión consciente con otra realidad que viene hacia nosotros y alcanza la vigilia desde el sueño.

23. Zambrano, M., «5 de septiembre de 1954», *Obras Completas* vol. VI, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2014, p. 363.

24. Zambrano, M., «26 de diciembre de 1954», *Obras Completas* vol. VI, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2014, p. 375.

El predominio de las intervenciones que se realizaron desde el 12 de junio en la Abadía de Royaumont, se inserta en la historia de las religiones, como lo muestra el introductor de los Coloquios, Von Grunebraum, historiador y arabista austriaco de gran renombre. Desde el psicoanálisis, C. Jung está presente con discípulos como Roland Cahen y Sonie Mariach y la sociología con autores como Roger Caillois. María Zambrano es la única que quiere intervenir desde la universalidad del pensamiento y del conocimiento de la naturaleza humana, es decir, desde la Filosofía y encuentra en Henri Corbin y Roger Caillois dos interlocutores afines. No ha podido cumplir su deseo de encontrarse con Massignon, uno de sus principales incentivos para participar en el Coloquio, como le comenta a Lezama Lima, en carta de 23 de octubre de 1973:

Corroboré el otro día leyendo a Massignon que nunca el hombre occidental había tenido tanta vocación suicida. Louis Massignon es el único maestro, que desde hace años larguísimos he encontrado. Otro día le hablaré más de él. Fui hace ya once años, es decir, acepté la invitación de los Coloquios de Royaumont por encontrarlo y no fue, murió enseguida.²⁵

Sin embargo, la experiencia fue satisfactoria como le escribe a su amiga Reyna Rivas en carta de 25 de junio de 1962. La conferencia de Corbin le pareció espléndida y recibió palabras elogiosas del presidente de los Coloquios Von Grunebraum.

Su intervención con la conferencia “*Les rêves et la creation litteraire*”, me parece un hito fundamental en el camino de la razón poética. Es un intento de legitimar el conocimiento por inspiración a través de la actividad creadora y no sólo de la experiencia religiosa. Pues como afirma en *El sueño creador*, los grandes géneros literarios, también responden a ese conocimiento que nos procura la experiencia del sueño:

Sin embargo, se ha descubierto, como es sabido, que el contenido de las religiones es la manifestación misma de la vida del sueño, especie de procesión de los sueños objetivados en que el ser humano se manifiesta y busca su lugar en el universo.

[...] Desprendidos de las religiones, con existencia ya autónoma, aparecen los grandes géneros de creación por la palabra que vienen a ser como pasos de esta procesión de ensueños, de este irreprimible trascender del ser humano.²⁶

Es un trascender porque nos conducen más allá de los límites que impone la razón; pero hay que traspasar esos límites porque más allá se encuentran categorías básicas que nos definen, nuestra auténtica realidad. Su forma de manifestación es la palabra que encarnan los símbolos y mitos logrados por la actividad creadora. Así escribe en *El sueño creador*: «La creación poética y sus arquetípicos géneros pueden ser la génesis de una especie de categorías poéticas del vivir humano»²⁷.

25. Jiménez Carreras, P., *Cartas desde una soledad. Epistolario María Zambrano-José Lezama Lima-María Luisa Bautista-José Ángel Valente*, Madrid, Verbum, 2008, p. 67.

26. Zambrano, M., «El sueño creador», *Obras Completas vol. III*, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2014, p. 1.043.

27. *Ibidem*, p. 1.041.

La prueba de que dichas categorías no desaparecen es que, aunque las neguemos se mantienen vivas, eso sí, sufriendo una metamorfosis. Por ejemplo, el mito del paraíso terrenal se metamorfosea en el siglo XIX, el siglo del nihilismo, en las utopías marxista y nacionalista que asolaron de muerte el siglo XX, idea que Zambrano introdujo en la reflexión de Cioran. Podemos asimismo rastrear el mito del ángel caído, Satán, con el mito de la libertad absoluta y el absolutismo del poder, en que el hombre, libre de todas las ataduras, quiere ser como Dios y exige sometimiento, adoración y víctimas, creando la dinámica sacrificial de la historia occidental; pues el absoluto sólo se puede dar en el lugar del sueño, no en el de la historia. Hay otros mitos, digamos «positivos» que responden a ciertos sentires, que habitan en esa interioridad que reclama Zambrano, como la bondad, el amor, el arrepentimiento, la admiración, la dicha y la desdicha. El mito de Antígona, por ejemplo, nos recuerda la existencia de una de esas realidades, la piedad —convertida hoy en tolerancia— que, además, tiene una relación directa con el saber que Zambrano intenta consolidar: el saber inspirado.

La Piedad es, en palabras de Zambrano, «saber tratar adecuadamente con lo otro, lo que no se encuentra en nuestro mismo plano vital» y así se hermana con la inspiración que proviene de un lugar que no es el de nuestro yo consciente:

Y así, el saber por inspiración pertenece por entero al mundo de la piedad, es recibido de algo otro y él en sí mismo es sentido como algo distinto de quien lo tiene; es un huésped al que hay que saber dirigir y tratar para que no desaparezca, dejando algo peor que su vacío. Porque toda inspiración luminosa tiene su peligro en una inspiración contraria.

Y así la Poesía es el saber primero que nace de este saber inspirado.²⁸

Hay muchos otros mitos sobre los que se inclina Zambrano; pero lo que quiere mostrar en Los Coloquios de Royaumont es el fundamento metafísico del conocimiento inspirado, a través de sus análisis del tiempo y la existencia de esa realidad sobre la que se inclina, diferente de la realidad exterior, pero igual de real que ella: «Hay una realidad impuesta, esa que Ortega llama ‘contravoluntad’. Y hay otras realidades que si lo son es porque nos dirigimos a ellas reclamándoles algo».²⁹

Así como lo propio de la vida humana es despertar cada mañana desde el sueño, la ley que preside la vida está sometida a la rueda de la ocultación y la manifestación. Al despertar, se recobra el tiempo sucesivo, el tiempo donde la libertad y la acción son posibles porque, para salvar la imposibilidad de que el hombre se mantenga en la pasividad absoluta del sueño, se encuentra la realidad mediadora del tiempo: «El tiempo es la relatividad mediadora entre dos absolutos: el absoluto del ser en cuanto tal, según al hombre se le aparece, y el absoluto de su propio ser tal como el hombre lo pretende».³⁰

La Filosofía ha recorrido ampliamente el tiempo sucesivo, pero se ha olvidado de que la escala del tiempo es ascendente y descendente, se ha olvidado de la escala que invita a descender a las zonas oscuras, donde habitan el olvido y el sueño, las zonas del nacer y de la muerte y las raíces de la psique: la aidez y el temor.

28. Zambrano, M., *El hombre y lo divino*, *Obras Completas vol. III*, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2014, pp. 232-233.

29. Zambrano, M., «La vida en crisis», *Hacia un saber sobre el alma*, *Obras Completas vol. II*, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2016, p. 499.

30. Zambrano, M., *El sueño creador*, *Obras Completas vol. III*, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2014, p. 1020.

Es allí en ese descendimiento donde se aloja el sueño que posee las características del tiempo absoluto y que muestra la pasividad extrema del individuo privado de acción en su encuentro con su ser originario.

En el sueño, el individuo, privado de tiempo y de acción, siente la intrusión de un visitante que llega; a veces son sueños incómodos como las pesadillas; otras, retazos caídos de la vida consciente; pero hay otro tipo de sueños que presentan una situación esencial del hombre en la vida que, si alcanzan la palabra, dan lugar a la creación poética, a un diálogo entre la persona y el sueño que la visita. Pues cierto tipo de sueños son la primera forma de conciencia, en la que las situaciones esenciales del ser humano se manifiestan. Son los sueños creadores.

Esto sólo es posible si el hombre renuncia al análisis racional de una imagen onírica y acepta la llegada intermitente de la inspiración y de la palabra capaz de acogerla.

El intento de justificar filosóficamente el conocimiento inspirado, así como la realidad a la que alude, me parece una de las vías más interesantes del pensamiento de María Zambrano y hay que decir que fue en París donde tuvo su bautismo de fuego. Es una forma de conocimiento, que sigue sin tener hoy reconocimiento en el pensamiento occidental; aunque siga siendo una realidad que experimentan los poetas y creadores. Voy a cerrar esta exposición acompañando a María Zambrano con la voz del poeta Adam Zagajewski, recientemente fallecido, en su libro *La defensa del fervor*:

No obstante, la intuición de la que tantas veces hablan los creadores, la intuición según la cual hay alguien que nos dicta las palabras más importantes de un poema o las notas cruciales de una sonata merece la máxima atención. Tal vez no estemos solos en un cuarto vacío, en nuestro taller, y si son tantos los escritores amantes de la soledad, es porque a solas no se sienten solitarios. Hay una voz que, de cuando en cuando —raras veces, por desgracia—, nos habla. Una voz que oímos en los momentos de máxima concentración [...] por eso estoy dispuesto a defender el concepto de «inspiración», al que tantos remilgos hacía Paul Valéry, aquel gran profesor de poesía.³¹

31. Zagajewski, A., *En defensa del fervor*, Barcelona, Acantilado, 2005, pp. 54-55.



Lux 130 x 162 cm 2017

JORGE NOVELLA SUÁREZ

Universidad de Murcia

El exilio como forma de vida en María Zambrano

Resumen

Los exilios son una constante de nuestra historia. El exilio republicano de 1939 se convirtió para muchos en algo más que una errancia y el no poder volver a la patria. Ese desarraigo se convirtió para María Zambrano en una forma de vida, en un modo de vivir y afrontar su vida en el mundo. Fue vencida, pero jamás destruida. Hoy, María es emblema del exilio republicano.

Palabras claves

Exilio; existencialistas; errancia; memoria; ruinas; piedad; entereza; soledad; bienaventurados; entrañas; luz; razón poética.

Exile as a way of life in María Zambrano

Abstract

Exiles are a constant in our history. Exile after Spanish Civil War in 1939 became for many more than an errant life and not being able to return to the homeland. That uprooting became for Maria Zambrano a way of life, a way of living, and confronting her life in the world. She was defeated, but never destroyed. Today she is an emblem of the republican exile.

Keywords

Exile; existential ("existencialistas"); wandering ("errancia"); ruins; piety; integrity; blessed; entrails; light; poetic reason.

«A vosotros, los muertos, os dejaron sin tiempo; a nosotros, los supervivientes, nos dejaron sin lugar.»

María Zambrano, *Delirio y Destino*, p. 209.

«En toda Europa es de noche, el mundo actual se deshace al parecer; que nuestra nostalgia no es únicamente de españoles sino de europeos.» Es la agonía de Europa para María Zambrano. Pocos han visto venir el peligro que se cernía sobre el viejo continente, sus vivencias en la guerra civil y el exilio posterior hacen de la filósofa veleña una auténtica *Die Feuermelder*, una avisadora del fuego y de las catástrofes, en expresión de Walter Benjamin, como lo serán Roth, Zweig o Valery, entre otros. Su crítica al positivismo imperante y el desarrollo técnico en las industrias de la muerte son claves, en sus análisis coincide con pensadores, filósofos y literatos de su tiempo, como Hannah Arendt o Simone Weil, en ese viaje al fin de la noche, a ese trayecto que el nacionalismo de *Blut und Boden* llevó al aniquilamiento del hombre por el hombre, a la dialéctica *amicus/hostes*, a pisotear la dignidad humana y a convertir al hombre en un ser abyecto que crea infiernos de verdad como Auschwitz, Mauthausen o Buchenwald. El cinismo moral, el mal radical y su banalidad.

Los efectos de la guerra son el exilio, el ser vencido y todo lo que conlleva. María Zambrano va a interiorizar lo que es la derrota, el ser errante, y lo va a convertir en su seña de identidad, en su modo de ser y de encarar la vida y el mundo. Será una paseante de la memoria donde las ciudades en las que habite son constancia de su peregrinaje y metáfora de ese laberinto que es su vida. «La derrota fue una diáspora, no es el refugiado ni el desterrado», es la errancia, la desubicación, el vagar sin patria, conduce a hacer del exilio una forma de vida. Hay que subrayar que María no vive ese permanente destierro como si fuera una expiación o una redención, no. No tiene culpas de las cuales purificarse mediante algún tipo de sacrificio, ni arrepentimiento para reconciliarse con Dios; tampoco debe redimirse por algún tipo de pena. Es el exilio como experiencia vivida. El exilio como forma de vida en un espacio, en un territorio que nunca es el suyo, donde el sujeto construye una identidad conforme a su modo de estar arrojado en el mundo. Una vivencia fundamental pues es el punto de partida para el sentido y significado de la vida y obra de Zambrano.

¿Del exilio, de los exilios, qué podemos decir? La historia de España está plagada de exilios y destierros desde los RRCC y la expulsión de los judíos al exilio republicano de 1939. Entre estos dos acontecimientos tenemos a moriscos, jesuitas, liberales (en varias oleadas), etc. El exilio, los exilios son –lamentablemente– una constante de nuestra historia. Como podemos colegir, el exilio es el efecto indeleble y persistente a lo largo de nuestra historia, repleta de conflictos y guerras civiles. Todavía tendría que producirse el más doloroso de todos ellos, el exilio de 1939 como consecuencia de la guerra incivil de 1936 al 39, 684.000 desplazados. Esa Numancia errabunda es la que vamos a analizar – no desde el plano histórico – sino también del ontológico, esto es, de la condición del exiliado y lo que conlleva vitalmente.

Hoy, ochenta y cuatro años después, del exilio más crucial y revelador de la gran crisis de Europa podemos observar sus efectos y su legado. Se han publicado múltiples estudios desde las dos orillas y tenemos una cartografía suficiente para abordar algunos aspectos cruciales del exilio español de 1939. ¿Podemos sacar alguna consecuencia positiva de estos exilios? Decididamente sí. Para los países de acogida, toda Iberoamérica, especialmente México, sufrieron el impacto positivo de esa masa crítica que llegó desde España, modernizando en todos los aspectos a dichos países. A la vez se producía un encuentro con una cultura común que va más allá de los tópicos de la madre patria. La última exiliada que vuelve es María Zambrano, el 20 de noviembre de 1984.

Del exilio

Delimitemos el concepto mismo de «exilio», el Diccionario de la Real Academia de la Lengua Española define «exilio» como Separación de una persona de la tierra que vive. | 1. Expatriación, generalmente por motivos políticos y «destierro» como «Acción y efecto de desterrar o desterrarse. | 2. Pena que consiste en expulsar a una persona de lugar o territorio determinado, para que temporal o perpetuamente resida fuera de él¹.

Las acepciones son casi idénticas, pero en la segunda instancia se pone de manifiesto la mayor carga emocional de la variación semántica «desterrar» que con su sentido literal de «quitar de la tierra» conjura una imagen de violencia y desgarro: «Margarita Xirgu nos recordaba con frecuencia en Chile que «los griegos inventaron el castigo más riguroso para el hombre: su destierro». Peor aún que la muerte, conveníamos, pues equivale a morir en vida todos los días. Al fin y al cabo, la muerte es una conclusión, en tanto que el destierro es una mala muerte que puede acompañarnos toda la vida.»²

Las diferencias léxicas en español se amplían al llegar a la denominación de las personas que sufren el exilio. Junto al evidente «exiliado», encontramos otros términos que son sinónimos: proscrito, confinado, extrañado, expulsado, aparecen los términos desterrado, emigrante, emigrado, transterrado, empatriado, peregrino, despatriado y trasplantado. Tal riqueza léxica testimonia la preocupación que la experiencia del destierro ha despertado entre la crítica literaria, histórica y filosófica. Hoy, en tiempos de post globalización, pensamiento único y uniformidad, para todas estas figuras se utiliza el término, migrante. Todavía se deshumaniza más.

Adolfo Sánchez Vázquez³ identifica el exilio como «la conciencia crítica, la voz flagelante que, en el interior, no se puede levantar»; a la vez que establece una serie de caracteres específicos del exilio español en México: Naturaleza esencialmente política, republicana y antifranquista; dimensión masiva, no elitista; su amplitud social al representar a todos los sectores y clases que defendieron la República; adscripción de sus miembros a los más diversos oficios, profesiones y ocupaciones; su procedencia multiterritorial que cubría todas las regiones de España; a diferencia de otros exilios de nuestra historia, su larga, larguísima duración. Además, el exilio se despliega en un triple plano: político, moral y cultural, especialmente en Méjico.

1. *Diccionario de la lengua española*, Real Academia Española, Madrid, 1992, p. 658.

2. Morales, J.R., «Margarita Xirgu en el destierro» en *Anthropos*, n.º 35, Barcelona, 1992, p. 33.

3. Sánchez Vázquez, A., «Miradas sobre –y desde– el exilio», en *Exilio*, Madrid, Fundación Pablo Iglesias, 2002, p. 247.

Político, porque al mantener en alto los principios y valores (de libertad, democracia e independencia) por los que nuestro pueblo había combatido heroicamente; al denunciar incansablemente ante el mundo las fechorías del franquismo y expresar su solidaridad y apoyo a los sufridos y perseguidos compatriotas del interior, el exilio contribuyó a recuperar esos principios y valores en la España democrática que surge de la transición.

Cultural, dada la elevada y vasta obra de sus poetas, novelistas, científicos, filósofos, historiadores, pintores, cineastas, arquitectos, universitarios, en general, así como por la fundación de revistas, editoriales e instituciones educativas, constituyó un capítulo fecundo de la historia de la cultura, no sólo en Méjico, sino también de la que –bajo el asfixiante régimen que la oprimía– no se podía escribir en España.⁴

Moral, porque el exilio no sólo fue coherente, en su comportamiento individual y colectivo, con la causa que se había defendido en la Guerra Civil, sino que se mantuvo digno y responsable en su vida diaria, lejos de su patria, consciente de que, a los ojos mejicanos, representaban una España distinta de la que los había conquistado y colonizado.

El exilio como ese espacio que está siempre fuera de plano, lejano, desubicado de las raíces de la identidad personal, como ejemplo de lo que Marc Augé llamará «no lugares»⁵ en su análisis de los espacios anónimos en la modernidad. Es claro que lo que se pretende es la desarticulación estructural del sujeto por parte de un poder político. Pero no se experimenta como si fuera un duelo permanente, más bien permanece en el interior del sujeto, a modo de una «intimidad amurallada» que le transmite la desolación y convierte al exiliado en alguien que se siente como un «discapacitado social». Humillado, vencido, sin capacidad para resistir, se cierra en banda, prisionero de su propia condición. Abandonado a su suerte, su discurso recuerda el que expone Plutarco, como una permanente consolatío, o el de Ovidio, en la Elegía XII de Tristia, situado en «El tiempo interior de la espera y de la esperanza del retorno.»⁶ Pero siente la necesidad de recomenzar, de vivir y contar aquello que se ha interiorizado porque fue cercenado a la fuerza, pues no puede ser dicho y expresado. Es el decir y ser del exiliado, la reivindicación permanente del proyecto político y cultural de la II República: Que no cayera en el olvido. María Zambrano como narradora, testigo y víctima.

Podemos resaltar el exilio insistiendo en dos de sus usos: como pérdida y como resistencia. Así lo hace el filósofo Carlos Pereda⁷ con el propósito de hacer justicia de lo perdido, de ese desfallecimiento en que se encuentra aquél que irremisiblemente experimenta la melancolía y el sufrimiento del exilio como «régimen de vida permanente». Y añade, «todo lo que importa está hecho ruinas», recordemos el significado de este símbolo, para María Zambrano en *El hombre y lo divino*: «Las ruinas son lo más viviente de la historia, pues sólo vive históricamente lo que ha sobrevivido a su destrucción, lo que ha quedado en ruinas. Y así, las ruinas nos darían el punto de identidad –entre la personal historia– y la historia. Persona es lo que ha sobrevivido a la destrucción de todo en su vida»⁸. Hay otro uso para el maestro Carlos Pereda, lo que denomina «el exilio como umbral» pues la experiencia del exilio es «una entrada a otras posibilidades», donde se convierten

4. *Ibidem*, p. 250.

5. Augé, M., *Los no lugares. Espacios del anonimato*, Barcelona, Gedisa, 2004.

6. Guillén, C., *El sol de los desterrados: literatura y exilio*, Barcelona, Sirmio, Quaderns Crema, 1995, p. 31.

7. Pereda, C., *El exilio como aprendizaje*. México, Siglo XXI, 2008, pp. 47-74.

8. Zambrano, M., *El hombre y lo divino*, en intr. de M.^a Fernanda Santiago Bolaños, Madrid, FCE, 2007, p. 233.

«esas rupturas, las situaciones del tipo de <estar en el umbral>, en una forma institucionalizada, permanente de vida.»⁹ Es decir, se abren nuevos modos de vida y acción para el exiliado que no ha sido destruido.

Experiencia del desarraigo y existenciarios del exiliado

Juan Fernando Ortega y José Luis Abellán han abordado el exilio como categoría, puesto que las categorías se predicán de los objetos, vamos a tomar de Heidegger su concepto de existencial/existenciario. Esto es, el exilio como un modo de ser y vivir. En *Ser y Tiempo*, § 11-12, Martin Heidegger, trata en su Analítica existencial los existenciarios de la condición humana. Heidegger¹⁰ llama existenciarios a categorías vitales que conforman proyectos de vida; son los distintos modos de ser en que el Dasein (existencia humana) se muestra: el «ser-en-el-mundo», «estar afuera, arrojado», «proyecto», «presencia», «encontrarse», el «comprender», «libertad», «cuidado», etc.

La existencia humana adquiere sentido y comprensión en el horizonte de la temporalidad, de ahí que el hombre sea su historicidad (Geschichlichkeit), se gesta realizando sus posibilidades como despliegue del ser en el mundo. Los existenciarios, aplicados a nuestro análisis de la condición del exiliado¹¹, los entendemos como los caracteres constitutivos que conforman el exilio de María Zambrano convertido en una forma de vida. Su identidad, sus modos de ser, sus categorías existenciales, su forma de vivir en ese permanente extrañamiento del expatriado. Los existenciarios tienen significado aplicándolos al exilio y, especialmente, a Zambrano (aunque son comunes a otros autores desde Benjamin, Rosenzweig, Arendt, Weil, Amery, Stein, etc.). Destaco aquellas que refuerzan ese modo de vivir el ostracismo como lo experimentó la filósofa veleña.

ABANDONO e INDIFERENCIA. Alguien que «ha perdido su circunstancia», en dos momentos: Desgarramiento, en un primer momento, y el aislamiento, al sentirse desahuciado, inerte, huérfano y sólo. Claudio Guillén lo ha descrito como el vivir a «destiempo», el exiliado al perder la ciudad, el país, pierde también «la carencia de substancia significativa»¹², pues como narra Jenofonte en las *Memorabilia*: «Yo no me reduzco a ningún Estado en particular. Soy extranjero en todas partes» (II, 11-15).

Una mujer que vive en un permanente desgarro, escindida y desdichada.
Una paria, una apátrida, que va a aprender a vivir con ese destino, de ahí que devendrá en «un bienaventurado» en palabras de Zambrano (una persona que vive feliz con lo que es y con lo que hay).

DESAMPARO y SOLEDAD, «es el signo y la prueba de la madurez de una vida»; es lo que se desprende de la Carta sobre el exilio es de 1961. Estamos, somos olvidados, nadie nos recuerda, nadie nos trae al corazón; extraños ante los nuestros, somos silencio sin historia.

ERRANCIA/NOMADISMO. Cuba, Puerto Rico, México, Francia, Italia... como H. Arendt y, especialmente, Simone Weil y su espléndido *Echar raíces*¹³.

9. Pereda, C., *op. cit.*, p. 77.

10. Heidegger, M., *El Ser y el Tiempo*, México, FCE, 1974, pp. 63-72.

11. Véase Zambrano, M., *Los bienaventurados*, Madrid, Alianza, 2019; Ortega, J. F., «El exilio como vía de conocimiento del hombre: estudio ontológico de María Zambrano, *El Ateneo. Revista científica, literaria y artística*, n.º 11, Madrid, 2002, pp. 147-158; Abellán, J. L., *El exilio como constante y categoría*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2001.

12. Guillén, C., *El sol de los desterrados: literatura y exilio*, Barcelona, Sirmio, Quaderns Crema, 1995, p. 34.

13. Weil, S., *Echar raíces*, Barcelona, Trotta, 1996.

PÉRDIDA DE SEGURIDAD JURÍDICA. Vencidos, apátridas, extranjeros sin papeles. Cosmopolitismo al estilo de Stefan Zweig, Thomas Mann, Joseph Roth o Paul Valéry.

DESCONOCIMIENTO DEL PROPIO SER, se contempla «como un desconocido» (como alguien anónimo, escondido, sin identidad). Desposeído de sus circunstancias, de todo aquello que le hace ser quien es. Es el acabamiento del yo. Quizás ese desenlace es el que conduce a María Zambrano en su viaje a las entrañas, a lo más recóndito del alma humana. Ahí nadie puede penetrar.

UN SER DEVORADO POR LA HISTORIA. Es la mujer, en este caso, exánime, aniquilada, desfallecida, patitiesa, perdida, vencida sin remisión, muerta en vida, sin vigor ni palpar para arrostrar todo lo que tiene ante sí. Ruina de aquella que fue. Sin acmé ni floruit, ahora es exsul umbra, una sombra prohibida.

Todos esos existenciarios son descriptores del modo en que vivió María. En esa situación Zambrano se yergue, y sus exiliados, «esos españoles sin España», ha sido vencida pero no la han podido destruir. De ahí, que María Zambrano nos muestra cómo lleva su patria en ella misma. Todos los existenciarios, toda la analítica de la existencia humana está en eso que denomina «revelación», desvelamiento, aletheia, descubrimiento, manifestación de su existencia (como Dasein que no Existenz). En su «despellejamiento» y «crucifixión» que son las entrañas mismas del ser humano. La conclusión puede parecer paradójica, pero ya la hemos anunciado, únicamente en el exilio, en su padecimiento sabremos el verdadero ser de la patria y de nosotros mismos.

En agosto de 1989, desde la tercera del diario ABC, escribe un artículo de título contundente: «Amo mi exilio». En esa frase se condensa lo expuesto en su Carta –escrita veintiocho años atrás– así como una reivindicación de esa razón anamnéctica que nos puede servir para ilustrar ese proceso de exigencia y recuperación de la identidad propia a través de la memoria y del recuerdo que se hace presente. Deja de ser algo pasado para ser vivencia de la historia.

Hay ciertos viajes de los que sólo a la vuelta se comienza a saber. Para mí, desde esa mirada del regreso, el exilio que me ha tocado vivir es esencial. Yo no concibo mi vida sin el exilio que he vivido. El exilio ha sido como mi patria, o como una dimensión de una patria desconocida, pero que una vez se conoce, es irrenunciable.¹⁴

Evidenciamos, como constata con esa mirada a su regreso a España un 20 de noviembre de 1984, fecha emblemática en las efemérides franquistas y en nuestra cronología histórica, su vivencia del exilio como dimensión esencial de la vida humana. En *Las palabras del regreso*¹⁵ asistimos a la simbiosis entre biografía y pensamiento, es un viaje al fondo «de la noche oscura del alma». Trayecto y peregrinación en la que dejará atrás los sueños y falsas promesas de felicidad de la razón ilustrada. Lo hace desde esa mirada del regreso, desde esa perspectiva auroral como ha subrayado Sánchez Cuervo.¹⁶

14. Zambrano, M., Introducción a *La otra cara del exilio: la diáspora del 39*, Curso de verano El Escorial, 1989, Madrid, Universidad Complutense, 1990, pp. 7-8.

15. Zambrano, M., *Las palabras del regreso*, en Mercedes Gómez Blesa (ed.), Salamanca, Amarú, 1995, p. 13.

16. Sánchez Cuervo, A., «Los imperativos del exilio (A propósito del centenario de María Zambrano)», Madrid, *Isegoría, Revista de Filosofía Moral y Política*, n.º 31, 2004, pp. 247-254.

«Tiende por ello Zambrano a un constante ir y venir entre la filosofía, la poesía y la religión, a lo largo de la cual se va despejando una razón abiertamente heterodoxa, siempre en el límite entre la <otra ilustración> y el llamado, en su día, por Hans Jonas <síndrome gnóstico>»¹⁷

Su tarea es encarar el presente, eso sí, lo afronta de un modo peculiar. Desde el silencio, inasible por el «indecible olvido», utiliza María Zambrano la figura del Niño de Vallecas que está «donde siempre han estado los dejados», esperando «que alguien los recoja». Como la Numancia celtíbera arrasada por Escipión el Africano, esta otra Numancia errante resiste, escombros y despojos de ella misma, pues ya no pueden causarles más dolor e infligirle más pérdida. Las sombras prohibidas, pero no destruidas, están ahí, perduran en la memoria de los vencidos, pues la voz dormida de la memoria nadie la puede vencer.

La tensión entre memoria e historia, poesía y verdad, eso que María Zambrano ha contado una y otra vez, el reconocerse en el cordero que llevaba el hombre que le precedía al cruzar a pie la frontera, dejando atrás España. Ella se identificó con ese cordero del sacrificio por ser «de la generación del toro»¹⁸, o con el hombre de la camisa blanca del cuadro de Goya, los fusilamientos del tres de mayo, o los bufones de Velázquez, el niño de Vallecas y el bobo de Coria, o la Benina (Nina) de Misericordia de Galdós o Fortunata o Diótima y Antígona. Son algo más que sus heterónimos, juntos son María y la España peregrina.

El exilio como resistencia y entereza

Y así va a vivir María Zambrano con el exilio siempre a cuestas, su vida será una larga sucesión de exilios, de ahí que nos interese el modo de arrostrarlos, hasta tal punto que forman parte de su vida. Si los identificamos comprenderemos mejor su proceder, su actuar, con el exilio entendido – y vivido – como desarraigo permanente. Ese es su pensamiento de la Aurora, un recomenzar permanente partiendo de esa razón vital, narrativa, histórica para ahondar en las zonas abisales del alma, eso es la razón poética, donde el amor es la ayuda en la reflexión y en el camino a seguir. Así podemos entender mejor a la filósofa veleña, el exilio es una perspectiva clave de su mirada al mundo y la realidad.

«Escribir es defender la soledad en que se está», es la lengua el único elemento identitario que tiene el exiliado. Además, están esas otras formas y situaciones que le llevan a diferentes umbrales. La vida se convierte en una sucesiva lucha para resistir, a base de coraje, y que tiene que romper con esa propia dinámica. No resignarse, saber encontrar en esa situación las fuerzas para poder convivir con tanto sufrimiento. María Zambrano lo hace y convierte todos los sacrificios, desprecios, pesadumbres... en algo positivo. Ese amor es el que le conduce a convertir todos esos acontecimientos de su vida cotidiana en un modo de dar sentido a su vida, entereza, resiliencia (como ese replegarse) como modo de afrontar las adversidades y convertirlas en algo positivo. El DRAE la define como la capacidad que tiene un ser vivo frente a un agente perturbador o un estado de situación adversos. Es el *homo patiens* que Viktor Frankl¹⁹ describió en *El hombre en busca de sentido*.

17. Sánchez Cuervo, A., *Ibidem*, p. 250.

18. Recordemos los versos de Miguel Hernández: «Como el toro he nacido/para el luto y el dolor/. Como el toro me crezco/ en el castigo.»

19. Frankl, V., *El hombre en busca de sentido*. Barcelona, Herder, 2015.

El exilio como resistencia es el simbolizado por las ruinas de María, es una concepción reactiva a la anterior, donde el coraje para afrontar esa situación es clave para mantener la identidad del exiliado. Resistir es «aguantar sin sucumbir», no cansarse y abandonarse; al contrario, reivindica su circunstancia y no se contenta con el hecho de ser tolerado o acogido. Se siente expulsado y por ello resiste en silencio. Ella se pregunta: «¿A dónde iré que no tiemble? Pero, el exiliado, en este caso nuestra María, no puede negarse a sí mismo, ni desaparecer, pues es una superviviente:

Al exiliado le dejaron sin nada, al borde de la historia, sólo en la vida y sin lugar: sin lugar propio. Y a ellos con lugar, pero en una historia sin antecedentes. Por tanto, sin lugar también: sin lugar histórico. Pues ¿cómo situarse, desde dónde comenzar, en un olvido e ignorancia sin límites? Se quedaron sin horizonte... al quedarse sin horizonte, el hombre, animal histórico pierde también el lugar en lo que a la historia se refiere.²⁰

El exilio es necesario patentizarlo para poder conocer el presente. De ahí que nuestra protagonista se dirija a las jóvenes generaciones que se asoman a la realidad española sin tener todos los elementos para analizarla. María utiliza la variedad de la carta, la epístola es un género que nos sitúa ante la vida y tiene la misión de despertar al destinatario: «que desde hace tiempo yace en un silencio como el que se padece en sueños: entonces al despertar se recobra la palabra y con ella la libertad». Su tarea es encarar el presente, eso sí, lo afronta de un modo peculiar: Desde el silencio, inasible por el «indecible olvido».

Además, la misiva puede cumplir otras funciones, en este caso «dar cuentas» de quien se ha visto juzgado e inerme y ha sufrido los juicios despiadados de la historia. Historia de los vencedores, Andenken, donde se recuerda un pasado que está presente porque es el pasado de los vencedores y Eingedenken, el acto de rememorar que tiene presente el pasado ausente porque es el pasado de los vencidos; así lo diferencia Walter Benjamin. Ese pasado ausente que la razón anamnética debe y tiene que traer al presente, en tanto que existe un lazo indisoluble entre razón y memoria. Rescatar la figura del exiliado para incardinarlo en la España contemporánea. Una racionalidad alimentada de memoria es la razón anamnética como instrumento para recuperar memoria de los vencidos, las víctimas del Holocausto y, por supuesto, los exiliados españoles.

Este es el punto de partida de la normalización de la figura del exiliado, especialmente, ante las nuevas generaciones de españolitos que en los inicios de los sesenta quieren hacerse una idea de España no con los corsés y censuras que el franquismo imponía. Es cierto que el exiliado encuentra máscaras en su camino, le interpelan permanentemente por lo que fue, siempre lo encuentran y él les contesta «despojándose de su sinrazón» (léase voluntad, proyecto). Recordemos que «no ha querido ser nadie, ni siquiera héroe», así su ser es su memoria, su recuerdo, su testimonio, el ser testigo y protagonista de una historia negada por los vencedores. Incluso, pasado el tiempo, sigue desgranando estos episodios, teniendo en cuenta que:

20. Zambrano, M., *Carta sobre el exilio*, París, Cuadernos del Congreso por la libertad de la cultura, n.º 49, 1961, pp. 65-70.

Toda la historia, sobre todo la historia de España... ya que de ella le han ido pidiendo cuentas por todos los caminos del mundo. Esto por ser español.²¹

La historia convulsa de España ha conllevado que la larga serie de destierros, expulsiones y exilios sea una constante y característica propia, de tal modo que estos españoles obligados a vivir fuera de su patria se hayan convertido en auténticos representantes de esa constante de nuestra historia. Son conciencia y ejemplo de la historia:

Tal nos parece, por instantes, que hayamos sido lanzados de España para que seamos su conciencia: para que derramados por el mundo hayamos de ir respondiendo de ella, por ella. Y fuera de su realidad seamos simplemente españoles. Españoles sin España. Ánimas del Purgatorio.²²

Confiesa que le ha costado, al volver a España, renunciar a esos cuarenta y cinco años de exilio, el pueblo español y sus gentes le demuestran su cariño y afecto, pero ella se siente como

quien ha sido despellejado, como San Bartolomé, una sensación ininteligible, pero que es. Creo que el exilio es una dimensión esencial de la vida humana, pero al decirlo me quemo los labios, porque yo querría que no volviese a haber exiliados. Sino que todos fueran seres humanos y a la par cósmicos, que no se conociera el exilio.

Es una contradicción, que le voy a hacer: amo mi exilio, será porque no lo busque, porque no fui persiguiéndolo. No, lo acepté; y cuando se acepta algo de corazón porque sí, cuesta mucho trabajo renunciar a ello.

Yo he renunciado a mi exilio y estoy feliz, y estoy contenta, pero eso no me hace olvidarlo, sería como anegar una parte de nuestra historia y de mi vida.²³

Para entender el calado de este texto emblemático, para concebir el exilio como categoría específica de nuestro pensamiento, hay que añadir el complemento que María remarca: la falta de rencor como muestra de su razón poética, en tanto que razón cordial enraizada en el ordo amoris. Y además es la aceptación de la soledad²⁴, condición que no extiende para nadie, ni quiere que la compartan los españoles del éxodo y del llanto. No. Ella no «puede desear que nadie sea crucificado». Para Zambrano, el hombre tiene que encontrar desde la soledad y el abandono en que se encuentra su «camino de vida» – lo ha de hacer en su tiempo y en una sociedad que permita el desarrollo del ser humano hasta ser persona – y su correlato que es la democracia²⁵. De ahí, que en *La tumba de Antígona* identifique a la patria con «el mar que recoge el río de la muchedumbre»; cuando uno sale de esa mar uno «se recoge a sí mismo y carga con el propio peso», pero no se remolca el pasado pues

21. Zambrano, M., *Carta sobre el exilio*, p. 69.

22. *Idem*.

23. Zambrano, M., «Amo mi exilio», en introducción a *La otra cara del exilio: la diáspora del 39*, p. 8.

24. *Escribir es defender la soledad en que se está*.

25. Véanse Zambrano, M., *Persona y democracia. La historia sacrificial*, Madrid, Siruela, pp. 121-208 y *Horizonte del liberalismo*, intr. de Jorge Novella, Madrid, Alianza, pp. 107-115.

Hay que subir siempre. Eso es el destierro, una cuesta, aunque sea en el desierto... Pero hay que tener el corazón en lo alto, hay que izarlo para que no se hunda, para que no se nos vaya. Y para no ir uno, uno mismo haciéndose pedazos. No hay que arrastrar el pasado, ni tampoco olvidarlo. Nos falta a los españoles, por muchas apelaciones que los retóricos hagan al pasado y por mucho afincamiento tradicionalista de los que así se llaman, la imagen clara de nuestro ayer, aun el más inmediato.²⁶

Y hemos descendido solos a los infiernos, para encontrar su ser, y entonces María subraya que también

Somos memoria. Memoria que rescata.

Ser memoria es ser pasado: más de muy diferente manera que ser un pasado que se desvanezca sin más, condenado a desvanecerse simplemente. Es lo contrario... Mientras que, si somos pasado, en verdad es por ser memoria. Memoria de lo pasado en España. Pero la memoria suscita pavor. Se teme de la memoria el que se presente para que se reproduzca lo pasado, es decir, algo de lo pasado que no ha de volver a suceder. Y para que no suceda, se piensa que hay que olvidarlo. Hay que condenar lo pasado para que no vuelva a pasar. La verdad es todo lo contrario.²⁷

El pasado nunca es inoportuno porque es historia, la nuestra, no conocerlo y asumirlo nos conducirá a caer en los mismos errores y, sobre todo, a no ser auténticos, a no ser nosotros mismos. Pues también somos pasado. Contra el olvido somos memoria que rescata, que salva, libera, redime y recupera actualizando y validando la trayectoria de una mujer, hombres, memoria viva de una España que no puede quedar al margen del camino. «Lo pasado condenado se convierte en fantasma», subraya Zambrano. Algo que está ahí pero desvanecido, si lo llevamos a nuestra conciencia queda incorporado a nosotros y a la memoria colectiva de los jóvenes de España. Y la memoria es conciencia («también es paciencia»).

Ese vacío, ese desierto en que se queda aquel a quien se dejó sin nada – incluso sin la muerte –, al que se le dejó solo con la vida; sin realidad, pero con horizonte y tiempo, al contrario que en los sueños. Se despierta entonces. Y despertar no es otra cosa que recobrar la conciencia y con ella la libertad; la libertad y el tiempo.²⁸

Conciencia, libertad, tiempo. Existencia en el horizonte de la historia donde rompe ese encantamiento de la historia de España producido por los efectos de la guerra civil. María encarna al exiliado, interpelada donde vaya por las causas de su condición, traspasa los círculos viciosos de la guerra y se inserta en su tierra, en España y con su testimonio rescatado, después de reivindicarlo tantos años frente a muros de silencio y desprecio. Sólo de este modo, con la asunción-mostración de la memoria que ha luchado contra el silencio y el olvido, María puede vivir su ser española. El exilio deviene en la auténtica patria.

26. Zambrano, M., «Amo mi exilio» en introducción a *La otra cara del exilio: la diáspora del 39*, p. 7.

27. Zambrano, M., *Carta sobre el exilio*, p. 70.

28. *Idem*.

Désele voz y palabra. No pide otra cosa, sino que le dejen dar, dar lo que nunca perdió y lo que ha ido ganando: la libertad que se llevó consigo y la verdad que ha ido ganando en esta especie de vida póstuma que se le ha dejado.²⁹

Está reflejado en el verso final de León Felipe: «Toda la sangre de España por una gota de luz», es esa luz la que debe permitir que «la humana historia se haga visible y circule, se reparta, sólo entonces no será necesario que vuelva a correr la sangre.» Gota de luz como metáfora y símbolo de la libertad, la voz y la palabra de María Zambrano rescatada, vivencia y ejemplo para nuestra historia y horizonte como pueblo. Ese es el modo de mirar el mundo (aquello que le enseñó su padre) de una mujer que quiere que esa razón poética no sea sentimiento, es algo más, de ahí

La necesidad de absorber a la poesía en el pensar. La reforma de la razón es ésta y no la histórica en principio. Hay que señalar la reforma y sus pasos. Pero esto ha de ser un libro aparte.³⁰

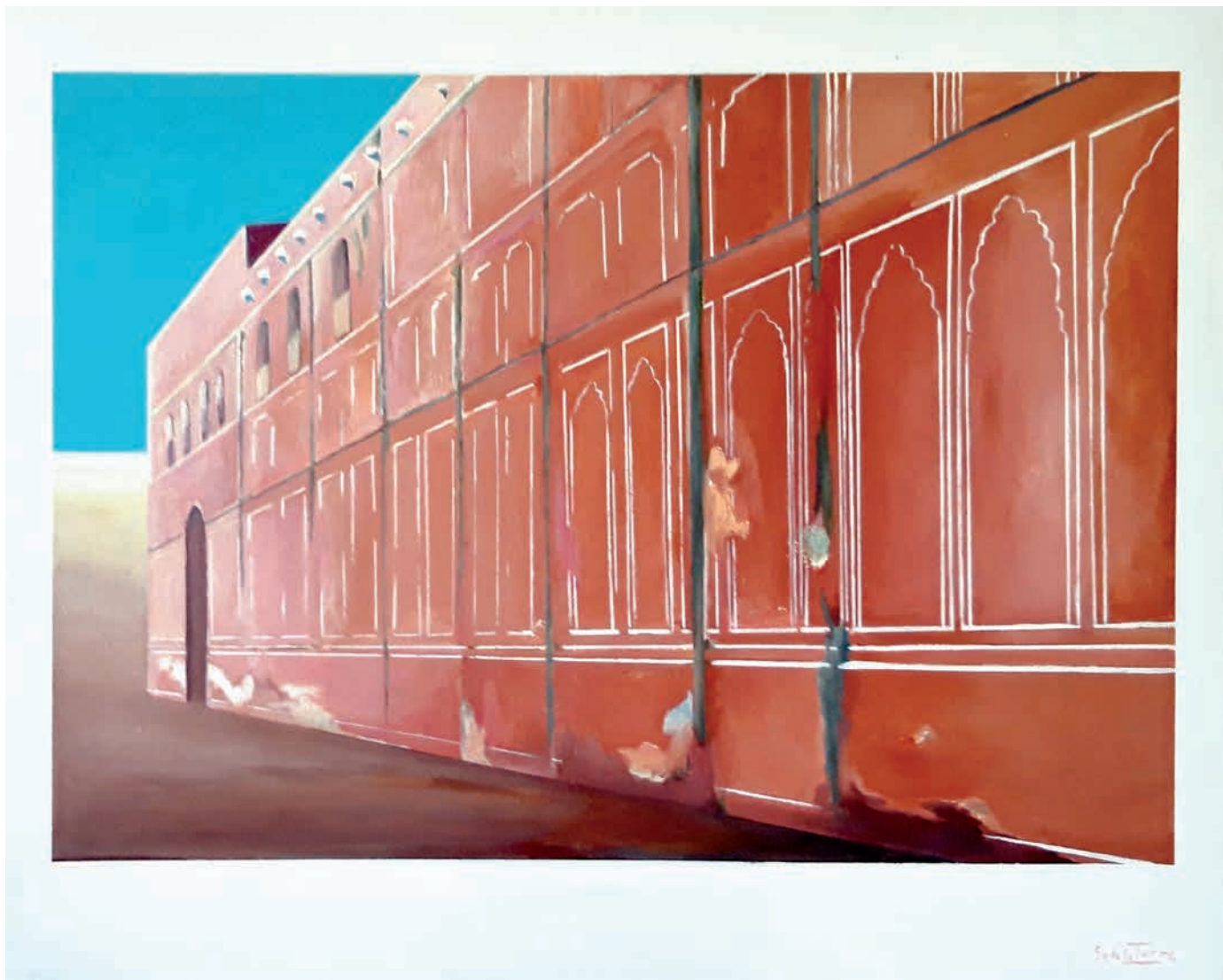
Y por supuesto que otro artículo. Es viviendo en crisis como se muestran las entrañas al poner al descubierto nuestra vida, el odio, la insolencia y petulancia deben dejar paso a nuevas categorías para explicar esas nuevas formas íntimas de la vida (compasión, piedad, corazón, sangre, entrañas, luz, etc.) que María desarrollará en *Claros del Bosque* y en *Hacia un saber sobre el alma* como fruto de esa vocación personal, de ese destino individual que le lleva a hacer esa tarea si quiere ser ella misma. Pues es de ella, de su piel y su persona de quien habla, esperando, como Nietzsche, una nueva aurora: «la hora de la luz en que se congregan pasado y porvenir».

Toda una vida como agonía, como su admirado Unamuno, del griego ἀγών (agón) que significa lucha; es la angustia y desasosiego que sufre una persona cuando está al borde de la muerte. Agonía es luchar por su vida. Zambrano viaja de la filantropía griega a la *humanitas* latina para instalarse en ese humanismo cristiano de tradición heterodoxa (Luis Vives, el erasmismo o su admirado Xirau, y siempre la ILE) y de otros como Pascal que desplegaron la *logique du coeur*. En definitiva, una tradición humanista y crítica con la tradición, máxime si le incorporamos la lectura que hace nuestra protagonista de místicos españoles como San Juan de la Cruz, Teresa de Ávila, Miguel de Molinos o el sufismo de Ibn Arabí.

Esa es la generación del alba, esa generación interrumpida, como escribe María, que resistió y no sucumbió. Todos no eran filósofos, poetas, juristas, científicos o médicos. Hubo muchos españolitos de a pie que sufrieron mucho más que esta masa crítica, fueron demasiados los que se quedaron en el camino o tuvieron una vida muy diferente a la que pudieron esperar. Por ellos y con ellos, a su memoria y por la nuestra, que no puede olvidar a los que custodiaron la dignidad de muchos españoles, está dirigido este texto. Y a nuestra María Zambrano, emblema de filósofa y mujer resistente donde las haya.

29. Zambrano, M., *Carta sobre el exilio*, p. 70.

30. Zambrano, M., «El método poético filosófico» (7 abril 1956), en Morey, M., *Monólogos de la bella durmiente. Sobre María Zambrano*, Madrid, Alianza, 2021, p. 281.



Muro Indú 81 x 100 cm 1980

JEAN MARC SOURDILLON

Doctor en literatura comparada y escritor

María Zambrano, un pensamiento del nacer

Resumen

El ser humano, porque nace inacabado, es el que espera ser engendrado en el tiempo, es decir, recibir el acontecimiento de su nacimiento de otro que él mismo. No se trata de ser reducido a una idea, sino de aparecer en su totalidad, él y su vida concreta, a la luz. Quiere que lo amemos. Y es mediante el amor que nace en el espacio de una escucha ilimitada a través de la palabra. Este nacimiento es discontinuo, interrumpido por el deseo de existir, es decir, de ser su propio origen. Va de despertar en despertar que sólo son posibles en los momentos en que el yo se quiebra en los fracasos. Es entonces cuando surge el empuje de la esperanza, que produce una nueva figura del yo y provoca el nacimiento. Este pensamiento procede de la lectura de los místicos, pero sobre todo de un conocimiento derivado de la vida, un saber de la experiencia.

Palabras claves

Nacimiento; existencia; esperanza; aurora; palabra; discontinuidad; saber de la experiencia; mística.

María Zambrano: Conceiving being born

Abstract

The human being, because it is born incomplete, is the being which hopes to be generated over the course of time, that is to say to receive from another the event of one's birth. It doesn't mean being reduced to an idea, but to appear whole, oneself and one's embodied life, into the light. One wants to be loved. And it is by loving and by speaking that one is welcomed in the space of an unlimited attention. This is where one comes into being. This birth is discontinuous, interrupted by the desire to exist, or in other words, to be one's own origins. It goes through successive awakenings, which are only possible in these moments where the ego fails and breaks. This is then that the surge of hope arises: it produces a new self and gives birth over the course of time. This conception comes from reading the mystics but above all, a wisdom acquired from experience.

Keywords

Existence; hope; dawn; speech; discontinuity; mysticism.

Quisiera comenzar evocando un recuerdo personal un poco antiguo. La escena tiene lugar durante el nacimiento de mi primer hijo, en un pasillo de la maternidad Baudelocque de París. El médico y las comadronas me habían pedido que saliera un momento de la sala donde se estaba produciendo el parto. Delante de mí había una gran puerta doble blanca, con una señal de prohibido el paso. Conducía a las salas de parto. En este amplio pasillo blanco había mucha luz. Estaba de pie bajo esa luz, delante de la puerta cerrada, y de repente toda mi vida pasada volvió de golpe a mi memoria, justo antes del parto. Y con ella vino la frase que había leído en el diario de Franz Kafka, una especie de pregunta, pero que él formuló como una observación: «Mi vida es la vacilación ante el nacimiento». E inmediatamente después, o más bien al lado, simultáneamente, esta pregunta planteada por María Zambrano en *Claros del bosque*: «¿Despertar naciendo o despertar existiendo?»¹ Una pregunta que era en realidad una respuesta, e incluso una llamada. Me llamaba para que eligiera nacer aquel día, con mi hijo, que continuara mi nacimiento, que lo retomara donde lo había dejado en algún lugar de mi adolescencia. Di vueltas en la luz durante un momento, pasando de una frase a otra, y entonces las puertas se abrieron de repente. Oí una voz que me llamaba por mi nombre y corrí hacia el nacimiento de mi hijo y hacia mi nueva vida. El pensamiento de María Zambrano, y más concretamente su pensamiento del nacimiento, había irrumpido en mi vida.

María Zambrano intuía muy pronto lo que constituye el núcleo de este pensamiento. Esto ya aparecía en sus primeros escritos publicados, en *Hacia un saber sobre el alma*, por ejemplo. El ser humano, señala, se diferencia del animal porque no nace de una vez. El animal nace de repente como un todo. Ya no tiene que preocuparse por transformarse o mejorarse. El hombre, en cambio, nace incompleto; y en esa incompletud tiene cabida todo lo que María Zambrano reúne bajo el término genérico de esperanza, que básicamente significa que el individuo quiere aprovechar el tiempo para realizarse, para alcanzar su plenitud, para nacer completamente. Es este deseo el que le sostiene, el que subyace en su vida y se funde con ella. El ser humano es el que tiene que concebirse a sí mismo según el movimiento de su esperanza y por eso tiene la realidad del tiempo... para llegar a ser él mismo.

«La esperanza es, hambre de nacer del todo, de llevar a plenitud, lo que solamente llevamos en proyecto. En este sentido, la esperanza es la substancia de nuestra vida, su último fondo; por ella somos hijos de nuestros sueños, de lo que no vemos, ni podemos comprobar. Así fiamos nuestra vida, en su cumplimiento a algo que no es todavía, a una incertidumbre»².

María Zambrano señala que el ser humano no es libre de nacer como quiera. No es él quien se da a luz a sí mismo. Se trata, dice, de ser engendrado y no de engendrarse a sí mismo

¿De dónde puede venir este engendramiento si el ser humano no es el actor principal? En *El hombre y lo divino*, precisa lo que quiere decir con esta fórmula: «esperar ser engendrado»³. En sustancia, dice, debemos postular la idea de Dios, pero un dios que no se confunda con el dios del tiempo, con Cronos, el padre que devora a sus hijos. Al contrario, hay que tener en mente la imagen de un dios que no pide nada, que no quiere ni exige nada porque no necesita alimentarse

1. Zambrano, M., «El nacimiento y el existir», *Claros del bosque*, Barcelona, Seix Barral, 1993, p. 23.

2. Zambrano, M., «La vida en crisis», *Hacia un saber sobre el alma*, Madrid, Alianza, 2000, p. 112.

3. *Ibidem*, p. 112.

para ser un dios que es verdaderamente absoluto, y que sólo promete, sólo ofrece una promesa, la del nacer o del engendrar. «[El] Padre verdadero, escribe, [el] que permite nacer y que ha de estar al principio, al fin y permanentemente sosteniendo al conato ávido de ser, asistiéndole y retirándose»⁴. Uno reconoce la imagen del dios bíblico de la zarza ardiente.

De esta constatación se derivan dos consecuencias. Por un lado, lo divino se retira constantemente, se repliega para dejar al ser humano el espacio para proyectarse y permitir que advenga. Recordemos la visión de Isaac Luria y su comentario por Hans Jonas, en *El concepto de Dios después de Auschwitz*. Por otra parte, para que el ser humano sea engendrado, es decir, concebido de manera única, en una singularidad absoluta, y no sólo reproducido idénticamente según el modelo de la especie, algo oscuro y central tiene que resistir en él. Ese algo sentido, profundamente vivo y palpitante, tiene que resistir a la vez a la generalidad de la abstracción y a la absorción en el tiempo, a la dimensión exclusiva de la especie y al agotamiento de las fuerzas necesarias para la sola supervivencia biológica. Y esta resistencia será él, el individuo humano que nace. Tendrá que desarrollar, desplegar y realizar aquello que late y resiste en su interior, ese núcleo oscuro de la existencia singular.

Para justificar su intuición, María Zambrano contrapone las cosmovisiones griega y bíblica. Para los griegos, se trata de alcanzar una especie de transparencia a través del pensamiento, donde el ser del hombre coincide con la idea que lo hace visible en el mundo inteligible, en el mundo de la luz. En otras palabras, se trata de convertirse uno mismo y su vida en una idea, de abstraerse del tiempo. Pero el individuo, desde su experiencia, desde el conocimiento intuitivo que tiene de sí mismo y de su propia vida, siente que algo, algo esencial en él, no se puede encontrar «ese hecho escueto de haber nacido y palpar solo, igualmente en las tinieblas que en la luz»⁵, dice María Zambrano. Esta oscura percepción que el ser humano tiene de sí mismo se resiste a cualquier captación por parte del concepto. Un núcleo permanece inquebrantable, una especie de coágulo de opacidad dentro del cristal, una mancha o eclipse en el reino de la luz generalizada. Algo del orden del deseo y del sollozo, de la promesa y de la angustia, donde el individuo se reconoce como singular y que se manifiesta como punto de partida de su deseo de nacer, es decir, de aparecer enteramente a la luz, él mismo y su vida concreta como vida singular, compleja e insustituible.

Ya no se trata de inteligibilidad, ya no se trata de aparecer como idea y ocupar su lugar en un orden abstracto que legitima la existencia en el nivel general del concepto. Uno quiere ser comprendido y, más exactamente, ser comprendido en un amor; uno quiere, dice María Zambrano, «conmover a Dios»⁶. Porque el amor está fundamentalmente relacionado con el misterio de la singularidad individual. Es amando como uno avanza, como uno se transforma en su vida, como uno persigue su nacimiento inacabado, y es siendo amado, es decir, siendo comprendido, pensado y deseado en su singularidad, como este nacimiento se realiza, como avanza hacia su culminación.

En *De la Aurora*, María Zambrano retoma este análisis del nacimiento borrando la dimensión de lo divino demasiado explícita, demasiado conceptual a sus ojos,

4. Zambrano, M., «Tres Dioses», *El hombre y lo divino*, Madrid, Alianza Editorial, 2020, pp. 153-162.

5. *Idem*.

6. *Ibidem*, p. 147.

al menos no la nombra, dejándola incierta, sustituyéndola por el motivo mucho más vago, y por tanto abierto, de la escucha. El deseo de nacer, de aparecer plenamente en la luz, se confunde entonces con el deseo de decir. Y en este deseo, es la expectativa, la loca esperanza de una escucha en alguna parte.

«El decir que advertimos en todo ser viviente, como apetencia, y aun desesperado anhelo, presupone no una acción, ni menos aún un algo, sino un alguien, un alguien que escuche cuando todavía no se sabe tan siquiera qué es lo que va a decirse; cuando llegado el momento de ser escuchado ni entonces se sabe lo que se quiere decir». ⁷

En el decir que toma la forma de una mirada, una mirada implorante, el individuo aguarda la presencia del rostro que le hará nacer. Es a través de las palabras como nacemos, dirigiéndonos a alguien a quien no conocemos, pero cuya presencia presentimos y cuya escucha postulamos que nos acoge para que podamos desplegarlos por completo.

Para María Zambrano, el nacimiento no se produce de una sola vez al principio; es un proceso que se prolonga a lo largo de la vida y continúa de forma discontinua. El ser nace a trompicones. Va de acontecimiento en acontecimiento o, por decirlo a su manera, de claro en claro. Estos acontecimientos no son del orden de la acción, sino de la contemplación. No son sensacionales ni llaman especialmente la atención, al punto de a veces pasar desapercibidos para quien los experimenta. Son, nos dice María Zambrano, simples momentos de vigilia. Se viven como la experiencia de una especie de revelación. Al deseo de ser, a esa hambre que anima al individuo de producirse en la luz que lo revelaría, a esa «doble promesa» se le ha hecho de «ser concebido y de irse al par concibiendo enteramente, aunque no se vea el término ni la meta»⁸, se da una respuesta. Esta respuesta consiste, en cierta manera, en percibir la luz plena o, más exactamente, en el redescubrimiento de la presencia de un amor preexistente, de una mirada puesta sobre nosotros, que nos acoge, nos acepta y nos sostiene sobre las aguas tumultuosas de la vida, que nos ayuda a atravesar la angustia.

De este acontecimiento de la contemplación, María Zambrano dice que se presenta como «un instante de experiencia preciosa de la preexistencia del amor: amor que nos concierne y que nos mira, que mira hacia nosotros»⁹.

En esos momentos el individuo se vuelve enteramente disponible, todo le afecta, todo le conmueve, todo le parece ser una revelación, siempre que lo acoja en su estado naciente, y todo participa con él en ese movimiento que le lleva a continuar su nacimiento. Iluminado sin ser deslumbrado, el que nace prosigue entonces su ascensión en el tiempo transformándose y asemejándose a una aurora.

Pero una experiencia así no dura. Es interrumpida constantemente. En primer lugar, porque la vida de la conciencia es esencialmente discontinua: no estamos siempre despiertos o lúcidos, no podemos estarlo continuamente... En segundo lugar, porque tenemos una concepción errónea de la libertad, basada en la voluntad y la atracción del poder. Para nacer, para despertar en el nacimiento, dice María Zambrano que hay que consentir el abandono, no luchar, confiar y permitirse amar. Pero precisamente esto es lo difícil. Nos apartamos constantemente

7. Zambrano, M., «La Mirada y el decir», *De la Aurora*, Madrid, Tabla Rasa Libros y Ediciones, 2004, p. 75.

8. Zambrano, M., «El nacimiento y el existir», *Claros del bosque*, Barcelona, Seix Barral, 1993, p. 24.

9. *Ibidem*, «El despertar», p. 21.

del movimiento que nos arrastra, del amor que nos desborda, porque lo que queremos no es nacer, sino existir. Es decir, extraer de nosotros mismos la figura de nuestro yo, la forma de nuestra vida, no depender de otro para ser. «La existencia», escribe, «surgida de la pretensión de ser por separado deslumbra y ofusca al individuo naciente que sin ella sería como una aurora»¹⁰. De este modo, volvemos constantemente al adolescente que fuimos, que se empeñaba «en disponer de sí mismo antes de que el amor disponga de él»¹¹. Volvemos constantemente a ese momento decisivo de nuestro pasado en el que no tomamos la decisión correcta, prefiriendo la existencia al nacimiento, el ejercicio del poder al abandono al amor. De ahí la discontinuidad de nuestro nacimiento.

Entre estas dos actitudes contradictorias ante la vida, está la alternativa primordial y la pregunta a la que debemos responder un día ante las puertas dobles cerradas de una maternidad parisina: ¿quieres nacer o existir? ¿Quieres utilizar esta libertad para convertirte en el origen de ti mismo, para hacer de ti el patrón, el instrumento de medida de los acontecimientos que te suceden, para moldearte según el proyecto que te has dado? ¿O quieres dejar que el acontecimiento que te sucede, siempre que estés lo bastante abierto, lo bastante disponible para acogerlo, te reordene, te oriente, te refigure según su orden, que no es necesariamente el tuyo? Esta segunda propuesta de existencia no está exenta de un cierto riesgo, el de una vulnerabilidad elegida, asumida (María Zambrano diría una «pasividad»), y encuentra sin duda su principal ejemplo en la vida y la poesía de San Juan de la Cruz. De este modo, se van perfilando los lineamientos de un «método de la vida poética», cuya perfecta ilustración sería el itinerario sensible, existencial y especulativo esbozado en *De la Aurora*. Este libro nos muestra, en forma de visión fragmentada, cómo puede ser el devenir-amanecer del ser que ha elegido dejarse nacer.

Hay dos ejemplos, uno simbólico y otro real, de lo que puede ser un nacimiento acabado en la obra de María Zambrano. El primero es la máscara de Agamenón en Atenas, tal y como se describe e interpreta en *El hombre y lo divino*. Esta mezcla de oro y luz nos muestra qué tipo de plenitud puede alcanzar un ser humano que ha hecho de su vida el lugar de su nacimiento discontinuo. El segundo es el rostro de su hermana, Araceli, justo después de su muerte. En ella, dos rostros se superponen para convertirse en uno: el de la recién muerta y el de la niña que acababa de nacer cuando María la vio por primera vez. Ella ve en estos dos rostros superpuestos, y sin duda con la máscara de Agamenón al trasluz, lo que puede ser un ser humano que acaba de nacer. Incluso su muerte, que lo aparta de la visibilidad, parece iniciar otro tipo de nacimiento. «La muerte y su verdad se nos da así a ver velada por la indefinible y naciente belleza. Y el ser, ése que no volverá más en sí, se hace sentir alentando, palpitando, bajo su velo. [...] Y que un ser divino esté muriendo siempre. Y naciendo. Un ser divino; fuego que se reenciende en su sola luz»¹².

Posiblemente, este pensamiento proceda en gran medida de las lecturas de María Zambrano, y en particular de su lectura de los grandes místicos, como ella misma nos lo dice: Juan de la Cruz, por supuesto, «los místicos de la natividad»¹³ y los «de la nada», como Miguel de Molinos, los sufíes. También podemos preguntar a sus contemporáneos. Pocos hablan del nacimiento. Encontramos

10. *Ibidem*, «El nacimiento y el existir», p. 22.

11. *Ibidem*, p. 23.

12. *Ibidem*, «La aceptación – el velo», p. 132.

13. *Ibidem*, «El nacimiento y el existir», p. 23.

el tema en *La condición humana* de Hannah Arendt («este milagro que salva al mundo»¹⁴), pero en un contexto político. Hay una posible similitud con el pensamiento del filósofo checo Jan Patocka, pero no sé si ella lo leyó y parece improbable un encuentro entre los dos.

Pero me parece que también deberíamos fijarnos en lo que ella ha vivido. Según María Zambrano, de la experiencia vivida se extrae una forma de conocimiento y el pensamiento tiene que constituirse y basarse en este conocimiento. «Primero vivir y después pensar», suele decir. Escribe en *Delirio y destino*: «Obedecer a la experiencia y sólo a ella»¹⁵. El pensamiento del nacimiento pertenece a tal «saber de la experiencia». La enfermedad, la tuberculosis, la derrota de la República española, la guerra civil, el exilio, los sucesivos duelos, son vividos como agonías, pero también como nacimientos, siendo las primeras inseparables de los segundos. En «Carta sobre el exilio», por ejemplo, dice que no le queda nada al superviviente, que ahora flota en la superficie de la historia, sin planes ni puntos de referencia, nada más que eso: nacer.

En las densas y luminosas primeras páginas de *Delirio y destino*, María Zambrano configura la experiencia del nacer, tal y como se vive desde dentro. Da una especie de modelo. Al principio, dice, hay una imposibilidad contra la que choca el deseo de ser. En la prueba del fracaso, es la forma que el yo había adoptado hasta entonces, en su pasado y en su proyecto, la que se deshace, y uno se descubre entonces en su verdad esencial, en su desnudez esencial. Uno no es casi nada, sólo «pequeño y transparente»¹⁶, escribe magníficamente. Pero es precisamente cuando uno no es casi nada cuando nace, y cuando encuentra en sí mismo aquello que le empuja a nacer. María Zambrano da un nombre a ese empuje: esperanza; a ese fracaso, a ese desastre del yo, también un nombre: agonía. El nacimiento surge en el punto de encuentro de ambos, cuando el impulso de la esperanza se topa con lo imposible de la agonía, y que lo imposible devuelve al hombre agonizante a su vida para que vuelva a empezar. Y si lo hace, es según el mismo movimiento de esperanza que le hizo estrellarse contra el muro de lo imposible.

María Zambrano da una definición perfecta de lo que entiende por «esperanza» en *Los bienaventurados* («Las raíces de la esperanza»¹⁷). La esperanza, dice en esencia, es ese impulso libre del espíritu que surge en situaciones que se dicen desesperadas. Es ese movimiento que nos lleva más allá de las circunstancias, creando, revelando a su paso lo que nunca antes se ha visto, dicho o pensado. A diferencia del deseo, no espera nada concreto ni definido, y por eso libera, abre, supera allí donde todo estaba cerrado, definitivo, imposible. El objeto de la esperanza no tiene contorno ni definición, es lo inesperado, lo inalcanzable. En la vida de María Zambrano, la esperanza se siente siempre en el fracaso, en el momento en que, dice, está agonizando. En el sufrimiento que experimenta, la muerte le es entonces negada y este rechazo reactiva su deseo de vivir. Es entonces cuando surge el empuje de la esperanza, como el aliento cuando se lleva mucho tiempo bajo el agua; y es la esperanza la que hace nacer una nueva figura de nosotros mismos, la que despierta nuestro ser y nos hace nacer a lo largo del tiempo.

En *Delirio y destino*, relata un recuerdo. De niña, esperaba con impaciencia la floración de una lila en un jardín de Madrid. Nunca había visto florecer una lila.

14. Arendt, H., *Condition de l'homme moderne*, París, Calmann-Lévy, 1983, p. 314.

15. Zambrano, M., «Delirio y destino», en Moreno Sanz, J. (coord.), *Obras Completas vol. VI*, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2014, pp. 862-863.

16. *Ibidem*, p. 863.

17. Zambrano, M., «Las raíces de la esperanza», *Los bienaventurados*, Madrid, Siruela, 1990, p. 97.

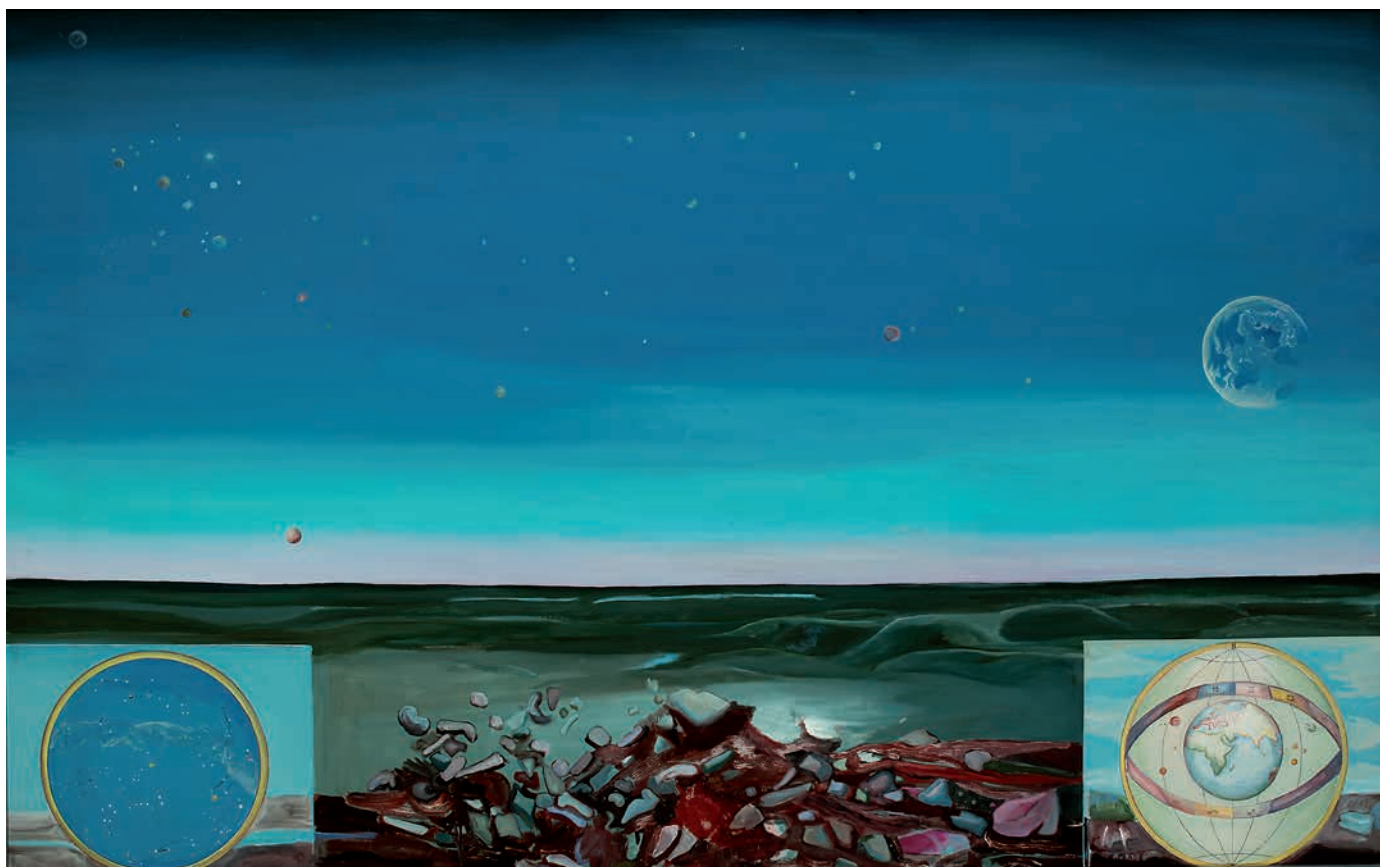
Quería ver esas flores tan hermosas y embriagadoras. Pero cayó enferma con fiebre alta y, cuando pudo volver a salir al jardín, las lilas se habían marchitado. Su madre le ocultó la verdad, haciéndole creer que ese año la lila era demasiado joven para dar flores. Pero una criada, ignorante de la historia de su madre, descubrió la verdad. Tras sufrir una cruel decepción, la niña acabó por no arrepentirse de nada. Más allá de la decepción que sintió, la lila empezó a existir violentamente en su mente. Empezó a existir, a ser quizás incluso más plenamente que si hubiera podido verla y sentirla. Extrajo algo de sí misma del no ser de la lila. No había podido verlo, así que había empezado a pensarlo.

«En el vacío del amor no cumplido, del árbol no visto, surgía algo: el árbol cada día más real que se había formado en su mente de niña y que no la dejaría nunca: la cifra de una existencia invulnerable»¹⁸.

Y es así, a partir de cada rechazo, de cada negación de sí, de cada fracaso o imposibilidad de ser, como pienso que se constituyó la idea de nacimiento en María Zambrano.

Entre todas las experiencias que ha vivido, hay una de la que nunca habla. La que vivió en su primera juventud y que se desvela a medias en sus cartas a Gregorio del Campo, que han llegado hasta nosotros gracias a María Fernanda Santiago Bolaños. Una especie de secreto, pero que no sé a ciencia cierta si se corresponde con la realidad. Se dice que María Zambrano tuvo un hijo que nació muerto. Sangrienta aurora. La hipótesis que yo formularía, en fin, y con mucha cautela porque es íntima, es que María Zambrano perdió al niño, pero conservó el embarazo; que el hecho de no poder dar a luz le dio vida a ella misma. Y así, a través del pensamiento y la escritura, es como nace ante nosotros, en nuestro presente, y nos ofrece nacer.

18. Zambrano, M., «Delirio y destino», en Moreno Sanz, J. (coord.), *Obras Completas vol. VI*, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2014, p. 883.



Primer amanecer 195 x 122 cm 1975

PROPIEDAD DEL AYUNTAMIENTO DE RONDA. SE PUEDE VER EN LA CAPILLA JESÚS GONZÁLEZ DE LA TORRE EN RONDA.

MANUEL REYES MATE

Profesor de Investigación ad honorem en el Instituto de Filosofía
del Consejo Superior de Investigaciones Científicas

De María Zambrano a Jorge Semprún, un hilo invisible

Resumen

Zambrano y Semprún, dos personajes muy diferentes pero unidos por tres trazos sobre los que discurre el texto. En primer lugar, la centralidad del exilio, en un caso, y de la deportación, en otro, hasta el punto de constituirse en forma de existencia. La necesidad, en segundo lugar, de crear un marco teórico para expresar su experiencia intelectual y humana. En un caso es “la razón poética” y en otro la creación artística. Finalmente, la dimensión política de la memoria: España es, para Zambrano, una cadena de exilios olvidados, lo que nos condena a su repetición. Para Semprún la posibilidad de un nuevo orden político, que él cifra en una Europa Unida, está supeditada a la posibilidad de hacer memoria del pasado tanto estalinista como fascista. Si el futuro de la política tiene que ser transnacional, estos pensadores del exilio pueden dar la pauta.

Palabras claves

Diáspora; exilio; patria; nación; Europa; guerracivilismo, España, razón poética, creación literaria, memoria fascista, memoria estalinista.

From María Zambrano to Jorge Semprún, an invisible thread

Abstract

Zambrano and Semprún, two very different characters but united by three traits on which the text runs. First, the centrality of exile, in one case, and of deportation, in the other, to the point of becoming a form of existence. Secondly, the need to create a theoretical framework to express their intellectual and human experience. In one case it is “poetic reason” and in another artistic creation. Finally, the political dimension of memory: Spain is, for Zambrano, a chain of forgotten exiles, which condemns us to its repetition. For Semprún, the possibility of a new political order, which he sees in a United Europe, is subject to the possibility of remembering the Stalinist and Fascist past. If the future of politics has to be transnational, these thinkers in exile can set the tone.

Keywords

Diaspora; exile; homeland; nation; Europe; civil war, Spain, poetic reason, literary creation, fascist memory, Stalinist memory.

Son figuras muy diferentes. María Zambrano es filósofa, pensadora vuelta hacia sus adentros, y le preocupa España. Jorge Semprún es escritor, intelectual extrovertido, y le preocupa Europa. No es lo mismo ser filósofa que novelista, ni pensadora que intelectual, ni España que Europa. Lo que hay que añadir, a renglón seguido, es que, pese a las diferencias, hay conexiones profundas: ambos son exiliados; son buscadores de la verdad porque no les valen los marcos heredados; y, finalmente, pesa en ellos la dimensión política de la memoria. Vamos a desglosar estos tres puntos

La centralidad del exilio en sus vidas y obras

El exilio en el caso de María Zambrano tiene unas características que dan idea de su importancia. Lo entiende como diáspora. Remite pues su significación a la que tuvo el exilio entre los judíos. Ahí no es un accidente sobrevenido por la fuerza de sus enemigos, sino una experiencia substantiva. No es destierro, ni transtierro, ni refugio porque en estos casos el exiliado no se va nunca de su país, sino que vive fuera pensando sólo en volver a su tierra. La diáspora en el judaísmo es, en primer lugar, rechazo a conformar un Estado propio y, sobre todo, entender el exilio como forma de existencia.

Aclaremos que la diáspora no es nomadismo ni cosmopolitismo porque aquella, a diferencia de estos, sí tiene tierra. Es lo que dice Maurice Blanchot cuando analiza el concepto de judío. Dice que está compuesto de dos momentos: el hebreo, representado por Abraham; y el israelita, por Jacob. Recordemos que Abraham es el que para ser se va de casa; Jacob el que lucha durante toda la noche contra un extraño al que no suelta, sino que abraza. El desconocido le dice entonces que en adelante se llamará Israel. Si Abraham representa el momento del irse, Israel el de quedarse en algún lugar que, aunque sea de paso, siempre quedará abrazado a él. El judío es el que vive fuera de su tierra, como un huésped agradecido, pero sintiendo ese lugar extraño como propio, aunque no le pertenezca ni se pertenezca.

Zambrano señala además de la salida, su irreversibilidad. Cuando cruza la frontera no hay vuelta atrás pues a partir de ese momento cambiará el lugar que uno deja y cambiará el sujeto que lo deja.

Pero lo que deja claro María Zambrano es que el exilio es una experiencia singular, pues abre a grandes descubrimientos. Permite, en primer lugar, descubrir la verdadera patria, algo vedado al patriota o al nacionalista, porque la verdadera patria consiste en el exilio: «tiene la patria verdadera por virtud, dice, crear exilio. Es su signo inequívoco». Ese descubrimiento, que es el fundamental, debió de ser difícil de alcanzar pues la mayoría de los exiliados con lo que soñaban era con la patria que habían dejado atrás, aunque en muchos de esos casos su tierra natal –Galicia, Cataluña o País Vasco –fuera imaginada con mayor pesantez étnica y política. Pensemos en los Castelao, Tarradellas o Telesforo Monzón. No se ve muy bien por qué convocan a Zambrano a sesiones académicas que hablan del «exilio republicano». Para la mayoría de ellos, el republicanismo del exilio lo que quiere dar a entender es el plus de autonomía que debería reconocerse a cada una de las comunidades autonómicas llamadas históricas. ¡Como si el sufrimiento de

los exiliados republicanos debiera saldarse con un grado mayor de autogobierno! Marchan en dirección contraria a la que propone María Zambrano, que no habla de más patria sino de otro modo de entenderla

Un segundo descubrimiento, también sorprendente pero complementario, es que el exilio, lejos de ser una pérdida, es un enriquecimiento, un principio de realización. Esto hay que entenderlo bien porque María Zambrano no desea a nadie pasar por ese mal trago. Con el exilio pierdes todo: todo lo material y mucho de lo espiritual porque te ves privado del círculo de influencia que alimenta el espíritu de cada cual. Se pierde todo, hasta el acento. ¿Entonces? Entonces, con un quiebro muy agustiniano, nos viene a decir que quien pierde su vida, la gana. Esa dura experiencia es capaz de disolver el prejuicio más arraigado de Occidente, a saber, que para ser humano hay que tener una polis, una patria. Ese mito que ha alimentado la cultura política de Occidente durante varios milenios queda disuelto con la experiencia de la diáspora.

Y hay algo más. Su experiencia de exiliada proyecta una nueva luz sobre el ser de España, a saber, que es exilio. Lo suyo no es una rareza sino una constante, por eso dice «somos exilio». Nos hemos conformado así, de ahí el tópico de las dos Españas que María Zambrano no quiere, como tantos otros (incluido Antonio Machado), enfrentarlas, sino cambiarlas.

También la vida y obra de Jorge Semprún están ancladas en el exilio. Él se sentía un «ex deportado de Buchenwald». En esa extraña situación de aherrado a la vida están las raíces de una existencia desarraigada. Leo el párrafo entero: «cuando de vez en cuando se me pregunta con cierta extrañeza o irritación dónde se encuentra mi verdadera identidad, si soy francés o español, escritor o político, puede suceder que yo sencillamente conteste, sin tener que pensármelo mucho: Soy en primer lugar y ante todo un ex deportado de Buchenwald...ahí echó raíces mi identidad desarraigada». No dice «un exiliado de España», sino «ex-deportado de Buchenwald». Reconozcamos que es una formulación paradójica porque si deportado equivale a exiliado, lo que está queriendo decir no es que es alguien que abandona el exilio y vuelve a casa (como hicieron los repatriados), sino alguien que no puede perder su relación con la deportación. Si el deportado es alguien que, literalmente, sale a la fuerza del puerto, el exdeportado no es alguien que vuelve al puerto, sino que convierte la salida en su hábitat, como yéndose constantemente, como si el campo lo inundara todo, como si todo fuera campo y su tarea consistiera no en escapar sino en transformar su relación con el lugar en el que se encuentra.

Coinciden pues, en lo tocante al exilio, en considerarse apátridas. Estén donde estén, no ligarán el sentido individual y político de sus vidas al peso de la tierra y de la sangre, sino al paso, a la salida, al exilio. La superación del exilio no consiste en volver a casa sino en transformar desde dentro las patrias, las pertenencias. La pertenencia se le presenta a Semprún como Lager o como un lugar del que hay que irse, y, a María Zambrano como un lugar del que se ha ido.

También coinciden en la necesidad de crear un nuevo marco de conocimiento

María Zambrano se inventa el concepto de «razón poética» para designar su forma de aproximarse a la verdad. De Ortega y Gasset ha aprendido que España

tiene un pleito con la racionalidad moderna, que la ha sentido como extraña porque su carácter ilustrado o crítico condenaba a la irracionalidad a zonas del pensamiento, habitado por el arte, la literatura o la mística, zonas de pensamiento muy transitadas por la cultura española.

Ha contribuido a esa sensación, por un lado, la filosofía centroeuropea que ha considerado al *Weltgeist* como «germánico» y «protestante» (colocando a la cultura latina en la pre-historia de la razón). Ortega ya sacó los colores a Hegel cuando éste colocaba a la cultura latina entre lo «semita» (tan inferior a lo «ario») o cuando afirmaba que en los México y Perú prehispánicos no había cultura de verdad... Y, por otro, nuestra propia conciencia o, mejor, nuestro propio complejo de inferioridad, bien visible cuando tantos, Unamuno incluido, decía que la filosofía en español estaba en la literatura. Eso, que puede parecer un piropro dirigido a la literatura, no oculta el complejo de inferioridad de un pensar que no parece saber expresarse en el rigor y la altura del *Traktak*.

María Zambrano se hace cargo de esa interpretación, pero dándole un giro muy productivo. El problema, viene a decir, no lo tiene un pensar tan sensible a la irracionalidad, como el español, sino una filosofía que ya desde Parménides separa lo lógico de lo sagrado, y expulsa lo sagrado de la racionalidad, con el agravante de que el ser no estaría en el ente sino en la abstracción del ente. Para esa filosofía el mundo real estaría poblado de entes materiales, sí, pero vacíos de ser, es decir, sumidos en la soledad y en el sinsentido.

Zambrano propone una «razón poética, es decir, un reencuentro de lo lógico con lo poético. Entender lo que Parménides rebajaba a no-ser como parte de la realidad puede resultar difícil a la metafísica, pero no a la poesía. Dice Machado: «la poesía, hija del fracaso, del amor, logra lo que la metafísica, el conocimiento, no puede». Y sigue: «la mente humana posee un concepto de realidad, la suma de cuanto no es, que sirva lógicamente de límite y frontera a la totalidad de cuanto es».

También Semprún necesita un nuevo instrumental, una nueva figura hermenéutica, para poder expresar una realidad que escapa al logos ilustrado. Recordemos un momento fundamental de su biografía. Siempre soñó con ser un escritor. Ese deseo se multiplicó con la experiencia de Buchenwald. Ahí se encontró con un material de trabajo excepcional, por eso dio tantas vueltas a cómo contar lo vivido. En *La escritura o la vida* dice que esa preocupación era compartida por muchos otros supervivientes. De hecho, se produjo un debate con dos posiciones bien diferenciadas: por un lado, los que pensaban que mejor ser sobrio y no añadir nada que bastante habían vivido. Otros, como él, decían que para transmitir algo de lo experimentado había que recurrir a la creación artística. No bastaba contar los hechos; si se quería hacer con el significado y transmitir algo de la experiencia vivida, esa zona que escapa a la racionalidad fáctica del reportaje o del documento o del historiador, había que echar mano de la creación literaria.

La comparación con Zambrano es interesante. A una y otro les urge encontrar un lenguaje capaz de trascender los hechos, de captar lo marginado por el concepto (que en su caso es lo «sagrado» y en otro, lo «vivido»).

Lo que les diferencia es el objetivo que persiguen. María Zambrano, «lo divino», esto es, un abrirse a lo no-idéntico, a lo desechado por el concepto, por el ser de Parménides y la razón cartesiana. Un reencuentro de lo poético o mimético del hombre con las cosas, un restablecimiento de la unidad ingenua de la mente con las cosas, de la filosofía con la poesía. Lo que Semprún persigue es más bien «la región crucial del alma donde el Mal absoluto se opone a la fraternidad». Busca la encrucijada humana más decisiva, es decir, la razón por la que la libertad humana se embarca en el mal absoluto, en querer borrar de la faz de la tierra lo que él llamaba fraternidad y, Etienne de la Boétie, amistad.

Son enfoques diferentes, pero quizá no tanto porque Zambrano no puede adentrarse en esa región de lo divino, que ella quiere alcanzar, más que desacralizando un mundo lleno de ídolos que, como sanguijuelas, absorben la vitalidad del ser humano. Hay construcciones del hombre, elevadas a sagradas, que obstaculizan la circulación de esas energías que las trascienden. Están pensando en figuras como las filosofías modernas de la historia o en «valores» como el progreso. Sólo desacralizándolos podemos acceder al sentido de lo divino.

Para Semprún el mal son las dos encarnaciones del totalitarismo: el estalinista y el fascista. Sólo hay futuro en la medida en que el presente se emancipe del peso de ese pasado. Enfoques diferentes pero la misma convicción epistémica: la idea aristotélica de que hay más verdad en la poesía (en el arte) que en la historia (que en la ciencia).

El tercer tema de referencia lo constituye la dimensión política de la memoria

María Zambrano lamenta, en su *Carta sobre el exilio*, la actitud de las nuevas generaciones españolas que no quieren saber nada del exilio. Así, piensa ella, no entenderán nada de lo que ha pasado ya que «sobre la figura del exilio se han acumulado todas las guerras civiles de la historia de España». La experiencia del exilio nos permite descifrar nuestra historia como una guerra civil permanente, y la memoria de esa experiencia nos puede permitir superarlo. Por eso dice ella: «somos memoria, memoria que rescata». La memoria de ese guerracivilismo es lo que nos permitirá acabar con él.

Para Zambrano la memoria no es, pese a todo su sufrimiento, traumática sino salvadora; para Semprún, por el contrario, la memoria es traumática. Recordemos que, tras la liberación, este joven que tenía vocación de escritor tuvo que renunciar a su sueño. Contra todo pronóstico, descubrió que tenía que elegir entre *La escritura o la Vida*. Para escribir tenía que recordar y eso le llevaba, como a tantos otros, al suicidio. Si decidía vivir, tenía que olvidar. Descubre que la memoria es peligrosa.

Decide vivir y elige como forma de vida la huida hacia adelante que eso era su trepidante activismo político en el seno del PCE. Vivía sin mirar atrás, jugándose la vida en cada una de sus incursiones al interior del Estado franquista. No era él del todo, pero era todo lo que podía ser en ese momento. Y así durante 16 años, hasta que, como Don Quijote, recobra la razón, vuelve en sí, y puede escribir. La memoria le permite escribir, por cierto, pero también re-pensar la política. Ya no es el comunismo lo que re-piensa sino Europa.

Piensa en una Europa unida y de ella dirá que nace en campos como el de Buchenwald. Esa Europa no es un mercado común, sino, en términos de Husserl, un «espacio espiritual», capaz de superar los totalitarismos fascistas y comunistas que, curiosamente, están contruidos sobre ideologías o imaginarios «materialistas», tales como la sangre y la tierra, tan propias de los nacionalismos.

Lo que dice sobre política este Semprún que ha recobrado la memoria es que, para ganar el desafío que supone una nueva Europa, no basta un cambio estratégico (pasar del estalinismo al eurocomunismo) sino una revisión de las raíces ideológicas que llevaron al totalitarismo, y una asunción de responsabilidades por los crímenes cometidos.

Es ésta una tarea pendiente. En nuestras leyes sobre Memoria Histórica hablamos mucho de la memoria fascista y nada de la memoria estalinista. Memoria hemipléjica, dice él. Ahí tenemos un problema.

No se trata de equiparar fascismo a comunismo. Entre el campo estalinista de trabajos forzados y el campo nazi de exterminio hay una diferencia cualitativa y cuantitativa. Si el comunismo sedujo tanto a los intelectuales críticos fue en buena medida por la claudicación de personas e instituciones liberales ante el fascismo: ¿habrá que recordar la fascinación del joven Winston Churchill por Hitler y Mussolini? Significativo es que haya tantos excomunistas, críticos con el estalinismo, y tan pocos exfascistas que se hayan enfrentado al fascismo. Son dos movimientos internamente incomparables, pero que coinciden en haber sido totalitarios. Ese pasado es el que convoca Semprún para conjurar su peligro y abrir Europa a un nuevo tiempo.

Conclusión

No es frecuente que los exiliados reflexionen sobre el exilio. Lo toman por una circunstancia sobrevenida que pasa. Zambrano y Semprún, no. Ven en el exilio las bases para una forma universal, transnacional, de entender la política. En el momento de las grandes emigraciones y del mundo globalizado, el Estado-nación hace aguas por todos los costados. El exilio o la diáspora se presentan como alternativas racionales a la actual crisis de lo político. Como dice Giorgio Agamben, «el exilio ha dejado de ser una figura política marginal para afirmarse como un concepto filosófico –político fundamental, tal vez el único que, al romper la espesa trama de la tradición política todavía hoy dominante, permita replantear la política de Occidente». Si eso es así, hay que reconocer que las reflexiones de Zambrano y Semprún sobre su experiencia de exiliados son unas referencias obligadas que esperan de sus lectores mayor atención que las que hasta ahora se les ha prestado.

Referencias bibliográficas

En el texto hay pocas citas. Se las he ahorrado al lector porque son fácilmente reconocibles y porque así puede seguir mejor el rastro del discurso. Las de María Zambrano sobre el exilio las puede encontrar en la recopilación que ha hecho de ellas Juan Fernando Ortega Muñoz en el libro *El exilio como patria* (Anthropos, 2014). También puede repasar *Los Bienaventurados* de María Zambrano (Siruela,

1990). Me ha sido de mucha ayuda el estudio introductorio de Francisco José Martín a su *Zambrano. España. Pensamiento, poesía y una ciudad* (Biblioteca Nueva, 2008) que es como un mapa del universo zambranista. En el n.º 70/71 de la revista *Anthropos*, dedicado a *María Zambrano. Pensadora de la Aurora* encontrará el lector, además de una rica bibliografía, iluminaciones como las de Eduardo Subirats o Chantal Maillard, recogidas en el texto presente.

Las referencias relativas a la obra de Jorge Semprún las hallará el lector en algunos de sus libros más conocidos: *Autobiografía de Federico Sánchez* (Planeta, 1997); *La escritura o la vida* (Tusquets, 1995); *Pensar en Europa* (Tusquets, 2006) o «Memoria del mal», texto de las Conferencias Aranguren, en *Isegoría*, n.º 44, enero-junio 2011, 377-412. Acaba de ser traducido un libro de Patrick Rotman, *Ivo y Jorge*, (Tusquets, 2022) cuya lectura el lector agradecerá por su viveza y puntería.

La referencia a Giorgio Agamben está tomada del texto «Política del exilio», inserto en el libro editado por Héctor C. Silveira, *Identidades comunitarias y democracia*, Trotta, 2000). Enzo Traverso también viene en ayuda con su estudio introductorio a la recogida de textos, editados bajo el título de *Le totalitarisme. Le XX siècle en débat. Textes choisis et présentés par E.T.*, (Seuil, 2001)



Ronda 300 x 139cm 2017

PROPIEDAD DEL AYUNTAMIENTO DE RONDA. SE PUEDE VER EN LA CAPILLA JESÚS GONZÁLEZ DE LA TORRE EN RONDA.

MARIFÉ SANTIAGO-BOLAÑOS

Profesora Titular de Estética y Teoría de las Artes, Facultad de Filosofía
Universidad Complutense de Madrid (UCM)

Espejos de la nada: Marina Tsvietáieva y María Zambrano

Resumen

A partir de nuestro libro *Espejos de la nada: Marina Tsvietáieva y María Zambrano*, se enlazan la obra de la poeta y la filósofa, cuyas vidas confluyeron en el París de los primeros meses del conflictivo 1939 europeo. Ambas, mujeres que atravesaron las heridas del siglo XX con protagonismo inevitable, llevan su palabra creadora hasta el abismo de la forma y la conciencia: pensamiento poético y poéticas del pensamiento confluyendo en ese “lugar –escritura” que convertirán en patria de su única patria. Para no perder el significado de una intervención que creaba contexto y tejido global con las aportaciones de las otras dos personas de la mesa –Olga Amarís y Jean-Marc Sourdillon–, optamos por mantener referencias y cierta evocación de tonalidad oral.

Palabras claves

Escritura; pensamiento; poética; mujeres creadoras; exilio.

Mirrows of Nothingness: Marina Tsvietáieva and María Zambrano

Abstract

This article is inspired by our book *Mirrows of Nothingness: Marina Tsvetáieva y María Zambrano*, which unites the work of the poet and the work of the philosopher. The lives of Zambrano y Tsvietáieva converged in Paris the first months of 1939. Both women traversed the wounds of the troubled European 20th century. And they carry their creative word into the abyss of form and consciousness: poetic thought and poetics of thought united in that “place-writing” that, for them, will just be motherland, in their only homeland. In order not to lose the meaning of an intervention that created a global context with the contributions of the other two people at the round table –Olga Amarís and Jean-Marc Sourdillon–, we maintain stylistic oral evocations.

Keywords

Writing; thought; poetic; creative women; exile.

Comienzo dándole las gracias a la organización de este encuentro por haberme invitado. Y más aún, porque al hecho de representar en esta mesa a la Fundación María Zambrano como patrona de la misma, se suma que me corresponda ser la moderadora de un momento de reflexión titulado «Escritoras habitantes del exilio». Excuso presentarme. Baste decir que soy poeta y profesora de Filosofía, y que el magisterio de María Zambrano me ha llevado, desde hace décadas, a intentar compartir la razón poética como actitud que podría «cambiar el mundo».

Puede ser cualquier día, no importa el mes ni importa el año. La razón solipsista, esa que olvida que sin sentimientos la vida humana no lo es del todo, cree poder predecir y anticipar. Suele hablarse de estrategia, suelen dársele causas a lo que no tendría que haber pasado nunca, a lo que no tendría que seguir pasando todavía porque ni importa el mes ni el año ni las distancias entre la historia y nuestras vidas.

Esta mañana de París podría serlo de 1939. Pero lo es de 2023 y, sin embargo, algunas de sus direcciones y de sus presagios se parecen a aquellas mañanas que podrían haber sido, a las que fueron y a las que, desgraciadamente, son. Porque hoy también hay mujeres huyendo de la violencia no tan lejos de aquí; quieren estudiar, pero se les prohíbe en nombre de no se sabe qué incomprensibles leyes, aunque la razón instintiva de la supervivencia crea darles causas dentro de lo estructural específico, por ejemplo, guerra, ese combate que causa lágrimas como la definió Homero. Una de esas mujeres lo que quería era leer y aprender lo que la escucha del mundo significa, y compartirlo con sus semejantes; incluso quería poder enseñar lo que la lectura y la música traen, lo que traen la libertad y el respeto que es siempre la libertad. De repente, de un día para otro, ese sueño minúsculo se convierte en una quimera, tiene que abandonar, con urgencia, el plan y el país donde habría podido, un día antes, tratar de habitar ese plan, donde se habría hecho cargo de las dificultades de la existencia humana e, incluso, habría contribuido a aminorarlas. Otra, como ella, también ha abierto los ojos a eso que, de un modo general, llamamos «dignidad». Dignidad significa poder cambiarle el rumbo al destino, tachar algunos de sus renglones y escribir otro relato porque otra será la grandeza de las vidas. Pero tampoco eso es posible, de un día para otro la dignidad se convierte en inverosímil, en una suerte de lujo en el que no hay que pensar siquiera; la dignidad va reduciéndose, canjeándose por humillaciones varias, hasta desaparecer en la vergüenza y en los olvidos. Vivir, entonces, empieza a ser una extraña suerte de privilegio y la vida ahí, en ese territorio imprevisto por mucho que nos obstinemos en buscarle una explicación que se sobreponga a este desasosiego, es obedecer la orden o sobrevivir o no pensar más que en lo que, aquí y ahora, puede ir ganándole terreno a la muerte. La justicia será sustituida, subrepticamente, por la exigencia de heroicidad y, entonces, la responsabilidad social pasará a ser culpa individual. Voy a mencionar, por primera vez, la palabra exilio. Y voy a traer a colación la sentencia demostrativa de María Zambrano que hemos aprendido para no dejar que nos engañen las circunstancias: a la persona exiliada no solo se le roba el espacio, sino y sobre todo el tiempo.

En esta mesa, en esta conversación en torno a escritoras habitantes del exilio, me acompañan Olga Amarís y Jean-Marc Sourdillon. Por nuestra mediación pactada aparecerán, entre nosotras, Marina Tsvietáieva y Simone Weil tratando

de hallar esa paz enterrada entre los escombros provocados por la violencia. Si es posible que esa acción se ponga en marcha es porque la propuesta no está del lado de la aniquilación, sino del lado de la vida, del comienzo, del nacer, de la aurora, porque la anfitriona es María Zambrano. Así trataremos de ir recorriendo este laberinto en el que, se lo puedo asegurar, llevamos el hilo muy fuertemente sujeto a nuestra conciencia de la escritura y el pensamiento, aunque los recovecos y salidas cegadas de los laberintos nos hagan retroceder o avanzar a tientas.

Olga Amarís, filósofa, traductora, dedica su investigación y su talento a tramar espacios de paz que acojan la posibilidad de una reflexión serena en torno a la convivencia entre los seres humanos, sin renunciar a lo sagrado que la violencia, en todas sus manifestaciones, ignora y hasta desprecia. Buena conocedora del exilio y sus significaciones, van a permitirme destacar su libro *Una poética del exilio*, dedicado a María Zambrano y Hannah Arendt, así como su reciente texto dramático *Fractales de una guerra en primavera* cuya lectura recomiendo encarecidamente porque, para sorpresa de muchos, en esa guerra concreta donde se escenografían diálogos para ser compartidos en el espacio común del teatro, Ucrania, no faltamos ni una sola de las personas que estamos aquí, lo cual hace enrojecer a la conciencia y latir con una premura no esperada al corazón. Lo sé, como se dice en preciosa expresión, «de primera mano» porque he asistido a un debate profundo y sincerísimo entre Olga Amarís y Miguel Ángel Moratinos, alto representante ante Naciones Unidas para la Alianza de Civilizaciones, hace unas semanas en el Ateneo de Madrid.

Jean-Marc Sourdillon, écrivain aussi, a traduit María Zambrano. La relation qu'il établit, dans son écriture, entre la raison logocentrique et la poésie est une invitation à franchir le seuil de la surface des choses. Son tonalité est donc proche de celui d'Olga Amarís ou du mien. Bien que nous venons de nous rencontrer lorsque nous avons été invités à partager cette table, nous avons tous les trois conscience de partager la conviction que si l'Europe est quelque chose, c'est un concert de voix différentes unies dans la mission de construire un espace commun où la différence évidence s'efforce de ne pas s'imposer, mais de contribuer à la construction d'un espace commun, dans lequel respect, intimité et liberté se succèdent avec un naturel poétique. Raison poétique, que l'on retrouve dans ses essais, dans sa manière d'appréhender la poésie, dans les titres zambraniens de ses recueils de poèmes... Ha impartido clases de literatura en Khâgne, en Garches y en el Instituto francés de Madrid, avalándolo con una tesis doctoral dedicada al poeta y traductor Philippe Jaccottet.

En los años ochenta del novecientos, cuando con la *perestroika* comenzaron a abrirse los archivos secretos del KGB, empezó a ser posible la lectura de la obra inédita y secuestrada de Marina Tsviétaieva. Lo poco que conocíamos de la gran poeta estaba vinculado, como suele ocurrir con la obra de tantas mujeres creadoras, pensadoras, investigadoras, etc., máxime cuando sus biografías han transcurrido en ese límite eternamente provisional –lo cual no es una contradicción– del exilio, a su proximidad con otros más que a su obra personal. Marina Tsviétaieva y Boris Pasternak o Rilke o el poeta Arseni Tarkovski conocido por ser el padre del gran poeta de la imagen Andrei Tarkovski. También en la pugna y la clasificación: Anna Ajmátova y/o Marina Tsviétaieva. Y su luctuoso final, ahorcada.

El exilio, como la enfermedad y sus metáforas valiéndome de la esclarecedora expresión de pensamiento de Susan Sontag, iguala a la persona exiliada convirtiéndola en un genérico y acaba por considerar que no existen las peculiaridades individuales, ni los deseos o los proyectos de vida personales. Con el exilio se hace una suerte de categoría como cuando se dice «la mujer» para simplificar, interesadamente, identidades que solo clasificadas son controlables. Cuando comencé esas lecturas de la obra de Marina Tsvietáieva, intentando abstraer el difícil periplo que la expulsa de la Unión Soviética y la asesina allí cuando parece que no le queda más remedio que volver, fue premonitorio y casi delirante, en el más riguroso de los sentidos metodológicos, «llevarla» hasta la obra de María Zambrano.

En uno de los congresos que, cada año organizaba la querida maestra Josefina Cuesta en la Universidad de Salamanca en su proyecto de investigación «Memoria de mujer», impartí una conferencia sobre los rasgos comunes de ambas exiliadas, María Zambrano y Marina Tsvietáieva, considerando que la proximidad tenía que ver con su condición de mujeres creadoras, los planes que para ambas habían trazado sus universos creativos, el momento de excelencia desbordada de las «edades de plata» de sus respectivos países, y la historia que lo fuera para las dos sacrificial. La filósofa apelando a la necesidad de la poesía, la poeta considerando que su obra desvelaba espacios para el pensamiento no renunciaron a vivir «según la carne», en bien conocida expresión de María Zambrano cercando una definición de poesía, lo que conllevaba un modo irrenunciable de estar en el mundo.

No fue difícil hallar un punto de encuentro, porque ambas compartieron París en los primeros meses de 1939. Años después de todo esto, sin que la obsesión remitiera, y no es ahora el momento de explicitar las causas y los azares, en 2020 la editorial Báltica me invitó a escribir un ensayo en el que la idea y la intuición se convirtieran en palabras hiladas capaces de entregar una teoría y una praxis derivada de la misma. Eso es mi libro *Espejos de la nada: Marina Tsvietáieva y María Zambrano*, del que ahora desgranaré algunas semillas. Solo he de señalar que hay otro momento señero en este destino: una jornada en la Universidad Complutense en torno, más o menos y también simplificando, al paisaje. Elegí detenerme en la correspondencia que, en 1926, tienen Tsvietáieva y Pasternak con Rilke, situando en primer plano la muerte de este y la carta que Marina le escribe a su amigo Pasternak: «Boris: nunca iremos a ver a Rilke; ese lugar ya no existe jamás». Y en 2020, la revista *Tropelías* me invitó a participar en un número extraordinario en el que aporté un artículo titulado «Marina Tsvietáieva y María Zambrano no se encontraron en París».

Se desencadena, pues, un diálogo entre las dos escritoras «habitantes del exilio» al que asisto discreta situándome en la distancia que permite leerlas y, por ello, escucharlas dando posibilidad a un encuentro que, considero, de haberse dado habría sido fructífero y consolador para ellas. Y aún más para nosotras, personas que formamos «su futuro», pues su manera de enfrentar la tarea de una obra es toda una declaración de intenciones de las que nuestro presente carece.

Permítanme leer con ustedes un fragmento del artículo de María Zambrano «La muerte apócrifa», que extraigo de la edición realizada por Mercedes

Gómez-Blesa con el título *Las palabras del regreso*. Para situarles, Zambrano está hablando de la muerte de Franco, de cómo hay quien la recrimina por no alegrarse de esa muerte atribuyéndolo, de inmediato, al hecho de que ella se había ido de España y, por tanto, no había sufrido nada la dictadura en el interior, algo así como si el exilio fuera un privilegio. Me interesa señalar este hecho porque se arrastra hasta nuestros días y hace que incluso las acciones institucionales que quieren ser más humanitarias no puedan impedir una mezquindad me atrevo a decir que atávica, acaso porque, como señala María Zambrano, la persona exiliada está ahí para exhibir, sin tapujos, una condición que permite que lo sea, de manera que su presencia incomoda porque ante ella la conciencia no puede desentenderse. Así responde Zambrano:

¿Nada? He perdido, tal vez para siempre, mi patria, esa palabra que con tanto temor se dice y que se calla más que se dice. He perdido mi vida, la que yo hubiera tenido en España, la de mis amigos, la de mis compañeros. He perdido, no más iniciada, lo que ni siquiera sabíamos si iba a ser una guerra civil. He perdido a gran parte de la gente de mi generación, a la que llamo la del toro por su sentido sacrificial, seres muy queridos, víctimas. Y no he perdido nada cuando tengo sobre todo y entre todo ese río de recuerdos sin compasión, ese espectáculo de la falta de piedad, la torpeza suma. Tal vez por eso no me puedo alegrar.

No, no me puedo alegrar. No, no me quiero alegrar¹.

Siento a su lado a Marina Tsvietáieva, envejecida de súbito, como la describe Nina Berberova, otra escritora habitante del exilio que, además, se convierte en la memoria de tantas personas que, como ella, llegarán a París como una estación de paso que acaba convirtiéndose en un lugar permanente del que nunca acabas sintiéndote parte. La siento, digo, en octubre de 1937 en la puerta de la iglesia católica rusa de la estrecha calle parisina de François Gerard donde el exilio ruso de París despedía al príncipe Volkonski, mecenas de la cultura rusa antes y después de la Revolución de 1917, muerto en el exilio americano. Había sido uno de los primeros apoyos de la jovencísima Marina Tsvietáieva que publicaba sus primeros poemas; no habían dejado de escribirse, a pesar de tantos avatares, controversias y distancias. Y ahora ella no se atreve a entrar a la iglesia porque ya no es parte de ese grupo que, en algún momento, habrían podido ser «los suyos». Su biografía se ha visto enredada en la de su marido, aunque ella no tenga nada que ver con las tramas en las que Serguei Efrón lleva toda su existencia, y que ahora son prendas infames que las autoridades soviéticas piden para que la familia Efrón-Tsvietáieva pueda regresar a la Unión Soviética. Quiero recordar, con ella y para ella, las lágrimas que quienes pasan a su lado no quieren ver, como no la quieren ver a ella; y las palabras de su querido amigo Maximilian Voloshin, que la invitó, apenas unos meses después de la publicación de su primer libro de versos, a la colonia de artistas que organizaba en su casa de Koktebel: «Marina, al infierno hay que entrar sola». Allí, en Koktebel, en la península de Crimea, le muestra una de esas «entradas a los infiernos». La imagen asombra dicha hoy. Máxime si la abarcamos con las

1. Zambrano, M., «La muerte apócrifa», en Gómez-Blesa, M. (ed.), *Las palabras del regreso*, Madrid, Cátedra, 2009, p. 110.

palabras de María Zambrano cuando dice que los símbolos son el lenguaje de los misterios. No hace falta glosar este momento que llevamos leyendo en la prensa diaria desde hace más de un año, como si hubiera habido una solapación de hechos y una confusión de fechas, y hubiéramos regresado a 1939.

Marina Tsvietáieva, sola. Blok, Esenin, Gumiliov, Mandelstam, Meyerhold, Zinaida Raikh, Pasternak, Ajmátova, Voloshin... todos son el pasado de la exiliada en que se ha convertido desde 1922. Berlín, Praga. Y París. Traduce, publica en algunas revistas de la emigración rusa; estos ingresos son, en más de una ocasión, los únicos que permiten sostener a la familia. Su hermana Asia la visitará en París, en 1927. La precariedad en la que vive Marina llegará a conmoverla tanto que se lo contará, a modo de súplica, al propio Pasternak y otros conocidos. Asia no imagina entonces que vivirá el terror del gulag como su sobrina Ariadna Efrón, cuando la familia de su hermana regrese a la URSS y Marina no pueda soportar ese muro de ignominia que la encarcela hasta llegar, como sabemos, al suicidio como muerte oficial después de escribir una carta a su joven hijo Georgui con la tinta del sufrimiento y la tristeza. Sí, a la persona exiliada se le incauta el espacio, el lugar, se la des-habita, se la deja a la intemperie. Y con el tiempo robado también se la deja en el borde del abismo de la historia a la que no podrá entrar, aunque lo intente. Como María Zambrano, escribiendo con lápiz «porque es el modo más parecido a escribir sobre la arena» como le hemos leído en una de esa multitud de cartas que escribirá durante toda su vida de exiliada, Marina Tsvietáieva recita versos en público de un modo periférico, asiste a algún acto social, es invitada en alguna ocasión a una celebración en casa de artistas también emigrados rusos. Pero sabe que no puede corresponder a esas invitaciones invitando ella misma, por las condiciones de carencia de su casa y por los secretos que guarda la vida de su marido. Extraña y extranjera entre quienes podrían haber sido los suyos, su objetividad poética es temeraria si se la juzga con los ojos del orden que permite situaciones así, orden que la poesía rompe porque esa es su función: deshumillar todas las cosas, como dirá María Zambrano del arte. La pienso en París recitando a Maiakowski, escribiendo con pasión tras la muerte del poeta sin importarle lo más mínimo que fuera una muerte cargada de sospechas hacia los servicios secretos del gobierno soviético. Lo mismo, por cierto, que se dice hoy del suicidio de la propia Marina Tsvietáieva. La escucho en un interrogatorio en París tras la desaparición de Efrón:

Desde los inicios de la revolución española mi marido se apasionó por la causa de los republicanos, y esta pasión se avivó en septiembre cuando estábamos de vacaciones en Lacanau-Océan, en la Gironde, donde asistimos a una llegada masiva de refugiados que venían de Santander. Desde entonces, mi marido ha manifestado el deseo de ir a la España republicana a combatir. Se fue de Vanves el 11 o el 12 de octubre pasado y desde entonces no tengo noticias suyas. No puedo, pues, decirles dónde se halla actualmente e ignoro si se fue solo o acompañado².

2. Tsvietáieva, M., *Confesiones. Vivir en el fuego*, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2008, pp. 484-485.

Y solapo su destino con el de María Zambrano inserta en la misma circunstancia política. Y que, durante su exilio, habrá de pedir ayuda muchas veces

escribiendo cartas de profundidad abisal incluso a personas con las que no llegó a encontrarse nunca. Marina Tsviétaieva, cuando María Zambrano atravesase la frontera de la historia y el tiempo rumbo a la incertidumbre del exilio, estará semipresa con su hijo, en la clandestinidad del Hotel Innova de París, esperando el salvoconducto de las autoridades soviéticas para dejar Francia rumbo a la Unión Soviética. Ella, que se había pasado la vida escribiendo cartas y diarios, tendrá que engañar y arriesgarse para poder apenas despedirse. Ni siquiera se le permitirá sentir el exilio como única patria: saldrá de París como una prófuga que se esconde y huye, otro acto de humillación.

Leo a María Zambrano, es el fragmento de un texto diarístico escrito a finales de enero y comienzos de febrero de 1939, lo titula «España sale de sí»:

No otra cosa es lo que sucede. Por los pasos del Pirineo, como sangre manada a empujones por un corazón espantado, la multitud llega interminable. Tiene color de tierra, color de monte derrotado de encina rota a hachazos; es el mismo suelo que arrancado de sus cimientos echa a andar; es la *materia* de España, su sustancia, su fondo último, lo que llega, lo que avanza, lo que espera, en esta terrible mañana gris vacía de Dios, por la larga carretera hasta Le Perthus.

[...] Y una vez alcanzada la frontera, el horror brotaba de nuevo y se comentaba en un rumor, en una noticia inverosímil y espantosa que rondaba todos los oídos, que penetraba en todas las cabezas como un taladro.

Señor, Señor, ¿qué ha hecho mi pueblo? ¿Contra qué rostro alto e imposible ha arrojado su piedra? ¿Qué monstruo lleva en sus entrañas que así ha aterrado el mundo? ¿O qué nueva simiente, qué criatura sobrehumana va a ser tu pugna por ser dada a luz, que tales dolores producen? ¿Qué parto más allá de sí mismo va a tener lugar en la tierra, a través de mi pueblo, de este pueblo que no se resigna, que en la tortura no perece, de este pueblo, el único, Señor, que te resiste?³.

Volvamos a las cartas. Una carta tiene mucho de diario demorado, de archivo y testimonio, sobre todo cuando la escribe alguien como Marina Tsviétaieva o como María Zambrano desgarrando la convención y convirtiendo el género epistolar, como la confesión, en un género literario. Las dos escriben cartas y, en ellas, lo que podría ser mera noticia circunstancial se transforma en universo de sentido que habitarán y mantendrán desde el pensamiento y la creación. Cuando leemos estos documentos preciosos, cartas y diarios, hallamos una época y, en ella y hoy todavía, la especificidad del exilio de las mujeres que suman a la tragedia el hecho social de ser, precisamente, mujeres con toda una herencia de desigualdad en sus espaldas y en sus caminos. Para estas dos mujeres la libertad está en la escritura irrenunciable, en ese «conservar la soledad en que se está» que cuida sin descanso la intimidad. Razón poética, filosofía que busca y poesía que encuentra. Como escribí de Tsviétaieva entrelazando las palabras de Zambrano: hacer de su delirio la lengua con que escribir sus propios destinos de desterradas.

3. Zambrano, M., «España sale de sí», en Moreno Sanz, J. (coord.), *Obras Completas vol. VI*, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2014, pp. 254-255.

Leo a María Zambrano, la entrada del diario es del 2 de febrero de 1939:

«Estoy demasiado rendida para escribir, demasiado poseída. Solo podría hacer poesía, pues la poesía es *todo* y en ella uno no tiene que escindirse. El pensar escinde a la persona; mientras el poeta es siempre *uno*. De ahí la angustia indecible, y de ahí la fuerza y la *legitimidad* de la poesía». ⁴

Marina escribe: «No será a mí a quien entierren / No, no será a mí». El barco que toma en El Havre rumbo a la muerte va lleno de pasajeros españoles que sueñan hallar en la Unión Soviética lo que se les ha querido arrebatar en España. Ella no sale del camarote; su hijo adolescente, Georgui, Mur como hipocorístico familiar, aprende canciones españolas y ríe feliz; sueña con que hallará, por fin, su lugar y podrá estudiar y ser alguien que rompa las cadenas de la indigencia histórica. Leer los diarios del muchacho es trágico porque sabemos cómo acaba su ilusión: es uno de los millones de muertos de una guerra más, que los anales de la infamia registra en cicatrices de la tierra y el alma humana. Las guerras no traen victorias, solo seres que ignoran ser efímeros vencedores y seres inevitablemente vencidos. Lo sentencia así el limo de las palabras de María Zambrano en su texto dramático *La tumba de Antígona* en conversación interpeladora memorable entre Antígona y sus hermanos Eteocles y Polinices.

Cuando Zambrano regrese, en 1946, a París para poder despedirse de su madre tras recibir el telegrama urgente de su hermana Araceli, la golpeará saber que todo intento de restitución parece haberse perdido. Porque cuando María llegue, venciendo las demoras y la insensibilidad de la burocracia, su madre ya ha sido enterrada y su hermana es una mujer destruida. Como le ocurrirá a Marina Tsvietáieva cuando se reencuentre con su hija en Moscú: la tortura y la humillación específica hacia las mujeres es parte de lo que tendrían que contarse entre ellas. María Zambrano no se separará ya nunca de su hermana; Marina Tsvietáieva tratará de colmar de humanidad la prisión de su hija, que será detenida pocos días después de su llegada a la Unión Soviética, que abortará en los siniestros no-lugares del totalitarismo y que padecerá décadas de gulag.

En 1920, de una manera premonitoria –aún no sabe hasta unos días después de la fecha de la carta que su hija menor, Irina, ha muerto en el hospicio al que la ha llevado para que pueda comer–, Marina escribe a unos amigos algo que sobrecoge porque, en ese 1939 donde, para ella, el mundo ha empezado a acabar, aquellas palabras oraculares son un hecho:

Desde que nací fui expulsada del círculo de los humanos, de la sociedad. No tengo atrás un apoyo viviente, –tengo un peñasco: el Destino [...] No temo a la vejez, no temo al ridículo, no temo a la miseria –ni a la hostilidad –ni a la maledicencia. Yo, encubierta por un cascarón de alegría y fuego soy –piedra, es decir, invulnerable. Pero está Alia, Seriozha. –No me importa despertar mañana llena de arrugas y con la cabeza encanecida – ¡me da igual! – modelaré mi Vejez – ¡de todas formas me habrán amado tan poco!⁵

4. Zambrano, M., *op. cit.*, p. 255.

5. Tsvietáieva, M., *op. cit.*, pp. 142-143.

Y leo a Zambrano pensando en Mur y en la desesperanza de Marina Tsvietáieva cuando tomase ese barco hacia la humillación final que la convierte en mendiga, en fugitiva y en desesperada; no voy a pormenorizar la tragedia de los escasos dos años de vida que le quedan desde su llegada a la Rusia que ya no lo es, la salida de Moscú huyendo de la inminente llegada de los nazis, el desafecto al que es sometida hasta su muerte en Yelábuga, pasando por el encuentro clandestino con Anna Ajmátova antes de dejar Moscú. Todo esto lo siento palpar en la carta de María Zambrano dirigida a su amigo Ramón Gaya el 24 de agosto de 1959. Zambrano está dejando el exilio americano, va a instalarse en Europa que supone el puente, en su deseo, para volver a vivir en España, lo que sabemos que no ocurrirá hasta décadas después:

Ramón [...] ¡Qué pocos rincones habitables hay en el Planeta! Pero una va viendo los que un día lo fueron o debieron de serlo, las ruinas, no de los edificios, ni del arte, sino de una humana vida, en un tiempo que en ocasiones debía de ser una cueva llena de alimañas, y en otros, un hueco blando y cálido, un nido. Figúrate que me está rondando escribir algo sobre la brujería, a mi modo, claro, es decir, sin saber una palabra del asunto. ¡Hay un viento! Quizás en lo de los sueños salga.

[...] Esto ha sido atroz, atroz, atroz. Y mi situación sigue siendo mala, muy. Pero algo se arreglará. Y España, su idioma, su luz, su promesa se abre y nosotros somos algo en ella o de ella. Te doy un abrazo en esta alegría que tanta noche nos ha costado el atravesar. ¡Y aún!⁶.

Concluyo esta intervención señalando que tanto Marina como María han llamado, desde su obra, a dos heroínas primaverales para que, acaso, les muestren ese claro del bosque donde sea posible restituir lo sagrado que las guerras, como hemos señalado, tratan de destruir: Ariadna y Antígona. Como hemos escrito en *Espejos de la nada*:

Ariadna y Antígona son la voz de la hermandad frente a la barbarie, la palabra frente a la fuerza, el respeto frente al prejuicio. La solidaridad que hace seres humanos libres, frente al miedo inoculado que convierte a los ciudadanos y ciudadanas en súbditos, en esclavos.

Son las tejedoras de esa quimera urgente que requería, que requiere ese encuentro entre Marina Tsvietáieva y María Zambrano...

Ahora queda transcribir, con fidelidad extrema y escrupuloso agradecimiento, las consecuencias de ese diálogo: borrar la palabra «quimera» de los sueños donde se sueña la paz. Cumplir el deseo de Marina Tsvietáieva de ser enterrada abrazada a la obra de Homero. Cerrar los ojos y habitar el silencio de esas palabras del *Cantar de los cantares* grabadas en la tumba de María Zambrano...⁷.

Sea.

(París, abril de 2023)

6. Zambrano, M. y Gaya, R., *Y así nos entendimos (correspondencia 1949-1990)*, Valencia, Pre-Textos, 2018, pp. 101-103.

7. Santiago Bolaños, M., *Espejos de la nada. Marina Tsvietáieva y María Zambrano*, Madrid, Báltica, 2020, pp. 118-119.



Salmo II 200 x 230 cm 1993

PROPIEDAD DEL AYUNTAMIENTO DE RONDA. SE PUEDE VER EN LA CAPILLA JESÚS GONZÁLEZ DE LA TORRE EN RONDA.

OLGA AMARÍS DUARTE

Escritora y *doctor philosophiae* por la
Ludwig-Maximilians-Universität München

Cuando la guerra se dice Paz. María Zambrano y Simone Weil reescribiendo ruinas

Resumen

Este artículo presenta un análisis comparativo entre las líneas de pensamiento desarrolladas por María Zambrano y por Simone Weil a propósito del exilio. En un diálogo a dos voces, ambas pensadoras proponen métodos alternativos a la razón cartesiana para hacer frente a la experiencia dolorosa producida por el desarraigo de una realidad que cede por su propia incoherencia. Los conceptos de piedad, de atención, de paz y de educación son piedras fundacionales de un saber padeciendo a través del cual la persona renace a una nueva posibilidad de ser y de estar en la circunstancia.

Palabras claves

Guerra; paz; educación; atención; *amor mundi*.

When the war is called peace. María Zambrano and Simone Weil rewriting the ruins

Abstract

This article presents a comparative analysis between the lines of thought developed by María Zambrano and Simone Weil in exile. In a two-voice dialogue, both thinkers propose alternative methods to Cartesian reason to deal with the painful experience caused by being uprooted from a reality that falls apart due to its own incoherence. The concepts of mercy, attention, peace and education are foundational stones of a suffering knowledge through which the person is reborn to a new possibility of being in the world of circumstances.

Keywords

War; peace; education; attention; *amor mundi*.

Génesis de un encuentro

Este encuentro tiene un precedente y con ello quiero dar a entender que ya aconteció anteriormente sin que ninguno de nosotros estuviésemos presentes. Las protagonistas, sin embargo, son las mismas, ya que el esquema de aquel otro paisaje no logró alterar los contornos con los que hoy van a reaparecer ante nuestros ojos.

Deteniéndonos en el antecedente, María Zambrano y Simone Weil se encontraron ya en unas páginas de la revista de Filosofía *Fil & Co.* en cuya sección «Diálogos que no fueron» propongo un espacio de resonancia para aquellas conversaciones que no sucedieron, aunque pudieran haberse dado afilando el pincel de la imaginación. Las barreras del tiempo, del espacio y de la lengua ceden por sí mismas cuando es el pensamiento quien toma la palabra. Pero, para tomarla, primero tiene que recibirla. Y ahí, en ese acto apasionado de reciprocidad, Zambrano y Weil iniciaron un debate filosófico en torno a la guerra, o debiera decir en torno a la paz perdida, que hoy volverán a retomar como si el entremedias no hubiera pasado. En el encuentro imaginado, igual que ocurrió tantas veces en la realidad, ambas pensadoras abandonan la retaguardia para comprometerse en el frente, para hacerse vanguardia e ir en la primera posición, auspiciadas por su vocación de guías de los perplejos y de los desencaminados. En aquel entonces se trasladaron a Ucrania, a esa Troya que no arde en el Mediterráneo, sino en aquella otra zona tan poco ubicable de *Mittleuropa* que, por ser el centro de algo, no parece encontrarse, o querer ser encontrada, en lado alguno.

Hoy, sin embargo, es primavera, Zambrano está a punto de volver a nacer y las dos aparecen, o se diafanizan, en París, «la ciudad dócil a la luz más que ninguna»,¹ como la describe la pensadora española en su artículo de 1957. Para dar más señas sobre las coordenadas de su ubicación, y sin respetar su deseo de no ser incordiadas por curiosos, ellas se nos han adelantado y están esperándonos en el *Café de la Paix*.

La originalidad, en la mayoría de los casos, acaba siendo una pose. Y la historia, en su papel de Celestina implacable, ya las había hecho coincidir mucho antes, en agosto de 1936 en la ciudad de Madrid. Las dos, profundamente pacifistas, de un pacifismo razonado tras un análisis profundo de la guerra y sus absurdos, asumen el desasosiego y la gravedad de su época y deciden habitar la fractura sin condicionamientos. Se las pudo ver a las dos por la capital castiza llevando, cada una a su manera, esa cruz que debía de servir de palanca de descenso a la cumbre.

Simone Weil, con la pierna izquierda abrasada y con las manos heridas por las incoherencias de un cuerpo plotiniano que la vuelve torpe para esas actividades manuales en las que ella tanto se empeña, y perseguida por la mala suerte, ese mal de ojo que suele acompañar a las mentes geniales que se atreven a mirar de frente a la adversidad, colabora como voluntaria en la columna anarquista del Frente de Aragón durante la Guerra Civil Española. María Zambrano, por su parte, participa en la redacción del Manifiesto Fundacional de la Alianza de Intelectuales para la Defensa de la Cultura y, según describirá un año más tarde en *Los intelectuales en el drama de España*, se deja imbuir por el temblor que recorre aquellos días la ciudad luminosa y espléndida en su tragedia cuando

1. Zambrano, M., «Una ciudad: París» en *Aurora: papeles del Seminario* María Zambrano, N.º 2, Barcelona, 1999, pp. 129-132.

los jóvenes universitarios visten el mono azul obrero. La única sombra que oscurece aquellos días de efervescencia procede de la negación del maestro, Ortega y Gasset, a hablar en la radio a favor de la República.

Inevitablemente, el reconocimiento entre ambas es inmediato. Sin apenas palabras, entienden que son dos mujeres singulares, devotas de un excomulgado del calibre de Baruch de Spinoza, beguinas a su manera, arrebatadas por las mismas pasiones sociales y políticas, y portadoras de un saber heterodoxo que se atreve a sondear sin vértigo el abismo de la mística. Weil y Zambrano comparten, además, la herencia helenista en su anhelo por el establecimiento de una democracia radical. Bien es conocida la intención de Weil de abolir los partidos políticos como resquicios despóticos que reproducen la misma teología violenta de cualquier otro poder constituido, como escribirá en 1937: «El orden social, aunque necesario, es esencialmente malo, sea el que sea».² Zambrano, comulgando en el gesto de ponerlo todo en cuestionamiento, y siempre alerta ante esas formas de gobierno «dogmáticas de la razón»,³ se aleja de la concreción política al rechazar la oferta que le hace Jiménez de Asúa de presentar su candidatura a las Cortes por el Partido Socialista Obrero Español en 1931 y confesará que la *hamartia* de su vida consistió en haber participado en la constitución de El Frente Español que, posteriormente, acabaría degenerando en La Falange.

La política, tanto en Zambrano como en Weil, constituye una forma de encontrar la coherencia unitaria entre el pensar, el sentir y el actuar. Podría afirmarse que se trata en ellas de una política poética, por usar la terminología de Juan Ramón Jiménez, entendida como la *poiésis* griega en la que el pensamiento se pone en práctica, esto es, en marcha, para crear algo que antes no existía. A Weil le interesa la filosofía que se expresa exclusivamente en acto y práctica, instrumentalizada en una forma activa de luchar contra todo tipo de totalitarismo a través de dispositivos intelectuales y espirituales. La razón poética de María Zambrano, por su parte, es la contrarrespuesta al sistema abstracto de ideas que ignora la dimensión encarnada de la verdad, así como un camino recibido sapiencialmente para el vivir humanamente: «Ya que el vivir no es lo mismo que la vida. La vida es dada, más un don que exige de quien la recibe el vivirla, y al hombre en una especial manera. Vivir humanamente es una acción y no un simple deslizarse en la vida y por ella».⁴ La acción política, en este sentido, es una encarnación. Un estar aquí y ahora experimentando la corporeidad del tiempo en la propia visceralidad, percatándonos de la manera en la que el *logos* se distribuye bien por las entrañas, como decía ella que decía Empédocles.

Si el cuerpo del rey es doble, según la interpretación de Ernst H. Kantorowicz, el cuerpo de la política es múltiple y polifónico. De ahí la importancia de entender que lo político es el lugar de encuentro con el otro «que nos da la gracia de existir», y el epicentro desde el cual empezar a poner en práctica una teoría de la hospitalidad para con los más oprimidos. La compasión es la sacerdotisa de la acción política en el pensamiento de Weil, aquella que propicia que la punzada de la alteridad pase a formar parte de la mismidad, como escribe en una larga carta dirigida al Padre Perrin desde Marsella: «Estando en la fábrica, confundida a los ojos de todos, incluso a mis propios ojos, con la masa anónima, la

2. Weil, S., *Opresión et liberté*, París, Gallimard, 1955, p. 136.

3. Zambrano, M., *Horizonte del liberalismo*, Madrid, Morata, 2020, p. 212.

4. Zambrano, M., «El sueño creador», *Obras Completas vol. III*, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2011, p. 1020.

desdicha de los otros entró en mi carne y en mi alma». ⁵ Esa otredad, a su vez, puede introducirse a cuchilladas en el ser adquiriendo la forma del diametralmente Otro de la trascendencia, descrito en *La gravedad y la gracia* de la siguiente manera: «La violencia del tiempo desgarró el alma. Tras el desgarró entra la eternidad». ⁶ En Zambrano será la piedad, ese saber tratar con lo diferente, con lo que es «radicalmente otro que nosotros», la guía de la acción política.

Más allá del *bios politikos*, las dos comparten, en un juego de espejos, esa apariencia traslúcida del cuerpo individual, enfermizo, que se diría inexistente. Resulta irremediable: se encuentran y se aman intelectualmente. Este reconocimiento, que toma la forma de una flecha de filiación, es relatado en una carta que Zambrano le envía a su joven amigo, estudiante de Teología, Agustín Andreu, fechada en 1974:

He estado al borde de preguntarte si has leído a Simone Weil y si la quieres. Yo la amo y Araceli estaba más cerca de ella que yo. Murieron por negarse a tomar alimentos, y medicamentos –en especial Ara–, lo que está escrito en el certificado médico de Simone, en el de Ara no. Pero ya de antes. Si tienes sus libros y no los has leído, lee al menos «Prologue» –segundo Cahier–. Durante media hora estuvimos sentadas en un diván las dos en Madrid. Venía ella del Frente de Aragón. Sí había de ser ella. María Teresa [la mujer de Alberti] nos presentó diciendo: La discípula de Alain, la discípula de Ortega. Tenía el pelo muy negro y crespo, como de alambre, morena de serlo y estar quemada desde adentro. Éramos tímidas. No nos dijimos apenas nada. Ella era, sí, un poco más baja que yo; 1,59 he leído era su talla, la mía un centímetro más y llevaba yo todavía tacones no muy altos. Era muy delgada, como lo había sido yo, y no lo era ya en ese grado. Pero era Ara quien se le emparejaba. Las dos eran de las que dan el salto, como Safo. ⁷

Se sabe que, encendida de aquella emoción inicial, Zambrano quiso traducir al castellano la obra de Simone Weil por encargo de la Editorial Universidad Veracruzana de México. Tal proyecto nunca llegó a realizarse, sino que pasó a ser el colapso de una ilusión más. Queda, sin embargo, la huella de la particular *trolesse* en *El sueño creador*, en donde Zambrano retoma e interpreta la palabra amiga: «La vie est impossible», ha dicho Simone Weil, añadiendo: «C'est le malheur qui le sait». ⁸ La importancia de esa palabra, *malheur*, convertida en operación mántica en los *Cahiers*, radica en su intraducibilidad. Nada tiene que ver con el dolor o con el sufrimiento, sino que pertenece a esas «nociones luminosas» ⁹ que aparecen en *La persona y lo sagrado* y que resultan imposibles de definir por una razón epistémica que ha perdido el trato con lo sagrado, con ese reducto de bien que queda en el ser humano tras el desgarró, pese a todo, a pesar de todo: «Esa parte profunda, infantil del corazón humano que se mantiene adherida al bien». ¹⁰ El *malheur* encuentra resonancia en el saber padeciendo de *El hombre y lo divino* y en la premura metafísica por adentrarse en los ínferos de la historia para pagar esa prenda de la «noche oscura de lo humano». Zambrano, ávida también de esas cuestiones de «tan huidiza condición, que, al intentar atraparlas, se nos escapan

5. Weil, S., *A la espera de Dios*, Madrid, Trotta, 1993, p. 40.

6. Weil, S., *La gravedad y la gracia*, Madrid, Trotta, 2007, p. 121.

7. Zambrano, M., *Cartas de la Pièce*, Valencia, Pre-Textos, 2002, pp. 128-129.

8. Zambrano, M., «El sueño creador», *op. cit.*, p. 1022.

9. Weil, S., *La personne et le sacré*, Payot & Rivages, París, 2017, p. 27.

10. *Ibidem*, p. 28.

11. Zambrano, M., *Horizonte del liberalismo*, *op. cit.*, p. 201.

río debajo de la subconsciencia»,¹¹ se sumergirá, como su trasunto Antígona, en los estratos más profundos de la historia para rescatar ónfalos que, al volver a la luz, se transforman en cristales de pensamiento.

La vida, sí, resultó imposible para ambas, en un mundo inhabitable donde las ruinas no son más que el indicio de la desaparición, de una presencia que acaba de abandonarnos, como se describe en *La Agonía de Europa*: «Huella que enseña y hace patente el eclipse y la tristeza, como si sólo esas cosas sin belleza alguna llorasen al huésped ido».¹² Hijas de su época, estaban destinadas a esa vida arruinada que pretende nacer de una sola vez, descarnada y padeciendo. Pero no, ellas desestimaron la herencia y optaron, discípulas como eran del *jerem* de Spinoza, por el salto hacia aquel otro lado donde la frontera se transforma en un espacio de creación ilimitada. Mediante los actos y las palabras construye el ser humano su morada política, también poética, y, en aquel exilio que se ama por su trascendencia, alejado de cualquier patria terrestre, «arraigado en la ausencia del lugar»,¹³ y que se hace sentir como una verdad que llama a habitar su horizonte, les fue posible des-nacer, «des-serse en cierto modo»¹⁴ en el caso de Zambrano, des-crearse, en el de Weil, en la consciencia de que no hay consuelo posible si no es en el desamparo más absoluto.

Pensar la guerra desde la atención paciente

Dentro de la propedéutica del saber padeciendo que ambas eligen, se encuentra la aceptación del conflicto como elemento configurador de la transformación del ser individual y colectivo. Seguidoras atentas de los pensadores de la discordia como Hegel, Maquiavelo, Heráclito y Marx, que ven en la tensión permanente de los contrarios el motor de desarrollo de lo político y de lo social, también ellas saben, por experiencia, que los amores turbulentos de Afrodita y de Ares acaban por engendrar a Harmonía.

En *Reflexiones sobre la guerra*, obra clave donde se analiza el efecto de la fuerza en el poema épico de *La Iliada*, Weil expone la esencialidad del juego de contrarios para que, tras la violencia ejercida, se instale la belleza. También en *La gravedad y la gracia* se incidirá en la misma matemática de opuestos: «Si únicamente se desea el bien, se entra en oposición con la ley que liga el bien real al mal como el objeto iluminado de su sombra, por lo que, al estar en desacuerdo con la ley universal del mundo, es inevitable que se caiga en la desgracia».¹⁵ De igual modo, en *Horizonte del liberalismo*, Zambrano afirma que la política es el resultado de una lucha, llámese mejor conciliación, entre el individuo y la vida. De la conclusión de esta tensión inicial surge el amor al contrario: el irremediable complemento sin el cual nunca seríamos al completo.

En este sentido, reflexionar sobre la guerra presupone para ambas no solo la asunción del lado trágico de la vida, sino su esclarecimiento. El ser humano es el «heterodoxo cósmico»¹⁶ que no se entrega sumisamente a los latentes designios de la historia, sino que ofrece una resistencia serena por medio del ejercicio de una voluntad consciente. Pensar el conflicto es, así, una forma activa de resolverlo sin forzar la disolución de los contrarios, sino probando, a veces a tientas, a descifrar su mejor conjunción. De ahí que la guerra no sea el incomprensible que

12. Zambrano, M., «La agonía de Europa», *Obras Completas vol. II*, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2016, p. 388.

13. Weil, S., *La gravedad y la gracia*, *op. cit.*, p. 86.

14. Zambrano, M., «El sueño creador», *op. cit.*, p. 1012.

15. Weil, S., *La gravedad y la gracia*, *op. cit.*, p. 141.

16. Zambrano, M., *Horizonte del liberalismo*, *op. cit.*, p. 205.

preconiza el discurso lógico positivista en su rechazo de todo aquello que no se debe pensar, sino, como propone Immanuel Kant en su *Crítica de la razón pura*, la aceptación de que hay entelequias a las que el pensamiento no puede llegar y que, sin embargo, deben ser asediadas una y otra vez hasta la extenuación. Porque, como apuntala Schopenhauer, no porque no se pueda comprender el problema, éste acaba por desaparecer.

Desde el estremecimiento que propone el «shock de la experiencia» del que habla Walter Benjamin, ese firme y brutal golpe contra la realidad, ellas inciden en la incertidumbre, en la resistencia primera que ofrece lo desconocido antes de desgranarse en la promesa de una revelación. A ninguna de ellas le importa la respuesta, sino el rastro que deja el gesto atento y reflexivo de circunvalar la cuestión desde todos los puntos de vista, iluminando sus múltiples contornos, según se ejercita en *Persona y democracia*: «Los crímenes han sido ya cometidos. Ha llegado la hora del conocimiento. Convertir la tragedia en una gota de luz. Para ello hay que hundirse en las entrañas, removerlas, purificarlas con la antorcha del pensamiento».¹⁷

En esta cita se intuye la decisiva influencia de la dialéctica gnóstica en torno al mal del alemán Jacob Böhme, en donde el principio destructivo, simbolizado por la imagen del fuego, es indispensable para que triunfe el principio creativo de la luz. De hecho, Zambrano está haciendo aquí suya la imagen que Böhme introduce en su obra *Aurora*, en donde un fuego consumidor, *verzehrend Feuer*, sirve de fundamento, *Ungrund*, de todas las posibilidades del ser. Como antes se vio que sucedía en la cita de Weil, sin oscuridad, no es posible la claridad. Es decir, sin el apercatamiento del mal cometido, no es posible la reacción de resistencia que ofrece el movimiento reflexivo.

En términos muy semejantes, Simone Weil afirma que la guerra es un factor de reacción del que urge investigar las fuerzas que lo ocasionaron mediante la práctica de una atención paciente, la *hipomené* griega, concepto clave que no debe confundirse con la *epojé* fenomenológica. Aunque ambos estados mentales implican una orientación hacia el objeto contemplado y una suspensión del enjuiciamiento, la atención en Weil aspira, además, a una participación con la «naturaleza sacramental del mundo»¹⁸ que adviene en forma de don, de gracia «gratuita y generosa»¹⁹ que solo se consigue una vez que el sujeto cognoscente ha retrocedido ante el objeto que persigue. Al igual que ocurre con ese otro reino de los claros del bosque donde no se va a responder, porque no se erige la maléfica pregunta, y que no hay que buscarlo, pues, si nada se busca, en el instante del descuido la ofrenda será ilimitada, la atención en Weil es un aguardar abismándose en la belleza sin pretensiones: «No se trata de interpretarlos, sino simplemente mirarlos hasta que brote de ellos la luz».²⁰ Tomándole la palabra, que ha sido cedida, Zambrano agregará lo siguiente sobre esa adecuación de la atención, reclinada entre la vigilia y el sueño: «La atención es a modo del tentáculo primario del que dispone todo organismo vivo y que se despliega en grado eminente y, además, específico en el hombre. Y así, todo aquello a donde llega la atención queda incorporado al círculo vital que toda criatura viviente, por diminuta que sea, crea a su alrededor».²¹

17. Zambrano, M., «Persona y democracia», *Obras Completas vol. III*, Madrid, Galaxia Gutenberg, 2011, p. 403.

18. Weil, S., *La gravedad y la gracia*, op. cit., p. 185.

19. Weil, S., *La personne et le sacré*, op. cit., p. 73.

20. Weil, S., *La gravedad y la gracia*, op. cit., p. 156.

21. Zambrano, M., *Claros del bosque*, Madrid, Cátedra, 2014, p. 123.

Educación para la paz

Pensar el conflicto supone introducirse en él para traerlo a luz, alumbrándolo y cumpliendo así con el rito socrático de la mayéutica que ayuda a nacer al discípulo una vez desnacido en el fondo de la caverna. Las vidas filosófica y política de Simone Weil y de María Zambrano no se entienden sin la importancia que le otorgaron al proceso pedagógico como fundamento de la civilización democrática. Y, así, no es posible separar el pensamiento de Weil ni del magisterio de Alain ni de las clases que impartió, con tan poca fortuna, en los liceos de Auxerre y de Roanne. La razón poética de María Zambrano no puede comprenderse tampoco sin la Institución Libre de Enseñanza ni sin los maestros de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Madrid, el imprescindible Ortega y Gasset, así como resultaría incompleta sin su labor en las Misiones pedagógicas. La razón poética es un estado de alerta paciente, a la par que la transmisión de un deseo de conocimiento.

En concordancia con Aristóteles, ambas filósofas están convencidas de que la falta de educación es la causa de todas las guerras y que la persona cabal, esto es, la virtuosa, no puede sino desear el bien. Por el contrario, aquella que pasa sus días en condiciones que hacen materialmente imposible un esfuerzo de atención sostenido por mucho tiempo en un nivel elevado, no hará sino convertirse en un lobo entre los lobos. En términos muy explícitos, Weil reescribe la máxima aristotélica en la siguiente fórmula: «Si la inteligencia se vuelve hacia el bien, es imposible que el alma entera no se vea arrastrada poco a poco hacia él, aunque no quiera».²²

Para «la virgen roja», el objetivo de la educación debe enfocarse en la creación de instituciones destinadas a discernir y a abolir todo aquello perteneciente a la vida contemporánea que arruine la vida espiritual de las personas. En el caso de la clase obrera, el proceso emancipatorio tiene que comenzar por una pedagogía que proporcione a los trabajadores las herramientas intelectuales necesarias para que ellos mismos fabriquen su propia libertad. La convicción de que la educación constituye la mejor garantía de la paz entre los pueblos se expresa, sin embargo, en sus reflexiones sobre la *La Ilíada* y sobre la trilogía de la *Orestíada*, donde describe la fuerza transformadora del diluvio bélico como aquella capaz de hacer del ser humano una cosa en el sentido más literal, pues hace de él un cadáver, o aún peor, un ser sin atributos: «Las batallas no se deciden entre hombres que calculan, combinan, toman una resolución y la ejecutan, sino entre hombres despojados de esas facultades, transformados, rebajados al nivel de la materia inerte que no es más que pasividad, o al de las fuerzas ciegas que no es más que impulso».²³

En *Persona y democracia*, publicado en 1958, casi diecisiete años después de la aparición del texto de su interlocutora judía, Zambrano hará una descripción muy similar de la enajenación del ser humano quien, en su ignorancia, es incapaz de actuar en conciencia y con responsabilidad, convirtiéndose en presa fácil de las tecnologías de la mentira que se instalan en los regímenes totalitarios. Con el natural humor que la caracteriza, Zambrano parodia «el paso de ganso de los desfiles hitlerianos»²⁴ como símbolo de ese ser anonadado al que los déspotas privaron de la libertad y de la capacidad de cuestionamiento.

22. Weil, S., *La gravedad y la gracia*, op. cit., p. 154.

23. Weil, S., *L'Illade ou le poème de la force*, París, Payot & Rivages, 2021, p. 101.

24. Zambrano, M., «Persona y democracia», op. cit., p. 391.

A este respecto, resulta muy revelador que el último artículo escrito por la filósofa malagueña antes de morir estuviera dedicado a la Guerra de Irak y llevase el provocador título de «Los peligros de la paz». Pudiera parecer que los peligros de la paz son las guerras. No obstante, ella se apresura a aclarar que la real amenaza radica en la sucesiva instauración de procesos de paz inauténticos y desatentos con la verdadera vocación pacífica, que es aquella que cumple la promesa de realización plena de lo humano mediante el aprendizaje de «un modo de vivir, un modo de habitar en el planeta, un modo de ser».²⁵ La paz es una ciencia que requiere, también ella, una alerta paciente y una transmisión cuidadosa. En este artículo de 1990, Zambrano reactualiza la hebra insertada en un texto anterior de 1996 titulado «La educación para la paz», donde ya se aclara que la paz no ha de ser una situación transitoria, sino un estado definitivo de la historia humana, perpetuo como aquel profetizado por Kant, que solo cobrará realidad si su germen empieza a incubarse en la escuela, en aquel centro en el que se practica la *scholé*, el cultivo del tiempo libre hacia las cuestiones espirituales de alto orden. En otras palabras: el lugar en donde se alcanza la altura necesaria para que la caída sea posible, esa inmersión en el lado tenebroso tan imprescindible en el paso de la persona por el mundo. Ellas lo saben, de nuevo por experiencia: la piedra, al no poder desprenderse del suelo, nunca caerá por su propia voluntad: «Sin educación para la paz no habrá paz durable. Una vez más, el maestro es el responsable, aunque no él solamente, de la suerte del mundo. Mas cierto es que han de dársele medios y tiempo, ante todo tiempo y lugares, para ejercer su misión».²⁶

Quisiera finalizar como lo harían ellas, con la imagen de un salto al infierno. La expresión más carnal del ejercicio de la alerta paciente y del aguardar piadoso que ambas pensadoras mostraron en su vida y en su pensamiento concluye en el deseo de Weil por crear un cuerpo de enfermeras de élite que saltara en paracaídas al campo de batalla para atender a los heridos de la Francia ocupada. La inscripción de esta imagen, que más bien en un emblema, se encuentra en la última nota de Weil en su cuaderno de Londres donde apunta que la parte más importante de la educación consiste en enseñar qué es «conocer, o lo que es lo mismo: Nurses». Al general Charles de Gaulle esta idea le pareció un disparate y Weil, por extensión, quedó registrada en los márgenes de la locura. No entendió, hombre de guerra que era, que Weil estaba emulando ese otro salto acontecido mucho antes, según el mito, en la isla de Léucade. Afrodita, siguiendo el consejo del Oráculo de Delfos, se lanzó al mar desde el acantilado para acabar con la desesperación que sufría tras el asesinato de su amado Adonis perpetrado por Ares, un dios cegado por la ira, por los celos y por el propio endiosamiento. Tras la caída, Afrodita salió del agua renacida, desnuda y sin dolor ya, dulcemente con la levedad que otorga siempre un nuevo amor. Se había convertido en la cítara de la poetisa Safo.

25. Zambrano, M., «Los peligros de la paz», *Las palabras del regreso*, Salamanca, Amaru, 1995, p. 45.

26. Zambrano, M., «La educación para la paz», en *Aurora: papeles del Seminario María Zambrano*, n.º 13, Barcelona, 2012, pp. 54-63.

El grito del sufrimiento: *¿por qué?* Resuena en toda la Iliada.
Explicar el sufrimiento es darle consuelo, por lo tanto, no hay que explicarlo.
De ahí el eminente valor del sufrimiento de los inocentes. Se asemeja a la
aceptación por parte de Dios, que es inocente, del mal en la creación.
Simone Weil

La mirada de Luis Cernuda, ya desentrañada por el exilio, se muestra en el poema que María Zambrano consideraba el exponente esencial de lo que supuso el fin de la Guerra Civil española: el quiebro de una historia en el alba de su despertar, prólogo de la tragedia que supuso el advenimiento del fascismo, el destierro de aquella palabra que pudiera haber sido historiable y que anhelaba fundir sueño, ser y vida:

Acaso allí estará, cuatro costados
Bañados en los mares, al centro la meseta
Ardiente y andrajosa, es ella, la madrastra
Original de tantos, como tú, dolidos
De ella y por ella dolientes.¹

La evocación de María Zambrano a través de éste poema de Cernuda, conjuga aquel hálito *–legerezza* lo llamaría Ítalo Calvino–, que exhala el despertar del ser histórico de la pensadora, ese anhelo hacia otro tiempo y espacio que ella sintió en aquel alzarse, en su primera infancia, desde los brazos de su padre hacia el limonero –el fruto dorado en la expresión de Machado–, desde el suelo hacia el aire, hacia el cosmos perdido –tan bella y trágicamente reflejado en el poema de Rimbaud, *Le bateau ivre*, un salmo a la pérdida del caminar del hombre y su sintonía con los fenómenos cósmicos–. A la par añora ese otro despertar en un atardecer madrileño, contemplando el cielo azul que asomaba entre las nubes, donde siente Zambrano una llamada hacia la historia, una acción que transformase el destino del ser histórico en España, que desentrañase la historia apócrifa para que el adormecimiento diera paso al despertar del sueño hacia la historia verdadera. La respuesta de la filósofa la conocemos: *Aquí estoy*. Por dicha réplica, podemos llegar a comprender su dolor por la pérdida de aquel sueño.

En el poema de Cernuda, apreciamos esa visión de un agua que aísla, un centro montañoso, una madre que olvida su identidad generadora, para despojarse y quedar en harapos, espejeándose de todo sentido generador y nutritivo para devenir madrastra. Y de ello deviene ese error originario de sentir haber nacido desposeído, a la par de asumir esa condición de desconsuelo inmortal:

Es la tierra imposible, que a su imagen te hizo
Para de sí arrojarte. En ella el hombre
Que otra cosa no pudo, por error naciendo,
Sucumbe de verdad, y como en pago
Ocasional de otros errores inmortales.²

1. Cernuda, L., «Ser de Sansueña», en *La realidad y el deseo (1924-1962)*, Madrid, Alianza Tres, 1991. p. 34.

2. *Ibidem*.

Nos preguntamos si el hombre es víctima de un encadenamiento de errores, pues que la tierra no se deja habitar y tan solo le permite al hombre sucumbir. Es el espejismo de la historia sacrificial:

La respuesta, la misma que tendría que dar que por qué es hombre o porque ha nacido, si fuera encontrado un día sobre las aguas o arrojado por las ondas, ofrecido por ellas como un extraño ser salvado de algún naufragio o superviviente de alguna isla sumergida: algo que el abismo de la muerte se ha negado a tragar y la vida lleva y sostiene. Y así el exiliado está ahí como si naciera, sin más última, metafísica, justificación que esa: tener que nacer como rechazado de la muerte, como superviviente; se siente, pues, casi del todo inocente, puesto que ¿qué remedio tiene sino nacer? Esto es más allá y sobre toda razón justificante.³

Fluye entonces una visión de contrastes entre luz y oscuridad. El reflejo es

Inalterable, en violento claroscuro,
Mírala, piénsala. Árida tierra, cielo fértil,
Con nieves y resoles, riadas y sequías;
Almendros y chumberas, espartos y naranjos
Crecen en ella, ya desierto ya oasis...⁴

El claroscuro semeja un espejo de la contienda y trágicamente todo parece inamovible –como históricamente se cumplió en esa historia casi estancada en la cuarentena acaecida tras la derrota–. Pudiera establecerse un paralelismo entre el poeta y la pensadora en el imperativo de la mirada, anterior a la conciencia, de un sentir frente al pensar, como de hecho aconteció en la realidad. Pues que, frente a la esterilidad de la tierra, fluye la fecundidad del cielo y surge el agua como nuevo elemento tanto en su congelación, como en su abundancia destructora y en su ausencia. La naturaleza vegetal se quiebra en su contradicción desde el florecer frente al resultado del agostamiento. Todo el proceso de la imaginación halla sus raíces en esas imágenes que tienen la fuerza primaria de una construcción. Pues que como diría Gaston Bachelard, el paisaje deviene *un carácter*, el ser en su contradicción de ser no siendo:

Junto a la Iglesia está la casa llana,
Al lado del palacio está la timba,
El alarido ronco junto a la voz serena,
El amor junto al odio, y la caricia junto
A la puñalada. Allí es extremo todo.⁵

3. Zambrano, M., «Escritos sobre el exilio», en *El exilio como patria*, Madrid, Anthropos, 2014, p. 5.

4. Cernuda, L., *op. cit.*, p. 34.

5. *Ibidem*.

En esa visión bifronte se refleja un centro que se desvía, pues que se sitúa contra todo un sentir evangélico. Fue el extremismo desencarnado de la lucha fratricida, ajeno al pueblo llano, parte y víctima en la contienda del ser de aquella España. El habitáculo del poder se quiebra en ese juego, ahora mortífero. Todo

ello se vierte en la palabra que ya no es la voz que proviene del sueño sino el grito alterado de una pesadilla; pues que tal pugna de contrarios supone una quiebra del amor frente al odio, a la expresión más tierna de su sensibilidad se le ha opuesto la forma más violenta, la *puñalada*, como una escondida traición. Y fruto de ello es el radicalismo del lenguaje, la profanación del *verbo*, y la instauración de una política enraizada en el vacío de la verdad, el fascismo.

La nobleza plebeya, el populacho noble,
La pueblan; dando terratenientes y toreros,
Curas y caballistas, vagos y visionarios,
Guapos y guerrilleros, Tú compatriota,
Bien que ello te repugne, de esa fauna.⁶

Una mirada en el sentir zambraniano, más allá de la mera captación, yendo al conocimiento en su iniciática concepción, plasmaría toda esa fabulación del país más allá de la picaresca, en la que el hambre encamina a un mundo cultural expuesto en el lamento de Mariano José de Larra y en la pintura negra de Francisco de Goya, cuya visión testifica y anuncia –cual precursor de las imágenes del cine– ese universo en el que la violencia y la oscuridad fluyen en ese titular que era ya una exclamación poética: *El sueño de la razón produce monstruos*. Todo ello conforma el universo de Benito Pérez Galdós, su crítica de la burguesía española y su canto al pueblo –representado por los personajes de Nina, en *Misericordia*, y por la inolvidable Fortunata, reflejo de ese pueblo que como ella expresa en su final, *se va en sangre*–, sin olvidar al caballero de la Mancha en su locura, quien, como el personaje galdosiano Maximiliano Rubín, dirá «Yo ya resido en las estrellas».

Las imágenes se concatenan en una confusión: la nobleza se rebaja a lo plebeyo y el pueblo a populacho...Y todo se refleja en esa gleba distorsionada en una complejidad que nos recuerda la representación de aquella España *inferior que ora y bosteza, vieja y tahúr, zaragatera y triste, que ora y embiste cuando se digna usar de su cabeza...* la que denostaba Antonio Machado. Para nuestro poeta es la gente que se denigra en una animalización, pues que la considera *fauna*, de la que no reniega como compatriota, sin embargo, la considera como la calamidad de una sentencia inapelable de la que se siente víctima. «España se quedaba sola. Nunca lo había estado, pues que el mismo año que lograra la unidad nacional descubrió las primeras tierras de Ultramar. Ahora, pues, por primera vez se quedaba sola consigo misma, como la madre cuando las hijas se han casado. ¿No era el momento de meditar? Sola, era incomprendida, sola y mal dentro de sí, como una madre pobre y medio loca.»⁷ Así la habían sentido antes de la contienda, adormecida y necesitando despertar, para hallarse tras ello, alejados de ella ¿*Despertar para eso*? Sabían que todo juego en la vida tiene un precio. Que todo tiene un precio, incluso el ser español. Así lo había aprendido desde sus juegos de infancia «cada cual que aprenda su juego y el que no lo aprenda, pagará una prenda»:

6. *Ibidem*.

7. Zambrano, M., *Delirio y Destino*, Madrid, Centro de estudios Ramón Areces, 1998, p. 91.

Las cosas tienen un precio. Lo es del poderío
La corrupción, del amor la no correspondencia;
Y ser de aquella tierra lo pagas con no serlo
De ninguna: deambular, vacuo y nulo,
Por el mundo, que a Sansueña y a sus hijos desconoce.⁸

Más allá de una desviación del poder, el salir de la casa primigenia amada en la que soñar lo eleva a un nivel que linda lo sagrado y de ahí esa denominación poética, *Sansueña*, que ha transformado España en un lugar mítico que *los otros* desconocen. Ser desconocido o no reconocido, arrojado incluso de la historia que en su caída está dirigida por otros. Recordamos en relación con ello el mito de Medea ejecutando a sus hijos, prólogo de toda la tragedia humana en la Europa en el siglo XX. Aparenta cerrar este periodo aquel otro en el que su poder y cultura irradiaban por todo el orbe: Una edad Media de conquista y reconquista, sí, pero a la par de convivencia entre las tres culturas –judía, árabe y cristiana–; la tierra era para unos y otros *nuestra*, sin contar con el esplendor creativo sobre todo en el *Al-Andalus*, tierra siglos después de la luz originaria de María Zambrano y Luis Cernuda, de Antonio Machado y Federico García Lorca, de Luis de Góngora y Gustavo Adolfo Bécquer. Mas, paradójicamente, en la época de mayor esplendor se hallan las simientes de la decadencia: la expulsión de los judíos y más tarde la definitiva de los árabes en 1609. La instauración del Tribunal de la Inquisición y toda la cuestión de *la limpieza de sangre*, en permanencia durante siglos. Es, quizás por ello, que el sentir del poeta se diversifica:

Si en otro tiempo hubiera sido nuestra,
Cuando gentes extrañas la temían y odiaban,
Y mucho era ser de ella; cuando toda
Su sinrazón congénita, ya locura hoy,
Como adorable paradoja se imponía.⁹

Cierto que *Sansueña* hubiera podido soñarse en aquellos tiempos de grandeza, mas esa *sinrazón congénita*, ¿no sería la que conduce a Don Quijote a soñar y vivir su sueño? Por ello Zambrano considera que la figura de Don Quijote, «manifiesta el conflicto de ser hombre en la historia, contra ella, a través de ella y aún más allá de ella [...] signo y clave de que sea cual fuere esta historia, no hemos tenido vocación de vencer. Pero esta historia no se acaba. Reaparece una y otra vez la quimera –salvar al mundo del encanto–, mientras Dulcinea sola y blanca se consume»¹⁰.

Vivieron muerte, sí, pero con gloria
Monstruosa. Hoy la vida morimos
En un ajeno rincón, Y mientras tanto
Los gusanos, de ella y su ruina irreparable,
Crecen y prosperan.¹¹

8. Cernuda, L., *op. cit.*, p. 87.

9. *Ibidem*.

10. Zambrano, M., *España, sueño y verdad*, Madrid, Siruela, 1994, p. 37.

11. Cernuda, L., *op. cit.*, p. 34.

... pues que la sinrazón ha devenido locura, delirio. El poeta parece rememorar aquellos sonetos de Quevedo contemplando los muros de su patria que se desmoronan y su ser *–fui, es y seré– cansado*. Cerrado a toda esperanza, la palabra muerta se propaga, mas ahora no serán las huellas del amor las que *serán cenizas mas tendrán sentido, polvo serán mas polvo enamorado*, al contrario, es su descomposición la que fluye propagando la desintegración cual un magma extensivo que todo lo asola.

Vivir para ver esto.
Vivir para ser esto.¹²

Y al propio tiempo la pensadora se preguntaba, tras el fracaso de la contienda que los expulsó al exilio: *Despertar para eso*. Pues que el sueño de la historia les llamaba a despertarse junto a ella. Más allá «del psicoanálisis freudiano, Zambrano, buscaba lograr un esquema donde acotar su función y significado para el hombre. Algo que le permitiera profundizar en su dimensión espiritual. La angustia de no poder intervenir dentro de los sueños –decía de modo metafórico– fuerza el despertar y demanda ‘la inmersión del sujeto’. Aquel existir que ‘el hombre interior’ del cristianismo debía experimentar en la tierra, debía lograr integrar al sueño con la vigilia y al ser con la realidad.»¹³

María Zambrano evidencia en las imágenes, tanto en las integradas el sueño como su plasmación en la pintura y en el cine, el destello del sentir de esos momentos históricos que, tanto en la esperanza como en el fracaso, han constituido los hitos históricos del ser humano occidental en su acontecer. Irradiados en el tiempo fluyen tres momentos estelares: primero la liberación del hombre frente al dominio de los dioses; el segundo de los hitos se sustentaría en la toma de la Bastilla y esa visión del pueblo como hacedor de su historia y, en concatenación con ello, aunque parezca paradójico, el tercer hito sería el levantamiento contra el ejército francés el dos de mayo en Madrid. Inmortalizado este último tanto por Beethoven, quien dedicó su quinta sinfonía al hecho, como por el pincel de Goya en *El tres de mayo en Madrid*. En esta pintura se eleva como víctima integradora el hombre de la camisa blanca, que le recuerda a la filósofa a aquel que con igual camisa alzaba su voz en un viva al pueblo y a la república, y un muera acallado por esa misma voz: «¡Que no muera nadie! ¡Que viva todo el mundo!» Ciertamente ahora se trataba de despertar a una España adormecida y ese despertar a la historia implicaba despertarla a la inocencia, a lo que Zambrano llama *la piedad*, el reconocimiento del otro y su aceptación. Este punto nos recordaría el fundamento poético de Rimbaud: *Je est autrui*; también el de Machado, *enseña el Cristo: a tu prójimo/ amarás como a ti mismo, mas nunca olvides que es otro*; y el político de Rosa de Luxemburgo, *hay que luchar por la libertad, pero no sólo por la nuestra sino por la de los que piensen en ella de manera distinta*.

Retornando a las imágenes como reflejo anunciador de un acontecer, nos dice María Zambrano sobre la República:

12. *Ibidem*.

13. Labajo, J., *Sin contar la música. Ruinas, sueños y encuentros en la Europa de María Zambrano*, Madrid, Endymion, 2011. p. 209.

Enseguida la República, en su breve e indeleble existencia resultó ser la Niña, –así fue llamada decimonónicamente–. Es que aparece inconfundible en la pintura española y en especial en el más diáfano cuadro de la historia que se haya escrito, íbamos a decir y no lo corregimos, *Las meninas* de Velázquez. Esa niña que no puede acabar de coger la rosa que le ofrece su enigmática aya. Rodeada de monstruos del inconsciente mientras en la claridad del fondo al maestro, que mira cuando se está yendo, deja entregada su mirada. Y en el espejo del fondo, las figuras casi ahogadas de los reyes como si de un pasado remoto estuviesen mirando así todo sin ver apenas casi. ¿Y quién mira a la niña? Todo parece estar y moverse en función de ella, centro pálido e indefenso. Alba incipiente detenida en un tiempo cuajado, ofrece tan sólo su presencia que tan solo el fluir del tiempo vivificaría.¹⁴

Como si fuera un sueño, el «mínimo espacio que separa el tiempo separa de la plenitud. Tal como la mano y la llave que en las dos puertas consecutivas del Palacio de la Alhambra se ostentan medirán el tiempo del cumplimiento total de lo humano, según sus constructores».¹⁵

La rosa como reflejo del color de la aurora, hubiera de haber sido sostenida, atesorada y continuada en los tiempos. Como es recibida la mano del otro en el cuadro de *Las lanzas o la rendición de Breda* de Velázquez que, si hubo rendición, se despierta en paz. Mas no fue así en la contienda civil: No fue un despertar de vida, sino de muerte, de violencia que condujo al ser histórico a ser absorbido en lo apócrifo. «Sin armas, sin mando; el pueblo [...] en aquel inimaginable desfile de la salida de España –para siempre sentíamos algunos, para siempre–, identificados ya sin posible confusión en una suerte de ‘estado de gracia’ más allá de vida y muerte. En la identificación de simple entrega cumplida. Y en aquellos en que hubo entrega, de la desposesión total».¹⁶ Eran exiliados tras ser desterrados, estos últimos todavía pueden sentir la expulsión y, más aún, la insalvable distancia y la incierta presencia física del país perdido. En el poema de Cernuda se encuentra el apurar el destierro y el iniciarse del exilio en un instante único, sin separación, al modo como en las tragedias se realiza prodigiosamente este imposible dar un instante único en varias de sus vertientes o dimensiones. En ese abandono solo lo propio de que se está desposeído aparece: «Lo propio es solamente en tanto que negación, imposibilidad. Imposibilidad de vivir que cuando se cae en la cuenta, es imposibilidad de morir. El filo entre la vida y la muerte que igualmente se rechazan. Sostenerse en ese filo es la primera exigencia que al exiliado se le presenta como ineludible.»¹⁷ *¡Vivir para ser esto!*

Pues que el exiliado se manifiesta en el sacrificio de aquel sueño de la historia que fue quebrantado en su alborear hacia la vida, quizás la más honda versión del sacrificio fuese la que brilla en la blancura en estado naciente: entre las tinieblas o los pardos colores de la pobreza, nace algo blanco, un amplio hábito de esa enigmática y singular Orden de la Merced, liberadora de cautivos, o en un paño de uso, o en una nada, y ella sola la blancura en su ser abismal¹⁸. Nace como una criatura venida ‘desde el fondo de las edades’, sombra del cordero, se diría.

14. Zambrano, M., *Senderos*, Barcelona, Anthropos, 1096, p. 13-14.

15. *Ibidem*.

16. Zambrano, M., *Los intelectuales en el drama de España*, Madrid, Trotta, 1998, p. 83.

17. Zambrano, M., *Los Bienaventurados*, Madrid, Siruela, 1990, p. 32.

18. Zambrano, M., *Algunos lugares de la pintura*, Madrid, Acanto, Espasa-Calpe, pp. 116-117.

Ilimitada palabra que se derrama, se hunde, blanca sangre del sacrificio, balido, llanto, aliento que se infunde.

Zurbarán nos ha dejado la imagen del cordero mismo, atadas sus manos –que manos son– dos a dos, quieto, sabio, entregado. Quietos en su ser de palabra de vida dada, en el centro del sacrificio, en el hueco de la cruz. Enseñándonos que la palabra primera pasa, llega, viene del sacrificio inicial *Ecce Agnus*, que al transfundirse deja sin saber ‘toda ciencia trascendiendo’. Palabra absoluta que sólo se da tras pasar por el sacrificio.

Me llevo la palabra, exclamará León Felipe. En verdad aquellos que quedaron excluidos de la patria –tanto dentro como fuera–, que es la hacedora de la historia, quedaron en el vacío de un desierto, pues que había proliferado la historia apócrifa, herencia de los dos siglos precedentes. Hay en Cernuda un matiz de desesperada espera, mas no de engaño y sí de encubrimiento de lo más sagrado:

El país es un nombre;
...
Una mano dará el poder de sonrisa,
Otra dará las rencorosas lágrimas,
Otra el puñal experimentado,
Otra el deseo que se corrompe, formando bajo de la vida
La charca de cosas pálidas,
Donde surgen serpientes, nenúfares, insectos, maldades,
Corrompiendo los labios, lo más puro.
No podrás besar con inocencia,
Ni vivir aquellas realidades que te gritan con lengua
Inagotable
Deja, Deja, harapiento de estrellas;
Muérete bien a tiempo.¹⁹

Si desgarrador es el poema, arrollando una realidad en la que la Verdad se abisma en su falseamiento, no deja de reconocerse al ser humano como mendigo de estrellas. Sin ocultar la realidad obturada, no se puede olvidar que el exiliado es el portador de *La Voz* y de *La Palabra*, aun siendo negado o desconocido por los otros, incluso menospreciado, testifica, como los desposeídos en la pintura de Velázquez:

Un confín de la palabra humana al borde de lo absoluto aparece en la condición del idiota privado de la palabra, de aquel a quien solo se dan unas pocas palabras, una constelación o más bien un sistema al modo del sistema solar con centro, siempre el sol, del que el idiota mismo viene a ser luna, aparece en uno de los menos visibles de sus cuadros, *El niño de Vallecas* [...] Está el ‘Niño’ sentado sin apoyarse en el árbol, la cabeza levantada y caída al mismo tiempo, recibiendo la luz de arriba, más arriba que el sol... lo que se siente cuando llega la luz sobre su cuerpo que parece alimentarse de ella al par que la refleja, un cuerpo que la transforma, que

19. Cernuda, L., «Los placeres prohibidos» *op. cit.*, p. 45.

la difunde y que la guarda. Un cuerpo que atrae a la luz y que se conjuga en ella. Un cuerpo sobre el cual la luz no cae siguiendo una declinación que va a parar en el caso último de la declinación gramatical, en el cual se configuran las circunstancias tan lejos ya del verbo [...] Aquí el rostro de este idiota, una luz pálida, vacilante, una luz sin fuego, luz tan sólo como un alba. Ya que el alba hace sentir la germinación de la luz, y antes de que el sol aparezca como su fruto, hay un tiempo inmenso, pues que todo es en ella inmensidad, un lago de calma y de quietud, de luz blanca anunciadoras...de una vida en la luz, de unos cuerpos suyos, formados por ella por la sola luz, del verbo sin declinación posible. Y mientras esta sola luz dura, lo que emerge de las sombras se asemeja, más que una cosa, a la palabra.²⁰

En el irradiar de la imagen velazqueña, Zambrano nos expresa a la par su desvelarse en un ser que se sitúa en esa imagen del desamparo, que es una de las características de exiliado. Situado en los márgenes del reconocimiento, se integraría en los que ella denomina *bienaventurados*. El evangelio de Mateo y los Salmos eran dos de los pocos libros que llevaba a su paso por la frontera francesa tras su obligada partida debido a la derrota: 'Bienaventurados los que padecen persecución por la justicia'. Así sucedía, pues que el abandonar el suelo patrio no significó el final de una persecución, que fue continuada con la entrega del compañero de la hermana y su fusilamiento por el dictador, así como las intervenciones del fascismo para interponerse en la obtención de trabajo y la de dificultar sus publicaciones. Pese a ello, y trascendiendo lo que aparentemente aparece como imposible, fluye en Zambrano ese misterio de la creación. Quizás porque «en los tiempos modernos, Nietzsche, filósofo poeta, y Hölderlin, poeta filósofo, testimonian la existencia de esa conjunción, de esas dos especies de la vocación de conjugar, en todos, o en varios, al menos, de sus modos y tiempos. Luz y palabra en este mundo de la sombra y de la gravedad. Y no deja de ser ostensible la condición extremadamente inerme y desvalida de estos que, por ellos mismos y por tantos otros caídos como ellos al pie del árbol de la vida, testimonian y tal vez profetizan».²¹

Iría desentrañando la oscuridad y el terror del acontecer cronológico de sus exilios para ir trascendiéndolos en su escritura, vence a la oscuridad de quien ha perdido patria y amparo, para ir despejando los diversos matices de su luz y en ella las imágenes: «la imagen del hombre en ese indiscernible instante entre la voz y la palabra, la voz que corresponde a la palabra que sale del llanto –o que sale de él ya limpia–, la voz que ha renunciado al llanto y se le ha bajado desde los ojos abiertos, tan abiertos, por eso el alma como una lluvia, no del cielo, pero sí de los ojos que están mirando al cielo. Y esta voz es la voz de la diaphanidad».²²

Mas esa transcendencia no implica esa realidad interior que la acompañaba bajo el rostro de la alegría. *Por el dolor a la alegría*, pudiéramos afirmar recordando a Goethe y corroborar por una de las exclamaciones de nuestra filósofa que escuché en mis encuentros al atardecer: *¿Qué soy yo?... Una niña aterrorizada*. En las entrañas de su persona fluía esa corriente interior que evidenciaba las dificultades personales y económicas y sobre todo ese temor ante el abandono

20. Zambrano, M., *Algunos lugares de la pintura*, op. cit., pp. 117-118.

21. *Ibidem*, p. 119.

22. Zambrano, M., «Carta sobre el exilio» en *El exilio como patria*, op. cit., p. 5.

tanto de España en su contienda, como el de su persona y familia que se hizo aún más patente ante la separación de su madre y hermana, en su tragedia ante la detención del compañero de su hermana Araceli por parte de la Gestapo durante la ocupación alemana de París, su entrega al gobierno de ocupación español y su consecuente ejecución, como ya hemos insinuado más arriba.

María Zambrano superó la tragedia del abandono, sustentándola –a semejanza de la versión de George Bernanos– como Jesús en Getsemani: «Así en el Huerto de los Olivos, todo parece que lo que había de darse era en un triple despertar dentro de la propia vigilia, pues que se les dijo: *velad*, pedía ser asistido en el silencio, ser velado. Y por tres veces, mas siguieron durmiendo. [...] así quedaba el triple abandono. Y que desde ese centro inviolable tenía que darse en historia, ya que palabra, alimento y llamada no habían valido para que aquellos que le seguían despertaran enteramente y para siempre [...] El hombre en una vigilia sin escisión y sin desfallecimiento, en un estado naciente. Tal como siglos después en lo más denso de la historia de Occidente se buscara peregrinando tras la visión del Santo Grial.»²³

Y en concatenación con lo expuesto, recordemos los versos de Antonio Machado:

Yo amo Jesús que no dijo:
Cielo y tierra pasarán,
Cuando cielo y tierra pasen
Mi palabra quedará,
¿Cuál fue, Jesús, tu palabra?
¿Amor? ¿Perdón? ¿Caridad?
Todas tus palabras fueron:
Una palabra: Velad.²⁴

Puede sentirse una proximidad entre el final del verso y la cristalización de la palabra en nuestra pensadora. Georges Bernanos nos dejó un testimonio escalofriante de su visión de la tragedia española en *Les grands cimitières sous la lune*. En otro de sus escritos, nos muestra en su profunda desnudez la imagen de abandono del país plasmado en la figura de una niña desamparada, *Mouchette*, niña-adolescente a quien todo espacio humano se le opone. Para ella nos hay posibilidad de vida, vive en la desesperanza absoluta:

Ahora que ya no lucha, Mouchette encuentra esa resignación inconsciente que asemeja a la de los animales: No habiendo estado nunca enferma, el frío que la penetra es apenas un sufrimiento, una molestia más bien semejante a tantas otras. Molestia que no tiene nada de amenazante, ni evoca ninguna imagen de muerte. Y por otra parte, Mouchette considera la muerte como un suceso extravagante, tan improbable como inútil de prever como, por ejemplo, la fabulosa ganancia en una lotería. A su edad, morir o devenir una gran dama son dos aventuras igualmente quiméricas.²⁵

23. Zambrano, M., *El sueño creador*, *Obras Completas vol. III*, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2011. p. 1.098.

24. Machado, A., *Proverbios y Cantares* en *Poesías completas*, Madrid, Austral, 1985, p. 225.

25. Bernanos, G., *Nouvelle histoire de Mouchette*, en *Œuvres romanesques*, París, La Pleiade, 1961, p. 1.299.

No halla un sentido de la vida, para continuar viviendo bajo una violencia cotidiana y sin refugio para el recuerdo, explotada, violada y olvidada:

Volviendo las espaldas al mar, eleva sus ojos hacia el paisaje familiar con el vago deseo de encontrar una defensa. En ese el mismo instante, las herraduras de un caballo resonaron en la ruta. El primer movimiento de la muchacha fue el de huir, pero sus piernas eran de plomo. A medida que avanzaba el paseante, el corazón de Mouchette latía hasta romperse como el jugador que espía entre sus dedos de repartidor la carta que va a decidir su vida. Por un momento sorprende la mirada del viejo vuelta hacia ella, tan indiferente como la de la bestia. Hubiese querido gritar, llamar, correr hacia ese grotesco salvador. Pero aquel se aleja y de pronto creyó ver su imagen resbalar con una rapidez prodigiosa como aspirada por el vacío. El ser en el que los músculos obedecían a la voluntad, su propio cuerpo, no era, en sí mismo, apenas más que un fantasma.²⁶

Nos afirma Zambrano que *el peligro para la vida es asfixiarse bajo el peso de la existencia*. Como efectivamente aconteció a tantos tras la contienda española y los tiempos del exilio. Mas, paradójicamente, «El gesto del suicidio no espanta realmente sino a aquellos que no son precisamente tentados de realizarlo, pues el negro abismo no acoge sino a los predestinados. Y aquellos que han dispuesto de su voluntad para la muerte, no se averiguará hasta el último momento».²⁷

Hay seres que por diferentes vías devienen indefensos ante la vida, como hemos mostrado en la visión de Bernanos, posteriormente visualizada en el film de Robert Bresson de forma encomiable. En el círculo más cercano a la escritora, el suicidio de Carlos Diez, ex marido de Araceli: «no estoy angustiado ni aterro-rizado. No es por esto. La muerte no me asusta y estoy convencido de que ni cielo ni infierno me esperan. Solo la nada. Lo que me impide sumirme en el sueño no es el futuro, sino la necesidad de recuperar el pasado, mi pasado, la vida que he sido y que ahora quiero dar por finalizada, me siento agotado de vivir.»²⁸

A su vez, la muerte de Araceli Zambrano no fue en su sentido literal suicidio, pero sí en su más hondo sentido trágico: «Nada habías querido decirme en tus cartas y, cuando pude conversar contigo en París supe del horror y las vejaciones que habías sufrido durante los años que habíamos estado separadas: del apresamiento de Manolo –su amor en aquel tiempo–, de tus fracasados intentos para que fuera liberado, de su extradición a España, de su fusilamiento, de los interrogatorios a los que te sometió la Gestapo en el Hotel Lutetia, de la pérdida del niño judío que habíais acogido, de la búsqueda desesperada de seguridad en los brazos de un amante alemán [...] Solo la parte que se dejaba decir de las humillaciones y penalidades que habías soportado para poder sobrevivir cuidando de nuestra madre hasta el final.»²⁹

Y esa manifestación tiene la virtud de visualizar a «esta mi Antígona, voz delirio que me despertaba a la madrugada, voz antes que palabra, que al fin vino a mí como a un nido...Una vez oí: serás como un pájaro inédito.»³⁰ Pues que esa voz se personifica ahora en la hermana Araceli: «Al aterrizar, a quien me encontré

26. *Ibidem*, p. 1.344.

27. *Ibidem*, p. 1.345.

28. Chacón, P., *Víctima de la piedad*, Araceli Zambrano, Valencia, Pretextos, 2023, p. 15. Recordemos que esta obra es ficción, basada en personajes y hechos históricos, pero ficción.

29. *Ibidem*, p. 97.

30. Palabras de la dedicatoria que María tuvo a bien dedicarme en un ejemplar de su *Tumba de Antígona*, publicado por la revista Litoral.

no fue a la Araceli que había dejado atrás, fue a Antígona. Sí, tú Araceli te habías transformado en Antígona, el personaje de la tragedia griega que no duda en enfrentarse a las leyes del poder para obedecer a las leyes del corazón y del amor. Antígona la que es condenada a ser enterrada viva, por haber osado dar las honras debidas al cadáver de su hermano, Araceli-Antígona, la víctima sacrificada en el altar de la piedad». ³¹ Y ello se sostiene enhebrado las historias reales:

La pasión de Antígona se da en la ausencia y en el silencio de los dioses. Se diría que bajo la sombra del Dios Desconocido a quien los atenienses no descuidaran de erigir un ara. Como se sabe, San Pablo al pie de ella anunció la resurrección ante el silencio de los atenienses. La vertiginosa promesa creó un silencio en vez de una ciega precipitación, de las muchas que engendra la historia apócrifa –no por ella menos cierta– que recubre la verdadera. Y la historia apócrifa asfixia, casi constantemente a la verdadera, esa que la razón filosófica se afana en revelar y establecer y la razón poética en rescatar. ³²

Delirio para María equivaldría a la esperanza no realizada que se trasluce en tantos aspectos de la vida de Araceli, en su entorno –una contienda perdida, un exilio forzado–, en cierta forma un universo de oscuridad, pero siempre en la búsqueda de la luz y del método. Esa busca del método para la pensadora integra el universo de la oscuridad más hondamente desvelado por la música –*Notas de un método*, es el título de uno de sus libros–, pues que sabemos que es órfica y, según la leyenda, la lira de Orfeo continuaría sonando tras su muerte. Su descenso a los infiernos para rescatar a Eurídice solo es posible musicalmente... *Es la música la que vence al silencio antes que el logos. Y la palabra más o menos desprendida del silencio estará contenido en la música.* “Son las dos de la tarde, he vuelto a servirme otra copa y escucho la primera sinfonía de Brahms sin casi poder atender a sus melodías. Sólo quiero sentirme flotar como en una neblina en la que se diluyan mis sufrimientos... solo encuentro refugio en la música. Mozart, Brahms, Debussy... me elevan y consiguen liberarme de este mundo atroz proporcionándome algo de paz y serenidad, siempre ha sido así». ³³

Se acude a los ínfimos para provocar el renacer de Perséfone, la recuperación de la primavera se cumple en el retorno permitido por los dioses ante el ruego de la madre, Hera. Desde la oscuridad de los Hades a la que ha sido condenada, surge hacia la luz anunciando la estación del fruto y de la flor, según nos revela el mito. De la conjunción de la persona de Antígona creada por Sófocles y del mito de Persephone según la tradición, se llega a una original visualización de la víctima que trasciende su destino: Antígona no muere, no puede morir, «Se presenta entonces la tragedia propia de ella, de Antígona este en su segundo nacimiento que coincide no con su muerte, sino con ser enterrada viva –perfecta contraposición– de aquel su destierro cuando se abrió a la vida. Un segundo nacimiento que le ofrece, como a todos lo que lo que esto sucede, la revelación de su ser en todas sus dimensiones; su segundo nacimiento que es vida y visión en el *speculum iusticiae*. Y Antígona, la doncella, se confunde, y aun antes se siente como lo que es: un ser íntegro, una muchacha enteramente virginal.» ³⁴

31. Chacón, P., *op. cit.*, p. 97.

32. Zambrano, M., Prólogo en *Senderos, Obras Completas vol. IV*, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2018, pp. 534-535.

33. Chacón, P., *op. cit.*, p. 123.

34. Zambrano, M., *op. cit.*, p. 538.

Si en su hermana ha reconocido a Antígona, ello no vislumbra que el mito sea su única fuente ya que, cual ya expresamos, irá trasformando su tumba en catacumba en el sentido sagrado de esa expresión, encierro en lo hondo entre las piedras en la acepción de hallarse abandonada en un vacío y “el vacío es la duda, no como método, sino desembebimiento del hombre; el hombre, esa criatura que no puede dejarse embeber por nada ni por nadie.”³⁵ Se irá desentrañando en el vacío de su caverna, irá buscando su ritmo:

Mientras que alguien o algo humano, individual o colectivo, posea su propio ritmo, posee inicialmente el número, de potencia indefinida, de prometedora o amenazadora, de un comportamiento propio. Tratándose del hombre, criatura polirítmica, las mutaciones pueden ser, como en efecto han sido y son imprevisibles: imprevisibles sus posibilidades, por tanto, para su propia conciencia y razón, mientras no se agoten en él los ritmos que componen desconocidos para él mismo.

De donde la imposibilidad de realizar el precepto *Conócete a ti mismo*; acción de filosofar para Sócrates y que procedía de Delfos, fue recibido por él en Delfos, lugar de iniciación de Apolo, el dios de la luz y de la serpiente, los preceptos y los imperativos vienen de una doble lejanía, de lo escondido y del firmamento luminoso.³⁶

Todo ritmo está ligado a la música y al número, todo ello enraizado en lo pitagórico. La presencia de Perséfone integra un desvelo de musicalidad si recordamos que ella es uno de los motivos compositivos de *La consagración de la primavera* de Stravinsky, pieza que supuso uno de los acontecimientos destacados de la música moderna.

Hondamente, unido al ritmo aparece la imagen que “entre el hombre y la realidad que le rodea, aun de la misma realidad que le rodea, aún de la misma realidad que es su vida, se han interpuesto siempre imágenes [...] Sagradas al principio, se han convertido más tarde en simples representaciones.”³⁷ Las imágenes de Antígona y Perséfone han aparecido en diversas aproximaciones simbólicas:

En una carta al escritor cubano Lezama Lima, María Zambrano comentaba el fallecimiento de su hermana invocando la figura de ambas mujeres. Ahora a su hermana le brindaba el papel de Perséfone y para ella se reservaba el de Antígona. Su testimonio privado revelaba calado emotivo de la mitología europea a la hora de dar sentido a tragedias personales: ‘Se le echó encima, devoradora, una doble depresión delirante según el diagnóstico que cuidadosamente le dijo el Doctor, grande especialista de hematología – ¿Te imaginas el doctor por Pitaluga? ¡Cuanto trastrueque en el tiempo!... No puedo desesperarme. Nunca me estuvo permitido. Tampoco argüir ni preguntar; invocó la última respuesta. Levántate, amiga mía, y ven que ya el invierno y sus rigores, que ya el rigor ha pasado’.³⁸

35. Zambrano, M., *Notas de un método*, Madrid, Mondadori, 1989, p. 127.

36. *Ibidem*, pp. 41-42.

37. *Ibidem*, p. 68.

38. Labajo, J., *op. cit.*, p. 96.

En afinidad con lo expresado, pudiéramos situar su figuración de Antígona – Perséfone como hondo reflejo de las diversas perspectivas personales e históricas tanto de María como de Araceli Zambrano. Por una coincidencia azarosa de la vida, estuve presente en la composición del libro *Senderos*. La solicitud de una editorial para publicar un ejemplar de su obra coincidió con una conversación en la que se conjuntaba el epílogo de sus escritos sobre la época de la contienda española y su entorno histórico, confluyendo en su vertiente trágica en «La tumba de Antígona» y en su matiz salvador en el Amor, raíz originaria de toda su obra, inspirada en la mística, especialmente en el *Cántico* de San Juan de la Cruz. Tomaba nota de todo ello uno de sus familiares presentes. Al solicitar el título, ella exclamó: *Senderos*. Era una mañana de diciembre, cercana al tiempo de Navidad, en Madrid.

Pero Antígona, como ya apuntamos, en la versión de María Zambrano no muere, no puede morir, representa la historia verdadera que permanece soterrada bajo la historia apócrifa, de la palabra frente al encadenamiento de ciertos y frecuentes lenguajes:

El proceso subyacente no sería como suponen los más estudiosos y ‘mitólogos’. Un proceso de reexamen racional y crítico de los fundamentos míticos. Por el contrario, el mito para el poeta, el dramaturgo, toma y condensa las energías diseminadas y la autoridad del mito para dar a un hecho ligado a sus circunstancias o a un conflicto social la ‘visibilidad’, las dimensiones compulsivas, la lógica inexorable y los extremos de lo mítico. El mito precipita y purifica los agitados y opacos elementos de la situación inmediata. Les impone la sustancia y la dignidad de lo insoluble. Pero para hacerlo debe internalizar el hecho total... Por qué el fenómeno ocupo milenios, por qué Antígona junto con otras figuras –Orfeo, Prometeo, Heracles y Edipo, Ulises, Medea– vino a constituir el código esencial de referencia canónica en el intelecto y la sensibilidad de la civilización occidental ... ¿Por qué un centenar de ‘Antígonas’ después de Sófocles? ³⁹

En la visión de la pensadora, la joven griega representa esas nupcias no logradas entre el ser y su concepción de libertad, de esa palabra que no ha tenido espacio para recrearse y ha de tornar al abismo hasta que el universo la acoja, la historia ha de descender a sus ínfimos, cual oculto anuncio que espera el alba de su liberación.

...como si nunca se hubiese mirado en espejo alguno entró en su tumba. Tenía todo su ser con ella. Lloró por sus bodas, esas en las que no parecía haber reparado nunca anteriormente, por el tiempo que se le quitaba inevitablemente por ella misma, porque en ese instante se sentía y veía por primera vez. Nacía así entrando en la cueva oscura, teniendo que ir consumiéndose sola, entrañándose en sus propias entrañas. A la que objetiva, imparable, declaraba la verdadera ley de la pasión, se le impuso muerte por extrañamiento [...] Pues que la muerte oculta a ciertos ‘seres’ cuando

39. Steiner, G., *Antígonas, Una poética y una filosofía para la lectura*, Barcelona, Gedisa, 1987, p. 105.

no llega y revela a otros revelando la vida inextinguible: en la historia y más allá, en un horizonte sin término. Un trascender revelador al que es preferible llamar tránsito, cuya imagen más fiel es el adormirse.⁴⁰

En ese adormirse irá desvelando y desvelándose el universo familiar y social en el que nuestra pensadora ha reintegrado la visión de Platón en el mito de la caverna, en su tratado *La República*, en la que los humanos encadenados asisten a una quimera óptica en el fondo de la caverna. Como ya sabemos, es una ficción producida mediante un juego de luces y sombras, recreando así la apariencia de unas imágenes que ellos creen reflejo de la Verdad. Uno de ellos consigue liberarse, salir de ella y descubrir la luz original, retorna entonces hacia sus compañeros para revelar su verdad. Mas ellos no le creen y le asesinan como si fuese mensajero de la mentira. Pero en la versión zambraniana, Antígona-Persefone, ciertamente ira trascendiendo su visión hacia la luz, pero las imágenes que se imponen a la oscuridad son el trasfondo de un sueño que irá desvelándose en palabras e imágenes que desentrañan su verdad. Quizás hubiese sido más apropiado hacer alusión directa al cine, *el pan de cada día*, como lo denominaba en un escrito sobre ese arte, conociendo el interés que despertó tanto en la pensadora como en su generación. Incluso se ha afirmado que Goya fue un adelantado de este arte:

Así el cronista visual que deseara ‘escribir’ una historia de España podría recurrir a imágenes medievales, renacentistas, barrocas, ilustraciones de los pliegos de cordel, para culminar en Goya y los recursos técnicos que precedieron a la fotografía; los ‘tulilimundi’ (inmortalizados por los grabados goyescos), la linterna mágica, las fantasmagorías (evocadas por Carlos Saura en *Goya en Burdeos*, 1999). Presentando sus caprichos (1799) el mismo Goya evocó por primera vez su proyecto de creación de un idioma universal, mudo sin palabras, a través de varias secuencias de imágenes [...] un idioma universal goyesco, que coincide con las definiciones del cine mudo de Alfred Hitchcock y de Martin Scorsese [...]

A la luz del inmenso océano de ensangrentadas tragedias que se sucedieron (tras la guerra de Irak), he recordado en muchas ocasiones las enigmáticas palabras de Javier Teixidor en el College de France, el mes de mayo de 2003 en referencia a la guerra de Irak: los generales americanos deberían estudiar los *Desastres de la guerra* de Goya.⁴¹

Sabemos que *La tumba de Antígona* tuvo como una de sus fuentes la contienda española. Así queda reflejado a través de los diálogos de la protagonista con cada una de las sombras que irán fluyendo a través de su imaginación. De manera que el texto podría trasladarse a un guion cinematográfico. Los personajes que van apareciendo, han sido mirados y recreados desde la protagonista a semejanza del pintor:

40. Zambrano, M., *La tumba de Antígona*, Senderos, op. cit., pp. 540-541.

41. Quiñonero, J.P., *El cine comienza con Goya*. Madrid, Cátedra, 2020, pp. 10-15.

42. *Ibidem*, p. 152.

Cuando Goya dice 'yo los he visto', quizá debería decir así lo recuerdo', si deseara decir 'verdad', 'dar testimonio'. Ese 'yo' quizá 'miente' o se deja llevar por la ambigua 'imprecisión' de la memoria, reconstruyendo parcialmente el pasado con la precisión aleatoria que las imágenes elaboradas más tarde en una rotunda verdad definitiva, alumbrando con el rigor de su narrativa visual una historia finalmente verídica, en la tierra siempre virgen y fecunda de la creación. La verdad esencial del testimonio tiene fecha: está forzosamente asociada a una circunstancia temporal. La veracidad artística es temporal y universal, enriquece el testimonio con la verdad de la imaginación y el alumbramiento de la obra de arte.⁴²

Acudiendo al universo del cine, la pensadora quedó hondamente sorprendida y conmovida por la visión del film de Víctor Erice, *El espíritu de la colmena*. En dicho film, el mito de Frankenstein, cuya proyección ha sido seguida por dos pequeñas hermanas, se revela en una sesión de cine, en un villorrio en el que el tiempo parece que ha quedado detenido, y una de ellas –inolvidable Ana Torrent– descubre al verdadero monstruo en el hombre perseguido y refugiado en una cercana casucha deshabitada, a quien conoce y lleva alimentos, en el que se reconoce y que al final es acribillado por las balas de los del 'orden'. Por cierto, el director y la pensadora se conocieron e iniciaron una correspondencia hasta el momento inédita.

Existe en general una identificación o asimilación entre la imagen y el visual que son dos cosas sensiblemente diferentes. Lo visual no es nada más que la verificación óptica de un funcionamiento puramente técnico, lo que es en sí es cerrado y autosuficiente, Mientras que la imagen, esa imagen que tanto amamos en el cine, es casi lo contrario: abierta, evocadora, huella de aquello que se ha perdido, destinada a testimoniar una cierta alteridad. Sin alteridad no hay imagen. La confusión entre la imagen y el audiovisual contribuye a una liquidación generalizada, un profundo cambio de la naturaleza del cine, que se encuentra desposeído de ciertas de sus mejores cualidades.⁴³

Y ello pudiera ser un eco de la dicotomía ente palabra y concepto en Zambrano. Crítica que surgía en las palabras de Pier Paolo Pasolini entre la concepción del cine y la dominación de los medios audiovisuales en los que el ser humano no se refleja en su otredad, sino bajo el dominio permanente de una técnica que lo cosifica. En la visualización de Antígona, viva en su caverna, como esa *palabra* que la representa. Ahora sí, en la tiniebla completa y ya sin sombra al menos, «yo creía que iba a entrar en el pueblo de los muertos, mi patria. Pero no, estoy fuera. Pero ahora conozco mi condena: Antígona enterrada viva, no morirás, seguirás así, ni en la vida ni en la muerte.» Mas se enfrenta a ese su destino: «Mi cuna eres, un nido. Mi casa». Y a la par se diluye cual una espera, una esperanza: «Y mientras tanto, quizás me dejes oír tu música. Porque en las piedras blancas hay siempre una canción. Quise oírla siempre, la voz de la piedra, la voz y el eco, hermana y

43. Erice, V., «Cinéphile praticant» en Cahiers du Cinema, N. ° 900., Julliet-Août, París, p. 60.

hermano, mas las humanas voces no me dejan oírlas. Porque no escuchan. Pero yo quiero oírte a ti, mi tumba quiero oíros a vosotras, piedras de esta tumba mía blanca como la boca del alba.»⁴⁴

El acudir a la voz de la piedra pudiera situarnos en los inicios de la civilización y en toda comprensión de las civilizaciones arcaicas a través de sus huellas impregnadas en la tierra dura. No olvidemos Theilard du Chardin y sus investigaciones de paleontología como base del evolucionismo del ser humano, ni del mensaje que sugieren las imágenes de los capiteles en las catedrales medievales.

O acaso ¿no nació dentro de ella, y todo me ha sucedido dentro de la tumba que me tenía prisionera? Dentro siempre de la familia: padre, hermana, hermano y hermano, siempre. así...En la muerte y sin tierra. Nunca se me dieron juntas como es sabido. Pude enterrar a mi madre, eso sí, y me dio mucha confianza. A mi padre, vivo aún lo devoró la tierra; se abrió aquella cueva, ¿Gime todavía vivo como yo, era acaso un pobre dios burlado por la condición humana, A quien volver los ojos, a vosotros dioses que me dejasteis sola con la piedad?...Y ahora hay otra sombra ¿Eras tú hermano mío, que más dichoso que yo, recibido por la tierra al fin, vienes a buscarme? ¿Me traes el agua, los aromas, me darás tu mano para llevarme del otro lado?

Eres tú, mi hermano. ¿Mas, cuál de los dos, cuál hermano?⁴⁵

El aciago destino de la joven se entrecruza con el de la familia –la tribu–, la política y la guerra civil entre hermanos. También la custodia de Edipo, actuando Antígona cual lazarillo de su ceguera. Todo ello conlleva una ley que se anega en lo sagrado, de la piedad y de la verdad que debe sobrellevar. Más hondamente se transluce la nostalgia de un retorno a lo sagrado, a la tierra –y en ello vemos las huellas de Pasolini–. Es un universo de ausencias, pues que en su soledad es ella quien recrea las imágenes del recuerdo, es su verdad la que irá destellando y desentrañado en la personificación de las imágenes sombras –en oscuridades del tiempo y de los diversos personajes que se manifiestan– que irradian las sucesivas visualizaciones en el encierro de su caverna. Pues que todos ellos irán desapareciendo para, en las diversas musicalidades, ir recreando un réquiem nocturno que anhela despertar en una posible Aurora.

La inclusión final de «La tumba de Antígona» en *Senderos*, implica la esperanza de un despertar de la palabra custodiada en la catacumba del exilio. Más allá de la violencia presente, el momento socrático y platónico de la metafísica, aparece en Heidegger siguiendo a Nietzsche, un divorcio de percepción sensorial de la autenticidad ideal y abstracta. La concepción aristotélica del lenguaje era funcional y pragmática. Estos desarrollos filosóficos marcan la irreparable caída del espíritu occidental desde la luminosa gracia e inmediatez de palabra. «Pero en los grandes poetas algo queda de aquella presencia matinal del decir directo. Son ellos lo que pueden decir y luego comunicar la consumidora experiencia del desnudo del ser, de la verdad en su no ocultamiento.»⁴⁶ Ser y significación parecen estar fundidos en el canto íntimo y a su vez coral de Antígona. Espera

44. Zambrano, M., *La tumba de Antígona*, op. cit., p. 554.

45. *Ibidem*.

46. Steiner, G., *Antígonas*, op. cit., p. 107.

su voz anunciadora de la palabra, escucharla y de ahí su itinerario imaginario durante su habitar en la caverna hasta el momento del límite entre vida y muerte y en ella halla, en la expresión poética de Machado, *esas pocas palabras verdaderas*. No para ser recogidas en el silencio acallado por el canto que a veces se «esconde entre las piedras blancas» y que, a su tiempo, «las oirás claramente desde lejos. ...Y esas palabras que se aglomeran en tu garganta, saldrán sin que lo notes. Su voz desatará tu lengua.»⁴⁷ Paradójicamente, en este contexto, es la palabra custodiada en el exilio la que desentraña la verdad obstruida por la historia apócrifa, esa que en un tiempo se creyó vencida y que reaparece en larvas extensivas, pues que cual afirmaba Bertold Brecht, «el vientre del monstruo no es todavía estéril. Antígona tendrá vida y voz mientras siga la historia, mientras haya hombres hablará sin descanso...»⁴⁸. Si la piedra que cierra su sepultura permitiese por una fisura dar entrada a la luz, la joven sin nupcias exclamaría ante la llamada del primer desconocido:

Antígona ven, vamos, vamos...⁴⁹

Responde y afirma:

Ah, sí, ¿Adónde? Sí, Amor, Amor tierra prometida ⁵⁰

Para Sófocles, quien guía a la heroína es la ley del amor. El trasfondo del pensamiento de María queda enraizado en el orfismo en su honda ilación entre la música y los ínfimos salvados por ella en su búsqueda del Amor. La pensadora ha integrado la mística, como una de las encarnaciones más elevadas del amor, en la estructura misma de *Senderos*. Confluyen dos fuentes principales en esta idea: el pensamiento griego como síntesis de un arcano espacio en el que se vierten las demás corrientes que le preceden, pero encauzado hacia el ser y su libertad; y la perenne presencia del cristianismo en su tradición evangélica cercana en ciertos aspectos a la heterodoxia. Profundamente fundida con el pensamiento oriental, se ha cultivado una mística que en sus orígenes no era cristiana pero que alcanza su más elevada expresión en los albores de un Renacimiento español y en el auge del erasmismo, integrando además el sufismo y la cábala, tan presentes en el universo cultural de Al-Andalus, y que alcanza su más elevada expresión –y así lo corrobora también Henri Bergson– en San Juan de la Cruz y Santa Teresa de Jesús. En realidad, nos dice Zambrano, lo que sucede en la mística es algo para hacernos meditar y pensar que lo que sucede en ella está al menos fundado en la naturaleza, en una posibilidad esencial a ella. Tiene su paralelo en la imagen biológica de la crisálida que deshace el capullo donde yace amortajada para salir volando transformarse en alas y librarse de esa gravedad esclavizante. La transformación de la crisálida en mariposa ha sido natural y ha acaecido dentro del alma humana por un proceso místico: *atravesar los umbrales de la vida*.⁵¹ Y tal vez porque el alma no está cómoda en el mundo porque existe un desequilibrio nacido por la vía del amor:

47. Zambrano, M., «La tumba de Antígona», *op. cit.*, p. 582.

48. Steiner, G., *Antígonas*, *op. cit.*, p. 107.

49. Zambrano, M., «La tumba de Antígona», *op. cit.*, p. 582.

50. *Ibidem*.

51. Zambrano, M., «San Juan de la Cruz», *op. cit.*, p. 517.

Mas ¿cómo perseveras,
io vida! No viviendo donde vives,
y haziendo porque mueras
las flechas que recibes
de lo que del Amado en ti concives?

Lo apolíneo se ha trascendido en herida que solo se sanara tan solo con la presencia del amor que se ha concebido en el sentir interior del místico. Y de ello esa continua búsqueda y llamada:

Descubre tu presencia.
y máteme tu viste y tu hermosura
mira que la dolencia
de amor que no se cura
sino con la presencia y la figura.⁵²

Esa voracidad que, traspuesta a lo humano, es amor, hambre irresistible de existir, de alcanzar ‘presencia y figura’ lo que es contrario a un nihilismo y a la tendencia a la destrucción: la mística es una continua transformación que a la nada conforma. Más allá de lo psíquico, atraviesa la moral que sería como un canon o normativa límite, pues que todo lo que se hace por amor se hace más allá del bien y del mal, que dijo Nietzsche, otro gran enamorado. Ese amor trasciende la razón, la sobrepasa:

No hay bondad en el amor
Que se deje gobernar por la razón
Tu imagen está en mis ojos
Y en mi boca tu nombre,
Moras en mi corazón
¿Pero dónde te escondes?⁵³

Para el amado y por él oye, por él ve, por él y para él ve, en definitiva, por él y para él habla. *Je est autrui*, alega Rimbaud, y coincide con la afirmación.⁵⁴ Y si su espera puede conllevar un vacío, una noche oscura, su ausencia llevaría anejo un infierno como ha sido referido por Rimbaud, *Une saison a l'enfer*:

¡Yo! ¡Yo me consideré ángel o mago, dispensado de toda moral, soy restituido a la tierra, con un deber que hay que buscar, y una rugosa realidad que es necesario estrechar! ¡Patán! ¿Me engaño? ¿La caridad sería, para mí, hermana de la muerte? En fin pediré perdón por haberme nutrido de falsedad. ¡Y, adelante! ¡Pero ni una mano amiga! ¿Y dónde pedir socorro?⁵⁵

En esas desgarradoras y a la par sublimes palabras, se desvela una disonancia entre el poeta y su perimundo, trascendida en exclamaciones e interrogantes para fundamentar su infierno, su rebeldía de ángel caído. No trasfiere *la música*

52. *Ibidem*, San Juan de la Cruz citado por Zambrano.

53. *Ibidem*.

54. Arabi, I., *Tratado de amor*, Madrid, Arca de Sabiduría, 2006, p. 47.

55. Rimbaud, A., *Una temporada en el infierno*, Madrid, Tres puntos, 2022, p. 76.

callada, la soledad sonora, la cena que recrea y enamora, que el místico siente como amor en su visualización del amor como encuentro y ágape. Pues que todo amor en su armonía descubre una musicalidad en sí mismo, en su latir y su sentir hacia el otro. Quizás esa musicalidad que se trasciende se aproxima hacia esa nostalgia de sus orígenes, hacia su ser originario. En correlación con lo expresado y que la música se transcribe en notas y la escritora se refiere a ellas como esencia musical de concepción de sus investigaciones.

Esas *Notas de un método* no son anotaciones, sino notas en sentido musical, lo cual impone más que justifica la discontinuidad. Habiendo sido la continuidad perseguida por Occidente el más grave de sus obstáculos, al conservar la melodía, o buscándola, ha salvado lo que hay más allá del ritmo. El ritmo es conceptual, está dado, una vez encontrado. No hay sorpresa, ni asomo de revelación [...] es expresión de la falta de libertad [...] puede ser operante, práctico en el mejor de los sentidos, infernal incluso.

Ello se patentiza en los discursos de Hitler y demás dictadores, operantes en sentido infernal, pues que se escuchaban en los campos de exterminio: «No había lugar para el pensamiento en el ritmo de aquellos discursos dijeran lo que dijeran las palabras... Y aquello que es mortal por sí mismo es enemigo acervo no solo de la libertad no solo de la libertad sino también de la vida. [...] Solamente en la melodía puede haber salvación puede haber revelación; la melodía es creadora imprevisible.»⁵⁶ Nos preguntamos cómo poder salvarla en los tiempos oscuros, tan alejados de ella, recurriendo al legado de uno de los más lúcidos creadores del arte cinematográfico del siglo XX y a las melodías de Nino Rota que fluían en sus films. Tras el hundimiento que Fellini describió en su *Prova d'orchestra*, los músicos despertaron del sueño. Comprendieron a modo de revelación donde estaban: se les amenazaba con ser convertidos en ruinas de un glorioso pasado. Sin superioridad y en complicidad, el director de la orquesta les invitó a recoger del suelo sus partituras y a seguir las notas. Pese al absurdo, la vida debía continuar. Seguir las notas y sus misteriosos silencios era un método: 'las notas nos han salvado', declaraba el director. Y, como Sísifo, volvieron a subir la piedra por la montaña y las notas comenzaron a envolverse en el aire, como un zumbido.

María Zambrano siguió escribiendo notas, notas que no eran connotaciones, sino notas en su sentido musical. En 1984 cuando decidió finalmente regresar a España, las ordenó cuidadosamente en una carpeta y tomó un avión a Madrid.⁵⁷

No mires atrás y sigue
Hasta cuando permita el sino,
Ahora que por los aires
Una promesa ¿oyes?
Acaso está sonando con las horas nacientes,
Su existencia, como la tuya,
En música escondida y revelada.⁵⁸

56. Zambrano, M., *Notas de un método*, op. cit., 1090, p. 12.

57. Labajo, J., *Sin contar la música*, op. cit., p. 316.

58. Cernuda, L., «Otros aires», op. cit., p. 271.

María siempre mantuvo su palabra, esperando su renacer en esa melodía que anuncia su revelación.



Marifé Santiago Bolaños

*Miguel Hernández.
Concierto para tres
(en el 80 aniversario de su
fallecimiento)*

Madrid, Huso, 2022

Se podría presentar el núcleo de la filosofía política de Hegel por medio de una metáfora: el ciudadano cuenta con dignidad e identidad en cuanto nota que encaja a la perfección en la melodía del estado nacional. Claro está, para ese pensador, el estado es un director de orquesta absoluto porque representa al *Geist* soberano de la historia humana. Al ciudadano no le queda más remedio que ajustarse a esa melodía donde la persona está condenada a desaparecer, absorbida por la dialéctica del universal que es superior al particular. Cuando los soldados de las SS marchaban compactos en defensa del *Reich* hitleriano, interpretaban a su manera la melodía monódica del estado absolutista tecnócrata hegeliano. En *Notas de un método* (1989), María Zambrano piensa en esa concepción del «concierto» nacional con actitud crítica. Para ella, la persona funda el estado sola y exclusivamente en el pleno ejercicio de su dignidad individual, alimentando una sinfonía polifónica en la que cada ciudadano canta sus múltiples derechos políticos en régimen de convivencia pacífica y respeto mutuo. Es la sinfonía del estado democrático.

Con toda probabilidad, Marifé Santiago Bolaños piensa en un «concierto para tres» entre Miguel Hernández, la propia María Zambrano y Juan de la Cruz teniendo este marco teórico de fondo. Asimismo, deja

espacio en su concierto para Josefina Manresa, una cuarta artista invitada por ser esposa del poeta alicantino. La voz de esta mujer –presente en el libro como una nota refinada de acompañamiento intermitente –nos habla de un alma sensible hacia un esposo que encarna la belleza de la vida, de la libertad y de la poesía.

Marifé plantea su concierto a partir de dos conferencias impartidas en ocasión del ochenta aniversario de la muerte de Miguel Hernández. La primera, dada en Linares, remonta al mes de junio de 2021. La segunda remonta al mes de mayo de 2022, impartida en Jaén. Respectivamente, a cada una de las dos conferencias corresponde el primero y el segundo capítulo o «jornada» del preciado volumen, cerrado con broche de oro por unas consideraciones de la autora que suenan a llamado de amor fraterno y dignificador de la humanidad de todos los tiempos.

Entre lo más destacable, cabe mencionar lo siguiente. En la primera jornada, Marifé quiere proponer al oído que le presta atención algo más que una charla meramente académica: «Querría yo que así fuera mi intervención. Que al acabar hubiera un nuevo ovillo, de lino, para cada cual el suyo, que nos permitiera adentrarnos sin miedo en los laberintos de la historia, en sus rincones ocultos y tocar, sin miedo también porque estamos juntos, esas palabras que se perdieron en sus caminos y que, quizás, contenían, contienen la que nos falta tantas veces a nosotras para seguir» (p. 18). Un objetivo sobrecogedor, sin embargo, alcanzable de la mano de Miguel y María.

La búsqueda se elabora a partir de un fragmento desaparecido. Después de la primera publicación del artículo que la filósofa veleña dedica al cuadro de *Santa Bárbara* del Maestro de Flémelle (*El País*, 20 de julio de 1987), efectivamente no volvieron a aparecer unos renglones bien interesantes en las ediciones posteriores de ese mismo texto. En el medio de esas palabras omitidas, María había tomado prestado *el rayo que no cesa* hernandiano para describir una propiedad de

la representación de la santa: el desvelamiento del instante eterno. A través de los símbolos místicos del fuego y del agua, Santa Bárbara concede al espectador una catarsis que permite a la conciencia descansar en el acto del puro ser y estar. De esta forma, se convierte la tormenta de la historia humana –exiliada de la eternidad para navegar en el espacio y en el tiempo –en la calma del *sueño creador* o sea del «milagro del nacer inapresable de una posibilidad» (p. 38). Al igual que un *viento de pueblo*, la posibilidad pulsante de la vida invita a la hermandad y a la positividad de la creación. Eso lo entendieron las mujeres que en España respiraban el perfume de los derechos políticos adquiridos en 1931. Así como la propia María y su hermana Araceli que, en su hogar madrileño, fomentaban la esperanza de vida y de libertad al lado de unos discípulos de Juan de la Cruz contemporáneos. En términos zambranianos, eran «seres polvorientos» hechos «de polvo de la tierra y de polvo estelar que ellos no quieren quitarse de encima», capaces de recibir y ofrecer palabras que eran «verdades encarnadas» (p. 38). Entre esos seres, emergía el «pastor-poeta» alicantino. Con él, María desliza la «palabra amiga», compartida a veces en silencio como si fuera «un rezo que de tan íntimo se hace universal» (p. 42); otras veces, cantando coplas populares, bajo el puente de Segovia en Madrid. Miguel y ella cantaban ensoñados de libertad para contrarrestar los bombardeos de una guerra presagio de laceraciones fraternas, destrucción y torturas dictatoriales.

En la segunda «jornada», Marifé se enfoca en ese «poema abismático» (p. 58) que Miguel Hernández le dedica a su amiga pensadora: «La morada amarilla». La música de esta composición se hace eco de unos símbolos tajantemente cristianos, carmelitanos, teresianos y sanjuanistas: véase también racimo, cáliz, espiga. En general, son símbolos de esperanza hacia un porvenir que se añora próspero y luminoso. Juan de la Cruz, tan amado por María y Miguel, se asoma pues entre los mayores representantes de una «poética del sur»

que Bolaños quiere recuperar en la senda de Francisco Giner de los Ríos. Se hace referencia a la poética en sentido etimológico, porque *poesis* significa producción y, por tanto, acción desarrollada en el tiempo o estilo de vida.

El estilo de vida del sur se debería contraponer al del norte del mundo, a su racionalidad engendradora de diferencias en términos de superioridad y rentabilidad. «Porque el sur no es solo un lugar situado a partir de un parámetro que distribuye coordenadas, sino la actitud que deja en manos de una brújula simbólica el camino de la vida en el que se mira al norte-guía-referencia hasta confundirlo con el único horizonte. Las estrellas, entonces, dejan de ser señales para no perdernos, [...]» (p. 60). La cultura o tradición del sur es auroral, acostumbrada a avanzar en la «penumbra» (p. 61) de la tradición dominante. La cultura del sur es la de la justicia que acoge la heterogeneidad, de los silencios que empujan a la escucha, de la hospitalidad que se enraíza en la dulzura y, en resumidas cuentas, del amor. Es la cultura de María, Miguel y Juan. Es la tradición de los exiliados por las dictaduras políticas e ideológicas, por el progreso instrumental, por la ceguera de la lógica matemática, por las categorías aristotélicas. Es la tradición de los amantes de la poesía que procuran desvelar el «universal en lo palpable» (p. 68). La cultura de los que juntos, hermanados por el magisterio de la platónica Diótima de Mantinea, saben que el amor es la vía maestra para llegar a la verdad. Aun así, aceptan con piedad, caridad, perdón y paz que el amor es un motor en constante marcha contracorriente por insistir en perpetuar la locura máxima: la unión entre el «corazón del absoluto» y «el uno a uno de la individualidad humana» (p. 88). De allí mana «la belleza que pide ser compartida» (p. 91) de la democracia, cuna de la inestimable dignidad humana de germen divino.

VERÓNICA TARTABINI



El nuevo libro publicado por la editorial Herder en torno a la obra de María Zambrano propone un aporte original en la doble acepción del término; por una parte, en la tesitura innovadora con la que nos invita a pensar la concepción del tiempo zambraniano como una nueva posibilidad de abordar el conocimiento y la vida añadiéndole una condición histórica y, por otra parte, en el acto espeleológico que indaga en el origen de un pensamiento que cada vez se torna más imprescindible en estos momentos históricos de confusión y de perplejidad en los que vivimos.

La tesis central del libro de la filósofa chilena Pamela Soto propone pensar la democracia como la expresión del tiempo fragmentado y la experiencia de la multiplicidad. No se trata ya de un tiempo lineal y homogéneo, sino de una dimensión política humanizada que cobra su inmanencia en la prefiguración de la ciudad como sede de la comunidad. El desarrollo de los presupuestos del libro se desenvuelve al modo zambraniano, en tres notas que emulan la cadencia de la obra de 1989, *Notas de un método*. Como apunta Soto, la esencialidad de las «notas» no solo recuerdan la melodía que se escucha en el pensamiento de Zambrano, sino que marcan aquellas tensiones inherentes al acto reflexivo, así como los acordes de una razón poética que es tanto apolínea

como dionisiaca, aunque también órfico-pitagórica, al modo de esos *acúsmatas* que recitaban de memoria los iniciados. De forma muy elocuente, el pensamiento musical de Zambrano aspira a una encarnación de lo intangible y es ahí donde se engarza la primera «nota» del libro de Soto, dedicada a la corporeidad del tiempo.

En este apartado introductorio, la obra de Zambrano entra en diálogo con varios autores que propusieron una teoría muy propia del tiempo: Baruch de Spinoza, Edmund Husserl, Henri Bergson y, de gran interés por ser el más cercano al pensamiento zambraniano, Friedrich Nietzsche, cuya *Gaya Ciencia* presenta ya el desiderátum del que se apropiará la filósofa española de pensar la filosofía no como una interpretación del cuerpo, sino desde una lograda comprensión del mismo. La visceralidad del tiempo implica, así, una posibilidad de realización humana en el aquí y en el ahora; es decir, en el ejercicio de autognosis por el cual el individuo se experimenta a sí mismo transcurriendo en el tiempo: desnaciéndose y naciendo de forma ininterrumpida, según lo propio de su naturaleza larval. Desde esta perspectiva, Soto aduce que el gran reto que propone la filosofía de Zambrano consiste en encontrar los modos propiciatorios para que el sujeto moderno recobre la conexión con la carnalidad de su tiempo, volviendo a padecerlo, tal y como aparece en esa perpetua invitación a bajar a los ínferos de la historia en *El hombre y lo divino*.

La segunda «nota» del libro está dedicada a la multiplicidad de los tiempos en un estudio muy elocuente y lúcido sobre los sueños y las ruinas como expresión de esa temporalidad. Otra que pone en crisis la identidad del Yo en su unidad de consciencia. De nuevo, en un ejercicio referencial, Soto recurre a uno de los capítulos de *Delirio y destino* titulado «La multiplicidad de los tiempos». En este texto, inserto en esa inquietante pseudoautobiografía, Zambrano relata, en tercera persona, la experiencia temprana de un sentirse morir en vida ocurrido a los cuatro años de edad como resultado

de un cuadro de tuberculosis aguda. De gran interés es el hecho de que aquí se incida en la teoría de la natalidad en Zambrano, con clara influencia del concepto de *faná* del misticismo sufí, aunque también de la *Gelassenheit* de Meister Eckart y de la imagen de la *kénosis* cristiana incrustada en la crisálida de san Juan de la cruz. Esta vocación al renacimiento, al *incipit vita nova*, debe entenderse en relación al giro decisivo de la razón poética que tuvo lugar en el exilio romano, y que Jesús Moreno Sanz en su *Mínima biografía* fija en el año 1954, fecha en la que ella empieza a concebir aquellos libros iniciáticos que programan una renovada metafísica. En esta fecha, de igual modo, Zambrano comienza el estudio de los sueños que dará como resultado dos obras clave de las que participa de manera esencial la obra de Soto: *El sueño creador* y *Los sueños y el tiempo*.

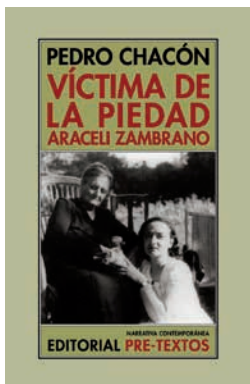
Con gran acierto, Soto reincide en la importancia del material onírico para la razón poética, deseosa de recuperar aquellos conocimientos ausentes, por periféricos, de la razón cartesiana. Resulta muy clarificador de esa querencia por los saberes anteriores al surgimiento de la maléfica pregunta, el hecho de que Zambrano hubiese querido titular *El hombre y lo divino* como «Ausencias». Los sueños, como las ruinas, son lugares de revelación no epistémica que no hay que buscarlos, sino hacerse perdidiza para encontrarlos. En ambos casos, la temporalidad se presenta como una potencialidad que delata la presencia de un ausente. La intensidad con la que padecemos estos saberes de experiencia es la única medida adecuada para resolver el problema metodológico de la concepción del tiempo. El tiempo, de nuevo, es materia vivificante y germinadora.

La tercera y última «nota» del libro analiza, a modo de epílogo, la democracia como experiencia de la multiplicidad, haciendo que el tiempo individual y el colectivo lleguen a la coalescencia deseada en la vida de la comunidad. La gran cuestión que suscita la obra de Pamela Soto es cómo hacer para recobrar el pulso de la historia a través de esos tiempos de convivencia

experimentados en las entrañas de nuestra sociedad. Y, por extensión, cómo conseguir que nuestras ciudades vuelvan a convertirse en aquellos centros de vida democrática en donde se visibiliza y se posibilita lo humano. De ahí que una de las frases más brillantes del libro, por la radicalidad de su sencillez, sea aquella que nos insta a no olvidar que vivimos en una ciudad, y no en una casa.

El libro de Soto, por su originalidad y por la profundidad de su estudio, merece ser considerado un aporte imprescindible en el estudio holístico de la obra de Zambrano. Y no debiera desatenderse esa fórmula que la filósofa chilena nos propone para acabar con el desencantamiento de nuestra época y religarnos a ese tiempo que pasa, que nos pasa.

OLGA AMARÍS DUARTE



Pedro Chacón

Víctima de la Piedad.
Araceli Zambrano

Valencia, Pretextos, 2022

EL DEDO DEL DESTINO

María Zambrano identificó a su hermana Araceli con Antígona, personaje mítico definido por la filósofa con las precisas palabras: «Nacida para el amor, fue devorada por la piedad». Pedro Chacón se propone en esta novela desvelar los entresijos de una vida trágica marcada por el destino. Para llevar a cabo la difícil tarea y, después de manejar la documentación existente basada en epistolarios e inéditos, recurre a tres monólogos de personajes-testigo, claves en la vida de Araceli Zambrano: Carlos Díez, su primer marido; Manuel Muñoz, su posterior compañero, y su hermana María Zambrano. Finalmente, oímos la voz de la protagonista rememorando su vida en 1942, fecha que marca el inicio de la trágica muerte de Manuel Muñoz, y 1952, su separación definitiva de Carlos Díez que anuncia ya su próximo suicidio.

El autor alterna en estos monólogos escritos testimoniales y formas epistolares. Escoge para ello el momento de la proximidad de la muerte, en el que se deslizan ante nuestros ojos las situaciones claves de nuestra vida, los éxitos y las esperanzas fallidas. Los cuatro protagonistas del drama han sido arrastrados por la Historia: la Guerra Civil española, la Segunda Guerra Mundial, los triunfos de Franco en España y

de los bolcheviques de Lenin en Rusia. De tal tsunami, sólo María Zambrano supo trascender la circunstancia histórica y encontrar en el delirio de su hermana una verdad existencial y en el exilio no sólo la clave de su vida; sino la de todo ser humano.

Carlos Díez y Manuel Muñoz justifican su trayectoria vital desde dos temperamentos opuestos, ambos sobrepasados por la circunstancia. Carlos Díez, inteligente, apasionado, impulsivo, excelente profesional médico que quemó su vida en aras de un ideal; primero republicano; posteriormente comunista, siempre en lucha frontal contra el fascismo. Huyó a la Unión soviética en 1939 y el régimen comunista lo decepcionó radicalmente; sin embargo, justificó su vida por el servicio a ese ideal que la realidad había hecho añicos: «Ganamos una guerra, pero perdí un ideal», escribe hablando de su participación en la Segunda Guerra Mundial del lado de la Unión Soviética. Por ese ideal había malogrado su relación con su primer y gran amor, Araceli Zambrano, amor que no fue capaz de recuperar ya en su descenso a los infiernos, después de haber logrado salir de la Unión soviética, gracias a la ayuda de la NKVD, a la que pertenecía, y con el apoyo de Caridad del Río, la madre de Ramón Mercader, el asesino de Trosky.

Manuel Muñoz era un hombre bueno, cuya vida profesional se había deslizado por los cauces de la vida militar y, posteriormente, de la política como diputado por el partido de Izquierda Republicana. No era un hombre de carácter versátil. No fue capaz de afrontar la situación del Madrid de 1936 y se convirtió en el símbolo de la impotencia de los republicanos para contener la violencia, los asesinatos y la anarquía de un pueblo revolucionario al que habían entregado las armas. En su exilio en París, no se siente capaz de abandonar la ciudad ante el avance de los nazis, y acaba siendo detenido por la Gestapo. Justifica su vida por su amor a Araceli y se declara inocente de unas acciones por las que sería condenado a muerte; pero que ni las ordenó ni las pudo evitar como director general de seguridad de julio de

1936 a enero de 1937, periodo en el que proliferaron los asesinatos al alba por las checas anarquistas y los cometidos en la Cárcel Modelo de Madrid, entre ellos el de su exjefe de filas Melquíades Álvarez.

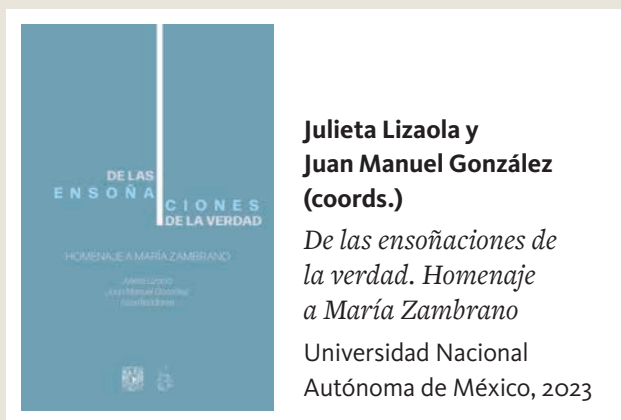
Ambos hombres, decisivos en la vida de Araceli Zambrano, tal vez hubieran podido colmar su deseo de amar y ser amada. Araceli era una joven bella, culta, sensible, amante de la música y dispuesta a entregarse en cuerpo y alma al amor; pero las circunstancias le mostraron su rostro más torvo, especialmente en el periodo en el que vivió en París bajo la ocupación nazi, sometida a interrogatorios e intentando servir de ayuda a su madre enferma y a su último compañero, preso en las cárceles francesas, bajo la espada de Damocles de la extradición.

El monólogo de María Zambrano, quien rememora su infancia y su vida con su hermana, introduce el elemento positivo de la vida de Araceli: el amor incondicional de la fraternidad que es capaz de traspasar las fronteras de la muerte. Finalmente, el monólogo de Araceli nos proporciona las claves definitivas de esas palabras definitorias que le dedica su hermana: «Nacida para el amor fue devorada por la piedad». Su vida transcurrirá ya siempre bajo la atenta vigilancia de María, quien intenta paliar sus delirios de persecución, que se agudizan conforme se aproxima su final. Dirigirá su amor, transformado en piedad, hacia todos los gatos callejeros y enfermos que va encontrando en su camino.

Dos hallazgos narrativos avalan la amenidad de este libro logrado. La presentación indirecta de la vida de Araceli, a través de los personajes más influyentes en su vida; y la capacidad del autor para introducirse en la piel de los protagonistas con ayuda de la documentación existente. Nos conduce así el autor a la intrahistoria y asistimos a la guerra civil —a cualquier guerra— y a las ideologías que la generaron, desde la vida concreta de unos personajes de carne y hueso, que son los que realmente nos pueden hablar de la labor minuciosa de destrucción que la guerra y la confrontación entre seres humanos pueden realizar en la vida de las personas.

Finalmente hay que destacar la impecable labor de edición de la editorial Pretextos, que cuenta con un seleccionado apartado de imágenes gráficas, que ponen rostro y contexto a los protagonistas en cuya intimidad Pedro Chacón nos ha introducido con gran habilidad narrativa.

MARÍA LUISA MAILLARD GARCÍA



**Julieta Lizaola y
Juan Manuel González
(coords.)**

*De las ensoñaciones de
la verdad. Homenaje
a María Zambrano*

Universidad Nacional
Autónoma de México, 2023

Las huellas están cargadas de tiempo; comunican pasado, presente y futuro. Nos recuerdan que a toda presencia le anteceden caminos y que todos los pasos germinan de forma incierta. La presencia de un pensador no puede ser diferente... Esto es notable en el caso de la filósofa María Zambrano. Las huellas que esta dejó en México (con todo y las dificultades que vivió en tal país) siguen germinando gracias a las reflexiones que nos invitan a pensar la realidad. Un ejemplo de estos frutos es el libro *Ensoñaciones de la Verdad. Homenaje a Zambrano*. Este volumen recupera estudios e investigaciones académicas sobre la filósofa malagueña, a través de trece textos que dan cuenta de los matices y variaciones de su obra. Se enmarca en las líneas de investigación desarrolladas desde hace ya largo tiempo en el Seminario de Filosofía de la Religión que dirige la profesora Julieta Lizaola.

Como advierte, ya en la presentación, la propia profesora Lizaola, la intención de la presente obra es brindar un panorama del pensamiento zambraniano que, a la par, de reconocer «su valentía y honestidad intelectual en la radical crítica que desarrolla a la filosofía moderna», reivindique «la dignidad de la postura política que sostuvo en un exilio de cuarenta y ocho años»; un exilio que le permitió abrirse a diferentes saberes,

acceder a fuentes tan ricas como variadas y pasar por etapas bien marcadas. En el prólogo se presentan las coordenadas generales del pensamiento zambraniano que acompañarán los diferentes aportes: la oposición al racionalismo y sus menguados postulados para comprender la realidad, la reforma del entendimiento –basada en el sueño creador, en la capacidad de *poiética* del pensamiento– y la crítica hermenéutica de la cultura. En este sentido, Julieta Lizaola sostiene que «la tarea central de la filosofía es aclarar lo que no se muestra y se mantiene recóndito». Tomando esto como brújula, la actual edición sitúa al lector en tres coordenadas notables de esta obra filosófica: «Reflexiones de lo sagrado», «La razón poética y el sueño» y «Educación y naturaleza». Así, encontramos una serie de ensayos que mantienen un diálogo con nuestra filósofa y advierten de la vigencia de su pensamiento.

En la primera parte se presenta una serie de reflexiones sobre un aspecto capital de su obra: lo religioso. Es bien conocido que la española se posicionó como una de las grandes fenomenólogas de la religión, tanto así que *El hombre y lo divino* puede apreciarse como una respuesta sumamente original (y de riqueza inabarcable) a *Das Heilige* de Rudolph Otto. Por lo mismo, la obra presenta diversos ensayos que hacen explícitas las fuentes que nutren sus concepciones de lo divino; por un lado, las lecturas místicas que, como señala Juana Sánchez-Gey, sirvieron para que la filósofa asumiera esa metafísica radical que impulsa al ser humano; por otro, destaca las matrices teóricas (por ejemplo, el romanticismo alemán) que le permitieron conceptualizar lo sagrado hasta el ateísmo actual. Mención aparte merece el texto escrito por Greta Rivara que ahonda sobre la naturaleza de lo divino, permitiendo ponderar la condición ontológica del humano y así generar una herramienta para pensar la cultura. Este ensayo no sólo posee una extraordinaria claridad y profundidad teórica, sino que funciona como una excelente apertura a este volumen que esboza elementos de la humana

posibilidad creadora. Greta Rivara cierra su texto afirmando: «En nuestra radical soledad y el carácter efímero y contingente de nuestra experiencia, lo sagrado no es el sentido, sino aquello que nos lanza al sentido, al ser el ente en busca de su y sus sentidos, inventores de nosotros mismos, hay en nuestro ser, la inscripción de lo sagrado: crear nuestros mundos.» En este mismo tenor, Manuel Lavaniegos profundiza en las dinámicas sacrificiales (las mismas que el racionalismo moderno asume como arcaicas), cuya importancia es fundamental para considerar nuestro trato con toda alteridad. De esta manera, la revisión que hacen las autoras y autores sobre lo religioso en Zambrano cumple con la propuesta de valorar una cultura atendiendo a la calidad de sus dioses. Estas lecturas sobre lo sagrado ofrecen claves hermenéuticas para pensar nuestra realidad cotidiana.

La segunda sección del compilado presenta una serie de textos en torno a tópicos simbólicos de esta pensadora que reflejan las entrañas de la existencia: el arte, los sueños y las condiciones oníricas de la realidad. Este tipo de registros son metáforas que, como indica la profesora Lizaola, forman parte de la apuesta zambraniana «para dejar atrás la forma racionalista del quehacer filosófico, para eludir el ejercicio de violencia conceptual y las formas totalitarias en que va derivando», es decir, funcionan como aspectos que exigen pensar auténtica la complejidad de lo real, más allá de las miradas parcas del racionalismo o de las metafísicas temerosas a lo múltiple. Por lo mismo, este apartado abre con un ensayo que rastrea las vías genealógicas empleadas por Zambrano para esbozar una réplica al pensamiento moderno. Tras ello, se revisa el aporte onírico que sus vivencias en el Caribe dejaron en la filósofa, gracias a las cuales recuperó una gran carga de temas literarios y tópicos reflexivos. El volumen continúa centrándose en el poder del sueño y eso permite a su autor advertir que ahí se pone en tensión lo activo y lo pasivo de nuestra condición humana, así se enfrentan la voluntad y la inercia ante los procesos vitales.

Se crean así unas posibilidades que remiten a tensión generada entre la vigilia y la razón. Finalmente, este apartado concluye con un ensayo que reflexiona sobre la importancia musical, cargada de tradiciones pitagóricas, en la filosofía zambraniana. Dicha perspectiva posibilita pensar la compleja unidad de lo existente en un registro armónico. Lo anterior esboza un crisol de elementos teóricos sobre la multiplicidad de la realidad; será la capacidad *poiética*, señalada en los diversos textos, lo que permite ahondar al ser humano en las complejidades de lo existente.

Finalmente, la tercera sección profundiza, gracias a las claves interpretativas, en concreciones del pensamiento y la vida. Comprende cuatro ensayos sobre tópicos que, aunque presentan variaciones y matices, la presente edición unifica de forma extraordinaria: la educación, la herencia cultural, el aprendizaje de la naturaleza y la compleja capacidad humana de convivir. Esta sección abre con un texto de José Luis Mora que, en primer lugar, establece un hermoso y erudito diálogo para inferir aspectos sobre la cultura, la experiencia y el aprendizaje donde resalta la capacidad mediadora de la educación. Mora lo indica así: «Zambrano pone de manifiesto el último elemento necesario en la construcción del ser humano en todas sus dimensiones: la educación y, más si cabe, el educador, el maestro, a quien atribuye esta labor como fundamental.» A través de la figura del docente, el texto nos invita tanto a buscar nuevas soluciones dentro de nuestra historia cultural, como a reconocer la vigencia de filósofa, hija de maestros, para advertir esos caminos. Sin duda, se trata de un ensayo necesario no sólo para quienes deseen profundizar en la obra María Zambrano, sino para pensar las complejidades de vivir pacífica y democráticamente; por ello, debe ser considerado un texto bien útil para la actualidad. Desde este enfoque, es bien interesante el ensayo de la profesora de la Universidad Autónoma de Madrid, Gemma Gordo. En la segunda parte de su estudio y expresamente en los epígrafes

«Zambrano y Unamuno: orígenes de una relación» y en «Zambrano, mediadora de Unamuno» ofrece una precisa reflexión sobre el valor que tuvo la obra y acción de Miguel de Unamuno en el temprano libro escrito por Zambrano sobre quien fuera Rector de la Universidad de Salamanca, situado en el gozne de la tradición española, el *ethos* español, y las tradiciones europeas lo que provocó en ambos sentimientos encontrados de conflicto. A continuación, Sebastián Lomelí presenta un texto que recupera un aspecto esencial de la obra zambraniana: lo vegetal, es decir, ese lugar de la intersección de campos como la estética, la intersubjetividad y la filosofía de lo natural. A partir de esta noción, su autor esboza formas heurísticas que permitan asumir nuestra existencia con un vínculo natural más saludable. Finalmente, la obra concluye con un hermoso y sugerente texto de Mariana Bernárdez quien, además de mostrar una gran capacidad narrativa y literaria, recupera una metáfora natural, bien reveladora de nuestra existencia: un ave alojada en la firma de San Juan de la Cruz que le permite elaborar una interesante propuesta donde «cada letra evoca la ascensión de lo visible hacia lo invisible.»

El libro que llega ahora al lector con este título tan sugerente: *Ensoñaciones de la Verdad*, tiene bien

señalados méritos ya que recupera la obra zambraniana como un *corpus* lleno de matices y atravesado por diferentes tradiciones. Los autores se han afanado en poner de manifiesto con rigor toda esta riqueza. Además, estas páginas ejemplifican el diálogo de autores y autoras, provenientes de dos países fundamentales para esta filósofa: México y España. Así, el esfuerzo que coordinan Julieta Lizaola y Juan Manuel González permite observar las huellas zambranianas y, a su vez, revivir su presencia para mantener aquella capacidad que tuvo María Zambrano de sembrar caminos, de seguir la huella machadiana de «hacer camino al andar». Por ello, el texto es útil, tanto para quienes desean esclarecer las diversas aristas del pensamiento de María Zambrano, como para quienes buscan ahondar en algunas problemáticas perennes que la filósofa ha vertido sobre la historia de la filosofía. Es, pues, una obra que nos permite identificar huellas latentes en la obra de aquella singular filósofa cuando celebramos los ciento veinte años de su nacimiento (1904-2024) con la lección más importante; que el lector haga florecer y germinar las ideas de nuestra filósofa con las suyas propias.

JONATHAN JUÁREZ MELGOZA



Tríptico 50 x 77 cm 2001

María Zambrano y el temblor del aula

La educación permanente de adultos
como espejo de lo humano

JOSELA MATURANA

Pronuncié estas palabras el 23 de mayo de 2022, dentro de las actividades programadas por el CEPER María Zambrano de San Fernando (Cádiz) para la celebración de su XXI Semana Cultural. He trabajado en este Centro como profesora durante más de treinta años y, en medio de una pandemia, cuando una terrible confusión y la más densa oscuridad envolvían el mundo y nuestras vidas, me tocó decir adiós. Si es que el adiós de lo que has amado tanto, puede dejar de ser, igual que una despedida que nunca acaba. Porque es muy difícil alejarse del tiempo y del lugar donde tanto hemos recibido.

No sería la que soy, si no hubiese tenido la fortuna de ejercer mi tarea educativa en un ámbito que no sólo impulsa los pensamientos, sino que obra cada día con el corazón de todas las emociones que derivan de cada vida que has conocido, de cada proyecto existencial que fue truncado, negado, o enterrado por las circunstancias históricas. Y es una pasión y una entrega incesante comprobar de qué modo aquí se confirma que la educación es el camino, que siempre lo ha sido y siempre lo será. Mientras vivimos nos educamos, y esa permanencia garantiza nuestra dignidad, nuestras capacidades, nuestros anhelos. La educación permanente forma a cada ser en un sentido único, individual y legítimo, pero también forma a personas que van a convivir, que se integran en un grupo, en una colectividad, en una sociedad siempre necesitada de ciudadanos libres, solidarios, y que puedan recibir y ejercer los derechos y valores que nos hacen más humanos.

Pero no ha sido esto únicamente mi fortuna. Verdaderamente, es un tesoro impagable, el poder haber sido profesora en un centro educativo que lleva el nombre de María Zambrano. Entre todos los nombres posibles, el suyo fue el elegido unánimemente por el claustro de profesores. Entonces yo no sabía cuánto significaría para mí, para mi modo de concebir la palabra poética, el descubrimiento de nuestra filósofa. Y tampoco, creo, ninguno de nosotros sabía cuánto de común iba a haber entre el pensamiento de María Zambrano y los proyectos, acciones, sentimientos, modos y finalidades que este centro ha desarrollado y sigue desarrollando.

Esta reflexión puede resultar sorprendente si tenemos en cuenta que María Zambrano no fue propiamente una maestra. Ella fue una filósofa, es decir, el impulso, el sentido de su viaje permanente, en lo geográfico y en lo vital, se centró en la filosofía. Pensar y meditar sobre el ser, sobre la realidad, la vida y la muerte, la razón que es luz, y la razón poética que es la incursión en la niebla para dignificar lo no sucedido. Y en su razón y en la defensa de los sueños, estuvo el tiempo y el espacio, el vacío y la nada, lo sagrado y lo perecedero. Estuvo un gran silencio, plagado de ecos y susurros; fue el silencio que nos ayuda a buscar y a buscarnos. Mas también mantuvo en su errante vida el equipaje esplendoroso de la palabra, la palabra que da fe y testimonio, expresa nuestras dudas, nuestros temores, nuestros deseos, y el marítimo e inagotable aliento del afecto, las emociones y las pasiones que nos hacen más ser, en lo que está siendo y en lo que nunca

será. En definitiva, todo aquello que hace del ser y de la criatura, algo humano.

Sin embargo, María Zambrano, que fue hija de maestros, durante algunos periodos de su vida impartió clases. Así lo hizo en las Misiones Pedagógicas, fue profesora de Instituto de Segunda Enseñanza, y también ejerció como tal en la Universidad Central de Madrid y en la de Barcelona. También, durante su largo exilio, impartió su enseñanza en las universidades de Morelia, en Méjico, La Habana y Puerto Rico. Son muy significativos e imprescindibles los diversos manuscritos, artículos en gran parte, publicados en diversas revistas, donde la filósofa expresa su pensamiento sobre la educación, sobre el sentido de la acción educativa. Y hasta tal punto, ella nos dice, nos proporciona con toda claridad, que su filosofía no puede separarse de la educación, que no tiene esencia de ser sin el valor y el designio de la tarea educadora.

Y es aquí donde debemos exponer las semejanzas entre el pensamiento de María Zambrano y el proyecto vital, el proceso educativo que contiene la educación permanente. Así, para la filósofa, el hombre, el ser humano nace, pero nace siendo una realidad inacabada que tiene que realizarse y construir su personalidad.

Ella nos dice, que el hombre es el único ser viviente al que la vida se le da como una tarea a realizar y, por ello, el ser humano tiene necesidad de construir su vida. Mas esta tarea no se puede confiar al instinto, a la naturaleza, que es propia de los animales. Porque el ser humano está inmerso en una sobrenaturaleza que es la cultura, y la cultura no nos es dada con la vida, sino que ineludible y necesariamente debemos recibir y recibirla por el aprendizaje. Cuando nacemos y abrimos los ojos a la luz, y hay un llanto en ese inesperado resplandor, estamos dotados de manos y ojos que podrán tocar y mirar, de cerebro que podrá pensar y reconocer y nombrar, de respiración que absorberá y exhalará el aire insustituible que nos mantendrá vivos, de corazón que nos hará sentir, padecer y recobrar lo perdido cada día. Pero en ese lote de dones existenciales y maravillosos no viene la cultura, no está al nacer en la vida misma, puesto que la cultura la aprendemos dentro de la sociedad, dentro del tiempo que nos ha tocado vivir, en el que también es posible rescatar lo no vivido a través de la memoria, y no del olvido.

De modo que el individuo nace inacabado y necesita completarse, ser persona, en la sociedad y con la sociedad. Y es así cómo cobra toda su importancia la educación, que recibimos no de forma innata, sino a través de la enseñanza. La educación es, por lo tanto, un factor social. Educar, para María Zambrano, es conducir, guiar, ayudar al ser que nació incompleto a completarse, a alcanzar su realización, su integridad, y esto no es posible si, además de lo que hereda de la naturaleza, no obtiene aquellas que la cultura le suministra.

Nos dice la filósofa que al nacer, el ser humano es arrojado al mundo, a la desnuda intemperie, y que necesita, frente a esta desnudez, ante este desamparo, guarecerse, arroparse, sentirse abrazado en un humano cobijo. No puede el ser ser persona sin sustentarse en unas estructuras que le den seguridad y confianza, porque de no ser así, sería el ser nacido un viajero sin rumbo ni horizonte, eternamente errante y errado en la digna condición de lo humano. Para guiarse en la tierra de su aterida desnudez, precisa de un mapa, una carta de viaje que le es dada por el educador. Y aquí aparece la noble figura del maestro, del guía, faro en el mar de todo lo desprovisto ante el naufragio. El maestro es un mediador entre la sociedad y el individuo, entre la persona y el tiempo en el que habita. Es la luz entre el saber y la ignorancia. Pero nuestra filósofa nos dice que el que guía debe hacerlo hacia una meta, hacia una meta de plenitud. Se trata de caminar en el más hondo y vivificado sentido de la palabra. Por eso ella afirma que la educación es un viaje, que todo ser emprende y hace a través de un tiempo, un espacio, una realidad y una vida. Porque al principio no hay caminos, y son la educación y el aprendizaje, los que nos proporcionan el camino, que no es ni más ni menos, que el de la realización como personas.

De modo, que el pensamiento de María Zambrano, está cargado de sentido social y ético, y la educación es concebida como un proyecto continuo y permanente, un proyecto humanizador que busca despertar al individuo para mejorar la sociedad. Esto quiere decir que bajo cualquier inclemencia o adversidad, bajo cualquier circunstancia social, política, económica, o sean cuales sean las circunstancias personales o colectivas, siempre el proyecto educativo será el que propicie una educación para la persona, que es ser humanizado, el que procure

una educación para la libertad. Una educación en la que el ser humano se descubra y descubra, en el que pueda desarrollar todas sus capacidades y anhelos. Una labor no entendida por la filósofa como una mera transmisión de conocimientos, sino como una tarea íntima y común, un esfuerzo individual y conjunto, compartido, siempre, entre maestro y alumno, puesto que juntos salen en busca de la verdad. Un proceso, que tal como lo entiende la educación permanente de adultos, ambos se educan, recíprocamente. El maestro que era un educador, un guía, un faro en la luz cegada, a través de la pregunta, andamio del aprendizaje, compartiendo ese camino se convierte en educando. Y es así, porque entre maestro y alumno ha nacido la base esencial de toda acción educativa: el diálogo.

Para María Zambrano, la escuela no es un reducto aislado, un ámbito apartado de la sociedad, por el contrario, es y forma parte de ella, dado que en la escuela, en la familia o en cualquier otro espacio de convivencia, el fin debe ser el mismo. Y esa finalidad es educar para que todo ser sea persona, y que, frente a la realidad, ante ella, en ella, se descubra y cumpla su condición humana y personal.

Nos encontramos con una similitud extraordinaria, generosa, que coincide en su afán y en su concepción, con los fines que pretende y ejerce la educación permanente.

Estamos declamando y aclamando una identidad que María Zambrano confirma y que la educación de adultos ha tomado como base de un presente, de un porvenir, también como una reparación. Desde la década de los ochenta, se han ido acercando a los Centros de Educación Permanente que fueron naciendo y se han extendido por toda la geografía andaluza, multitud de personas, mayoritariamente mujeres, a los que la Guerra Civil y el periodo de posguerra, les arrebató lo más preciado. Saber leer y escribir. Aprender e insertarse en el mundo como personas libres, críticas, que fueron arrojadas al mundo y luego raptadas, secuestradas por la ideología, la desigualdad, la injusticia, y la perentoria necesidad económica. El proceso de alfabetización ha contribuido a cambiar, transformar, mejorar la inserción social y la autoestima de todas estas personas, que han podido mejorar sus vidas y el entorno al que pertenecen.

María Zambrano nos ha dotado con su pensamiento de, no sólo los recursos, sino el alma que da ser y plenitud a todo ser humano. Ella nos ha dicho que la vida humana es un viaje, una incesante navegación hacia la realidad. Y que los seres humanos son las únicas criaturas que están predestinadas a la realidad. No podemos quedarnos fuera de la realidad, aunque la realidad, en muchas ocasiones, nos ofrezca sólo el árido suelo de los márgenes, los desérticos surcos de las lindes, allí donde la educación y la cultura no pueden penetrar.

Educar, por lo tanto, es despertar, es hacer despertar, ayudar al ser que aún no ha despertado y ha sido confinado a la oscuridad, a que despierte, a que despierte a la realidad, porque siendo así educado el ser como persona, la realidad no lo oprimirá, podrá defenderse del muro que se derrumba sobre él y que impide su realización.

Si el ser es persona humanizada puede salvar la realidad cuando ésta es inhumana o se ha deshumanizado. De este modo concibe María Zambrano la insustituible tarea de la educación, la acción educativa que engrandece al ser humano y la sociedad.

Pero para este viaje de la vida a través de la realidad, nuestra filósofa exige una condición moral, ética, que sostenga nuestro ánimo frente a la adversidad, que enderece nuestra voluntad y la dirija hacia el esfuerzo que nos hace más fraternos e iguales, que nos conforta para descubrirnos que no sólo debemos ser portadores de nuestra razón, sino también de nuestro corazón, y que sea ese corazón el que lleve como equipaje el amor y la sensibilidad. El vínculo entre María Zambrano y el poeta Antonio Machado es aquí evidente, en él se reafirma una filosofía existencial: la del camino, a bordo, ligero de equipaje, es un verso que encierra una declaración de vida en plenitud. Razón y pensamiento, amor enamorado de lo real e irreal, si van de la mano, alivian el peso de la existencia; no sólo hay pisadas, también las huellas son y deben ser visibles en el vuelo.

Para la filósofa la educación debe ser un trascender, es decir, un atravesar, traspasar obstáculos y fronteras que, sin duda, van a encontrarnos o a ser encontradas. Es por eso que de nuevo la figura del educador adquiere un cometido, necesitado de empeño, de confianza, de osado compromiso. El maestro que, en la acción educativa, también se educa, ha de estar dispuesto, ofrecido

a escuchar, a atender, a facilitar vías para que cada uno siga su propio camino. Guiarlo por el camino en que se encuentre y encuentre, es el encontrarse para vivir una vida más auténtica. Vemos así, que el maestro tiene algo de poeta, es la luciérnaga, el polvo de oro de un diablillo que se esparce en la oscuridad, cuando estamos dormidos y las ventanas permanecen cerradas. Entonces, hay una luz encendida, la del poeta que escribe, la del maestro que prepara las palabras, con las que al día siguiente podamos despertarnos.

Es esencial en la filosofía de María Zambrano y su alianza con la educación permanente, la afirmación que dijo nuestra filósofa. Porque ella creía que hay un trabajo más inexorable e ineludible que el de ganarse el pan, y es el trabajo de ganarse el ser, proyectado, no solamente en lo íntimo, sino en lo común de su Historia y su memoria, que debe redimir lo olvidado, a los olvidados.

La filósofa dice que vivir es como revalidar constantemente unos votos, son los votos del vivir para ser, siendo persona. Se talla una piedra o se moldea un puñado de barro, infinitos actos afianzan el pacto del ser con la autenticidad de la vida, que nos hará personas.

Para María Zambrano, estos votos se renuevan cada día, a cada hora, en cada instante, puesto que ir hacia la muerte, no es morir, sino nacer cada día naciendo.

Y del mismo modo que hay que ganarse el pan que nos alimenta, hay que ganarse lo que nos hace ser humanos, siendo para los otros y para lo que nos ha tocado vivir, sin dejar de ser, lo que a través de la tarea educativa hemos descubierto, se nos ha revelado: ser nosotros mismos con libertad, belleza y justicia equitativa.

Todo esto nos empuja, sin dañarnos, a la imagen más nítida de un espejo. Es en ese espejo donde se refleja con mayor claridad la acción educativa, la labor inacabable de preguntar, dialogar, indagar y mostrarnos como verdaderos seres humanos. Y ese espejo es el aula, palabra inconmensurable para el jardín, las nubes y las semillas que deben precederla.

La palabra aula viene del griego y designa un lugar vacío, disponible y dispuesto. Entonces era un hueco, pero no la nada, después una construcción vacía, mas asimismo dispuesta a ser ocupada y vivida. No sabemos con certeza en qué momento, en qué civilización comenzó a haber aulas, es decir, recintos en los que las

personas se reunían para hacer algo. Algo que no podía hacerse dentro del recinto familiar, ni tampoco en los espacios sagrados de los templos, o en medio de una plaza, muchas de ellas sostenidas en el fragor, la sangre derramada, o la espada oculta. Parece que en la antigua Grecia hubo habitaciones adosadas a la casa familiar, y destinadas a un fin educativo.

Los jardines de un tal Academo fueron las aulas de Platón y sus discípulos. Los del Liceo fueron de los aristocráticos y, en ciertos soportales, que protegían del sol abrasador y en donde se ubicaban las tiendas, y que en griego reciben el nombre de stoas, se reunían los estoicos. La leyenda dice que Diógenes, fundador de la escuela Cínica, se refugiaba en un tonel y, desde allí, disertaba y hablaba con el mismísimo Alejandro Magno.

Aun antes de estas aulas filosóficas, Safo, la poetisa, reunía a hermosas muchachas en su casa, para educarlas en la poesía, la piedad y la música. También en España hubo un tipo de aula llamada «La amiga». Así lo manifiesta un romance de Góngora, que dice:

Hermana Marica/ mañana que es fiesta/ no irás tú a la amiga/ ni yo iré a la escuela.

Y hasta no hace muchos años existió esta Institución, en la que una señora viuda o soltera, recibía en su casa a las niñas, que solían ser hijas de familias amigas, para irlas educando. Allí aprendían a coser y a bordar, a decir oraciones o reglas, como saber sentarse o caminar con gracia. Esas niñas eran amigas entre sí y, al mismo tiempo, amigas de la señora; eran aprendices del arte de la amistad sin la cual, según Aristóteles, la vida carece de nobleza. Frente al analfabetismo, la vida de la persona ágrafa y que no lee, se convierte en una narración oral, llena de épica doliente. Cuando en el CEPER María Zambrano acogíamos a una persona no alfabetizada, la pregunta y la respuesta eran casi siempre las mismas. Por qué no fuiste a la escuela, porque desde muy pequeña tuve que ponerme a trabajar, iban mis hermanos, pero las niñas íbamos a la «miga», y al hacer la comunión ya nos quedábamos en casa, para ayudar a nuestra madre en las tareas domésticas, o a cuidar de los más pequeños. Otras iban a trabajar al campo o a las ciudades para el servicio doméstico. Con siete u ocho años, subidas en banquitos de madera, lavaban y fregaban. Era una infancia donde la estatura tuvo que alargarse injustamente, tensarse cruelmente

por la pobreza y la desigualdad. Y es curioso que en ese horizonte vertical, que muchas no quieren recordar, brille el recuerdo de «la miga», que, sin duda, es una derivación de «la amiga».

Volviendo al significado que tiene el aula para María Zambrano, la filósofa la concibe como un espacio puro, con vida propia, lugar en el que las palabras y las voces no se pronuncian ni claman si no es en virtud de esa finalidad educativa, la de hacernos ser, persona. El aula es el espejo donde dejamos nuestra huella, nuestro paso, nuestra indeleble aspiración en el espacio común de la convivencia, de la tarea compartida.

En el aula encontramos un espacio propio, dentro del espacio inmenso de nuestro mundo. Encontramos un tiempo propio, un tiempo para la realización del ser, mas es un tiempo que se vive con los otros, una otredad simultánea, es el tiempo dedicado al hacerse, no arrollado por la prisa y el vértigo de nuestros días. Es el acogimiento, la habitación de ventanas abiertas, y en donde siempre late un temblor. Es más temblor que estremecimiento, pero su sentir nos estremece. Ese temblor es el de la pregunta que quiere descubrir la respuesta, la que nos da disponibilidad para entender. Es abierta geometría de la mirada, que debe ser limpia, desatada de todo prejuicio; una mirada que nos enseñe a mirar, que nos emocione, por eso estamos estremecidos, y que construya en nosotros criterios y actitudes que transformen y mejoren cualquier inhumana irrealidad.

El CEPER María Zambrano de San Fernando, no sólo tiene como tesoro el nombre que lleva y por el que es reconocido. Tiene además, en su ya larga andadura, una memoria imborrable y, a todas luces, reparadora. Es en esa memoria donde palpita el origen de lo que fuimos. Nacimos y trabajamos para darle el ser a todos los que ignominiosamente fueros expulsados de la educación y la cultura. Se les sesgaron, amputaron, robaron, los dones más preciados de toda persona: la educación y la cultura.

Y de este modo, el pensamiento de María Zambrano impregna y palpita en esta indeseada realidad histórica, porque ella, y su palabra, claman por lo que les fue arrebatado. Esos valores de dotar de instrumentos, de alentar en posibilidades, de despertar y descubrir para sentirnos seres humanos, seres libres

y críticos que participen en los cambios para lograr una sociedad mejor, prevalecen hoy en este CEPER, abierto en la actualidad a otros y nuevos proyectos educativos, que seguirán creciendo en su ofrenda, en el hilo irrompible de la educación permanente. Aprender, educarnos mientras vivimos, un nacer constante cada día. Porque ya dijo nuestra filósofa que cada ser es una promesa, y la tarea educativa se empeña en esa promesa, no puede eludirla, debe participar en ella de forma irremisible. Es lo más grandioso y lo más esperanzador, se trata de la promesa de la realización del ser, para ser persona.

La memoria del CEPER María Zambrano está habitada por miles de espejos. En ellos se reflejan innumerables siluetas de seres, que recitan la plegaria de la turbiedad inaceptable de un tiempo no muy lejano. María Zambrano vivió ese tiempo, esa fue su patria en el exilio. Su viaje no rompió la promesa, la alianza con la filosofía de una generación que concibió la educación como el poder más pacífico y necesario, que podía transformar España. El pensamiento educativo de esa generación a la que nuestra filósofa pertenece, tiene su más claro exponente en la Institución Libre de Enseñanza, a la que María Zambrano se vinculó, ejerciendo esa filosofía en su colaboración y compromiso con las Misiones Pedagógicas.

Cuando abandonas un aula para siempre, también se inicia un exilio interior. Se siente un vacío, una mudez sonora, un desgarró, que parece incurable. Pero no es así. Los que la hemos habitado llevamos las aulas en nuestros ojos, en nuestra mirada. Oímos las voces, los murmullos y los silencios machadianos de las tardes de lluvia. A veces, las aulas, han sido como bosques que nunca se transitan solos. O se recuerdan igual que mares dormidos que, en cualquier momento, pueden despertar y volver a conducirnos a las islas soñadas o a la serena orilla.

El legado del educador está hecho con la memoria de lo compartido entre compañeros y alumnos. Sabes que las aulas seguirán latiendo, aunque tú ya no estés. Y puedes sentir el mismo sentimiento que te abarca cuando se está a punto de entrar en un aula vacía, o cuando pasamos ante ella y no hay nadie. Notamos algo que en otros espacios no se percibe. Así, el aula vacía, que no vaciada, igual que se hunden las tierras en los

pantanos inevitables, se asemeja a un barco varado, a punto de soltar amarras para iniciar su viaje.

Aun estando el aula vacía, ella nos proyecta un espejo profundamente luminoso, a la espera de que se produzca un temblor.

El aula, un lugar para la esperanza, en el que se obrarán la verdad y el milagro que brotan de una ansiada y legítima ocupación. Personas, educandos y educadores dispuestos a habitarla, para hacer de la educación lo que escribió María Zambrano. Que la educación es un viaje hacia la vida y por la vida y, que la vida exige un constante despertar, un nacimiento perpetuo. La educación que nos llevará al ser, a ser personas, y siendo personas hacer posible una realidad mejor.

Y en ese camino de la educación permanente no estamos desprotegidos. Nuestro temblor tiene un techo y unas paredes para proyectar lo que somos, lo que fuimos, lo que anhelamos ser. Porque ahí está el aula, el tembloroso espejo deslumbrado por la luz. Siempre

disponible y esperando a esa vida que se renueva, que avala su promesa, que acepta y da la ofrenda en un nacer interminable. Ofrenda generosa, puesto que es para uno mismo y para los otros, en una otredad que ya no será ajena.

Por todo esto trasvasar, vencer cualquier límite para habitar un aula, es siempre, cada día, en cualquier tiempo o espacio, asistir, contemplar un nuevo amanecer.

Estoy segura y confiada en este presente y en el porvenir, porque el aula está abierta a todas horas. Tengo el convencimiento que tanto hoy como en el futuro, se seguirán sembrando nuevos espejos, en donde poder mirar la más noble y digna de las tareas: educar en el ser que se encuentra y encuentra. Educar en la inacabable maravilla de lo humano.

Sí, el aula siempre abierta, y la belleza de vuestra humana condición brillando en la cosecha y en el fruto de su ilimitado horizonte.

María en llamas

María en llamas representa una anunciación,
el momento del desnacimiento

OLGA AMARÍS DUARTE

La catacumba para María Zambrano conforma un espacio en donde la tiniebla redescubre su vocación última de hacerse luz. La pensadora veleña parece decirnos en oráculo que nadie llega al más puro conocimiento sin haber descendido a la catacumba, sin haber rescatado antes esos granos de trigo que en los misterios de Eleusis salen luego a la superficie. Esta mística del descenso tiene su fuente directa en el *Evangelio de Juan* bajo la fórmula «nadie ha subido al cielo sino sólo aquel que ha bajado del cielo». Descender a las catacumbas de la Fundación María Zambrano obedece a un deseo, cristalizado en gesto, de volver a traer a la luz la vida secreta de esos objetos que alguna vez tuvieron un ama, una nodriza amorosa, y que ahora son parte de ese patrimonio universal de los imprescindibles. Contemplar con el pensamiento y con el sentimiento la vida entrañable de materias que se sacuden el olvido y desvelan sus misterios al resplandor de una mirada atenta que llega a iluminar sus contornos. Los objetos tienen memoria epidérmica y siempre hablan de ese último roce de unas manos, también de aquellas primeras, las creadoras.

Emulando la figura del pescador de perlas de Walter Benjamin o de Aby Warburg, el primer tesoro recuperado de un laberinto subterráneo de Vélez Málaga es el retrato titulado *María en llamas* que el pintor mexicano Juan Soriano pintó para ella en 1954. En la imagen que cobra presencia, que se diafaniza ante nuestra visión, una figura incendiada recuerda el símbolo místico de la mariposa que arde en su propio amor para resurgir

convertida en un lepidóptero de colores intensos y cuyas alas han cobrado la fuerza necesaria para ascender a la cumbre. A retazos llega también la visión de una Hildegarda von Bingen iridiscente derramándose en llamaradas mientras que el monje Volmar la observa preso de curiosidad y bien al resguardo de los incendios de la visionaria. El deseo del observador es siempre ser reconocido. Que el objeto contemplado se dé la vuelta y le devuelva la mirada.

María en llamas nos mira y nos habla de una amistad que empieza en el Café París de la Ciudad de México durante los primeros años del exilio y que se retoma, con mayor ardor, en el exilio romano, en aquella etapa decisiva en torno a 1954 en la que Zambrano publica *El hombre y lo divino*, girando de pleno hacia la razón poética. De ahí, tal vez, la danza giróvaga de la figura retratada. Soriano, a su vez, influenciado por la filósofa española, crea en esa época su obra más original, a la par que originaria, *Apolo y las musas*. De este tiempo en cruz es también el retrato que se encuentra hoy en las catacumbas zambranianas y que formula una respuesta, en similar cadencia, a un artículo de la amiga fechado en ese mismo 1954 y titulado «La aurora de la pintura en Juan Soriano». Aquí, junto a otras «cosas agudas e iluminadoras», en palabras de Octavio Paz, se prende la mecha de un futuro arrebato de colores: «Y al presentarse así, cualquier figura del mundo, humana o no humana, tiene valor de profecía; es una anunciación».

María en llamas representa una anunciación, el momento del desnacimiento. Zambrano dirá que



Soriano es el «pintor de la aurora», un «animal herido por la luz» que pinta amaneceres en los que el primer rayo rosáceo de Venus saca a la luz los cuerpos de la realidad no vistos, por invisibles, por todavía no nacidos. El amanecer es el lugar en donde «las cosas» aparecen, se corporeizan, se incorporan a nuestra mirada, porque, como Zambrano apunta en ese otro artículo de 1956 publicado en *Cuadernos del Congreso por la Libertad de la Cultura* y titulado «El arte de Juan Soriano»: «Sólo se pueda salvar lo que haya atravesado el fuego de la destrucción; lo que tras de ella renazca, en un alba». Él y ella, los dos espectadores y los dos contemplados, reproducen esa pasión del ser humano por un alba inabarcable.

Las claves hermenéuticas del cuadro se encuentran, no obstante, en una carta que Zambrano desde Roma envía a Soriano el 22 de agosto 1959 y en donde describe un pensamiento en proceso de desciframiento: «Criatura viviente, ánima encendida, chispita de luz, melodía, átomo que danza la gloria del Creador...

Persona... es la etapa ineludible humana. Pero... para trascenderlo, según San Juan de la Cruz diría».

Muy significativo a este respecto es el hecho de que María Zambrano utilice la imagen sanjuanista de la transformación de la crisálida en mariposa, similar a la del madero incendiado o la del ave fénix, para referirse a su trasunto, Antígona, la mujer exiliada y encaminada, de manera simbólica, a Oriente. En «Delirio de Antígona», la mujer de la aurora advierte que su sueño es creador y que, aunque la crean dormida, está tejiendo silenciosa en su interior una nueva naturaleza, un misterio tremendo y fascinante que se desplegará en vuelo.

Zambrano, gran conocedora de la mística cabalística de *merkabá*, se convierte en el cuadro de Soriano en el ángel Metatrón, en una esencia incandescente y luminosa capaz de irradiar la misma luz con la que ha sido incendiada. María, la llama de amor viva de San Juan de la Cruz, el faro del *Zohar* o las hornacillas del *Corán* en las que hay un pábilo encendido como símbolo de quien es ¡Luz sobre Luz!

José Luis Mora

Profesor Emérito de la Universidad
Autónoma de Madrid

«Lo que hace María Zambrano es incorporar a la razón aquellas dimensiones que son fundamentales para la comprensión de la realidad para que haya una unidad entre razón y realidad cotidiana».

Me siento en la fundación con el patrono José Luis Mora. Quien conoce la sede localizará perfectamente en su memoria el lugar en el que nos encontramos. Estamos junto a la biblioteca de María Zambrano, dispuestos en torno a la mesa en la que, año tras año, investigadores de todo el mundo quedan estupefactos ante el vasto y rico legado depositado. Muchos de esos investigadores son, precisamente, alumnos de José Luis quienes, motivados por su amor a María Zambrano, realizan sus proyectos de investigación o tesis bajo su tutorización. Porque recordemos, José Luis Mora es profesor emérito de la Universidad Autónoma de Madrid. Ha impulsado durante años la enseñanza e investigación del pensamiento español e iberoamericano. Recibió en 2015 el reconocimiento de la Escuela de Altos Estudios de la Facultad de Filosofía y Letras (Universidad Nacional Autónoma de México). Ha sido presidente de la Asociación de Hispanismo Filosófico (2004-2017) y director de su revista. Es académico correspondiente de la Real Academia de Historia y Arte de San Quirce (Segovia) y de la Academia Iberoamericana de la Rábida (Huelva). Su línea de investigación se ha centrado, principalmente, en los siglos XIX y XX, aparte de algunas incursiones en el Barroco español, con especial referencia a las relaciones entre filosofía y literatura. Ha publicado un buen número de trabajos

sobre pensadores del exilio, con especial referencia a María Zambrano, y ha editado varios epistolarios. Recientemente ha editado también, junto con el profesor de la Universidad de Salamanca Antonio Heredia, una *Guía de historia de la filosofía española* para la editorial Comares, de Granada.

Hablar con José Luis siempre me sitúa en un espacio de familiaridad que en muy pocos casos se produce. Mientras preparo el cuaderno para tomar notas, sonrío al escucharle hablar con Lola Gámez. En su lenguaje la prudencia, la palabra elegida, el acierto. Su vocación de maestro fluye en su oralidad, en su tono reposado, un conocimiento profundo casi enciclopédico que en ningún momento se descuelga del contexto. Una mente brillante que devuelve al mundo claridad, orden; la palabra justa, la que necesita ser dicha, la que corresponde. En su trato la amabilidad y la generosidad y en su persona la habilidad del intelectual que humilde lo es sin creérselo. Me atrevo a hacerle varias preguntas. Me disculpo, sabe que no dispongo de mucho espacio y que, solo por eso, la entrevista se va a ver comprometida. No parece importarle, en eso radica el mensaje: hazme las preguntas, filosofar ha de hacerlo cada uno. Su amor por el conocimiento es evidente. De ahí su vocación, de ahí la necesidad de escucharle y leerle. A ese cometido me entrego. José Luis, le pregunto:



ARCHIVO DE LA FUNDACIÓN MARÍA ZAMBRANO

¿Cómo conociste a María Zambrano?

Los primeros conocimientos que tengo de ella fueron de lecturas sobre el exilio ya avanzados los setenta. Principalmente del libro de José Luis Abellán: *Filosofía española en América*. De una manera más intensa a partir del Instituto Fe y Secularidad, adscrito a la Universidad de Comillas, donde nos reuníamos en torno al Seminario que había sobre Historia del Pensamiento Español e Iberoamericano y que dirigía Teresa Rodríguez de Lecea. Allí conocí a Ana Isabel Salguero que no se si estaba haciendo la tesis doctoral o acababa de presentarla, me habló de Blas Zambrano. Me dijo que había estado en Segovia, que había sido amigo de Antonio Machado y que tenía un libro dedicado por el poeta. Fui a Segovia

y no encontré ese libro, pero encontré otro de Blas Zambrano y me dije: «No solo hay un libro sino dos. A lo mejor hay más». Y así empecé. Llegué a María Zambrano como debe ser, a través de su padre.

¿De qué fecha estamos hablando?

Estamos hablando de los años 1994 o 1995. Quizá tengo que decir, haciendo memoria ahora, que probablemente por esas fechas ya había asistido o estaba a punto de asistir al II Congreso Internacional de la fundación [el II Congreso Internacional sobre la Vida y la Obra de María Zambrano se realizó en la fundación durante los días del 1 al 4 de noviembre de 1994]. Esos fueron mis contactos puesto que pertenezco a una generación que ha recuperado el

exilio tardíamente. Leíamos a algunos exiliados como José Ferrater Mora, Adolfo Sánchez Vázquez, algunos de cuyos libros circulaban en la España de Franco y en los finales de la dictadura, pero nadie nos decía que eran exiliados. La recuperación de María Zambrano ha sido, para mí, más tardía. Luego he sabido que José Luis Cano la publicó en los años cincuenta y que la editorial Taurus publicó *La España de Galdós* en 1960. Pero eso yo lo he sabido bastante más tarde.

¿Cómo de importante es el exilio para María Zambrano?

Ha sido una de las personas que más ha reflexionado en profundidad sobre el significado que tuvo el exilio de 1939. Desde luego, su «Carta sobre el Exilio» de 1961 es una reflexión enormemente profunda en un momento en que los hijos de los triunfadores de la Guerra Civil, que habían quedado en la España interior, comienzan a acceder a puestos académicos relevantes y ella piensa que estos hijos de los triunfadores olvidan la herencia del exilio. Lo que ella plantea es que, sin el reconocimiento de la Historia, una nación no tiene futuro. Y esto es lo que ella hizo ver a aquellos que ella llamaba disidentes u oponentes al franquismo. Que no solamente debían progresar en la España interior, sino que tenían que hacerlo desde el reconocimiento de quienes habían sido expulsados el año 39. Y luego está el libro de *Los Bienaventurados* que probablemente lo escribe en los años 70, donde ella sostiene abiertamente que el exilio se produce cuando una parte de la nación se apropia de la verdad entera de la Nación. Y eso lleva a que, quienes no comparten esa verdad, sean expulsados. Y finalmente, ya a su regreso, cuando la invitan en la Universidad Complutense de Madrid a que reflexione sobre el exilio, aquel artículo publicado en ABC, «Amo mi exilio», es una reflexión final muy potente de lo que había sido toda su vida, que era la de elaborar un modelo de razón que hiciera imposible que hubiera más exilios, es decir, que fundara la convivencia humana.

Además de la reflexión sobre el exilio, ¿qué otras claves fundamentales podemos apuntar dentro de su pensamiento?

Yo creo que una revisión en profundidad de la razón moderna que nació sobre la base de la dualidad, es

decir, la de creer que la razón puede actuar de manera autónoma respecto de la realidad y que, elaborada la lógica del discurso, un discurso elaborado de acuerdo a las leyes de la lógica, ese discurso puede someter a la realidad. Este modelo de razón es un modelo cada vez más restrictivo, más reduccionista, que elimina aquellas dimensiones humanas que no concuerdan con los tres grandes principios de la lógica: principio de identidad, principio de tercero excluido y principio de no contradicción. Lo que hace María Zambrano es, desde el enorme respeto a la tradición racional heredada de los griegos y la tradición medieval, incorporar a la razón aquellas dimensiones que son fundamentales para la comprensión de la realidad para que haya una unidad entre razón y realidad cotidiana. En este sentido la razón estética, la razón poética, lo que llamamos literatura, el arte, la pintura fundamentalmente, la música y desde luego la dimensión religiosa. Una dimensión religiosa que no tiene nada que ver con una dimensión clerical o eclesiástica sino con una concepción según la cual la religión es aquella experiencia humana que pone a cada uno de los seres humanos en relación con la humanidad.

De ahí su acercamiento a la mística ¿no?

Exactamente. A la mística española del s. XVI, es decir, a la idea de plenitud. De ahí su aproximación a Juan de la Cruz, con cuya obra estuvo en contacto desde época temprana. Y tengo que decir, que fue gracias a la hermana de mi abuelo que era la Gregoria. Fue criada de los Zambrano en 1915 en Segovia y fue quien la acompañó al sepulcro de San Juan de la Cruz cuando María Zambrano tenía once años y le dijo Gregoria: «Aquí yace el santo más grande que ha dado Castilla». Y la niña María le pregunta: «¿Qué es un santo?». Y Gregoria, que probablemente era analfabeta desde el punto de vista letrado, le dio la mejor respuesta que puede dar cualquier persona: «Un santo es alguien que está cerca de Dios y cerca de nosotros». Y la propia María Zambrano recordaba esta experiencia muchos años después. Después escribió sobre San Juan de la Cruz en la revista *Sur* y desde luego, la presencia de la mística española del XVI en la obra de María Zambrano ha sido muy potente como ha estudiado Verónica Tartabini en su tesis doctoral.

José Luis, para terminar, ¿dónde crees que se encuentra la vigencia del pensamiento de María Zambrano?

Yo la centraría primero en este modelo de razón del que hemos hablado, que corresponde con lo mejor de la tradición española, que es la tradición humanista, lo que ella llamaba el realismo español. Y segundo, desde el punto de vista político, sus reflexiones hechas a partir de sus contactos con Luis Muñoz Marín en Puerto Rico y su reflexión contenida en el libro *Persona y democracia*, me parece que en este momento de la historia política de Occidente me parece un libro de obligado cumplimiento porque

hace referencia a la construcción de la persona y a la dimensión comunitaria de las personas, y esta propuesta de Zambrano me parece que tiene una vigencia absoluta.

Termina el privilegio. Seguiremos charlando. Su actitud comprometida con la fundación nos dará muchas más horas en las que podré aprovecharme para escuchar y aprender. Presumo de amistad. José Luis Mora no ha dejado nunca de ejercer su vocación, es un manantial de sabiduría a la que nos acercamos dada su cercanía y generosidad, como lo fueran y son los buenos maestros.



Cielo desde mi estudio de Ronda 130 x 162 cm 2017

PROPIEDAD DEL AYUNTAMIENTO DE RONDA. SE PUEDE VER EN LA CAPILLA JESÚS GONZÁLEZ DE LA TORRE EN RONDA.

Jesús González de la Torre

Jesús González de la Torre nació en Madrid, donde cursó los estudios de Derecho. Desde muy temprano se interesó por la pintura, recibiendo las primeras nociones de su tío, el pintor Eugenio de la Torre Agero y asistiendo a las clases del Círculo de Bellas Artes.

Con 24 años visitó París y dos años después realizó su primera exposición individual en Madrid, en la Sala Alfíl. A lo largo de su trayectoria expuso en Italia, Londres, Nueva York, Montreal...

También desarrolló una relevante carrera como escritor al colaborar con diferentes revistas, el periódico 'El Norte de Castilla' y al convertirse en el biógrafo de la poeta Alfonsa de la Torre.

Entre los reconocimientos obtenidos destacan el título de académico correspondiente de la Real Academia de Historia y Arte de San Quirce de Segovia en 1980, o el de hijo adoptivo de la Ciudad de Ronda en el 2000.

Parte de su obra se encuentra en la Fundación Unicaja Ronda, cedida por el artista en 2016.



ARCHIVO DE LA FUNDACIÓN MARÍA ZAMBRANO

PVP: 12 €

ISSN 1887-6862



9 771887 686007